



**PSICOLOGÍA  
EVOLUTIVA:**  
ENREDOS Y SIMPLISMOS  
DE UNA CIENCIA VULGAR

Julio Muñoz Rubio

COLECCIÓN  
**DEBATE Y  
REFLEXIÓN**

## JULIO MUÑOZ RUBIO

Es biólogo egresado de la Facultad de Ciencias de la UNAM, Maestro en Ciencias de la misma facultad y Doctor en Filosofía de la Ciencia por la Universidad Autónoma de Barcelona. Actualmente es investigador de tiempo completo definitivo del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH), de la UNAM. Su campo de investigación es la filosofía de la biología; más particularmente ha desarrollado investigaciones de crítica al reduccionismo ontológico en la teoría de la evolución y a los componentes ideológicos en el discurso de la biología, defendiendo una concepción dialéctica. Es coordinador de varios libros, entre los cuales destacan *Alimentos transgénicos, ciencia ambiente y mercado: Un debate abierto* (2004, Siglo XXI), *Contra el oscurantismo: defensa de la laicidad, la educación sexual y el evolucionismo* (2009, UNAM), *Homofobia: laberinto de la ignorancia* (2010, UNAM) y *La evolución humana. Biología, política, racismo* (2011, UNAM). Es autor de los libros *Una crítica a las raíces del concepto capitalista de escasez (Thomas Malthus, David Hume, Adam Smith y Charles Darwin)* (2005, UNAM) y *Sociobiología: pseudociencia para la hegemonía capitalista* (2006, UNAM). Es profesor de materias filosóficas en la Facultad de Ciencias de la UNAM.





PSICOLOGÍA EVOLUTIVA:  
enredos y simplismos de una ciencia vulgar

### **Comité editorial**

Maya Victoria Aguiluz Ibargüen  
Ana María Cetto Kramis  
Carlos Hernández Alcántara  
Ricardo Lino Mansilla Corona  
Aquiles Negrete Yankelevich  
Mauricio Sánchez Menchero  
Guadalupe Valencia García  
Medley Aimée Vega Montiel  
María del Consuelo Yerena Capistrán

# **Psicología evolutiva: enredos y simplismos de una ciencia vulgar**

Julio Muñoz Rubio



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES  
MÉXICO, 2017

Primera edición electrónica, 2017

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México  
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias  
en Ciencias y Humanidades  
Torre II de Humanidades 4º piso  
Circuito Escolar, Ciudad Universitaria  
Coyoacán, México, 04510, Cd. Mx.  
[www.ceiich.unam.mx](http://www.ceiich.unam.mx)

Edición: Josefina Jiménez Cortés  
Diseño de portada: Amanali María Cornejo Vázquez

ISBN 978-607-02-9580-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

*En Egipto, Túnez, Libia, España, Siria, Grecia,  
Estados Unidos, Turquía, Brasil, Alemania, Inglaterra,  
Chile... millones de personas irrumpen en las calles  
buscando su propia vida, expresando su propia palabra,  
pensando por su propia cuenta.*

*Este libro va dedicado a todas esas personas de todos esos  
lugares y de muchos más, que, contra todo el pesimismo  
filisteo y posmoderno, muestran que mientras haya  
injusticia habrá rebelión y mientras haya vida,  
habrá esperanza.*



*Los ídolos y nociones falsas que están ahora en posesión del entendimiento humano y hondamente afirmados en él, no solamente lo llenan de tal modo que es difícil abrir paso a la verdad, sino que aun después de haber cedido el paso hacia ella, se pondrán delante una y otra vez y le servirán de estorbo en la renovación misma de las ciencias a menos que el hombre, advertido contra ellos, se haga tan fuerte como sea posible.*

FRANCIS BACON

*El Ser es aquello que es inmediato. El conocimiento busca entender la verdad sobre lo que el Ser es, en y para sí, y por lo tanto, presionar más allá de lo inmediato y sus determinaciones, adentrarse más allá, asumiendo que detrás de este Ser hay otro Ser distinto y que lo que está en este fondo constituye la verdad del Ser.*

G.W.F. HEGEL



# ÍNDICE

△

Agradecimientos . . . . .	13
Introducción . . . . .	15
El adaptacionismo: dogma de fe en la psicología evolutiva . . . . .	27
¿Qué observa, describe y mide la psicología evolutiva? El lenguaje impreciso de una seudociencia . . . . .	89
Psicología evolutiva: calificación y sanción de las conductas . . . . .	133
Mercado, propiedad privada y sexualidad en la mente adaptada . . . . .	177
Una interdisciplinariedad fallida . . . . .	245
Conclusiones . . . . .	289



---

## AGRADECIMIENTOS



Agradezco en primer lugar a Norma Blazquez Graf, directora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), a las secretarías académicas del mismo: Margarita Favela Gavia y Elke Koppen Prubmann, y al secretario técnico Rogelio López Torres por el apoyo incondicional recibido desde que este libro fue concebido. Parte importante del mismo fue realizado durante una estancia sabática en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Agradezco el apoyo de Guillermo Hurtado Pérez, entonces director de ese Instituto, así como de Carlos López Beltrán, investigador del mismo, por haberme aceptado para realizar dicha estancia. Agradezco a Gabriela Celis Almada la búsqueda por internet de muchas de las publicaciones utilizadas en la presente investigación. También es de agradecer el apoyo de Isauro Uribe Pineda, jefe del Departamento de Publicaciones del CEIICH por la edición del libro; Josefina Jiménez Cortés tuvo a su cargo la edición y corrección de estilo, lo cual agradezco sinceramente. Agradezco finalmente a Amanali Cornejo Vázquez por el diseño de la portada.



---

## INTRODUCCIÓN



La psicología evolutiva es el intento más reciente del determinismo biológico por comprender e interpretar el comportamiento de los seres humanos de acuerdo con los principios de la selección natural. Aunque expresamente se distancia de la sociobiología para formar una disciplina aparte,<sup>1</sup> la psicología evolutiva mantiene los principios conceptuales y la metodología básica utilizada por ésta. La tesis central es que, siendo la evolución por selección natural un proceso universal y que se lleva a cabo por medio de variaciones pequeñas y graduales, es posible analizar los procesos psicológicos y culturales de los humanos, de la misma manera y con la misma metodología como se analizan los cambios morfológicos y fisiológicos. Como diversas ramas derivadas del darwinismo social y caracterizadas por su metodología reduccionista ontológica, la psicología evolutiva se propone constituirse en una síntesis superior a todas las anteriores, en lo que a la comprensión del comportamiento humano se refiere.

La psicología evolutiva ha sido definida como:

...la psicología que está informada por medio del conocimiento que la biología evolutiva ofrece, esperando que la comprensión de los procesos que diseñaron la mente humana hagan avanzar el descubrimiento de su arquitectura. Une la biología evolutiva con la revolución cognitiva de modo tal que tiene el potencial de unificar las ramas de la psicología en un sistema organizado de conocimiento.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> De acuerdo con Palmer y Palmer, la psicología evolutiva se origina en parte para distanciarse de la sociobiología y de sus connotaciones racistas y sexistas. Palmer, J. A. y L. K. Palmer (2002): *Evolutionary psychology: The ultimate origins of human behavior*. Boston, MA: Allyn & Bacon, pp. 16-18.

<sup>2</sup> Cosmides, L., Tooby, J. y J. H. Barkow (1992): "Introduction: Evolutionary psychology and conceptual integration", en Barkow, J. H., Cosmides, L. y J. Tooby. *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*. Nueva York: Oxford University Press, p. 3.

Al igual que la sociobiología, la psicología evolutiva observa a la naturaleza humana como el resultado de la evolución de los mecanismos psicológicos de acuerdo con los principios biológicos de selección natural; considera a la mente humana una adaptación al medio para hacerla más eficiente en la lucha por la supervivencia, dejando en segundo plano la influencia cultural. Una de las tesis de la psicología evolutiva es que el ser humano, por medio de la selección natural, llegó en el Pleistoceno a formar su cerebro y su conducta en función de las necesidades adaptativas de la especie, y que las características adquiridas en este periodo se han conservado hasta el presente normando y dirigiendo su conducta.

Como lo expresan Cosmides, Tooby y Barkow, sin dejar lugar a dudas es que:

La premisa central de *La mente adaptada* es que hay una naturaleza humana universal, pero que esta universalidad existe primariamente al nivel de los mecanismos psicológicos evolucionados, no de las conductas culturales expresadas. Bajo este punto de vista, la variabilidad cultural es no un reto a los reclamos de universalidad, sino más bien datos que pueden ofrecer comprensión sobre la estructura de los mecanismos que ayudaron a generarla. Una segunda premisa es que estos mecanismos psicológicos son adaptaciones, construidas por la selección natural a lo largo del tiempo de evolución. Una tercera tesis hecha por la mayoría de los contribuyentes es que la estructura evolucionada de la mente humana está adaptada al modo de vida de las tribus de cazadores-recolectores del Pleistoceno, y no necesariamente a nuestras modernas circunstancias.<sup>3</sup>

Como puede comprenderse a partir de la naturaleza adaptacionista de la psicología evolutiva, se mantiene una separación entre el organismo y el ambiente. Esta característica, propia de la ciencia cartesiana, ha sido ya señalada y criticada como una expresión de una visión fragmentaria del mundo.<sup>4</sup> En ella, el organismo no es otra cosa que un ente pasivo que se limita a esperar los cambios existentes en el ambiente para adaptarse a ellos sin jugar un papel activo, lo cual está

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 5.

<sup>4</sup> Levins, R. y R. C. Lewontin (1985): *The dialectical biologist*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 3-4.

lejos de ser verdad. El papel activo de los organismos en la construcción de su propio ambiente y de su propia evolución ha sido también mencionado con anterioridad.<sup>5</sup>

Pero la psicología evolutiva da un salto más en su visión fragmentaria del mundo al observar a la mente humana como un conjunto de partes que se han desarrollado independientemente unas de otras para llegar a las adaptaciones que el ser humano requiere. A esta estructura del cerebro humano se le ha dado en llamar “mente modular”, y acerca de este concepto se dice:

Lo que se quiere decir por mente modular es que en vez de ser un procesador general de información para todo propósito, la mente consiste en un número de mecanismos especializados diseñados por la evolución para tratar de hacer frente a ciertos problemas adaptativos recurrentes.<sup>6</sup>

Gangestad, Haselton y Buss no son menos elocuentes en su visión biologicista: “De hecho, la única forma en la que la cultura puede ser transmitida de una mente a otra es a través de la cimentación de los mecanismos psicológicos evolucionados”.<sup>7</sup>

Con ese enfoque, la psicología evolutiva, pretende arribar a la comprensión global de la conducta humana. Se ha señalado que enfoca y restringe su estudio a aspectos universales de la mentalidad humana, lo cual redundando en una evasiva —consciente o no— de las particularidades de los humanos y su diversidad.<sup>8</sup> Esta característica de la psicología evolutiva produce un gran sesgo en sus investigaciones y resultados. En su afán de buscar lo que consideran común y general para todos los seres humanos, los partidarios de este campo de estudio, contradictoriamente a sus propósitos, terminan estudiando solamente una parte de la realidad humana: aquello considerado como universal. En esta nueva edición del esencialismo en la teoría darwinista, los psicólogos

<sup>5</sup> Lewontin, R. C. (1983): “The organism as object and subject of evolution”, *Scientia* 11: 63-82, Reimpreso en Levins, R. y R. C. Lewontin, *op. cit.*, pp. 85-106.

<sup>6</sup> Palmer y Palmer, *op. cit.*, p. 67.

<sup>7</sup> Gangestad, S. W., M. G. Haselton y D. M. Buss (2006): “Evolutionary foundations of cultural variation: Evoked culture and mate preferences”. *Psychological Inquiry* 17: 75-95.

<sup>8</sup> Gould, S. J. (2001): “More things in heaven and earth”, en Rose, H. y Rose, S.: *Alas Poor Darwin; Arguments against evolutionary Psychology*. Londres: Vintage, pp. 85-105.

evolutivos conciben una relación de enajenación de la parte con respecto al todo, al conferir a la parte estrictamente genética del ser humano la totalidad de la explicación de la especie y trazar una línea recta entre ese nivel genético “esencial” y todos los demás niveles de interacción humana, dejando fuera de la comprensión de los sujetos de la evolución una buena cantidad de mecanismos y elementos extragenéticos y extrabiológicos.

Por otra parte, la psicología evolutiva tiende sus raíces en la teoría sexual darwinista. De acuerdo con ella, paralelamente a la selección natural, se da un proceso de selección sexual, menos severa que la primera, pues nunca termina en la muerte del menos apto y en la cual los machos compiten por las hembras más atractivas y desarrollan buena parte de su conducta en función de esta competencia, con los machos buscando fertilizar las más o mejores hembras posibles, con ellas reservando sus pocos gametos para los contactos sexuales que aseguren una mejor descendencia. Pinker explica esto de manera elocuente.<sup>9</sup> La idea es que existen dos naturalezas humanas contrapuestas y complementarias al mismo tiempo: la masculina y la femenina. Los machos, al producir continuamente una gran cantidad de gametos móviles y pequeños, por añadidura, serán quienes menos recursos inviertan por cada descendiente, en contraste con la hembra, quien además de producir muy pocos gametos (uno al mes en los humanos), tiene que invertir muchos recursos durante la gestación y más aun en el cuidado parental, con lo que su comportamiento tiene que ser mucho más reservado que el de los hombres. Estas tesis serán ampliamente analizadas en el capítulo correspondiente, lo que interesa mencionar aquí son un par de afirmaciones que pueden ser de Perogrullo, pero que tendrán una importancia capital al momento de someter a crítica las tesis sexuales de la psicología evolutiva: que esta tesis sexual, reproductivista y heterocéntrica es una de las múltiples teorías acerca de la sexualidad en general y de la humana, aunque la psicología evolutiva pretenda la subordinación de todas las demás a la suya y que la psicología evolutiva reitera, para el caso de la sexualidad y sus derivados, ese método consistente en basar sus explicaciones en la transmisión de información genética, encapsulada e impermeable a los factores extragenéticos.

<sup>9</sup> Pinker, S. (1997): *How the mind works*. Londres: Penguin, p. 464.

Ahora bien, a lo largo de la historia de la biología se ha presentado reiterada e ininterrumpidamente, la polémica entre quienes intentan comprender al mundo de lo vivo en función de una propiedad a la que se denomina “esencial” y que se va expresando en los distintos niveles de explicación del mundo vivo, y quienes prefieren optar por explicar a éste como el resultado de las interacciones y relaciones entre los distintos componentes de la organización de la materia, viva y no viva. Especialmente, a partir de la segunda mitad del siglo XX y con el desarrollo de la “molecularización” de la noción de vida, es que se lleva a un extremo la visión reduccionista del mundo y la explicación del ser humano: somos siempre producto de los genes, lo mismo cuando se habla de características morfológicas que fisiológicas o psicológicas y conductuales. Más todavía: la cultura completa es producto de los genes y sirve también al interés reproductivo. Es este un evolucionismo al que califico de *vulgar* debido a que empobrece la concepción de la evolución y la restringe a un proceso reiterativo que ocurre siempre en una sola dirección, mediante la operación de unas cuantas reglas y un mecanismo automático de variabilidad al azar y selección de las características “favorables” para la supervivencia. Un evolucionismo que echa por la borda la mayor parte de la riqueza del pensamiento evolucionista para quedarse con la parte que le conviene para estereotipar el comportamiento de los organismos de acuerdo con visiones empobrecidas, basadas en simplificaciones estímulo-respuesta y transmisiones de caracteres puntuales y fraccionadas. Esta vulgaridad alcanza su máximo al analizar al ser humano e ignorar o menospreciar la todavía mayor riqueza y multiplicidad de dimensiones que explican a esta especie y su conducta.

Pero ese evolucionismo ha estado enfrentado a un evolucionismo más sofisticado, que corre en sentido contrario; un evolucionismo que reivindica y pone el acento en la multidireccionalidad y multidimensionalidad de la materia viviente y de todos los sistemas en estudio y de su explicación. Se rechaza el mecanicismo y se adoptan distintas modalidades de interpretaciones dialécticas y holistas como formas de análisis del mundo. En el presente trabajo se toma partido por la interpretación dialéctica, pues es la que de manera más coherente puede quebrar la concepción parcelada, parcializada e inmediatezista que se presenta en el modelo cartesiano.

Como se sabe, la concepción dialéctica moderna se abre con la obra de G. W. F. Hegel en el intento de entender las leyes del pensamiento y es transformada en dialéctica del mundo material por la dupla Marx-

Engels, la cual incluye una dialéctica del conjunto del mundo natural. Esta explicación trasciende los estrechos límites inmediatos impuestos por el mecanicismo y permite ofrecer explicaciones desde la unidad y la unificación espacio-tiempo, parte-todo, causa-efecto, cuerpo-mente, que en el mecanicismo aparecen con existencias de inicio separadas. En esta unidad dialéctica se puede entender cómo a la vez que cada una de las categorías de estas dualidades existen en unidad con respecto a la otra, también existen separadas, pero relacionándose entre sí como opuestos que producen constantes síntesis, las cuales conducen al surgimiento de novedades cualitativas, emergencia de propiedades y a la formulación de nuevos principios explicativos del mundo. Es decir, la dialéctica puede ser calificada como la ciencia de la evolución, no la de las constancias y estereotipos. Dialéctica significa cambio, cambio significa ausencia de fijeza, ausencia de esencias, de comportamientos constantes. Significa visión de y desde la totalidad dinámica. Dialéctica significa interpenetración y apropiación de y entre los niveles ontológicos del mundo, así como de los niveles epistemológicos. Esta explicación debe incluir a las mediaciones entre todos esos niveles, es decir a las condiciones que permiten la interrelación, no sólo transmisiones de impulsos. Es en el análisis del movimiento y el movimiento como totalidad, la totalidad como modificación que revoluciona al mundo.

Con y por todo ello, dialéctica significa la afrenta a las ideologizaciones del mundo, con esto quiero decir, una afrenta a la suposición de que la realidad se constriñe a lo que en un momento de la historia se percibe en el mundo de la inmediatez. La realidad es también la que se encuentra oculta, escondida tras las máscaras puestas por elementos físicos, y detrás de las “obviedades”, el “sentido común” y las relaciones sociales entre clases, que son barreras ideológicas, construcciones sociales. La realidad es mediata también. La misión de la ciencia ha consistido en no conformarse con la percepción de la inmediatez y escudriñar en los ámbitos de lo que se encuentra tras el velo de lo inmediato. Uno de los defectos principales del reduccionismo, especialmente en la biología evolutiva, es precisamente que no es capaz de ver más allá de esas inmediateces y da una explicación de la realidad como si estuviera constituida sólo y plenamente por esos elementos perceptibles por los sentidos en lo inmediato, sin parar en las consideraciones históricas, es decir de los orígenes, desarrollo y relaciones de los elementos que se analizan, sin tomarlos como componentes de la totalidad o de plano sin poner el énfasis en la totalidad misma.

De esta manera, el criterio de verdad se modifica en el paso, en el tránsito del reduccionismo mecanicista a la dialéctica y la comprensión de la totalidad. Lo que parece ser verdad desde un esquema que todo lo reduce a esencias y copias o transmisiones de información, a partes inconexas o conectadas por meros pulsos, resulta ya no ser o al menos no ser completamente verdadero cuando lo que prevalece en el análisis es la relación el modelo integrativo de niveles explicativos, en vez del esencialista. Esto no quiere decir que la verdad no exista, o que sea relativa a cada sujeto descontextualizado ni tampoco que la verdad sea dogma de fe. Al contrario, defiende a la verdad y su existencia. Opino que su determinación o el señalamiento del camino o caminos para encontrarla es un problema que no puede ser separado del método de investigación que se emplea. Debe existir una correspondencia entre éste y los sistemas u objetos de estudio. Un método que sea eficaz para determinar verdades para problemas en los que intervienen pocas variables, fácilmente aislables y cuantificables, puede no serlo cuando se analiza un sistema de alta complejidad, en donde se requiere la intervención de una metodología que dé cuenta del conjunto de las relaciones entre las variables; de los cambios cualitativos (no siempre susceptibles de ser cuantificados) resultantes de sus relaciones, de las mediaciones entre los niveles de análisis. La psicología evolutiva intenta considerar diversos planos y elementos que explican la conducta humana. Ciertamente, no siempre aplica un esquema explícita y estrictamente genocéntrico, como lo hace la sociobiología, pero en muchos casos, como veremos, sí lo hace y en los demás no lo abandona, sino que lo deja implícito. Siempre termina enviando al nivel de lo adaptativo y biológico la explicación de aquella. Por decirlo así “aplana” la explicación de lo que ocurre en numerosas dimensiones y la reduce a una en aras de una simplificación, de una mejor comprensión de la conducta humana. El resultado es una seria deficiencia en el plano de la integración de las dimensiones de la conducta.

Es claro (y hasta tautológico) que existe una unidad bajo la cual se agrupan todos los individuos de *Homo sapiens*, por eso es que es una especie, no solamente en sus rasgos morfológicos y fisiológicos, sino en su comportamiento y formas de convivencia. Es clara desde luego la existencia de una relación morfología-fisiología-conducta, con rasgos universales, pues el ser humano es una especie universal en el sentido de que su relación con otros seres humanos y con la naturaleza es omní-abarcante. No obstante, pensar que en el ser humano la universalidad

sólo existe como lo general o común o que esta universalidad se aloja en alguna partícula “esencial” tiene limitaciones. Lo universal sólo existe, se puede conocer y construir como un resultado de la existencia de particularidades interactuantes. Sólo en función de la existencia de particularidades como se puede comprender la de las universalidades. En el ser humano, la particularidad es expresión concreta de lo universal, pero es también la manifestación de lo variable, de lo diferente, de la ruptura y disidencia del ser humano consigo mismo. Todo esto es precisamente parte importante de su universalidad porque constituye el fundamento de su evolución como especie. La conducta sexual, que existe en todo ser humano como expresión de su unidad (y que para la psicología evolutiva es la conducta esencial humana) es un buen ejemplo de esta interacción particularidad-universalidad y de una continua ruptura y transformación de ambas por medio de la construcción de nuevas concreciones particulares y nuevas formas de interacción que transforman la universalidad. Si no se comprende el carácter de la particularidad no se entiende el porqué de su existencia, y esto abarca al ser humano. Un estudio de universales que se queda en ese nivel, nos deja con sólo una porción del conocimiento.

En este trabajo rechazamos la tesis de que la ciencia está separada de las demás actividades humanas. La ciencia no sólo es influida por el resto de las actividades sociales sino que ejerce influencia sobre ellas. Se puede afirmar, junto con Robert M. Young, que la ciencia es relación social, es parte de la cultura misma.<sup>10</sup> La autonomía de la que goza no es mayor que la que tiene cualquier otra actividad como el arte, las humanidades, la tecnología, con respecto a las demás. Y hablar de relaciones sociales es hablar de relaciones entre clases sociales: clase dominante y clases subalternas. A su vez, hablar de clases sociales es hablar de concepciones globales del mundo, no únicamente de relaciones económicas de producción, como lo pretenden el economicismo y el marxismo vulgar. Se trata de ubicar a la ciencia dentro del contexto amplio de las concepciones económicas, filosóficas y sociológicas del mundo. Se trata de entender que la ciencia es la causa y a la vez el efecto de ciertas interpretaciones epistemológicas y ontológicas que tienen, todas, un carácter de clase.

<sup>10</sup> Young, R. M. (1977): “Science is social relations”. *Radical Science Journal* 5: 65-129; Young, R. M. (1979): Science as Culture. *Quarto* 2: 7-8; Young, R. M. (1979): Science is a Labour Process. *Science for the People* 43/44: 31-37.

Es en este complejo panorama de relaciones a distintos niveles como debemos ubicar a la ciencia en general, a la teoría de la evolución y a las polémicas que de ella surgen.

De entre estas complejas relaciones sociales y conceptuales, es muy importante tener un método adecuado para detectar la presencia de los elementos de falsedad del mundo dentro de la actividad por excelencia productora de verdades o de caminos hacia la verdad: la ciencia. Rechazo la idea de que la ciencia es una actividad en la que los elementos de falsa conciencia están ausentes o casi ausentes. No es ése un atributo inherente a la ciencia. No al menos cuando las concepciones globales del mundo están asentadas sobre bases falsas. Cuando esto ocurre, la ciencia se ve embebida en este mundo de ideología, de imposición de la idea del mundo a la realidad. De conversión de la realidad en una manifestación de mi idea y no al revés. Cuando los elementos de falsedad del mundo, es decir, los elementos de falsa conciencia o ideológicos son lo que dominan a una teoría científica, entonces lo que se desarrolla es una seudociencia. Tanto en la seudociencia como en la ciencia, el científico, o mejor dicho las comunidades científicas, proyectan en su obra la visión del mundo que atraviesa sus vidas y las de los sectores sociales con los que su mundo se identifica. El objetivo de esta investigación es mostrar justamente a la psicología evolutiva como una de las más recientes manifestaciones seudocientíficas que han ocurrido. Un producto típico que rechaza los elementos revolucionarios y en cambio se adhiere a los elementos más conservadores existentes en la teoría de la evolución

Pero, ¿cuál es el contexto en el que surge la psicología evolutiva y en qué se diferencia de los contextos en los que surgieron sus antecesoras del mundo del socialdarwinismo? Los argumentos se reiteran aunque en diferentes contextos. La sociobiología se incubó, surge y se desarrolla en la década de los años setenta del siglo XX, en un contexto “difícil” para el capitalismo. Surge en medio de un ascenso de la lucha de clases; un mundo de transformación de la cultura y de liberación de las relaciones humanas: las protestas contra la guerra de Vietnam y el caso Watergate, la rebelión juvenil que venía desde inicios de la década de los sesenta, la agitación social en países como España, Portugal y Sudamérica, y la aparejada y rabiosa reacción de la derecha con los incesantes golpes de Estado; los primeros pero firmes pasos del movimiento feminista y de liberación de la diversidad sexual. Para los sectores de la derecha de esos tiempos, se trataba de mostrar la supuesta falsedad de las aspiraciones de todos esos sectores en diferentes partes del mundo. A su manera

desafiaban los presupuestos de esta ciencia del determinismo biológico y de todos los determinismos que indicaban que el orden social no podía cambiarse. La sociobiología es la seudociencia pionera del mundo neoliberal. Forma parte de los primeros intentos a contracorriente del imperialismo, por restablecer un control social basado en la libertad del mercado. La sociobiología es a la ciencia crítica y transformadora lo que los golpes de Estado de Chile y Argentina a la lucha social o lo que la música “disco”, el *bump* y el *hustle* son a la revolución cultural-musical de los años sesenta. Representan la contraofensiva frente a un mundo que parece por un momento escapar al control imperislista. El poder capitalista no deja un solo intersticio vacío; su ofensiva es a todos los niveles. El ataque explícito que Richard Dawkins hace, en un pasaje de su célebre “*Gen Egoísta*” al Estado de bienestar,<sup>11</sup> es parte de una ofensiva generalizada tendiente a presentar a los mercados como la forma natural de organización del mundo, humano y biológico en general.

En contraste, la psicología evolutiva se desarrolla en un mundo muy distinto. Es la manifestación “científica” de un neoliberalismo hegemónico, de un sistema mercantil que ha sentado sus raíces y que parece que ha anulado definitivamente toda posibilidad de ser cambiado, toda posibilidad de revolución. Es una de las manifestaciones del “fin de la historia”. Es una seudociencia que parece confirmar la eternidad de las leyes capitalistas y del mundo burgués todo; seudociencia de esa noche negra de la humanidad que comienza con la caída del muro de Berlín y la desaparición del pésimamente llamado “bloque socialista”; de la masacre de la plaza Tian An Men; de la derrota de las revoluciones en Centroamérica; de la unidad monetaria y mercantil europea y el libre comercio de amplias regiones del mundo; seudociencia de la uniformización burguesa de la vida, y de la aculturización y amoralización de la existencia. Es la seudociencia de la misoginia y la homofobia y la de un mundo de desesperanza y abandono de las utopías. La psicología evolutiva se alza como elemento ideológico, ordenador y disciplinador de la conducta humana. Es una de las doctrinas que se acoplan a un mundo de desesperanza y vacuidad, que busca reforzarlas con un mensaje de fatalidad: los genes no permiten construir un mundo diferente. Es la confirmación de que el fin de la historia estaba predestinado en los genes de los seres humanos, en la despiadada lucha por la existencia.

<sup>11</sup> Dawkins, R. (1976): *The Selfish Gene*. Oxford: Oxford University Press, p. 117.

El presente trabajo está dividido en cinco partes: en la primera refutaremos la tesis de que la conducta humana y la cultura a la que da lugar son adaptaciones biológicas, resultados de la selección natural; en la segunda, se analiza la tendencia de la psicología evolutiva a producir patrones de normalidad y patología, dejando en claro que lo que se salga de los cánones de la conducta clasista burguesa es considerado anormal; la tercera parte de esta obra se enfoca al análisis del lenguaje que esta rama de la biología evolutiva usa; en la cuarta, se cuestionan sus concepciones de la sexualidad y las relaciones humanas, a las cuales considera invariablemente relaciones de mercado y de propiedad privada; y por último, se analizan las características de la propuesta integrativa e interdisciplinaria de la psicología evolutiva.



---

EL ADAPTACIONISMO:  
DOGMA DE FE EN LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA



Uno de los problemas epistemológicos más comunes que deben enfrentar las distintas expresiones del determinismo biológico, es la de su abuso del concepto de adaptación. Esto es muy claro en el caso de la psicología evolutiva y su tesis central: que la mente humana es una adaptación resultado de la selección natural. No queda lugar a dudas de que el concepto de adaptación ha ayudado enormemente a la resolución de innumerables problemas en biología evolutiva, pero de ello no se puede desprender su carácter universal como proceso explicativo de todo fenómeno evolutivo. Los psicólogos evolutivos, y de manera similar a la de los fundadores de la etología, como K. Lorenz y N. Tinbergen, y los sociobiólogos (quienes en su momento se adhirieron al programa adaptacionista para entender las características conductuales),<sup>1</sup> parten de la existencia de las adaptaciones como consecuencia universal de la también pretendida universal selección natural, pero no construyen una teoría de la adaptación en el caso de la mente humana. Suponen, *a priori*, que las bases de la adaptación a las características morfológicas y fisiológicas de todos los organismos no humanos, sirven para explicar las características psicológicas y culturales de los seres humanos, y es así que aceptan sin discusión las tesis adaptacionistas del darwinismo ortodoxo, pero no elaboran una teoría de la adaptación cuando se trata de abordar el nivel específico de la mente humana. Lo que hacen es partir de la base de que la teoría está ya construida desde tiempos de Darwin, que tiene aplicabilidad universal y se abocan más bien a construir una teoría de las expresiones de la adaptación para la conducta y la cultura de los seres humanos. Al partir de esa base, tampoco se ven obligados a explicar la razón de la universalidad del adaptacionismo y particularmente la razón de su aplicabilidad a la conducta de los seres

<sup>1</sup> Plotkin, H. (1997): *Evolution in mind: An introduction to evolutionary psychology*. Cambridge, MA: Harvard University Press, p. 53.

humanos. La metodología de los psicólogos evolutivos es uno más de los ejemplos de las ramas del reduccionismo biológico que acepta y defiende una concepción determinista.

### **¿Todo es adaptación? ¿Siempre?**

De acuerdo con West-Eberhardt, solamente se puede juzgar que un carácter es una adaptación cuando se tiene evidencia de que la evolución de ese carácter ha ocurrido de forma tal que lo hace más efectivo en el cumplimiento de la tarea para la que existe.<sup>2</sup> Añade que se puede hablar de la existencia de adaptaciones solamente en el caso de que existan pruebas para concluir que una característica ha evolucionado en una dirección tal que el organismo incrementa su adecuación biológica (*fitness*) de manera que se hace más efectivo en el cumplimiento de la tarea para la cual esa característica es útil.<sup>3</sup> De acuerdo con esto una adaptación no tiene sentido si no incrementa o contribuye a incrementar el éxito reproductivo. Pero el hecho de que una adaptación ayude a aumentar la adecuación biológica no implica que todo rasgo adaptativo que ayude a conferir esa alta adecuación reproductiva, tenga que ser fijado necesariamente.<sup>4</sup> Además, ¿cuándo es posible concluir que tenemos evidencia de que un carácter cualquiera ha evolucionado para hacer más efectiva su función? El problema no es simple, porque, entre otras cosas, no es posible hacer una tabula rasa y juzgar las características morfológicas de la misma manera que las fisiológicas y que las conductuales y las culturales. La evidencia de adaptación no es igual para todas ellas. Menos aun cuando el elemento subjetivo está siempre más o menos presente para valorar tal o cual carácter como una adaptación. En todo esto existen numerosos problemas epistemológicos dados por la complejidad del problema y los sistemas bajo estudio. Un carácter puede ser equivocadamente clasificado como adaptación y una auténtica adaptación puede no ser clasificada así. Por otra parte, ¿cómo mostrar las evidencias de una adaptación para el caso de características de la conducta humana? ¿Las evidencias de esto son iguales que para

<sup>2</sup> West-Eberhardt, M. J. (1992): Adaptation: Current Usages, en Fox Keller, E. y Lloyd, E.: *Keywords in evolutionary biology*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 13-18.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Lewens, T. (2009): "Seven types of adaptationism". *Biology and Philosophy* 24: 161-182.

las características morfológicas, por ejemplo el color del cabello o de la piel? Schrank señala que para que una estrategia de investigación de tipo adaptacionista en psicología evolutiva sea viable, la especificidad de adaptaciones de este tipo querría decir que una proporción relativamente grande de los mecanismos cognitivos puede exhibir la evidencia de un diseño especial, porque de otro modo tales mecanismos podrían ser atribuibles a otro proceso evolutivo.<sup>5</sup>

Una característica cualquiera es una adaptación si se ha mantenido en una población en vista de que cumpla una función por medio de la selección natural.<sup>6</sup> Por exclusión, un rasgo, por importante que pueda ser, que sea una consecuencia de la física o la química, no tiene que ser una adaptación. Futuyma pone en este sentido el ejemplo de un pez volador, que, teniendo algunas estructuras que le permitan salir del agua para escapar de la predación, tiene que volver a ella no como adaptación a la respiración sino por efecto de la gravedad. De manera similar, el color rojo de la hemoglobina no es una adaptación, sino un resultado secundario de la estructura de la hemoglobina,<sup>7</sup> si ese color rojo cumple alguna función en la supervivencia de quien posea sangre con hemoglobina, no es el resultado de la selección natural ni de la adaptación.

Se pueden encontrar ejemplos análogos en los procesos mentales humanos. La parte de la conducta humana que se deriva de la capacidad de ver, de percibir formas, colores e intensidades de luz es tan compleja que en un momento de la historia humana, se autonomiza grandemente del órgano de la visión: el ojo, sin duda alguna un resultado de la adaptación y la selección natural. La pintura es una actividad artística para la cual es indispensable ese órgano de la visión, pero tiene ya una naturaleza tan compleja, una creatividad tal que no se puede decir que se deba a la presencia del ojo. El ojo mismo poco tiene que hacer en el proceso de la creación visual propia de la pintura aunque para pintar sea necesario ver. El ojo no toma decisiones, no construye patrones estéticos; no abstrae. Podemos complejizar aún más el punto poniendo otros ejemplos de artes visuales como la fotografía o el cine; actividades artísticas visuales todas, tienen entre sí una naturaleza y técnicas

<sup>5</sup> Schrank, J. C. (2002): "Where are all the genes?" *Behavioral and Brain Sciences* 25: 527-528.

<sup>6</sup> Futuyma, D. J. (1998): *Evolutionary biology*, 3a. ed. Sunderland, MA: Sinauer Associates Inc. Publishers, p. 355.

<sup>7</sup> *Ibid.*

de desarrollo muy distintas, para las cuales son necesarias habilidades, técnicas y sobre todo sensibilidades cualitativamente distintas dentro del propio ser humano. Corresponden a periodos también distintos del desarrollo tecnológico-cultural humano. Ninguna especie, por potente y fino que tenga el órgano de la visión, ha desarrollado actividades que superen a sus movimientos y conductas estereotipadas y repetitivas a lo largo de miles y miles de años, millones incluso.

Lo que se puede distinguir en esta primera aproximación crítica al adaptacionismo de la psicología evolutiva, es que lleva a cabo una aplicación superficial del principio de continuidad en el análisis de la evolución. Sabemos que Darwin afirmó que como en la naturaleza no se dan saltos bruscos, la evolución se lleva a cabo por medio de variaciones muy leves e imperceptibles de una generación a otra.<sup>8</sup> La aparición de nuevas variedades y especies se lleva a cabo después de que miles de generaciones han sufrido esos imperceptibles cambios. La utilidad de este principio en esta teoría no se pone en tela de juicio; sin embargo, aparecen numerosos problemas en el momento en que el evolucionismo vulgar plantea una falsa disyuntiva entre esta continuidad y los cambios cualitativos en la evolución. El continuismo evolucionista estricto no alcanza a distinguir que en los hechos la evolución se lleva a cabo, por lo general, en varios planos, y que éstos son cualitativamente distintos, y por ello pretende unificar la explicación y el discurso acerca de las adaptaciones como si todas correspondieran a un mismo nivel de comprensión y explicación, como si los rasgos morfológicos fueran de la misma naturaleza que los fisiológicos y sobre todo que estos dos fueran en principio iguales que los conductuales en insectos y vertebrados y, ya al arribar al análisis del ser humano, que sus características culturales siguieran ese continuo que las unificaría con todas las anteriores. En resumen: que dado que toda característica es, en última instancia, un producto de la evolución, no se pueden explicar discontinuidades. Éste es un manejo ingenuo y poco elaborado del principio de continuidad.

Ya desde 1976, mucho antes de la aparición de la psicología evolutiva, Lewontin<sup>9</sup> advirtió este problema al señalar esta confusión en los sociobiólogos y los etólogos; confusión que se extiende a la psicología evolutiva al ser ésta también una reedición del pan-adaptacionismo

<sup>8</sup> Darwin, C. (1964) [1859]: *The origin of species*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 84, 95-96, 108.

<sup>9</sup> Lewontin, R. C. (1976): "Adaptation". *Scientific American* 239: 156-169.

contemporáneo. Cuando menos desde ese entonces, Lewontin subrayó lo problemático que resulta transferir automáticamente los conceptos derivados de cierta experiencia social humana para explicar la conducta de los animales, y desde luego explicar la naturalidad de la conducta humana en función de principios (humanizados) de conducta animal.

Con todo esto entramos en el problema de cómo saber cuándo un carácter cualquiera es una adaptación. Sober señala la imposibilidad que en ocasiones se presenta, de probar que tal propiedad o rasgo de un ser vivo sea una adaptación.<sup>10</sup> Y éste es el caso de la sociobiología y de la psicología evolutiva. Sus partidarios no demuestran el carácter adaptativo de las características conductuales y culturales que a estas disciplinas les interesa mostrar. Este carácter surge de una declaración de que así es.

El hecho de que existan claras adaptaciones, demostrables fácilmente, no quiere decir que toda característica lo sea. En todos los casos en los que el término se usa, se distingue un sesgo o componente constructivista muy fuerte. No hay, en última instancia, un criterio claro para afirmar que literalmente, tal o cual característica de un organismo sea una adaptación que el organismo y progenie buscan. Además, las hipótesis sobre la adaptación de una cierta característica, como toda hipótesis, tienen que ser falsables. No podemos probar una hipótesis acerca de la adaptación cuando ésta es tan flexible como para hacer que cualquier dato la apoye,<sup>11</sup> y esto es lo que sucede con el adaptacionismo y con la psicología evolutiva, como parte de ese programa: siempre en busca de una explicación, por forzada que sea, para presentar todas las características como adaptaciones, sean las que sean.

Por ejemplo: Steve Pinker relata que el hecho de que los hombres tengan testículos más pequeños que los chimpancés en comparación con el tamaño de su cuerpo, pero más grandes que los de los gorilas y gibones, de lo cual se desprendería que las mujeres en tiempos ancestrales no eran muy promiscuas aunque tampoco monógamas.<sup>12</sup> Los hombres necesitarían tener un tamaño de testículos suficientemente grande como para atender las necesidades de mujeres con una actividad

<sup>10</sup> Sober, E. (1996): "Six sayings about adaptationism", en Ruse, M. y Hull, D. L. (eds. 1998): *The philosophy of biology*. Oxford: Oxford University Press, pp.72-86.

<sup>11</sup> Lamunyon, C. W. y T. K. Shackelford (2002): "Evolutionary analyses should include pluralistic and falsifiable hypothesis". *Behavioral and Brain Sciences* 25: 522-523.

<sup>12</sup> Pinker, S. (1997): *How the mind works*. Londres: Penguin, p. 468.

sexual media en comparación con las de los chimpancés por un lado o por el otro con los gorilas y gibones: una adaptación. Pero nada está demostrado. Un sesgo ideológico permea todo el razonamiento y llega a conclusiones abusivas sobre la adaptación y sobre la sexualidad humana. ¿Forzosamente se tiene que buscar una explicación adaptacionista para todo carácter? ¿Toda adaptación humana tiene que estar en función de su actividad sexual? ¿Todo comportamiento sexual humano tiene que ser explicado en función de la reproducción biológica y los recursos invertidos en ella?

Pinker explica:

Nuestros pensamientos y sentimientos están adaptados a un mundo en el que el sexo conduce a los bebés, ya sea que queramos o no engendrarlos ahora. Éstos están adaptados a un mundo en el que los niños eran un problema para las madres, no para los padres.<sup>13</sup>

No entraré por el momento a discutir el carácter sexista de las palabras anteriores. En otro capítulo se discutirá eso. Lo que me interesa mostrar aquí es la manera ligera y abusiva con la que se utiliza el término “adaptación”. Clara y diáfana, Pinker pasa de caracterizar al testículo humano como una adaptación a afirmar que los sentimientos y pensamientos humanos también lo son. Si del tamaño testicular, un rasgo anatómico discreto, limitado y estable, no se puede afirmar que sea una adaptación debida a una imaginaria conducta ancestral del sexo femenino, menos aún se puede afirmar algo similar cuando se refiere uno a pensamientos y sentimientos, porque tendría que demostrarse el carácter biológico de los mismos para aplicarle los principios darwinistas, mostrar cuál ha sido la unidad de selección en la que pensamientos y sentimientos se han seleccionado. No basta decir que es el cerebro o una parte del mismo, Pinker se refiere a productos humanos de ese cerebro, como pensamientos y sentimientos. Y esos no tienen ni la estabilidad ni la discreción ni la extensión ni la delimitación de un testículo.

En el mismo sentido, y sin apartarnos del campo de los aparatos genitales humanos, se afirma que en los individuos de sexo masculino, un pene largo puede representar ventajas adaptativas porque el individuo que lo posee es más eficaz en la competencia por esperma, dado que

<sup>13</sup> *Ibid.*

puede introducir el suyo propio más al fondo de la vagina de la mujer, que un individuo que lo tenga corto.<sup>14</sup>

Muy aparte por el momento, de la concepción falocrática de opiniones como ésta, que son la base de formas misóginas de dominación y sometimiento, que dan lugar a fantasías de todo tipo, y a las cuales nunca se les ha probado su raíz natural ni su justificación moral, lo que se debe exigir a cualquier persona que sostenga estas tesis, basándose en la teoría darwinista de la evolución, es que presente datos que muestren un incremento en la proporción de individuos con pene largo en relación con los de pene corto a lo largo del tiempo de existencia del *Homo sapiens* sobre la Tierra. Dicho de otro modo, ¿se puede mostrar una dirección evolutiva en la que el pene humano haya aumentado de tamaño a lo largo de su historia y por medio de procesos de selección natural? ¿Se puede mostrar una dirección correspondiente que muestre cambios conductuales (que impliquen algo más que una vanidad falocrática personal) relacionados con la longitud del pene? Exigir estas pruebas es exigir el cumplimiento del ABC en las reglas metodológicas del darwinismo. Si no es así, la afirmación de los autores citados cae en el reino de la especulación y no será una explicación científica ni evolucionista.

Un interesante caso implicado en el análisis panadpoatacionista de la sexualidad humana es el de la violación. Thornhill y Thornhill han abordado el problema y sostienen:

¿Por qué la selección ha favorecido a las hembras que no consienten en y pueden resistirse a la copulación bajo ciertas circunstancias? La respuesta general es probablemente que la violación fue desventajosa para nuestros ancestros hembras —esto, es, en términos evolutivos, la violación redujo la adecuación inclusiva o el potencial para la propagación genética de las hembras durante la historia evolutiva.<sup>15</sup>

De las anteriores palabras parece que los autores no comprenden el ABC de lo que es una violación. Cuando una violación a una mujer

<sup>14</sup> Shackelford, T. Pound, N., Goetz, A. T. y C. W. Lamunyon (2005): "Female Infidelity and Sperm Competition", en Buss, D. M. (ed.): *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ., John Wiley & Sons, pp. 373-393.

<sup>15</sup> Thornhill, N. W. y Thornhill, R. (1990): "An evolutionary analysis of psychological pain following rape: I. The effects of victim's age and marital status". *Ethology and sociobiology* 11:155-176, preproducido en Betzig, L. (1997, ed.): *Human Nature: A Critical Reader*. Oxford University Press, pp. 225-240.

tiene lugar, la víctima no puede resistir ser violada. En ello no puede existir una ventaja selectiva para situaciones que no tienen lugar. Una mujer puede resistir el *intento* de violación, y su resistencia puede, en ocasiones, tener éxito, pero no puede resistirse a la violación. Ésta consiste precisamente en quebrar la resistencia de la víctima.

Una segunda muestra de la ignorancia de los autores sobre el tema de la violación se presenta cuando se afirma que la violación es desventajosa “para nuestros ancestros hembras” porque reduce la adecuación. Pero entonces no se explica la razón por la cual el sujeto violador (macho) buscaría un apareamiento forzado con una determinada pareja, si ese apareamiento va a acarrearle también a él una reducción de su adecuación. Ni siquiera dentro de las reglas de la psicología evolutiva se puede comprender esto. Por otra parte, la psicología evolutiva acepta que es en la institución matrimonial, donde se busca la mejor situación para elevar la adecuación, pero se ignora que la violación es un acto que se lleva a cabo en la relación matrimonial con una gran frecuencia, que usualmente no es denunciada y permanece silenciada. Esto no estrictamente entre cónyuges, pues además existen las violaciones de padres a hijas e hijos y entre hermanos.

Finalmente, con esta obsesión y limitación reproductivista que caracteriza e estos autores, se mantiene la errónea idea de que en la violación, el violador actúa por un interés reproductivo y de incremento de su adecuación. Ello le impide, entre otras cosas, explicar los tipos de violación que no pueden desembocar en producción de progenie: violaciones a niñas, a hombres por otros hombres, a ancianas, violaciones lésbicas. E impide distinguir el fuerte componente sádico y de ejercicio de un poder ilimitado del violador sobre su víctima. Eso es lo que explica la violación. Es lo que explica que las mujeres que son secuestradas y obligadas a ejercer la prostitución, se les viole sistemáticamente antes de “iniciar” su trabajo, en el cual, por cierto, es importante que no queden embarazadas a fin de no interrumpir su labor como sexo servidoras. Por lo demás, no es posible explicar las sistemáticas violaciones de los integrantes de cuerpos de seguridad o ejércitos en contra de mujeres de territorios conquistados o de sectores sociales reprimidos. ¿Qué interés reproductivo podría haber estimulado las violaciones masivas en San Salvador Atenco en mayo de 2006, durante la brutal intervención policiaca en esa localidad? ¿Qué interés de elevación de los niveles de adecuación pudo haber movido a los torturadores de las dictaduras latinoamericanas de las décadas pasadas a violar a las mujeres presas

cuando se sabía que en la mayoría de los casos iban a terminar siendo asesinadas? ¿Qué explicación ofrece la psicología evolutiva para todos estos casos?

Bien, retornemos a Pinker, se observa que él respeta enteramente la propuesta genocéntrica de la sociobiología cuando afirma: “*La meta última para la que la mente fue diseñada es la de maximizar el número de copias de los genes que la crearon*”.<sup>16</sup> Se identifica con la tesis central de Richard Dawkins, para quien los individuos son solamente vehículos sin voluntad propia que sirven para propagar los genes.<sup>17</sup> Pinker se distancia aparentemente de un determinismo y un adaptacionismo estrictos al afirmar: “*Decir que la mente es una adaptación evolutiva no quiere decir que todo comportamiento es adaptativo en un sentido darwiniano*”<sup>18</sup> y añade:

...la selección natural no actúa como un titiritero que jala las cuerdas de la conducta de manera directa. Más bien actúa diseñando el generador de la conducta, el paquete de mecanismos de procesamiento de información y persecución de metas al que se llama mente.<sup>19</sup>

Este punto de vista no es nuevo. Predomina en muchas versiones del biologicismo al menos desde que C. Lumsden y E. O. Wilson (cediendo a muchas de las críticas hechas a la sociobiología por su determinismo estricto mostrado en las primeras obras de este último),<sup>20</sup> aceptaron que la conducta humana se explica por medio de interacciones genes-cultura, pero con una prioridad genética que en los hechos coloca en un lugar muy secundario a la cultura como factor de explicación de la conducta humana.<sup>21</sup> Pinker, siguiendo esta línea epigenética, establece que existen esas bases fundamentales de la organización mental, a partir de las cuales se derivan los comportamientos particulares, muchos de ellos no adaptativos estrictamente.

Pinker explica que en la mente humana encontramos aspectos no adaptativos desde el nivel neuronal hasta actividades complejas

<sup>16</sup> Pinker, S (1997): *How the mind works*. Londres: Penguin, p. 43.

<sup>17</sup> Dawkins, R (1976): *op. cit.*, p. V

<sup>18</sup> Pinker, *op. cit.*, p. 41

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>20</sup> Wilson, E. O. (1975): *Sociobiology: The new synthesis*. Cambridge, MA: Harvard University Press. Wilson, E. O. (1978): *On human nature*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

<sup>21</sup> Lumsden, C. y Wilson, E. O. (1981): *Genes, mind and culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

como “*arte, música, religión o sueños*”, pero, afirma, se puede decir, que “*Las principales facultades de la mente muestran el trabajo de la selección*”.<sup>22</sup> Pero, ¿en qué sentido lo juzgado como no fundamental es en realidad así? Pinker jerarquiza las funciones de la mente de manera que viene a ser fundamental lo que para él es evidentemente selectivo y, por ello, adaptativo, pero sin hacer ninguna consideración sobre el peso decisivo que actividades complejas como las cuatro que él enlista tienen en el ser humano. Si se viera de ese modo, se podría construir un razonamiento que fuera en sentido contrario al de Pinker: El grueso de características mentales tales como el arte, la música, la religión, los sueños (o la racionalidad o la política o los afectos); aunque no muestren el trabajo de la selección natural, y por ello no sean adaptativas, son aquellas que le dan contenido concreto a la existencia social y cultural humana. El sutil matiz de Pinker no contradice la concepción adaptacionista general de la psicología evolutiva, menos aun si se considera que Pinker mismo, unas cuantas líneas atrás, expresa que: “*La selección natural permanece siendo la única teoría que explica cómo la complejidad adaptativa... puede surgir...*”<sup>23</sup>

Su convicción adaptacionista lo lleva a extender al plano de las emociones humanas su metáfora mecanicista-ingenieril, calificándolas de módulos en un programa de computación que laboran junto con el intelecto para hacer funcionar la mente,<sup>24</sup> es decir, algo como lo que Ingold denomina una “*arquitectura cognitiva prefabricada*”,<sup>25</sup> propia de sistemas de computación y registro de datos. La mente humana no es este tipo de estructura, en la medida en que la mente elabora sus propias instrucciones de funcionamiento en cada individuo, en muchos, quizá en todos los momentos de su vida, y lo extiende a la sociedad. Es un proceso de “*redescubrimiento guiado en el que lo que cada generación le contribuye a la siguiente no son reglas y representaciones para la producción de un comportamiento adecuado, sino las condiciones específicas bajo las cuales los sucesores, creciendo en un mundo social, son capaces de construir sus propias aptitudes y disposiciones.*” Y esto es especialmente adecuado para la descripción y análisis de las emociones humanas, en las que su variabilidad

<sup>22</sup> Pinker, S., *op. cit.*, p. 174.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 370.

<sup>25</sup> Ingold, T. (2001): “From complementary to obviation: On dissolving the boundaries between social and biological anthropology, archaeology and psychology”, en Oyama, S, Griffiths, P. E. y Gray, R. D. (eds.): *Cycles of contingency: Developmental systems and evolution*. Cambridge, MA: MIT Press, pp. 255-279.

y complejidad resultan imposibles de comprender dentro de un modelo computacional.

Para Pinker no existen las emociones como fuentes de la felicidad, la sabiduría o los valores morales. Solamente se les puede entender como adaptaciones y, como tales, existen para propagar copias de los genes, para hacer que éstos sobrevivan.<sup>26</sup> Las emociones son, en contraposición a lo expresado arriba por él mismo, marionetas manejadas por el titiritero: el gen, para servirlo produciéndole copias. Más allá de esto, el concepto de “emoción” como adaptación al medio se maneja de ese modo porque así a su vez puede adaptarse a un modelo lineal, cuantitativo y cuantificable, medible, estable y predictivo del comportamiento.

Pinker retoma el hilo determinista dawkinsiano cuando establece sin lugar a dudas que “*Lo que es egoísta no son los motivos reales de la persona, sino los motivos metafóricos de los genes que construyen a la persona.*” Con lo cual reafirma que el gen es la unidad única con voluntad e intereses propios. En realidad la conciencia vive un estado de engaño y de subsumción permanente con respecto a la única conciencia verdadera que existe: la conciencia genética. El gen se las arregla para construir un cerebro y una mente que respondan a sus motivos específicos, dirigiendo la mente para que los respete. La mente parece funcionar autónoma, independientemente con respecto al gen. La mente, siendo un producto del gen que sirve para reforzar su egoísmo genético, haciéndose pasar por una entidad aparte de éste. Los genes construyen el cerebro y luego éste hace ya las cosas por sí mismo, los genes se retiran y “*Viven en un universo paralelo, dispersos en los cuerpos, con sus propias agendas.*”<sup>27</sup>

Por estas razones debemos ser cautos en cuanto a la validez de la aplicación del concepto de adaptación al usarlo para analizar la conducta humana. La diversidad de manifestaciones que ésta presenta —las cuales serían suficientemente amplias como para abandonar la idea de *una conducta* humana y en realidad sustituirla por la idea de *las conductas*, hacen que el concepto de adaptación entre en terrenos difíciles debido a la dificultad para definir para qué existe tal adaptación.

Autores como Goldsmith y Zimmerman presentan el término “conducta” de manera general, pero advierten prudente y acertadamente que hay una diferencia con la anatomía y la fisiología, aunque todas

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 401.

son el resultado de una o más adaptaciones. Estos autores aclaran: la anatomía es ante todo, *estructura*, la fisiología es *función* y la conducta o comportamiento es *actividad*,<sup>28</sup> pero a pesar de señalar estas particularidades, no se ven conducidos a argumentar en términos distintos a los del reduccionismo clásico y afirman, dentro de un esquema pan-adaptacionista:

Las actividades conductuales son dirigidas por sistemas nerviosos... Los genes dotan de la información necesaria para la operación de los sistemas nerviosos... De esta manera nuestra respuesta a la pregunta es un 'sí' calificado: las conductas pueden ser pensadas como adaptaciones en las que la estructura del cerebro, subyacente a la conducta, ha sido moldeada por la selección natural.<sup>29</sup>

Y con estas tesis también se apoyan en la concepción esencialista y reduccionista. Es la forma de sentido común en la que este esencialismo se expresa. La conducta está dirigida y controlada a partir de los sistemas nerviosos, y éstos se controlan y originan por, en y a partir de los genes. Las propiedades de los genes, tanto en forma, como en función y actividad, se transmiten íntegra y linealmente a los sistemas nerviosos y de ellos van hasta la conducta. La diferencia entre la estructura, la función y la actividad es espacial y formal, no de cualidades. Ya que la psicología evolutiva argumenta la existencia tanto de una constancia histórica en los procesos de determinación de conductas como de una constancia en la determinación de los caracteres anatómicos, fisiológicos y conductuales, se requiere dar una explicación del contraste entre la flexibilidad conductual y la rigidez anatómico-fisiológica. Los psicólogos evolutivos no atienden a esto, pero responder a esta interrogante es encontrar el punto o puntos de inflexión, los umbrales que señalan los cambios cualitativos de la unidad a la diversidad; de la constancia a la infrecuencia y a la versatilidad; de la continuidad a la ruptura. Resulta problemático postular una determinación biológica que produce caracteres tan constantes y también otros tan flexibles y no dar una explicación de cómo es que este cambio ocurre. En el tránsito de la estructura y función a la actividad se opera el cambio de la constancia y rigidez a la flexibilidad.

<sup>28</sup> Goldsmith, T. H. y Zimmerman, W. F. (2001): *Biology, evolution and human nature*. Nueva York, John Wiley & Sons Inc., p. 248.

<sup>29</sup> *Ibid.*

El discurso adaptacionista frecuentemente incurre en un lenguaje metafísico y apreciablemente mistificado. Un ejemplo de esto es la expresión usada por Schmitt cuando dice que, de acuerdo con diversos estudios humanos en primates, los humanos “*están diseñados para la monogamia*”.<sup>30</sup> Esta forma de decir las cosas, expresa que el *Homo sapiens*, como cualquier otra especie, tiene un origen externo a él, es decir, que algo que no es ninguno de los sujetos ni poblaciones de esta especie, le ha impuesto las condiciones para su “diseño final”, y el diseño final mismo. Condiciones en las que los individuos o poblaciones que dieron origen a esta especie no desarrollaron ninguna actividad y de este modo, algo a lo que se puede llamar selección natural, habría tomado una decisión acerca de la simultaneidad o no de parejas sexuales que debe el ser humano tener; que esa decisión fue acertada porque le dio al humano una adaptación y por tanto una elevación de su adecuación. Pero expresado de esta manera, no sólo se reitera esta visión fragmentadora del proceso evolutivo en la cual el organismo no desarrolla una actividad, sino que además la explicación adquiere un matiz metafísico, un enfoque que asigna siempre a factores externos y ajenos a los sujetos de la evolución, los cambios que experimentan éstos y sus descendientes; factores cuya existencia es incorroborable. Se puede preguntar justificadamente ¿quién o qué fue lo que diseñó al ser humano para la monogamia (o para cualquier otra cosa)? Estos abusos del discurso adaptacionista acercan la explicación de las causas fundamentales del proceso evolutivo a misteriosos agentes “diseñadores”, cuya existencia no se puede comprender, ni corroborar ni falsar.

La falta de evidencia de la mente humana como una adaptación es mostrada también por Tooby y Cosmides. Ellos se apoyan en la afirmación de Williams de que las adaptaciones se reconocen por la “*evidencia del diseño especial*”,<sup>31</sup> es decir, reconociendo algunos rasgos del diseño típico de un organismo “*como componentes de una maquinaria especial para*

<sup>30</sup> Schmitt, D. (2005): “Fundamentals of human mating strategies”, en Buss, D. M. (ed.): *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ, John Wiley & Sons, Inc., pp. 258-291.

<sup>31</sup> Williams, G. C. (1966): *Adaptation and natural selection: A critique of some current evolutionary thought*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, citado en Tooby, J. y L. Cosmides (1992). “The psychological foundations of culture”, en Cosmides, L., Tooby, J. y J. H. Barkow: *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*. Nueva York: Oxford University Press, p. 62 (los autores no citan la página de la que toman la frase de Williams).

la resolución de problemas”,<sup>32</sup> refiriéndose con esto a problemas de largo plazo. Lo que Tooby y Cosmides no logran mostrar es cómo se sabe y se concluye cuando algo es una “evidencia” de ese “diseño especial”. El criterio no es inútil, pero lo que no sirve es hacer la tabla rasa que ellos hacen, repito, pensando que todo tipo de características de los seres vivos y de los seres humanos tienen el mismo nivel o estatus ontológico, y por lo tanto a cualquiera de ellas se le puede aplicar ese criterio epistemológico. Más aún, de pensar que una característica cualquiera es adaptativa porque ellos le encuentran o más bien le asignan una *evidencia de diseño especial*, con lo cual invierten el orden de su propio sistema, pues primero asignan el papel de la adaptación que ellos piensan que es, en función del diseño de la característica que observan y después deciden que aquella es una adaptación, pues su diseño lo está evidenciando.

Se asevera que el enfoque adaptativo ofrece la explicación de por qué la *unidad psíquica humana* es genuina; que ésta explica por qué existe una uniformidad interindividual, y que si no fuera por este patrón conductual de naturaleza adaptativa la *unidad psíquica* sería una ficción.<sup>33</sup> Desde este momento se vislumbra que el problema de estas aseveraciones, y que alcanza al conjunto de la psicología evolutiva, es el de la imprecisión de su lenguaje (problema al cual se le dedica un capítulo posterior). No están definidas claramente ni *unidad psíquica* ni *uniformidad interindividual*. Existe, en efecto, una forma y una función de la mente comunes a todos los seres humanos, pero de ahí no se deriva una “unidad psíquica”, pues este término se refiere a la conducta. Ahí la “unidad” es más discutible, al menos por el hecho de que nos encontramos en un nivel de análisis cualitativamente distinto al morfofisiológico.

Ésta es la manera en la cual se construyen e introducen los conceptos ideológicos. Se plantea la tesis de que debe existir una *unidad psíquica*, presumiéndose esto a partir del hecho de que todos los seres humanos somos seres biológicos. Se busca luego, mediante conteos estadísticos cómo los comportamientos humanos parecen coincidir en un contexto concreto; con ese mismo lenguaje vago e impreciso se fuerzan tales comportamientos a mostrarse como parecidos o iguales en contextos distintos, y que así también son forzados a mostrarse en el fondo como iguales. Se encuentra entonces la “unidad” y los conceptos

<sup>32</sup> Williams, G. C. (1985): A defense of reductionism in evolutionary biology. *Oxford surveys in evolutionary biology* 2: 1-27, citado en Tooby, J. y L. Cosmides (1992), *op. cit.*, p. 62.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 79.

se abstraen y generalizan. Pero el procedimiento está viciado de origen por dos afirmaciones que se toman como hechos incontestables: 1) tiene que existir una universalidad de comportamientos, y 2) Estos tienen una base biológica, porque biológico es todo ser humano.

De manera que cuando se parte de premisas como éstas, se va a buscar lo que ya se quiere de antemano encontrar. La *unidad psíquica* se refiere a los comportamientos que de antemano se han aceptado como universales. No se cuestiona si hay universalidad (y unidad) ni cómo se forma en el transcurso de la historia, en especial de una historia no estrictamente biológica.

### **Una mente que no cambia y una explicación insuficiente**

La falta de evidencia de la psicología evolutiva sobre el carácter adaptativo de la conducta humana, se evidencia cuando los defensores de aquella se ven incapacitados para definir cuáles son o fueron las características rivales contra las que compitieron las presuntamente vencedoras. Los psicólogos evolutivos afirman que la mente humana, con las características actuales, se formó durante el Pleistoceno. Pero no ofrecen pruebas de las formas alternativas de conducta que fueron desechadas por la selección natural. Esto es una omisión grave, pues no es posible hablar de selección natural si no quedan, al menos esbozadas, las características mentales no seleccionadas. Y hablo de características mentales y no de las cerebrales porque es la psicología evolutiva la que sostiene que es la mente la que se adaptó. En el caso de las afirmaciones de Pinker acerca de las adaptaciones de pensamientos y sentimientos puede preguntarse uno: ¿Qué pensamientos y sentimientos, en tanto estados mentales, alternativos a los que hoy se tienen —cualesquiera que sean— fueron los no seleccionados? Se puede hablar de adaptación a situaciones particulares o a la totalidad de las situaciones que hacen a un ambiente específico cuando tenemos ambientes o situaciones alternativas para las cuales el organismo podría estar menos adaptado o cuando existe un conjunto de formas orgánicas distintas poco adaptadas a ese ambiente.<sup>34</sup> Esto siempre se tiene que tomar en cuenta. No sólo es un

<sup>34</sup> Fisher, R. A. (1930): "The nature of adaptation", en *The genetical theory of natural selection*. Oxford University Press. Reimpreso en Ridley, M. (ed., 1997): *Evolution*. Oxford: Oxford University Press, pp.112-115.

razonamiento lógico coherente, pues lo adaptado no puede existir y no se puede comprender si no es en función de lo no adaptado; además, es una guía para comprender hasta qué punto puede afirmarse que una cierta característica es una adaptación. Si bien no es posible tener una idea de cómo se comportarían organismos de diferentes características en contextos hipotéticos distintos, sí puede haber una idea, aunque no sea acabada, de cómo diferentes organismos se comportan en un mismo contexto de adaptaciones.

Ninguna adaptación selectiva puede llevarse a cabo en ausencia de una competencia entre individuos, poblaciones o alelos, de diferentes características. ¿Se tendría alguna idea, aunque fuera vaga, de cuáles fueron las características que resultaron vencidas en esa competencia? ¿Se extinguieron o aún hay trazas de ellas? Más aún, ¿la totalidad de las situaciones que constituyen el ambiente en el que se formó la mente humana es constante a partir de ese tiempo, de manera que no hay necesidad de hablar de cambios conductuales generales desde aquella época? ¿Se trata pues, de un único medio al cual la mente humana de todas latitudes, culturas y épocas, responde adaptativamente manteniendo constantes sus comportamientos? ¿Cuál es la evidencia de que la mente humana se formó en ese periodo y no un poco antes o después? ¿Cuáles eran en ese momento las presiones de alimentación y predación? ¿Existía ya en ese momento una división del trabajo? ¿Los sistemas humanos de apareamiento evolucionaron durante cuanto tiempo? ¿Ya no evolucionan? Preguntas como éstas son planteadas por Anne Fausto-Sterling.<sup>35</sup> Además, como lo subraya J. A. Simpson, los cambios conductuales y psicológicos pudieron haber evolucionado debido a ambientes cambiantes con presiones contrapuestas o compensatorias sobre distintos rasgos.<sup>36</sup> ¿Qué es lo que haría pensar que nada de esto ha sucedido desde el Pleistoceno? Todas estas preguntas están pendientes de ser respondidas desde la psicología evolutiva. Sería factible, si se especificaran más sus razones, pensar que desde aquel periodo no ha habido cambios ambientales que a su vez dispararan un cambio en las estrategias reproductivas humanas, pero tal tesis tendría que enfrentar

<sup>35</sup> Fausto-Sterling, A. (2001): "Beyond difference: Feminism and evolutionary psychology", en Rose, H y Rose, S. *Alas Poor Darwin: Arguments against evolutionary psychology*. Londres: Vintage, pp. 174-189.

<sup>36</sup> Simpson, J. A. (2002): "From exploration to justification: The importance of 'special design' evidence". *Behavioral and Brain Sciences* 25: 528-529.

el hecho de la omnipresencia humana sobre la Tierra, con toda su diversidad climática, biológica y ecológica, que sí ha permitido y propiciado una evolución social rápida, diversa y multidireccional. La psicología evolutiva no admite ninguna traza de evolución de estas estrategias, desde el Pleistoceno, en ninguna población humana.

Futuyma explica que una diferencia en las adecuaciones entre distintos fenotipos no es una diferencia causada por el azar, dado que la selección natural misma es la antítesis del azar.<sup>37</sup> La selección natural actúa sobre fenotipos con diferentes adecuaciones biológicas. Bien, la psicología evolutiva no puede ignorar esto y, sin embargo, no da cuenta de cuáles diferencias (fenotípicas) en adecuación existieron en la mente pleistocénica. Más aún, la adecuación no puede ser calculada para un solo gen, organismo o población; más bien es la medida de un promedio de un conjunto de genes, organismos o poblaciones.<sup>38</sup> Esta aseveración significa que la adecuación es el resultado de las relaciones entre características genotípicas-fenotípicas en un nivel intrapoblacional. Se puede, en este marco, saber cómo es que el *Homo sapiens* logró un nivel de adecuación mayor que otras especies de homínidos por causa de la formación de un cerebro distinto, pero con el procedimiento señalado por la psicología evolutiva no se puede decir mucho acerca de la mente, pues implica la presencia de estados de ánimo y construcciones sociales.

El mismo Futuyma, al sintetizar las distintas definiciones de adaptación existentes, las divide en dos grandes campos: las que se refieren al proceso de adaptación, es decir, al devenir de los organismos adaptados, llamadas definiciones históricas, y las que aluden a los rasgos de los organismos que les permiten incrementar su éxito reproductivo en un momento dado, denominadas ahistóricas. A pesar de sus diferencias, todas ellas concuerdan en que un rasgo adaptativo, para que lo sea, debe incrementar la adecuación en comparación con otros rasgos alternativos, o sea presentes en otras variedades.<sup>39</sup> Quienes defienden puntos de vista “ahistóricos” (como es el caso de Reeve y Sherman),<sup>40</sup> lo que hacen es considerar una variante que, en un momento dado se sitúe entre varias posibilidades simultáneas y que sea la que lleve a un individuo a lograr

<sup>37</sup> Futuyma, D. J. *op. cit.*, p. 350.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 354.

<sup>40</sup> Reeve, H. K. y P.W. Sherman (1993): “Adaptation and the goals of evolutionary research”. *Quarterly Review of Biology* 68: 1-32, citado en Futuyma, *Ibid.*

una mayor adecuación. Aquí la adaptación es vista desde la comparación espacial, aunque no sea una consideración propiamente histórica de algún proceso de adaptación. Las definiciones “históricas” (Harvey y Pagel)<sup>41</sup> no toman en cuenta las características alternativas simultáneas para las cuales se selecciona una de ellas, pero sí ponen el acento en el desarrollo de organismos, poblaciones o especies que se adaptan.

Se señala que para un adaptacionismo histórico, una población poseedora de una cierta característica, en su hábitat, debe haber llegado, por medio de la selección natural, al punto que ocupa, pero si no tenemos un registro del proceso, no podemos saber nada del camino que siguió hasta la situación presente.<sup>42</sup> La psicología evolutiva, a pesar de sostener el carácter adaptativo de la mente, no ofrece un enfoque histórico de la supuesta adaptación. Una mente que viene evolucionando de tiempo atrás, llega al Pleistoceno y alcanza en ese momento su cresta, pero, ¿cómo es que llegó hasta allí y qué otros caminos posibles, que no siguió, se presentaron a lo largo de ese proceso?

La psicología evolutiva no hace ni lo uno ni lo otro.

Desde el Pleistoceno, sin embargo, no hay cambios ya en el *Homo sapiens*. Eso es también así por decisión de los defensores de este programa de investigación; es una tesis de su núcleo y es infalsable. De acuerdo con Lákatos, esto es una práctica usual en el quehacer científico, es hasta cierto punto legítimo hacerlo,<sup>43</sup> pero eso no tiene, por sí mismo, ningún valor de verdad, y lo que es más importante para el caso: contrariamente a lo que afirman los psicólogos evolutivos y los sociobiólogos, no es evolucionista. Defiende los cambios sólo hasta un determinado momento, después del cual, sin explicarse por qué, ya no los hay. Hay una extrema deshistorización de la humanidad cuando se afirma que nuestra mente no es más que una máquina adaptada que sólo lucha por no perder la adaptación, y la adecuación biológica en función de instrucciones tan básicas que no requieren cambiar ya nunca, menos por lo que para la psicología evolutiva son inexplicados procesos históricos, pero que son los propiamente humanos.

<sup>41</sup> Harvey, P. H. y M. D. Pagel (1991): “The comparative method in evolutionary biology”, citado en Futuyma, *Ibid.*

<sup>42</sup> Beatty, J. y E. C. Desjardins (2009): “Natural selection and history”. *Biology and Philosophy* 24: 231-246.

<sup>43</sup> Lákatos, I. (1982): “La falsación y la metodología de los programas de investigación científica”, en Lakatos, I. *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Universidad.

La psicología evolutiva nace pretendiendo resolver un irresoluble problema generado cuando a la mente, y al conjunto de la conducta humana, se le asigna un carácter adaptativo, es decir, cuando se trueca en pasivo el aspecto más activo de la especie internamente más variable de cuantas han poblado la Tierra. Este problema es insoluble dentro del modelo adaptacionista. Problema metodológico serio, el cual lleva a los partidarios de esta rama del evolucionismo a construirla con un discurso forzado de origen, que pretende mostrar a un ser humano moldeado exteriormente dominado por condiciones cuya modificación es inaccesible, a pesar de que la historia haya mostrado constantemente todo lo contrario.

### **Adaptacionismo y reificación**

Una de las objeciones históricas a las distintas manifestaciones del determinismo biológico es la del carácter reificador de su discurso. Lewontin<sup>44</sup> señaló esto desde 1978 y explicó que los términos que se usan en sociobiología en el análisis de la conducta humana son constructos sociales, no objetos reales y tangibles. Aunque la tesis de Lewontin tenga ya mucho tiempo y se haya dirigido originalmente contra la sociobiología, no existen elementos para pensar que no es ya vigente o que no se pueda aplicar, en su sentido básico original, a la psicología evolutiva. Lewontin señala que estos constructos, con su condicionamiento histórico e ideológico no pueden ser tratados como objetos naturales; que en el determinismo biológico existe un proceso de reificación de sus categorías de análisis en el cual se confunden objetos reales con categorías metafísicas y que *“Aunque la capacidad para crear constructos mentales sea una consecuencia de la evolución y que incluso pueda alterar el curso futuro de la misma [...] los constructos mentales específicos no son objetos reales.”* Sólo los objetos materiales pueden ser sujetos de la evolución biológica, añade Lewontin, y ejemplifica su argumento al señalar que la ley moderna de la propiedad, aunque desde luego es resultado de un proceso de evolución, —como todo en el universo—, no puede ser derivada de la territorialidad animal. Quien sostenga esa derivación está suponiendo

<sup>44</sup> Lewontin, R. C. (1978): “Sociobiology as an adaptationist program”. *Behavioral Science*, 24: 5-14.

que la territorialidad en sí es un objeto capaz de evolucionar por medio de la selección natural.

Esto es lo que sucede con la psicología evolutiva. Para ella el mundo está hecho exclusivamente de estos objetos y, por lo tanto, no hay más que una forma de evolución; por ello las estructuras corporales o las sustancias no se diferencian de las conductas, porque supone que más allá de esos objetos no existe nada en el Universo, que la realidad no comprende más que objetos y que las entidades que evolucionan lo hacen solamente en el plano estrictamente del objeto, de la cosa.

La psicología evolutiva despliega ante nuestros sentidos una extensa lista de reificaciones. Al hablar de la belleza y el atractivo físico, no logra distinguir la diferencia entre los objetos que pueden producir una imagen bella de tal o cual ser humano, del conjunto de las interacciones sociales y culturales que intervienen en la construcción del concepto de belleza, ni mucho menos en el conjunto de las actividades humanas que, propiamente, se despliegan a partir de la edificación de este concepto. No es lo mismo referirse al ojo o a la piel y a la evolución de ambos, que a la belleza, su significado y su evolución, por mucho que los ojos brillantes o la piel tersa sean, en muchos casos, factores de gran importancia en el atractivo físico de un individuo. No es lo mismo referirse a las hormonas que al erotismo, por mucho que las hormonas sean sustancias químicas sin las cuales no hay actividad erótica o erótico-sexual.

Tampoco es lo mismo referirse a la fuerza física que a la violencia o a la agresión, aun cuando no haya posibilidad de ejercer violencia sin la aplicación de alguna variante de la fuerza física. Formas de agresión existen muchas. Para el reduccionismo biológico basta con constatar que existe agresión en distintas especies de animales para afirmar que la naturaleza de la misma se deriva de allá. De ese modo se reifica y se lleva a cabo un proceso de aglomeración arbitraria al meter en el mismo saco formas tan distintas de agresión como el abuso infantil, las violaciones, las peleas de hooligans en los estadios de fútbol, las de huelguistas contra policías y los bombardeos a la población civil en guerras nacionales o interimperialistas.<sup>45</sup> Aunque en todos estos casos existan similitudes, indudables puntos de contacto e incluso relaciones de causa efecto, eso no justifica la abstracción del término que hace la psicología evolutiva y que se aplique a todos esos casos como si fuera exactamente lo mismo basado en un abuso del término “adaptación”.

<sup>45</sup> Rose, S. (1997): *Lifelines: Biology, freedom, determinism*. Londres. Penguin, p. 280.

Un ejemplo de cómo esta interpretación reificadora actúa sobre la evolución del atractivo lo tenemos cuando Mark Ridley afirma:

La selección puede actuar sobre la preferencia de una hembra exactamente del mismo modo como actúa sobre cualquier otro carácter. Si las hembras con un tipo de preferencia producen una mayor descendencia que las hembras con otra preferencia, la selección favorecerá a la preferencia más productiva.<sup>46</sup>

Este problema es muy importante. De acuerdo con la teoría de la selección sexual, lo que se selecciona no es sólo el rasgo o característica atractiva poseída por un individuo. Se selecciona también la *preferencia* por ese carácter. La afirmación de Ridley no está exenta de cuestionamientos: ¿Cómo se empatan la selección de la preferencia de un carácter con la selección del carácter del otro individuo? Resulta ser que la característica atractiva poseería de suyo la propiedad de atraer individuos del sexo opuesto. Lo mismo sucedería, en otro ejemplo, en la preferencia por la comida dulce y grasosa, ejemplificada como una adaptación en respuesta a limitación calórica de tiempos ancestrales.<sup>47</sup> Todo esto contiene un método muy especulativo y difícil de asimilar.

Cuando se habla de la selección de una preferencia y de las preferencias como adaptaciones, se describe un proceso en el cual se selecciona una cierta característica —(como por ejemplo una cola larga y multicolor en un pavorreal), no para que se dé una ventaja adaptativa “directa” en el individuo en el que se selecciona esta característica, sino en segundos o terceros individuos que la van a percibir, y a sentir alguna atracción por ella; por individuos que percibirían que la preferencia por ese carácter les traería una ventaja adaptativa.

Esto es diferente a una característica como el color de la pupila de un ojo, la textura de la piel o la síntesis de una enzima. En esos casos la ventaja es “directa” para el individuo que la posee. No “depende”, por decirlo así, de un segundo o tercer individuo que la perciba. Por esa razón es que al hablar de la selección de una preferencia de un individuo por una característica de otro individuo, es necesario al menos esbozar una hipótesis sobre cuál sería el mecanismo mediante el cual la adquisición de esa característica se va a empatar con la de

<sup>46</sup> Ridley, M. (1996): *Evolution*, 2a. ed. Cambridge, MA: Blackwell Science Inc.

<sup>47</sup> Andrews, P. W. Gangestad, S. W. y D. Matthews, *op. cit.*

la preferencia por ella, con todas las mediaciones pertinentes a cada preferencia.

Además, al afirmar que hay una selección de la preferencia, se debe inferir una selección de entre muchas preferencias posibles. ¿Cómo puede probarse ese proceso de selección de preferencias y la preferencia como adaptación? ¿Cómo puede demostrarse la existencia de una jerarquía de preferencias alternativas por características de una potencial pareja? Éste es un ejemplo del proceso de reificación señalado por Lewontin. Pues la preferencia que un ave hembra desarrolla por una cola o un plumaje multicolor es equiparada a las plumas o la cola. Estas últimas son entes o unidades concretas, objetos tangibles, pero la preferencia por ellos ya no lo es, es más bien un constructo social, junto con la belleza. Más aun, como se trata de un proceso de selección natural, Ridley abre la posibilidad al surgimiento de un mutante con una preferencia distinta.<sup>48</sup> ¿Cómo se lleva a cabo esta variación en preferencias?

Otro ejemplo de reificación en la dimensión estética es el de las relaciones cintura-cadera-costilla en las mujeres. Entre más baja sea esta relación, más atractiva será la mujer porque ese valor será indicativo de su buena salud.<sup>49</sup> Las medidas de la cadera, la costilla y la cintura son claras y tangibles, así lo son esas partes del cuerpo y sus proporciones, pero la inferencia sobre el significado estético de esa relación en términos adaptativos biológicos es una especulación basada en gustos, o sea, en apreciaciones subjetivas. Se pasa, sin mediación alguna, de una medida de estas tres partes del cuerpo a la evaluación de conductas sociales, preferencias, emociones.

Un ejemplo más es el del dolor. De acuerdo con Dawkins, los animales aprenden a evitar situaciones que en el pasado les producían dolor,<sup>50</sup> lo cual parece innegable. Ya Darwin mencionó en *El Origen de las Especies* que la selección natural siempre está actuando para el bien de cada organismo.<sup>51</sup> La afirmación de Dawkins puede ser aceptada,

<sup>48</sup> *Ibid.*

<sup>49</sup> Gangestad, S. W. y D. M. Buss (1993): "Pathogen prevalence and human mate preferences". *Ethology and sociobiology* 14: 89-96; Tovée M. J., Moasey, D. S., Emery, J. L. y P. L. Cornelissen (1999): "Visual cues to female physical attractiveness". *Proceedings of the Royal Society of London* 266: 211-218.

<sup>50</sup> Dawkins, R. (1982): "Universal darwinism", en Bendall, D. S. *Evolution from Molecules to Man*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 403-425. Reimpreso en Ruse, M. y Hull, D. L. (eds. 1998): *The philosophy of biology*. Oxford: Oxford University Press, pp. 15-35.

<sup>51</sup> Darwin, C. (1964) [1859]: *The origin of species*. Cambridge, MA: Harvard University Press, p. 84.

pero si nos movemos a otro plano menos inmediato, podremos llegar a un problema metafísico importante dentro de la teoría de la evolución. ¿Por qué hay dolor y sufrimiento en el mundo vivo? ¿Tendría alguna función, especialmente adaptativa? La existencia de células, tejidos, órganos y sistemas sensibles al dolor sería una clara adaptación. Pero ¿por qué esa adaptación? Probablemente para informar al organismo acerca de riesgos y peligros. Aun aceptándolo, lo cual no es problemático, notamos que se produce un juego especular. La adaptación “A”, que funciona como manera de intentar evitar el dolor, existe, dicho de otra forma, como un mecanismo de evitar algo que es resultado de la adaptación “B”, que es justamente la percepción del dolor. Un adaptacionismo estricto se encuentra con el problema de explicar por qué la evolución hace que los organismos desarrollen formas de aprendizaje para evitar lo que la propia evolución desarrolló por otra parte: el dolor (que no es otra cosa que la presión desagradable que impulsaría a luchar para sobrevivir), como si este último tuviera que existir y por lo tanto existir aquellas características que buscan evadirlo.

En el ser humano esto es especialmente complejo. No debemos confundir los planos del análisis en el problema del dolor. Una cosa es esto como sensación en inicio desagradable y displacentera y otra distinta la de sus expresiones, consecuencias y manifestaciones posteriores como gritos, quejidos, llanto, deseo de venganza, resignación, autoinculpación, sadismo o masoquismo. El pensar que estas conductas pudieran ser adaptaciones o consecuencias directas e inmediatas del dolor como adaptación es reificarlas.

En términos reificadores, la psicología evolutiva no conoce límites, es insaciable. La ética y la moral caen también dentro de su esquema explicativo como adaptaciones. Krebs enfatiza:

La contribución central que la psicología evolutiva hace para la comprensión de la moralidad, es la de estimularnos a cuestionar cuáles son los problemas adaptativos que tenía que resolver y para los cuales fue seleccionada. Los mecanismos que dan lugar a los comportamientos morales evolucionaron para resolver los problemas sociales que inevitablemente tienen lugar cuando los individuos se unen para promover sus intereses.<sup>52</sup>

<sup>52</sup> Krebs, D (2005): “The evolution of morality”, en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 747-775.

La moralidad, en el proceso de reificación que critico, aparece como un objeto tangible, como un ente con propiedades adaptativas. Como siempre, no se elabora una teoría de su función, o sea una ética; sólo se parte de su existencia y por decreto se establece que tiene una función adaptativa. De nuevo pareciera que los problemas morales preexisten a la existencia misma de la especie que los resuelve: *Homo sapiens*.

Se trata de una explicación no sólo reificadora en grado sumo, sino igualmente fetichizada de la función de la moral, una función biológica:

La función biológica de la moral es la de mantener los sistemas incrementadores de la adecuación biológica por medio de la cooperación, induciendo a los miembros de los grupos a compartir y a resistir la tentación de tomar para sí más de lo que comparten, a llevar a cabo lo que son sus deberes y a hacer uso de sus derechos en una medida en formas que no infrinjan los derechos de otros y a resolver los conflictos de interés en formas mutuamente benéficas.<sup>53</sup>

Desde luego, todo a partir de los derechos de propiedad. Nada nuevo parece haber aquí desde tiempos de Thomas Hobbes. La moral aparece como instrumento de coerción para detener los impulsos egoístas y violentos que de modo natural se desarrollan en los humanos. Es una imposición para impedir la catástrofe social. Una forma de contener la tentación de apropiarse en exceso. ¡Pobre expresión de la condición humana, expresada en términos del tener! Nunca se encontrará en la psicología evolutiva una palabra acerca de la moralidad como convencimiento, como convicción interna del individuo de desarrollar conductas hacia la solidaridad y el amor.

Otro ejemplo más de este proceso de reificación se encuentra en la elevación de la infidelidad y los celos en el nivel de adaptaciones. Schmitt expresa: “*La infidelidad, cuando los machos engañan sobre la cría de una progenie que no es suya genéticamente, ocurre en muchas especies de primates...*”<sup>54</sup> Y entonces establece:

Si nuestros ancestros se involucran de manera rutinaria en la infidelidad y en el apareamiento furtivo, los humanos llevaron a cabo medidas con-

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 750.

<sup>54</sup> Schmitt, D. (2005): *op. cit.*, p. 266.

trarias, a fin de detener el comportamiento adúltero. Evidencia de estas contramedidas pueden verse en adaptaciones a los celos románticos... En las mujeres las adaptaciones a los celos se enfocan más a la traición emocional porque las mujeres tienen siempre certeza de la maternidad, pero son especialmente susceptibles a un hombre emocionalmente conectado con otra mujer...<sup>55</sup>

Y añade:

Los seres humanos muestran rasgos de diseño asociados con la monogamia, incluyendo adaptaciones para el enlace, la elección preferencial de pareja, y la *altricality*... Los seres humanos muestran rasgos de diseño para la relación de pareja de corto plazo, incluyendo adaptaciones psicológicas y fisiológicas a la competencia de esperma humano, la infidelidad y la relación furtiva.<sup>56</sup>

Más allá del contenido conservador, anacrónico y poderosamente ideologizado contenido en este enfoque de la sexualidad, tanto masculina como femenina; más allá de la enorme imprecisión en el lenguaje que se utiliza (problemas que analizo en otros capítulos del presente trabajo), es imperativo preguntar: ¿Cómo, concretamente es la adaptación a eso que se da en llamar “celos”? ¿Cómo los celos mismos son una adaptación? ¿Por qué las mujeres tienen que tener sensibilidades mayores que los hombres a las llamadas “traiciones emocionales”? ¿Cómo es que todas esas son adaptaciones? La complejidad de las relaciones emocionales en los seres humanos es manejada de manera burda y tosca, las relaciones sociales y los constructos a los que dan lugar sencillamente no existen en este esquema.

Plotkin, por su parte, da otra demostración de la costumbre de encasillar a cualquier característica del ser humano como si fuera una clase natural. Señala que:

De la misma manera como todo humano tiene genes que llevan a la diferenciación de estructuras, tales como el páncreas o la coyuntura de la rodilla, así también todo humano tiene genes que lo llevan a la diferenciación de mecanismos específicos de aprendizaje en el cerebro

<sup>55</sup> *Ibid.*

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 268.

y que tienen como propósito el adquirir formas particulares de entendimiento de la textura causal del mundo. Tales genes sólo pueden ser el resultado de la evolución.<sup>57</sup>

Esto es lo que no es igual. El que muchas o todas las características estén codificadas en los genes no hace que toda característica se explique en función de los genes, pues en el tránsito entre éstos y la expresión fenotípica final existen muchas radiaciones y devenires que hacen que el producto final no tenga la dimensión ni el alcance de la entidad que lo originó y, además, que ya se encuentra lo suficientemente mediado como para haber dado lugar a otras propiedades, distintas cualitativamente de las primeras.

En el caso de los genes que codifican para la formación del tejido pancreático o que forma los huesos y tendones en la rodilla, se trata de estructuras claramente definidas en cuanto a forma y función. Son, desde el punto de vista material, plenamente identificables y clasificables como clases naturales. Es perfectamente posible rastrear e identificar la secuencia de pasos que llevan desde el DNA hasta la formación del órgano o la parte.

Y para el caso de los mecanismos de aprendizaje el asunto es muy distinto porque estos mecanismos no son objetos ni compuestos químicos; no son formas ni estructuras materiales como un tejido óseo o uno pancreático. Si bien se derivan o dependen de la existencia de estructuras como éstas y su conexión con el tejido nervioso, ya no lo son. Esto no es admitido siempre. Se dice que los mecanismos de aprendizaje son adaptaciones “*que permiten un comportamiento modulado, con los cambios en el ambiente.*”<sup>58</sup> Desde luego que el mecanismo de aprendizaje está localizado dentro del cerebro: un objeto, un ente físico, con existencia tangible, con extensión, con formas y funciones claramente definidas o definibles. Algunas de esas funciones llevan al aprendizaje. La capacidad de aprendizaje está contenida en genes, pero no es lo mismo esa capacidad y el concepto que denota esa abstracta, atemporal capacidad y el proceso mismo de aprendizaje y mucho menos los usos de lo aprendido. El mecanismo de aprendizaje no es un objeto tangible, podría ser considerado más bien un producto secundario de

<sup>57</sup> Plotkin, H., *op. cit.*, p. 193.

<sup>58</sup> Andrews, P. W., Agngestad. S. W. y D. Matthews (2002): “Adaptationism – How to carry out an exaptationist program”. *Behavioral and Brain Sciences* 25: 489-503.

la estructura cerebral. Volviendo a lo ya mencionado, cada individuo es muy distinto en ese nivel de análisis. El resultado del aprendizaje, la dirección u orientación que se le da a lo aprendido es sumamente flexible, plástica, diversa, variada, contingente e impredecible en muchas de sus manifestaciones cotidianas y en sus aspectos innovadores. El aprendizaje es baluarte del cambio en el humano. Eso es lo propiamente humano, y no se encuentra en un lugar definido como el cerebro. No hay punto de comparación con un órgano como el páncreas, el cual, con todo y su amplia diversidad metabólica, está ya organizado para ejecutar ciertas funciones fijas y claramente demarcadas, menos aún con la rodilla, con una estructura tan rígida como sus limitadas funciones, que por su propia naturaleza no puede originar usos múltiples e imprevistos. Los estados mentales humanos, las sensibilidades o las capacidades cognitivas no existen como si fueran secreciones hormonales, procesos digestivos o movimientos de las extremidades. Los primeros son “inextensivos” en el discurso de René Descartes, y por ello comportan y contienen más mediaciones con el material genético y con el resto de los componentes del organismo que los procesos metabólicos o que las partes anatómicas. Por otra parte los procesos mentales son indivisibles y no-observables como el trozo de un cuerpo o como una sustancia o una reacción químicas.

Dentro de este mismo aspecto de las habilidades y procesos cognitivos, Boyer y Barret explican que en niños pequeños existen reacciones más o menos homogéneas a ciertos objetos o estímulos sensoriales que estarían mostrando una universalidad de la reactividad humana frente a su entorno, lo cual implícitamente tiene un carácter también adaptativo. Los autores mencionan que los seres animados se relacionan con objetos y estados de maneras regidas por ciertos principios (implícitamente biológicos). Los niños, mencionan los autores, parecen interpretar el comportamiento de objetos simples de modo que intenten alcanzarlos evitando los obstáculos no relevantes.<sup>59</sup> La idea remite a las ya mencionadas tesis epigenéticas de Lumsden y Wilson, quienes, sociobiólogos de origen, pero estableciendo muchas de las bases de la psicología evolutiva, señalaron la naturalidad de ciertas reacciones de neonatos, tales como preferencias por sabores azucarados, atención a objetos de

<sup>59</sup> Boyer, P. y C. Barret (2005): “Domain specificity and intuitive ontology”, en Buss. D. M., *op. cit.*, pp. 96-118.

ciertas formas por encima de los de otras, ansiedad por la presencia de extraños, o la universalidad de las expresiones faciales.<sup>60</sup>

En todas estas ideas se va prefigurando otra modalidad de reificación, porque parece de nuevo que no se distingue entre objetos naturales y constructos sociales ni los niveles de complejidad de las reacciones estímulo-respuesta. Al menos estos autores no matizan esas diferencias. ¿De qué tipo de procesos se estaría hablando cuando se dice que los niños intentan alcanzar ciertos objetos o cuando se señalan preferencias por formas o sabores? Aun objetos simples de la naturaleza pueden constituirse en constructos. Frente a los seres humanos, aquéllos no permanecen como entidades puras, puestas por la naturaleza e inmodificadas. Las relaciones con el mundo externo y sus objetos no siempre son naturales e innatas porque esos objetos contienen, luego de algún proceso histórico, propiedades adscritas por los seres humanos de manera muy diferenciada, en contextos y totalidades muy diversos y transformantes, de relaciones humanas. El comportamiento de un neonato frente a ciertos estímulos no puede extrapolarse y equipararse con el que muestran los seres humanos de mayor edad. Las transformaciones ocurridas en esos lapsos, están marcadas justamente por la capacidad de los individuos de ir construyendo los objetos de la naturaleza con los que se relacionan, lo cual marca la diferencia cualitativa más importante con un neonato, aun muy limitado en esas capacidades de construcción de su mundo. Incluso admitiendo que ciertas respuestas a estímulos de objetos naturales sean, en el inicio de la vida humana, respuestas naturales y aun adaptaciones o resultados directos de éstas, eso no significa que a lo largo de la vida del humano, van a permanecer con ese estatus. Una de las propiedades fundamentales del ser humano es precisamente la de poseer la capacidad de transformar, mediante su actividad, a los objetos de la naturaleza; convertirlos en herramientas de un ser para sí que es él mismo. Ahí está la trascendencia de su animalidad. Por todo ello, lo que se argumenta es que los constructos sociales no deben traslaparse con objetos estrictamente materiales porque la relación con unos y otros no puede entenderse del mismo modo, como tampoco sus funciones.

Una tesis determinista moderada es la que maneja Plotkin cuando expresa que:

<sup>60</sup> Lumsden, C. y E. O. Wilson (1983): *The promethean fire: reflections on the origin of mind*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 67-70.

La cultura tiene que ser también el producto directo de la evolución, esto es, los rasgos que causan la cultura deben haber sido seleccionados para eso (lo cual es el punto de vista que defendemos) o es la consecuencia de de un número de procesos y mecanismos de los cuales al menos algunos evolucionaron por otras razones [...] Ciertamente no puede ser que la cultura esté firmemente ligada a alguna correa biológica.<sup>61</sup>

El hecho de que la base de la cultura se encuentre en las características biológicas de los humanos y que por lo tanto sea un producto de la evolución; el hecho de que existan mecanismos comunes de ese funcionamiento biológico a todos los humanos, así como de la organización espacio-temporal de esos mecanismos y de los órganos y lugares en los que eso ocurre, no hace que se guarde una relación lineal y predeterminada con las formas en las que la cultura se expresa en el mundo social. La base biológica de la cultura no es la cultura misma, aunque esa base sea la que permita su aparición y desenvolvimiento. El término “cultura” no es un término biológico, de la misma manera que los términos electrón, protón y neutrón no se refieren a moléculas por mucho que las moléculas estén formadas por átomos y éstos a su vez, por estas tres partículas. Llegada la materia viva a un nivel de organización interno de cierta complejidad, se disparan formas de comportamiento y de relaciones al exterior en los que la variabilidad y variación son de una naturaleza cualitativa que les permite autonomizarse de la organización biológica en la que se originan y cambiar la naturaleza del colectivo que interviene en este nuevo nivel de relaciones, cambiando así la naturaleza interna del organismo, juzgado como un todo.

Los mecanismos de aprendizaje y de formación de un lenguaje y de una cultura, así como los de adquisición de movimientos, de respuesta a estímulos son todos sistemas de relaciones con un cierto grado de homogeneidad hacia el interior de todos y cada uno de los seres humanos. Pero no se juzga a todos y cada uno de éstos sólo por sus mecanismos y relaciones internas individuales o por su origen último. Para que se consolide, se requiere que desarrolle sus relaciones interindividuales, o sociales y como parte de ellas, el conjunto de sus relaciones con la naturaleza, es decir, la totalidad de sus externalidades, no sólo como capacidades sino como acontecimientos prácticos y concretos. Son

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 231.

estas relaciones las que permiten la comprensión cabal y total de las internalidades biológicas humanas y las individualidades, con lo que se convierten al mismo tiempo en externalidades. En la medida en que las conexiones interno-externas al y del individuo se multiplican, las formas y determinaciones concretas de cada uno de ellos y de las colectividades, son mucho más móviles, se concretan en más planos, ritmos y tiempos; las posibilidades de interacción son mucho mayores y cualitativamente variadas que las que se tienen en el nivel exclusivo de lo biológico, con todo y la complejidad que en este nivel se contiene.

En el no poner atención a estos procesos como forma específica de expresión de las relaciones entre los seres vivos, tenemos la raíz de la reificación, porque nada es entendido fuera de su forma-cosa o forma-objeto. Conceptualmente, el mundo permanece sumergido bajo esa rudimentaria forma de organización.

Y esto lleva al análisis de la conciencia. Éste nos lleva a reflexionar justamente en el ser humano como ser social. En el devenir del ser humano como especie y como individuo se lleva a cabo el tránsito del ser-en-sí al ser-para-sí; en este tránsito o devenir se encuentra uno de los más importantes planteamientos de las múltiples formas de conciencia, fenómeno exclusivamente humano, que bien podría ser nominado como el problema de las formas de conciencia o las conciencias. Hablar de la conciencia humana en abstracto no ayuda mucho a dilucidar el problema de la conducta humana. Menos aún hablar de ella como entidad biológicamente condicionada.

Plotkin, de nuevo en el canal del adaptacionismo nos dice que:

La conciencia bien puede haber evolucionado debido a sus ventajas adaptativas para nosotros, tanto como estrategias internalizadas para probar los posibles eventos futuros como para proyectar hacia otros, la capacidad de tales pruebas internalizadas, predecendo las consecuencias de su comportamiento.<sup>62</sup>

Pero, ¿qué es, con precisión, lo que Plotkin y los psicólogos evolutivos quieren decir cuando hablan de *conciencia*? Hablar de la conciencia es hablar de los diferentes niveles de comprensión del mundo y de situación del ser en medio de su entorno. Podemos hablar del

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 266.

ser-en-sí, que constituye el estado mental con una existencia más bien individualizada, más enclaustrada, en el que las relaciones se sitúan en el nivel mínimo y más simple y rudimentario; el estado en el que se vive dominado por las realidades inmediatas y con una concepción poco desarrollada del pasado y del futuro, que no desdobra una visión histórica de sí mismo ni de la colectividad, no despliega un claro sentido de responsabilidad, con una comprensión acerca de la transformación constante del mundo. Esto al revés de la situación del ser-para-sí, en el cual se sobrepasa ese nivel inmediato de la existencia y se alcanzan concepciones más acabadas y detalladas de la ubicación del individuo en el espacio-tiempo, de las consecuencias de sus actos, de las diversas posibilidades de acción, no solamente en el entorno inmediato y en el tiempo presente, sino proyectadas desde un pasado y hacia un futuro muy variables.

En este apretado resumen de las formas de conciencia se describe un proceso de estados rudimentarios de la existencia humana hasta estados más elaborados de autoconciencia o conciencia de la conciencia. El paso de un estado a otro no puede explicarse ni exclusiva ni principalmente por la participación de estructuras neuronales, por fina y complejamente construidas que estén, pues no corresponden a los niveles superiores de complejidad de la conciencia social humana.

En el desconocimiento de los procesos dinámicos de cambio de la conciencia, se está manifestando, con toda probabilidad, un aspecto interesante de la propia conciencia burguesa, la cual, no alcanza a comprender la importancia de la acción humana como práctica que transforma el mundo, y ésta como acceso o búsqueda de la verdad. Por ello no alcanza a distinguir este proceso dialéctico de continuas transformaciones cuantitativo-cualitativas, de contraposiciones y negaciones, y con ello de tránsito de unas formas de conciencia a otras. Y no lo alcanza a distinguir porque trabaja con categorías fijas, con esencias usualmente ideologizadas, las cuales actúan como atavismos para comprender la naturaleza precisa de las conciencias humanas.

Por todo esto considero que para comprender cabalmente la conducta humana es necesario elaborar y aplicar una teoría de las mediaciones. Romper con la concepción reificadora de la existencia, y muy particularmente con el evolucionismo vulgar y con el panadaptacionismo como estrategias epistemológicas reificadoras del universo. Existe la necesidad de encontrar cómo en el ser humano total existen mediaciones

entre los procesos y necesidades biológicas, ligadas a necesidades de supervivencia y la enorme variedad y diversidad de formas y respuestas a ese deseo o necesidad. Rebasado un estadio, un umbral o una línea basal de lo biológico, el ser humano busca satisfacer sus necesidades biológicas en un mundo que podríamos calificar de “superfluo” para la biología, es decir, mediante complejos mecanismos que no están controlados por ese impulso, proceso o necesidad estrictamente biológicos.

La reificación de estos caracteres pone en evidencia una confusión de todas las expresiones del determinismo biológico en cuanto a la relación entre lo subjetivo y lo objetivo. ¿Cómo es que el ser humano deriva su subjetividad, sus simbolismos, su imaginación y sus comportamientos a partir de lo objetivo? El mundo de la subjetividad humana lleva a crear un tipo especial de terminología y conceptualizaciones que se desprende de la materialidad objetiva que le da origen. Recorre un trayecto a través y a lo largo del cual se despoja de las cualidades que explican su materialidad inmediata y se introduce en otras cualidades íntimamente conectadas con las primeras, pero ya no siendo las mismas. Las mediaciones y las metáforas usadas en esta esfera son distintas también. La psicología evolutiva, partiendo del hecho innegable de que la ciencia biológica tiene como objeto de estudio objetos materiales y que los criterios que emplea son netamente materialistas, pretende que todo en el universo tiene esa naturaleza y, por tanto, debe ser objeto siempre de métodos de análisis materialistas; pretende, de ese modo, transitar del mundo objetivo, material y concreto, al mundo subjetivo y frecuentemente más abstracto, llevando a costas toda la carga de objetividad y materialidad de su punto de arranque, perdiendo de vista que de uno al otro mundo, las direcciones, los movimientos y los alcances son muy disímiles. Ése es el procedimiento que permea y domina en su análisis del paso del cerebro a la mente. En la medida en que estos métodos de análisis y de comprensión de la evolución se simplifican y generalizan en dirección de la comprensión de la subjetividad humana, se vuelven mucho más problemáticos.

### **La función del lenguaje según la psicología evolutiva**

Analicemos el problema del lenguaje, el cual, adecuadamente, ha sido puesto como ejemplo de una particularidad del ser humano, característica única de esta especie si se le juzga en comparación con los demás

animales.<sup>63</sup> Esto ha sido reconocido incluso por deterministas como Wilson, en su *Sociobiología*. Plotkin explica a este respecto:

Poseer un lenguaje es poseer la habilidad para usar un limitado grupo de símbolos a fin de generar un número virtualmente ilimitado de combinaciones para formar expresiones, cada una de las cuales tiene un significado. Es muy poco probable que yo haya sido capaz de generar una misma oración en modo igual a como fue generada previamente. Y esa determinada oración es sólo una entre una cantidad estimada en  $10^{30}$  que... cualquier ser humano normal es potencialmente capaz de producir.<sup>64</sup>

En esta argumentación, que pone de manifiesto el infinito número de posibilidades del lenguaje, está contenido el argumento en contra de la idea de la mente humana como adaptación para resolver problemas. La creatividad inherente a este vasto e ilimitado espacio que es el lenguaje, muestra que el ser humano, aun limitado a la esfera de la resolución de problemas simples, puede proponer y expresarse de tantas maneras que en sí cada una de ellas significa la creación de otro problema. En otras palabras: el lenguaje humano es así de vasto que la resolución de cada problema contiene ya la elaboración de otro, y un paso después, cuando ya ha quedado clara la solución al primero, comienzan ya a dibujarse las soluciones posibles para los subsecuentes. Más adelante entraremos en detalle sobre este asunto.

No es únicamente la cantidad de palabras y expresiones que un ser humano, desde sus primeras etapas de la vida puede usar; no es sólo la velocidad a la que aprende a hacerlo ni la cantidad de idiomas existentes con sus variantes regionales, locales o barriales y familiares. No es únicamente la posibilidad permanente de todo ser humano para aprender, usar y dominar cualquier idioma. Además de todo esto, ya de por sí indicador de la infinita capacidad creativa humana, está la característica de la continua e incesante transformación de todo lenguaje: En el terreno de los idiomas esto significa la invención de vocablos, su inserción social de todos y cada uno de ellos en variantes, su intercambio dentro y entre cada lengua y su ocasional incommensurabilidad o intraducibilidad, lo cual no quiere decir incomprensión, porque el ser humano es capaz, además de lo ya dicho, de comprender cada término

<sup>63</sup> Wilson, E. O., *op. cit.*, pp. 555-559.

<sup>64</sup> Plotkin, H., *op. cit.*, p. 126.

de sus lenguajes de manera muy variada. Un concepto determinado, que tenga un significado cualquiera en una palabra o frase, puede no poder ser trasladado a otra lengua y sin embargo ser perfectamente comprendido si se conoce la lengua en la que se produce.

Una palabra o frase, una expresión cualquiera, puede nacer como una adaptación, como una herramienta para resolver o ayudar a resolver un problema; es, al mismo tiempo su aplicación en contextos distintos entre sí o para situaciones imprevistas o desconocidas. Contextos que aparecen o desaparecen, se desarrollan y declinan como resultado de la actividad humana toda. Esto último es capaz de crearse y recrearse a sí mismo como parte de una creación y recreación de situaciones distintas y nuevas, efímeras y transitorias todas, aunque puedan dejar una huella, más o menos duradera en individuos, grupos o en toda la sociedad.

La capacidad para desarrollar lenguajes diversos es la que está contenida en el sistema nervioso humano, así como el aprendizaje, creación y modificación de los mismos. Es una propiedad universal humana. Pero eso es distinto a los lenguajes concretos, específicos. Las bases biológicas de las transmisiones nerviosas, estructuras altamente especializadas, no son suficientes para explicar cómo y por qué se desarrollan los lenguajes múltiples existentes a los humanos ni cómo o por qué —como se mencionaba líneas arriba— se transforman en la dirección en que lo hacen en ciertos momentos y no en otros. Podemos entender por “lenguaje” no solamente los idiomas hablados o escritos, sino en general todo tipo de códigos de señales y de simbolizaciones, orales, gráficos, escritos, gesticulares, que existen en el ser humano. Lo que es universal es el lenguaje abstracto. Como en psicología evolutiva las categorías que se manejan son abstractas, generales y ahistóricas, sus partidarios atienden sólo a las formas más básicas e incluso primitivas de las señales que conforman un lenguaje, tal y como es el caso de otros primates. En otras ocasiones centran la atención en el aspecto técnico del lenguaje y de su evolución. Éste es el caso de Macneilage y Davis, quienes hacen una erudita exposición de la evolución del lenguaje para apoyar la idea de éste como adaptación biológica.<sup>65</sup> Todo el trabajo habla de un origen monofilético y biológico del lenguaje, haciendo alusión a los aspectos técnicos del mismo y a las

<sup>65</sup> Macneilage, P. F. y B. L. Davis (2005): “The evolution of language”, en Buss, D. M. (ed.), *op. cit.*, pp. 698-723.

discusiones que en la lingüística se desarrollan sobre estos aspectos. No se abunda nada acerca de las funciones socioculturales, pasadas y presentes del mismo. Nada acerca del lenguaje como forma de ejercicio social de poderes de diversa naturaleza, ni sobre éste como modo de transformación de la sociedad.

El reduccionismo trabaja con conceptos muy básicos porque es con y desde ellos donde es posible trazar las líneas rectas unidireccionales, sin inflexiones ni saltos, desde las estructuras básicas a las funciones y de ahí a las actividades y que tan seductoramente producen la sensación de encontrarnos permanentemente en un medio y un tiempo homogéneos.

Pero los seres humanos de distintas épocas históricas no tenían que convivir, identificarse y construir su cultura en función de categorías y conceptos manejados actualmente, y viceversa, las categorías y conceptos del presente no van a tener la misma relevancia que los de tiempos pasados, y aun en un periodo específico los conceptos y categorías del lenguaje tendrán aplicaciones y significados muy distintos o a veces inconmensurables dadas las diferencias interculturales que existen. No puede existir un concepto que no denota categoría o proceso alguno. Los conceptos, como tantas otras cosas en el mundo, no preexisten, no están ahí agazapados esperando a que aparezcan las categorías a las que se han de referir. Los significados no existen sin significantes ni al revés. Para que un concepto sea inventado, necesita tener un referente, algo que lo haga discernible y distinguible en el mundo de las relaciones sociales. Debe haber seres que desarrollen, por ejemplo, una conducta a la cual haya que asignar el concepto. De otra manera no será posible identificarlo, separarlo de lo demás en el mundo.<sup>66</sup>

Esto puede expresarse también diciendo que la relación entre el lenguaje y los fenómenos de la realidad es de suyo tan compleja que un fenómeno de esa realidad puede existir durante mucho tiempo sin tener la misma relevancia o significado que en otros tiempos, o de plano no existir durante largos periodos y aparecer, ser construido a partir de las experiencias novedosas de otro periodo y de los cambios estructurales y superestructurales, y entonces los conceptos y categorías aparecen, desaparecen, adquieren matices o significados diferentes. Si el lenguaje ha de tener un carácter adaptativo biológicamente relevante, se ha de

<sup>66</sup> Shakespeare, T. y Erickson, M. (2001): "Different strokes. Beyond determinism and social constructivism", en Rose, H. y Rose, S. (eds.): *Alas Poor Darwin: Arguments against evolutionary psychology*. Londres: Vintage, pp. 190-205.

tener que responder a la pregunta de a qué se está adaptando, pero es necesario trascender, en esta respuesta, a vaguedades tales como decir “a una necesidad de comunicación”, pues de este modo no se abandona el ámbito de la extrema obviedad y generalidad en el que la psicología evolutiva se mueve y da sus explicaciones; se vuelve en cierto modo un discurso tautológico.

El lenguaje como capacidad, como potencia, es un nivel de análisis, una categoría que debe ocupar su lugar, nada menos que eso, pero también nada más. La expresión particular de *los* lenguajes, la capacidad de aprender de ellos, de transitar de unos a otros es igualmente universal, pero esa universalidad por sí misma, no explica por qué existen tantas formas de lenguaje y tan variadas. De la misma manera se puede argumentar que la capacidad de sonreír y reír —al fin y al cabo también una forma de lenguaje, un sistema, un código de gesticulaciones simbólicas— no puede explicar desde los genes por qué existe esa gran variedad de motivos concretos que producen risas y sonrisas, las distintas maneras de reír que existen, los motivos tan diversos que las causan; no explica por qué lo que para algunos es motivo de sonoras e interminables carcajadas, para otros no es sino causa de una imperceptible mueca, y para otros más, incluso, causa de molestia o incomodidad. No explica el sentido del humor como un proceso humano único.

Un reduccionismo como el de la psicología evolutiva no puede explicar la naturaleza concreta de las situaciones hilarantes. Chistes prefabricados, bromas, escenas grotescas, caídas, accidentes diversos, sorna, sarcasmos, incluso enojos. La agilidad y rapidez mental individuales, la entonación de ciertas palabras o frases, su acompañamiento con gestos faciales o del resto del cuerpo; la pertinencia o no de una expresión, el grado de represión o inhibición de cada sujeto; todos estos factores muy puntuales en el contexto global y total de las relaciones en los que se produce, pueden llevar a la risa y al humor, en situaciones únicas, siempre irrepetibles e irreproducibles, en muchos sentidos inexplicables en esos contextos específicos de la experiencia humana.

Otro tanto sucede con las emociones: Éstas son universales y su expresión facial o corporal es semejante entre millones de seres humanos. Existe una base biológica para todas y cada una de las emociones. Pero eso no puede explicar por qué, delante de esa unidad físico-químico-neurológica existente en todo ser humano, se desarrolla una enorme diversidad emocional no sólo a escala grupal o de dos individuos, sino empezando por la escala intraindividual. En ninguno de estos se

constata un patrón fijo de estímulos y respuestas. Éstas son relaciones entre humanos, es decir, entre humanos y la naturaleza. Casi podría decirse que la expresión es algo sujeto a patrones tan generales que la existencia de un patrón claro de expresión emocional específica es algo de lo que no se siguen formas de expresión específica de las emociones, menos aún cuando se constata que el carácter social humano está empapado de y atravesado por numerosas neurosis, histerias, demencias, desquiciamientos mentales, de diverso tipo y grado. En todos esos casos y muchos otros no por fuerza patológicos ni patologizados, existen especificidades, al igual que en el caso de la risa, de situaciones también irreproducibles. Todas ellas tienen una base biológica, fisiológica, pero entre esa naturaleza biológica básica y su expresión externa en forma de relaciones humanas, existe un paso de un nivel de análisis a otro cualitativamente distinto en el que la relación intersubjetiva toma el lugar de la interneuronal y en donde la impredecibilidad y la improvisación toman el lugar de lo estable y demarcable.

¿Y qué podríamos mencionar acerca de una función tan básica y universal como la alimentación? ¿No es acaso e indiscutiblemente una necesidad indispensable para la supervivencia de cualquier ser vivo? ¿No están los procesos de alimentación, catabolismo y anabolismo, estrictamente determinados por los genes? ¿Y el hambre? ¿No es una sensación derivada de la falta de glucosa en el cuerpo? Más aún, la necesidad de alimento es una respuesta constate, diríase universal a la igualmente universal sensación de hambre causada por esa baja de glucosa. El ser humano, consciente como es, se debate entre la disyuntiva de ingerir alimento o morir. Y no siempre opta por la primera.

Desde luego que la respuesta a todas estas preguntas es afirmativa, pero como lo señalan Laland y Brown, con los argumentos basados en la evolución biológica, no vamos a comprender por qué algunos seres humanos prefieren comer manzanas, otros prefieren dátiles y otros curry.<sup>67</sup> No puede explicar por qué algunas personas desayunan abundantemente y otros tan sólo una taza de café con un trozo de pan, o cuáles son las funciones adaptativas o inadaptativas de las huelgas de hambre, las comilonas, la bulimia, la anorexia o el alcoholismo. ¿No es acaso que en multitud de casos de cada una de estas conductas, los individuos, negándose a ser atendidos a tiempo, y a pasar de estar plenamente

<sup>67</sup> Laland, K. N. y Brown, G. R. (2002): *Sense and nonsense: evolutionary perspectives on human behavior*. Oxford: Oxford University Press, pp.184-185.

informados sobre las posibilidades de atención, se dirigen conscientemente, a estados de su propia degradación que los llevan incluso hasta la muerte? Tampoco se puede explicar la enorme diversidad de dietas, ni cómo es que determinado tipo de restaurantes, preferidos por algunas personas, pueden ayudar a incrementar la adecuación biológica a quienes acuden allí a alimentarse, más que las que acuden a otro tipo de establecimientos. No puede explicar el carácter lúdico y entretenido de la ingestión de alimentos, ni tampoco el porqué religiones como el cristianismo consideran reprobable y pecaminoso el gusto, el placer por el comer (gula, le llaman), o por qué el judaísmo prohíbe comer carne de cerdo, o por qué las visiones fundamentalistas islámicas prohíben la ingestión de bebidas alcohólicas, a las mujeres especialmente.

¿Cuáles son los problemas adaptativos que se solucionan a través de estas costumbres sociales generadas alrededor de la alimentación? No se trata de argumentar que la alta complejidad y diversidad de las conductas humanas sea suficiente para rechazar que sea una adaptación producto de la selección natural. Tal argumentación sería, por sí sola, falaz, puesto que del hecho de que una característica dada posea una complejidad mayor, o una diversidad de manifestaciones mucho mayor que características derivadas de sus equivalentes en especies antecesoras filogenéticamente, no se desprende su no pertenencia a los procesos evolutivos generales, y por tanto a la selección natural.<sup>68</sup> Uno de los más grandes logros del evolucionismo darwinista es el poder ofrecer explicaciones unificadas de los procesos existentes en los seres vivos. Y el concepto de adaptación juega un papel central en esta explicación unificatoria. Su capacidad heurística es muy elevada y las certezas y verdades (o aproximaciones a las mismas), que ha logrado determinar han sido muchas desde hace siglo y medio. Lo que se argumenta es que el discurso adaptacionista tiene un claro sesgo teleológico, pues presenta las características de los seres vivos como siguiendo un fin del cual el individuo pareciera tener conciencia. Esto, no es, empero, suficiente para explicarlo todo en la evolución. Es muy difícil explicar las características mentales humanas, con una diversidad enorme de expresiones en situaciones concretas. El “para qué”, característico del adaptacionismo muestra limitaciones cuando lo que se requiere explicar de una característica adaptativa no es lo considerado más básico, sino

<sup>68</sup> Esa forma de mal razonar es la preferida por los partidarios del diseño inteligente en su pretensión de negar que el ser humano sea un producto de la evolución biológica.

la diversidad de funciones. Y del conjunto de rasgos del mundo vivo, los más diversos, inestables y contingentes son los que se refieren a la conducta y la cultura humanas. Por ello es difícil pensar que han sido naturalmente seleccionados, pues a partir de esta idea seleccionista no es posible ni asignar esas funciones ni explicar la mencionada diversidad sin incurrir en la reificación ya mencionada. Es preciso elaborar una forma distinta de comprensión de la evolución humana.

### **La mente humana como solucionadora de problemas**

La psicología evolutiva postula que la mente es una entidad que ha evolucionado con el objetivo explícito de hacer al humano capaz de resolver problemas. Esto deja ver otra de las facetas de la separación del organismo con su ambiente, típica del reduccionismo cartesiano en la biología. De acuerdo con estas tesis, los problemas aparecen por lo general sin relación con los sujetos que los deben resolver, es decir, desvinculados de éstos.

Tooby y Cosmides afirman: “*Es fácil observar cómo, una estructura específica como un detector de chinches en la retina de una rana, en interacción con las trayectorias de las chinches en el ambiente local, resuelve un problema de alimentación para la rana*”.<sup>69</sup>

Buss, en el mismo tono caracteriza lo que él llama un “*mecanismo psicológicamente evolutivo*” como un conjunto de procesos al interior de un organismo, los cuales:

1. Existen en su forma presente porque [...] resuelven problemas específicos de la supervivencia individual o de la reproducción [...] en la historia evolutiva humana.
2. Toman sólo ciertas clases de información o entradas [*input*] que [...] le especifica al organismo el problema adaptativo particular al que se enfrenta.
3. Transforma esa información en una salida [*output*] a través de un procedimiento en el que esa salida resuelve un problema adaptativo particular.<sup>70</sup>

<sup>69</sup> Tooby y Cosmides, *op. cit.*, p. 104.

<sup>70</sup> Buss, D. M. (1995): “Evolutionary psychology: A new paradigm for psychological science”. *Psychological Inquiry* 6: 1-30.

Y con estas premisas, añade:

Tenemos glándulas sudoríparas y mecanismos productores de escalofríos para resolver problemas de regulación térmica, mecanismos de producción de callosidades que solucionan el problema de la reiterada fricción a la piel; tenemos el gusto para resolver el problema de las sustancias que ingerimos.<sup>71</sup>

Gangestad, en su turno, no discrepa mayormente de sus colegas:

Los psicólogos evolutivos sugieren, pues, que un enfoque razonable al entendimiento de la arquitectura psicológica evolucionada es, primero que nada, la identificación de la estructura recurrente de los ambientes ancestrales; luego, identificar los problemas adaptativos específicos que esta estructura recurrente habría planteado a nuestros ancestros para que la resolvieran y así, especificar la arquitectura psicológica particular que resolvería estos problemas adaptativos...<sup>72</sup>

Cuando el adaptacionismo concibe a las adaptaciones como soluciones a problemas que un individuo o una especie tienen en un momento determinado, está situando al organismo y al proceso evolutivo en el centro de una teleología de motivos conscientes.

La psicología evolutiva hace una mistificación del concepto “problema”, presentándolo como algo que surge inherentemente a la presencia de los seres vivos en la Tierra. Pero vistos así, como una necesidad imperiosa del organismo, se trata de una complicación que puede ser genuina pero que no está explicada. Parece ser en un inicio, una extrapolación de un modo de vida cotidiano humano en el que todo el tiempo hay que estar resolviendo problemas, muchos de los cuales son en el fondo inútiles y a la vez tan imperceptibles que ninguna conciencia hay acerca de su naturaleza (pagar renta o impuestos, poner gasolina al coche, trabajar, elegir pareja para casarse, reparar daños en la casa). En rigor, nada en una teoría de la evolución indica que tenga que basarse en una interpretación de la naturaleza como hostilidades, enfrentamientos y planteamiento de problemas, tanto intra como interespecíficos y luego de las especies con el ambiente. El que tanto Lamarck como Darwin y

<sup>71</sup> *Ibid.*

<sup>72</sup> Gangestad, S. W. (1995): “The new evolutionary psychology: Prospects and challenges”. *Psychological Inquiry* 6: 38-41.

sus respectivos herederos la hayan construido así (cada uno a su manera) no quiere decir que así tenga que ser.

Antes de que exista un ojo, ni para el organismo ni para la naturaleza la percepción de la luminosidad tiene que ser algo ventajoso o desventajoso. Es algo desconocido. El ojo no tiene que surgir con la específica y predeterminada finalidad de percibir estímulos luminosos como forma de hacerse de una ventaja sobre otros organismos. Las tesis de Buss, de Tooby y Cosmides y de Gangestad son equivocadas porque presuponen que las necesidades de los organismos preexisten a ellos, como si las adaptaciones tuvieran sentido en vista de problemas que tenían que surgir como un producto forzoso, obligado, imprescindible en el curso de la evolución; como si las características de los individuos estuvieran diseñadas con antelación a los mismos, para enfrentar los problemas que inevitablemente se presentarían. La tesis de estos psicólogos evolutivos se explica como si hubiera algo en el ambiente que llevara a los organismos, por ejemplo, a regular su temperatura aun antes de que ellos existan, como si el ambiente hubiera tomado la decisión acerca de cuáles deberían ser las condiciones en las que tales o cuales organismos deberán sobrevivir, y por lo tanto lo que deberá resolver. ¿Qué sentido tienen para los seres vivos las variaciones en la temperatura ambiental y en la temperatura interna en ausencia de organismos que puedan desarrollar un mecanismo de regulación térmica? ¿Qué sentido tiene la existencia de superficies con asperezas y rugosidades distintas en ausencia de individuos para los cuales sea mínimamente relevante rozar sus respectivas superficies con aquellas?

Otra de las manifestaciones de esta forzada concepción de las características de los seres vivos como enfrentar problemas preexistentes es aquella que afirma que si bien los individuos no deben haber evolucionado hasta llegar a soluciones perfectas a los problemas adaptativos, sí *“debieron haber evolucionado para asignar recursos de manera óptima bajo las restricciones de los trade-offs (en ambientes ancestrales)”*.<sup>73</sup> Se presenta el fenómeno de la asignación de recursos en las adaptaciones psicológicas humanas como si previamente a la formación de la psique y de la conciencia, hubiera existido una necesidad de conformar la mente humana y esto tuviera que hacerse con arreglo a criterios empresariales

<sup>73</sup> Kaplan, W. y S. W. Gangestad (2005): “Life history theory and evolutionary psychology”, en Buss, D. M. (ed.): *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons Inc., pp. 68-95.

modernos de inversión económica —ganancia y costo-beneficio—. ¿Por que razón sería esto? Pues no está explicado. Estos conceptos designan y connotan fenómenos que existirían, según los autores, previamente incluso a los entes, seres o individuos que los van a llevar a cabo. Como si estos últimos fueran sólo la objetivación de una entelequia que hubiera tomado la decisión de organizar la vida de acuerdo con estos comportamientos de mercado. Como si la realidad misma, la realidad viviente y psíquica se hubiera conformado de acuerdo con un modelo existente en esa realidad, pero anterior a la existencia de la conciencia y la evolución mental. Como si la mente fuera sólo una materialización de ese modelo que llenara y dominara toda la naturaleza.

Las leyes del mercado se proyectan como “dominios” o “campos” existentes en un mundo etéreo e inmaterial, previo a la existencia de vida, y que se reifican al aparecer ésta. Las leyes del mercado, como elementos rectores, eternos y mistificados del mundo vivo, no requieren de explicaciones. Están allí siempre. Son lo único realmente existente, sólo se depositan en los cuerpos vivos que van surgiendo. Ellas plantean los problemas fundamentales a resolver, los cuales son permanentes y sólo conocen variaciones de forma, o de superficie. Lo esencial no cambia, por lo cual es muy fácil concebir a las características de los organismos y a la mente humana con ese contenido de solucionadora de problemas, pues éstos son siempre los del mercado. La selección natural actúa sobre las variedades que mejor representarán a estas leyes, las que más eficiente y funcionalmente las explicarán. Los cuerpos individuales y las relaciones poblacionales lo que desarrollarán es esa voluntad de invertir e intercambiar. La “*mano invisible*” de Adam Smith es mistificada al extremo en el modelo de la psicología evolutiva.

La selección natural trabaja sobre variaciones, que se dan al azar. El resultado de una variación, si es favorable, es que un organismo pueda ejecutar una acción de manera más eficiente, pero de ninguna manera se puede pensar que las variaciones en los organismos, aun las seleccionadas, fueran el resultado de una voluntad de éstos para variar en la dirección dada para adaptarse y así poder ejecutar o efectuar esa acción o función de manera más eficiente, y con ello dar una mayor progenie ventajosa. Sólo si la evolución por selección efectuara las variaciones como propósitos premeditados, podría decirse que las adaptaciones serían soluciones a los problemas. Pero la teoría darwinista de la evolución explica que la selección natural no es así. Los organismos no buscan solución a nada, varían estocásticamente y algunas de estas variaciones

se convierten en adaptaciones que les permiten sobrevivir, eso es todo. Plantear que las adaptaciones tienen la función de resolver problemas, tal y como lo hacen los psicólogos evolutivos, es retrotraerse a una visión mística y teleológico-voluntarista, según la cual los organismos varían debido a un impulso interno, a una necesidad que los hace variar en el sentido en que lo hacen.

El organismo no puede fijar en su interior el objetivo final de una transformación biológica propia, tal y como el ser humano lo hace con los objetos de su trabajo. No hay posibilidad de formularse solución posible a lo que no existe como problema porque sencillamente no existe. Cuando uno, como sujeto cognoscente, percibe *a posteriori* que el organismo poseedor de un sistema de percepción luminosa, o de regulación de temperatura, puede tener ventajas sobre algún otro que no lo tenga (y no necesariamente sobre todos los que no lo tengan), entonces se puede explicar la supervivencia o no de unos y otros. La ventaja es algo observable, pero no tiene que formularse por fuerza como una adaptación. Pensarlo así es pensar que premeditadamente y *a priori* el organismo pudo tener una percepción de las ventajas que le reportaría poseer un sistema de percepción de algo que desconoce totalmente y que se llama luz. Se impone la interrogante de cómo es posible que algún ente o proceso de cuya existencia no es posible percatarse, al menos hasta cierto momento, pueda ser, sin embargo, objeto de una evaluación por parte de un sujeto cualquiera. Con este tipo de discursos el carácter aleatorio de las variaciones se pierde completamente y se sustituye por un carácter direccional bastante vulgar. El proceso evolutivo se representa procediendo de acuerdo con criterios teleológicos de motivos conscientes.

En la psicología evolutiva los comportamientos dados se analizan estadísticamente y una vez que se encuentra un número significativo de conductas similares en una muestra, se concluirá que éstas son las únicas respuestas de solución a algo que ya existía en el medio (como la luz o la temperatura) y que por ese mismo existir constituía ya de por sí un problema para el organismo que se mueve en ese medio, problemas ya presentes antes de que el organismo existiera. Si esta lógica se lleva a sus últimas consecuencias se podrá concluir que el curso entero de la evolución habría estado predeterminado y se podrían explicar todas las variaciones y características del conjunto de las especies, porque se podría saber las condiciones generales en las que se les ubicaría y las estrategias que habrían necesariamente seguido. Ésta es una forma de

determinismo que se agrega a los determinismos previos en sociobiología y los actuales en psicología evolutiva.

Pero la psicología evolutiva habla de los seres humanos, y lo que no considera tampoco es que el ser humano tiene capacidad selectiva propia. Una capacidad para seleccionar los problemas que considera relevantes para resolver y aun profundizar en ellos y para descartar otros. O sea, no considera que el ser humano es, por sí mismo, un agente seleccionador y no únicamente uno de tantos objetos de una selección efectuada sobre él pero desde fuera y por encima de su voluntad. No se considera que esta selección consciente se refiere a su vez a problemas de naturalezas y cualidades muy distintas entre y aun dentro de sí, y que pueden ser desglosadas: desde problemas prácticos inmediatos hasta insondables problemas existenciales, metafísicos, anímicos, estéticos, y ontológicos, tanto personales como colectivos.

De acuerdo con la escuela reduccionista de pensamiento de la que la psicología evolutiva forma parte, las relaciones entre los organismos y el medio se conciben como una sucesión lineal de relaciones unitarias y unidireccionales de causa-efecto, es decir, en primer lugar, un proceso en el cual las especies responden pasivamente a los estímulos del medio, que es siempre la causa de éstos, simplemente obedeciendo las órdenes que éste les dicta para aceptarlo y adaptarse a él. No se considera que los organismos puedan ser capaces de intervenir activamente en la construcción del mismo y constituirse en causas mismas del cambio y de la evolución. Esto lleva a ignorar la relación dialéctica entre causas y efectos y a comprender que las causas pueden ser al mismo tiempo efectos y viceversa. De nuevo, es la típica visión del mundo en el que el organismo se entiende siguiendo una existencia separada de su ambiente<sup>74</sup> o, dicho de otro modo, una separación entre los nichos y los organismos que han de ocuparlos.<sup>75</sup> Este punto de vista ha sido criticado desde hace tiempo, citándose numerosos ejemplos en los cuales los organismos son capaces de construir su propio ambiente.<sup>76</sup>

Como lo explica Lewontin: “*Es imposible juzgar cuáles son los problemas ‘establecidos’ por la naturaleza sin describir a los organismos para los cuales*

<sup>74</sup> Lewontin, C. (1976), *op. cit.*

<sup>75</sup> Levins, R. y R. C. Lewontin (1985): *The dialectical biologist*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 269-270.

<sup>76</sup> Lewontin, R. C. (1983): “The organism as the subject and object of evolution”. *Scientia* 118: 63-82, reproducido en Levins, R. y R. C. Lewontin (1985), *op. cit.*, pp. 85-106.

*se dice que estos problemas existen*".<sup>77</sup> Pero la información requerida para hacer una especificación completa de lo que es un organismo, continúa Lewontin, no se puede limitar a lo contenido en sus genes, sino también en su ambiente, pues el organismo no es comprensible sin este último. Aquí se muestra una de las grandes limitaciones de la psicología evolutiva, porque para ella los organismos (el ser humano en primer término) son solamente producto de adaptaciones biológicas, lo cual la lleva a menospreciar aquellos componentes que no formen parte, o no se deriven inmediata y directamente de la información contenida en los genes, como lo es el ambiente; algo que para esta disciplina no sólo no es el organismo, sino que está escindido de él. Pero desgraciadamente, por medio de este método, no se pueden conocer los problemas que los organismos estarían destinados a resolver. Siguiendo a Lewontin, vale la pena cuestionarse: "¿En qué estado de la evolución de los ancestros voladores de los pingüinos, la habilidad para nadar bajo el agua se convirtió en un problema?".<sup>78</sup> La respuesta no se puede dar sin conocer el ambiente en que los ancestros de los pingüinos se desarrollaron. No se entienden sino a partir del análisis del conjunto de las relaciones organismo-ambiente que han tenido lugar desde esos tiempos. Los organismos también construyen su ambiente, definen las condiciones de su propia vida y, por lo tanto, formulan los problemas que han de solucionar, no sólo los admiten dócilmente. En ese sentido, bien se puede decir que plantean problemas que el ambiente debería resolver.

Los organismos crean los problemas al tiempo que buscan resolverlos junto con el ambiente, por eso Lewontin propone la eliminación de la metáfora de la "adaptación" y su sustitución por un discurso evolucionista basado en una metáfora alternativa: "construcción".

Por añadidura, el modelo de relaciones unitarias causa-efecto, aplicado a la evolución de las especies, sostiene de manera implícita y en el lenguaje y la metodología del fisicalismo, que las especies están sometidas a presiones de selección que actúan una por una, produciendo las correspondientes adaptaciones, las cuales van apareciendo también una a una, o al menos separadas unas de otras, en correspondencia estricta

<sup>77</sup> Lewontin, R. C. (1997): "Genes, environment and organisms", en Silvers, R. B. (ed.): *Hidden histories of science*. Londres. Granta Books, pp. 115-139, reimpresso con ligeras modificaciones en: Lewontin, R. C. y R. Levins (2007): *Biology under the influence: dialectical essays on ecology, agriculture and health*. Nueva York: Monthly Review Press, pp. 221-234.

<sup>78</sup> *Ibid.*

con cada presión de selección que se ejerce sobre el organismo. En este modelo cartesiano, las causas necesariamente preceden a los efectos y necesariamente se expresa cada uno de ellos posteriormente al ejercicio de una y sólo una de aquellas. Tal modelo evolucionista no comprende a las entidades del mundo —y por lo tanto a los seres vivos— como relaciones múltiples y simultáneas en un complejo espacio tiempo, como unidades que están compuestas de una multiplicidad de caracteres que se expresan de manera separada cada uno pero al mismo tiempo de manera unitaria, dentro de la unidad que les da sentido; como totalidades de relaciones que se descomponen para volverse a integrar luego bajo un marco de relaciones ya modificadas, para a su vez descomponerse de nuevo, ahora de manera distinta a la ocasión anterior y así reiniciar el proceso, pero nunca volviendo a la totalidad existente en el punto de partida. El organismo da sentido a cada uno de sus componentes, construyendo unidades de múltiples características que interaccionan entre sí y con el medio, el cual es otra unidad de este tipo, resultando de esta manera imposible que una determinada influencia del medio, en caso de que pueda separársele de las demás, actúe solamente sobre una parte del sistema y no sobre otras.

Esto contiene ya las premisas de un discurso ideológico y la posibilidad de desarrollarlo. Es más, es el discurso ideológico mismo. Como todas estas tesis se convierten en generalizaciones abusivas, se concluirá, al momento de analizar la “arquitectura” mental humana, que ésta está organizada para formularse y en su caso resolver no cualquier problema, sino solo o preferentemente el tipo de problemas que tienen una legitimación en el contexto de relaciones sociales en el que los problemas surgen, es decir problemas referentes hoy a la propiedad privada, el intercambio, la posesión, la herencia y la dominación, todos como medios para encarar el problema supremo: la reproducción. Y de ahí se desprende la única manera en que es posible para sobrevivir, es decir, la manera conocida y legitimada socialmente, la manera hegemónica: competencia, lucha territorialidad y, desde luego, altruismo dentro de ciertas poblaciones, altruismo que permite la competencia y el egoísmo en el plano interpoblacional. Tanto los problemas existentes como sus soluciones posibles se presentan como los únicos existentes, los únicos válidos en el ser humano por ser “naturales”.

Como los problemas adaptativos son de naturaleza muy distinta entre sí, así lo serán las soluciones exitosas y dependerán de la especie, la edad, sexo, contexto y circunstancias individuales de cada especie e

individuo. Sin embargo, ya en el ser humano, esta flexibilidad se presenta sesgada de origen por el tipo de problemas que se postulan como fundamentales. Buss muestra esto cuando enlista veinte mecanismos específicos, según él determinados biológicamente para marcar el desarrollo de la conducta humana. Entre ellos tenemos: la naturalidad de la xenofobia y la imitación de los modelos de estatus elevado entre los niños; el abuso infantil en las familias, especialmente por parte de parientes no consanguíneos; la infidelidad e infertilidad como causa de la disolución de la institución (natural) del matrimonio; la preferencia por parejas amables, inteligentes y defendibles; la diferencia en las cualidades de las parejas potenciales en mujeres y hombres (“*diferencias ligadas a los problemas socialmente adaptativos que hombres y mujeres han confrontado*”); la naturalidad de los celos;<sup>79</sup> las diferencias en la ocurrencia de fantasías sexuales; la naturalidad de la vigilancia, secuestro, encierro y restricciones a las “*mujeres de alto valor reproductivo*”. En pocas palabras, una empobrecida visión del ser humano, cuya conducta y los problemas que se le presentan se basan en y son entendidos como problemas de posesión, tráfico y mercadeo, poder coercitivo, predominio de las jerarquías y privilegios, patriarcado, misoginia y amoralidad; todo persiguiendo un fin reproductivo, es decir, la resolución de lo arbitrariamente entendido como el problema fundamental, el objetivo último de la vida de todo ser.

A los animales, el medio se les presenta imponiendo condiciones de vida, muchas de ellas hostiles y problemáticas, a las cuales el animal debe reaccionar resolviendo tales problemas. En el transcurso de ello modifica su ambiente, pero la naturaleza del animal permanecerá siendo un estereotipo más o menos constante, que no conoce una evolución propia como especie, una evolución que le permita cambiar sin dejar de ser la especie que es. Pero el ser humano es cualitativamente distinto, ya que sí tiene una evolución propia como especie. Su naturaleza, una naturaleza social, se transforma a cada momento, con cada producto de su trabajo, con cada transformación que lleva a cabo de la naturaleza. En ese transcurso, el ser humano no se caracteriza solamente por su capacidad resolutoria de problemas. El ser humano, al igual que el animal, forma

<sup>79</sup> Buss, D. M. (1995): “Evolutionary psychology: A new paradigm for psychological science”. *Psychological Inquiry* 6 (1): 1-30. Buss, por cierto, admite que los celos masculinos son la principal causa de homicidio conyugal entre los esquimales y uno de los principales motivos de homicidio en Sudán, Uganda e India. Cabría preguntarse, en el marco de estos datos, cuál o cuáles son los problemas que “resuelven” los celos al ser considerados como una conducta adaptativa.

una unidad con sus problemas, pero supera a y se diferencia de aquel por su capacidad de crear problemas, tanto de corto, mediano y largo alcance de concebirlos, es decir, de traducirlos en conceptos y también de pronosticarlos, de preverlos. En todos estos sentidos los problemas del humano son suyos; se trata de los problemas de un ser trascendente, no inmanente como el animal. En un animal, su actividad creadora de un ambiente solamente va resolviendo los problemas que de manera inmediata se le presentan; son todos problemas prácticos relacionados con su supervivencia, con su permanencia en el medio. Un ser humano, además de creador de problemas, no los circunscribe a sus necesidades prácticas inmediatas; es, por el contrario, capaz de crear los más variados problemas referentes a su subjetividad, problemas espirituales, inmateriales, por decirlos así. Su actividad consiste en una búsqueda sin término a la solución de problemas creados conscientemente (no impuestos desde el exterior) en esferas tan disímiles (y entrelazadas) y tan no biológicas como la de las relaciones laborales, la moral y la ética, la ciencia, la lógica y la epistemología; el arte y la estética, la religión y la mística; la metafísica, la ontología y los sentimientos, por mencionar sólo algunas. Los psicólogos evolutivos se verán en dificultades si tratan de observar este tipo de problemas como productos o subproductos de las adaptaciones mentales a los cambios en el medio. Finalmente, los problemas que se refieren a las necesidades materiales inmediatas, muchas de ellas necesidades biológicas de supervivencia, no los resuelve de manera estereotipada, sino con una flexibilidad y variación grandes, de manera que incluso estos problemas abandonan parcialmente la esfera de lo biológico.

De la misma manera se cuestionó la validez del término adaptación al aplicársele a las manifestaciones culturales del lenguaje o de las emociones; es posible cuestionarse qué problema se soluciona para el ser humano con la aparición del lenguaje, siendo que la cantidad de problemas que se crean con el mismo es incomparablemente mayor a los que se solucionan, siendo que en el ser humano existe una unidad de contrarios entre la creación y la solución de problemas.

Pero con el enfoque de la psicología evolutiva resulta que los seres humanos se encuentran en larga medida impedidos para decidir consciente y responsablemente cómo abordarlos; se presentan como fatalidades a las que la mente debe adaptarse para aspirar a resolverlos.

Y entonces el problema de la conciencia adquiere importancia. Plotkin afirma a este respecto que en psicología evolutiva: "*Lo que se*

*asume es que la selección natural ha puesto en práctica estratagemas que gobiernan la dirección de los comportamientos rencorosos y altruistas que operan inconscientemente y sin que tengamos que pensar acerca de ellos”.*<sup>80</sup>

Pero, ¿por qué es esto así?, ¿por qué la selección natural ha enviado al ámbito de lo inconsciente estos comportamientos. La psicología evolutiva no tiene una respuesta para esto, pero al postularlo del modo como Plotkin lo hace, la solución a los problemas de conducta se complica severamente, porque el mecanismo que opera para provocar esa conducta se vuelve oscuro y misterioso, por no decir incomprendible. No es posible comprender las mediaciones entre la carga genética y la conducta concreta que producen. No se puede comprender por qué el compartir una considerable parte del pool genético hace que se desarrollen conductas tendientes a conservarlo, a fin de seguir siendo eficiente en la solución de problemas. No se propone una teoría nueva, distinta ni complementaria del inconsciente que logre desentrañar esa motivación inconsciente ni la manera como opera, lo cual hace una enorme diferencia con la teoría del inconsciente de Freud. Independientemente de lo acertado o erróneo de esta teoría (no es éste el espacio para juzgarla), es claro que posee una argumentación coherente y sólida. La tarea que Freud asume es la de encontrar una explicación racional para la irracionalidad humana, hallándola en el espacio de lo inconsciente.<sup>81</sup> Freud le quita el elemento mágico, misterioso y místico a la conducta inconsciente humana. Explica las relaciones y mediaciones entre lo inconsciente lo preconscious y lo consciente y propone una metodología para hacer consciente lo que en cierto momento de la vida de un individuo no lo es, para lograr un equilibrio entre la parte consciente de cada individuo y su parte inconsciente; para comprender la manera concreta en cómo el inconsciente está operando para regular la vida, las relaciones, los pensamientos y las emociones de una persona o incluso de un colectivo. Para Freud no existe ninguna barrera impasable entre uno y otro espacio de la mente. Hablar de inconsciente no es, siguiendo a Freud, hablar de lo inexplicable, de lo insondable, de lo misterioso, menos aun de lo determinado de una vez y para siempre.

<sup>80</sup> Plotkin, H., *op. cit.*

<sup>81</sup> Freud, S. (1967) [1912]: *Introducción al psicoanálisis*. Madrid: Alianza Editorial; Freud, S. (1997): [1923]: *El Yo y el Ello*. Madrid: Alianza Editorial; Freud, S. (2002) [1922]: *Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica*. Madrid: Alianza Editorial.

Pero la explicación de la psicología evolutiva, su forma de presentar el trasfondo de las conductas humanas, no sólo no avanza sobre los planteamientos del psicoanálisis sino que representa un serio retroceso con respecto a ellos, dado que no presenta la posibilidad de que el humano vuelva consciente lo inconsciente y entonces pueda decidir la manera como enfrentar los problemas de la vida, y solucionarlos. Se presenta como lo que no se puede ni se tiene que pensar, porque está ordenado ya, porque está decidido por fuerzas no humanas. Esto se traduce en un modo perfecto para imponer una moralidad y todo un modelo de vida. Puesto que, como Plotkin lo señala, no hay necesidad de pensar en los comportamientos. La conducta humana se presenta como un conjunto de estímulos inmodificables de origen molecular, que van generalmente acordes con la visión burguesa-patriarcal-judeocristiana, con sus particulares problemas y por lo tanto con la manera de solucionarlos. Al afirmarse que son un producto de la selección natural operando sobre un inconsciente tajantemente separado del consciente, se afirma que en realidad, los códigos éticos y morales que han sido formulados de acuerdo con esta visión, son los naturales; que en rigor, la labor tanto de filósofos como de juristas que los han sistematizado, ha sido una labor inconscientemente determinada, guiada por los principios de la selección natural. Pocas veces se ha abusado tanto de esta categoría de la teoría darwinista de la evolución.

### **Exaptaciones y *spandrels* en la crítica a la psicología evolutiva**

En la búsqueda de una interpretación más diversa, plural y heurísticamente más rica de la evolución, algunos evolucionistas han buscado y en su caso encontrado argumentos que se alejan de una explicación seleccionista-adaptacionista estricta. Sin duda, las aportaciones e innovaciones más trascendentes en este sentido son la teoría neutralista de Kimura,<sup>82</sup> la teoría de los sistemas en desarrollo de Oyama,<sup>83</sup> el concepto

<sup>82</sup> Kimura, M. (1983): *The neutral theory of molecular evolution*. Cambridge: Cambridge University Press; Kimura, M. (1992): "Neutralism", en Fox Keller, E. y E. A. Lloyd (eds.), *Keywords in evolutionary biology*, Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 225-230.

<sup>83</sup> Oyama, S. (2000) *Evolution's eye: a systems view of the biology-culture divide*. Durham: Duke University Press; Oyama, S. (2000): *The ontogeny of information: Developmental systems and evolution*. Duke University Press.

de exaptación de Gould y Vrba<sup>84</sup> y la analogía con los *spandrels* de la catedral de San Marco en Venecia, de Gould y Lewontin.<sup>85</sup>

No me ocuparé en este trabajo de las ideas de Kimura, pues caen por fuera de la temática que tratamos, al igual que las de Oyama, aunque en otro sentido, ya que coincide en criticar al reduccionismo en la teoría de la evolución. Centraré en cambio mi atención en las tesis de Gould y Vrba y de Gould y Lewontin, por ser mucho más atingentes a la crítica a la psicología evolutiva.

Ambos artículos, al pronunciarse a favor de una visión más plural de la evolución, cuestionan la linealidad o unidimensionalidad de lo que ha sido la tendencia hegemónica (desde tiempos de Darwin), para interpretar toda característica de los seres vivos como una adaptación. Gould y Vrba argumentan que, haciendo un análisis histórico de cómo muchas características han llegado a ser lo que son, podremos ver que en muchos casos, una característica con cierta función adaptativa (o sea, un producto de la selección natural) pudo haber sido cooptada para otra función distinta a la original en el transcurso de la evolución, pero en la medida en que esa nueva o nuevas funciones no son el resultado de la adaptación, tampoco puede alegarse que en ella se haya operado un proceso de selección natural. Gould y Vrba señalan la existencia de dos significados para el término adaptación: uno en el que se juzga ésta sólo si es construida por la selección natural para la función que se efectúa en el presente y otra en la que la adaptación es un rasgo que incrementa la adecuación biológica independientemente de su origen histórico.

Uno de los rasgos más interesantes del modelo de estos dos autores es que pone en consideración el problema de la teleología. Una adaptación es comprendida con un carácter teleológico, aun cuando no sea una teleología de motivos conscientes. Hay en ello algo así como una previsión de lo que un individuo requeriría en cierto momento y para lo cual se adaptaría. En la exaptación no ocurre así, las funciones de una característica adaptada-exaptada se diversifican. Pero como la adaptación no sería el único mecanismo de desarrollo de características, y como éstas

<sup>84</sup> Gould, S. J. y Vrba. E. S. (1982): "Exaptation –A missing term in the science of form". *Paleobiology* 8 (1): 4-15.

<sup>85</sup> Gould, S. J. y R. C. Lewontin (1979): "The spandrels of San Marco and the panglossian paradigm: A critique of the adaptationist program". *Proceedings of the Royal Society of London, Serie B* 205: 581-598.

se diversifican tanto en sus orígenes como en sus funciones presentes, el problema de juzgar a un rasgo como adaptación se acentúa. Esto tiene importantes implicaciones para caracteres tan flexibles, diversos y variados como los conductuales o los culturales en el ser humano, que son aquellos de los que se ocupa la psicología evolutiva.

Gould y Lewontin proceden en un sentido similar. Su argumento surge de una analogía con las partes superiores de las columnas de la catedral de San Marco, en Venecia. Las curvaturas o arcadas que allí se encuentran (denominadas *spandrels* en inglés y *pechinas* en español, en el lenguaje de la arquitectura) han sido, con posterioridad a su construcción, de enorme utilidad para el plasmado de los frescos que allí se pueden admirar, pero no se puede pensar que estas estructuras fueron construidas con la expresa intención de pintar una serie de figuras allí; el objetivo de haberlas construido estaba basado en consideraciones estructurales del templo, no las estéticas; sin embargo, todo visitante o feligrés observa estas estructuras por su valor artístico y no por el principio estructural que las originó. Las pinturas que hoy se pueden ver son un producto secundario, son resultado de una utilidad adicional que se les encontró luego de ser construidas.

De la misma manera, y en convergencia con el concepto de exaptación, en la evolución existen numerosas funciones no adaptativas que son el producto secundario de estructuras o funciones originales con un carácter que en un inicio es claramente adaptativo. Gould y Vrba y Gould y Lewontin, al adoptar un punto de vista histórico para interpretar la adaptación, argumentan a favor de una suerte de liberación del corsé que impone una única interpretación de la evolución. En otras palabras, la adaptación (consecuencia de la selección natural), es un resultado importante del proceso evolutivo, pero no se le puede pensar como resultado automático ni universal de ese proceso.

La argumentación de estos autores resulta de una gran importancia cuando se analizan los problema de la evolución humana, en los que, como se ha visto, el enfoque adaptacionista estricto, impone, entre otras cosas, una reificación de las características humanas. Si tomamos al pie de la letra el enfoque adaptacionista, no podremos entender el porqué de la multiplicidad de funciones, ni siquiera de objetos concretos o tangibles, como por ejemplo la mano, mucho menos de las de la mente.

La mano humana es un órgano resultado de un proceso indudable de selección natural y adaptación para dar una eficiente función prensil al organismo humano. Es una de las ventajas adaptativas más impor-

tantes en el surgimiento del *Homo sapiens*, quizá la más importante en lo que a morfología y estructura se refiere.

Pero la mano, sabemos bien, no solamente tiene esa función prensil. A lo largo de la historia ha ido adquiriendo otras muchas para las cuales la adaptación y la selección natural son insignificantes, por decir lo menos. Las manos sirven para saludar a otras personas, tanto de lejos como de cerca, para aplaudir, para jugar basquetbol o voleibol, incluso para hacer trampa y meter goles jugando futbol; sirven para masturbarse, para insultar y hacer señas obscenas, escribir, pintar. La lista se puede alargar.

Todas estas funciones tienen un carácter cultural. Desde luego que ninguna de ellas sería posible tal como la conocemos con otra estructura, lo que se manifiesta aquí es la interpenetración de una estructura biológica con una capacidad mental para realizar infinitas funciones, algunas de ellas irrepetibles en las situaciones concretas en que se presentan; y estas capacidades se interpenetran a su vez con las posibilidades imaginativas y creativas que son parte de la mente humana para formar un todo plural y diverso, como en ninguna otra especie se encuentra. La mano, por medio de este camino, por este proceso de interpenetraciones y adquisiciones de nuevos niveles de actividad, adquiere numerosas funciones que no tienen relación alguna con su evolución biológica y, sin embargo, son esenciales en la evolución humana. Se trata de funciones que no tienen una explicación en términos de selección natural, son productos secundarios de la evolución que se hacen más frecuentes y evidentes cuando ésta alcanza otros ámbitos y se manifiesta en niveles de complejidad distintos a los de la evolución biológica. La mano, en tanto una estructura, es un complejo ejemplo de combinación exaptación-adaptación. La mano tiene muchos efectos selectivos, y al mismo tiempo está basada en estructuras preexistentes que restringen sus funciones.<sup>86</sup> La ventaja de las exaptaciones es que puede explicar muchas de la expansiones de las funciones que no pueden comprenderse por medio únicamente de los efectos selectivos.

La psicología evolutiva, siempre va a intentar buscar al carácter adaptativo de todas y cada una de estas funciones. Para ella, el hecho de que Diego Armando Maradona haya sido lo suficientemente hábil para engañar a un árbitro y lograr anotar un gol con la mano, hablará

<sup>86</sup> Dupré, J. (2002): "Ontology is the problem". *Behavioral and Brain Sciences* 25: 516-517.

de una ventaja adaptativa de personas con esa capacidad de engaño; hablará del engaño como una estrategia evolutiva, dentro de la cual se encuentra cualquier tipo de trampa como la efectuada por Maradona en el partido de cuartos de final contra Inglaterra del Campeonato Mundial de Fútbol de 1986.

La lectura es otro de los ejemplos que se pueden dar. Aunque el cerebro sea indispensable para leer, no puede decirse que el cerebro se haya adaptado para esa función, no tiene influencia alguna en la evolución cerebral. Desde luego que tiene una influencia en el aumento de la adecuación, pero no biológica, sino social.<sup>87</sup>

Estos ejemplos muestran que de la misma manera que el concepto de adaptación no puede aplicarse a los constructos sociales, estudiados por la psicología evolutiva, tampoco el de exaptación lo puede hacer. El apoyo que aquí damos a esa idea no es para utilizarla indiscriminadamente en las ciencias de la conducta humana, sino para mostrar que la adaptación no puede hacerlo ni siquiera en los casos en que trata con estructuras que tienen influencia en la conducta.

En toda variación con fines adaptativos está contenida la posibilidad de generar *spandrels* y exaptaciones. ¿Por qué razón? La explicación la debemos encontrar en la multiplicidad de las propiedades de todo objeto y ser del universo. En efecto, nada en el universo tiene una propiedad y sólo una. Las entidades del universo contienen múltiples propiedades, las cuales son cualitativamente distintas entre sí. Es a través del recorrido que se hace de esta multiplicidad, como es posible comprender la naturaleza misma de cada objeto o ente del universo. Un libro, por ejemplo, ha sido diseñado para leer, y tiene numerosas propiedades. Una de ellas: el tener ciertos signos en cada una de sus páginas es lo que permite el acto mismo de lectura, pero el libro tiene que tener otras características para que se cumpla con la función para la cual fue diseñado. Tiene una forma de paralelepípedo rectángulo, lo cual posibilita ser usado para detener sillas o sillones que tengan una pata rota. El papel del que está hecho puede servir para encender una fogata; la superficie plana que posee es una estructura estable como para que puedan ponerse encima objetos sin temor a que resbalen o caigan.

Un alambre de metal, para poner otro ejemplo, puede haber sido fabricado con la intención de transmitir la corriente eléctrica, pero

<sup>87</sup> *Ibid.*

puede servir alternativamente para amarrar algún objeto, para ahorcar a una persona o como barrera para impedir el paso. Un árbol puede servir para que los pájaros hagan su nido, para ahorcar personas, para que los niños se diviertan trepando por sus ramas o para descansar bajo su sombra. En todos estos casos se trata de productos secundarios, de usos derivados de formas y estructuras. En el caso del árbol, quienes interactúan con él, se adaptan a su estructura y cualidades físicas para ejecutar algunas acciones, pero el árbol muestra exaptaciones que permiten realizar esas funciones.

Un fabricante de lentes sabe que debe aprovechar la forma de la nariz humana para sostenerlos. En este caso la forma de los lentes está adaptada a la de la nariz, pero la nariz está exaptada para recibir lentes. En todos estos casos las múltiples propiedades de cada objeto están dando la pauta para la múltiple utilización del mismo y de los demás con los que se relaciona, en distintos planos y dimensiones.

No hay ninguna diferencia en las variaciones debidas a la evolución de las especies; debe considerarse además que en estos casos no se trata de cambios con un objetivo cerrado, fijo y predeterminado, porque la situación general e integral en la que un organismo se encuentra en un momento dado de su historia evolutiva, se presentan siempre situaciones “inesperadas” e “impredecibles” a las cuales el organismo debe responder, no sólo como ente pasivo, adaptándose a lo que existe, sino como ente activo, construyendo su propio ambiente. De cualquier manera, la selección natural no puede superar el carácter estocástico de las variaciones; trabaja sobre ellas actuando como un filtro,<sup>88</sup> pero no las reelabora, no las rehace, no rectifica lo azaroso en aquellas, y a partir de allí da la impresión de seleccionar lo mejor, porque es lo que mejor sirve a la reproducción, y con ello produce una impresión de construir el mejor mundo posible, pero no es así. El carácter contingente de la evolución como un todo, no se pierde. La selección natural lo que hace es dar un poder explicativo a las direcciones en evolución, no una teleología, menos una axiología.

Por otra parte, la selección natural de unas características produce cambios en otras, que pueden ser adaptativos como los primeros, neutrales o maladaptativos. Los productos secundarios (*byproducts*) son

<sup>88</sup> Travis, J. y D. N. Reznick (2009): “Adaptation”, en Ruse, M. y J. Travis (eds.): *Evolution: The first four billion years*. Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press, pp. 105-131.

epifenómenos de lo que ha sido anteriormente seleccionado.<sup>89</sup> El problema del programa adaptacionista es que, como no dimensiona este papel activo de todos los elementos que intervienen en la evolución, observa y concibe los cambios en una sola dimensión, y siguiendo una línea recta, una relación directa de causa efecto; en el esto-es-para-esto, en singular.

Cuestionando el concepto de exaptación señala que éste no es un concepto explicativo útil porque los ejemplos de exaptaciones son demasiados y demasiado diversos.<sup>90</sup> Este elemento es válido en la medida en que, por evitar el extremo panadaptacionista, se introdujera uno en el opuesto y se conformara un programa panexaptacionista, lo que no es la intención de Gould y Vrba. Con todo, este señalamiento evidencia que existe un desfase entre la multiplicidad de funciones para una multiplicidad de rasgos, estructuras, funciones, moléculas y para la psicología evolutiva: conductas también. Esa multiplicidad correspondería a una diversidad de mecanismos para llevarla a cabo, pero no se corresponde con la visión monista que hasta el momento ha hegemonizado la explicación de estos fenómenos. Existe un cierto desfase o inadecuación entre el proceso natural y el proceso epistemológico para explicarlo. La idea de exaptación busca resolver al menos en parte ese desfase.

En la medida en que la complejidad de una característica aumenta, los resultados secundarios también lo hacen porque las relaciones entre esa característica y las demás y de todas ellas con el ambiente, se da en planos distintos de complejidad. El ejemplo de la mano humana es ilustrativo porque de por sí es una estructura de alta complejidad, pero su existencia aislada no tiene sentido, su sentido se adquiere en el momento en que se pone en contacto con otras estructuras, con otras características. La mano es impensable sin el cerebro, y el cerebro humano es impensable sin una mente, pero eso no significa que las estructuras mismas tengan que ser adaptaciones y por lo tanto que todas sus funciones lo sean. Algunas sí, algunas no, todo depende de la naturaleza de las relaciones. Pero entonces, cada una de las formas y las funciones se abren como un abanico a las distintas posibilidades de utilización: adaptaciones, exaptaciones, *spandrels*. Admitir esto no con-

<sup>89</sup> Van Valen, L. (2009): "How ubiquitous is adaptation? A critique of the epiphenomenalist program". *Biology and Philosophy* 24: 267-280.

<sup>90</sup> Browne, D. (2002): "Troubles with exaptationism". *Behavioral and Brain Sciences* 25: 510-511.

tradice en nada las consideraciones sobre las restricciones del desarrollo de todo organismo que la selección natural impone.

Pero como el adaptacionismo, en particular el de la psicología evolutiva, no observa este despliegue en las posibilidades y las expresiones de la evolución, siempre va a ofrecer explicaciones en términos de las ventajas adaptativas y selectivas de toda característica humana.

Gould brillantemente afirma en este sentido que:

El cerebro humano pudo haber alcanzado su tamaño actual por medio de procesos ordinarios adaptativos orientados a lograr beneficios específicos de mentalidades más complejas de nuestros cazadores-recolectores de las sabanas africanas. Pero los spandrels implícitos en un órgano de tal complejidad deben exceder a las razones funcionales explícitas de su origen.<sup>91</sup>

Y continúa por este derrotero cuando dice:

Una falla en la apreciación del papel central de los spandrels, y la importancia general de la no-adaptación en el origen de las innovaciones evolutivas, ha sido el impedimento principal que se ha dado en los esfuerzos para construir una teoría evolutiva propia de las bases biológicas de los universales de *Homo sapiens* —o lo que nuestra lengua vernácula llama “naturaleza humana”.<sup>92</sup>

La visión adaptacionista estricta, al negar la existencia de otras vías colaterales en el curso de la evolución, empobrece la visión del mundo, los procesos de la evolución y la condición humana misma. Lo que Gould comprende es que es necesario ampliar nuestro entendimiento de la evolución aceptando la existencia de otros procesos no adaptativos, a fin de comprender más completamente la complejidad y diversidad de la condición humana misma y su variabilidad.

Entre las más importantes críticas que se han hecho a la propuesta de Gould y Lewontin, se encuentra la de Mayr, quien intenta invalidar la idea de los dos primeros autores al señalar que no puede decirse que el programa adaptacionista en la teoría de la evolución sea un programa panglossiano, porque la idea original del panglossianismo, contenida en el “Cándido” de Voltaire, proviene de una época (1759) en la que

<sup>91</sup> Gould, S. J. (1997): “The exaptive excellence of spandrels as a term and prototype”. *Proceedings of the National Academy of Sciences USA* 94: 10750-10755.

<sup>92</sup> *Ibid.*

el evolucionismo no existía. Ésta es una forma ahistórica y falaz de argumentar; consiste en intentar invalidar argumentos del adversario no abordando la argumentación del mismo, sino pretendiendo que sus términos no están bien usados, que las palabras no son las adecuadas y siempre negando que las ideas y teorías predarwinistas pudieran tener una influencia sobre Darwin precisamente por no ser evolutivas. Este procedimiento de Mayr, sin embargo, está equivocado aun dentro de su propio marco de referencia. La tesis de que vivimos en el mejor de los mundos posibles ha sido algo que, con variantes, desde luego, ha sido preconizada por la burguesía desde los tiempos en que se consolidaba su poder político, a mediados del siglo XVIII, hasta nuestros días. Consiste en afirmar que la historia previa de la humanidad ha sido una sucesión de etapas en las que la humanidad se ha despojado de los obstáculos místicos e irracionales que alguna vez la dominaron, y que le han impedido alcanzar una perfección; que el capitalismo, al ser el más natural de los sistemas, por corresponder a una propensión natural del ser humano al intercambio mercantil, y por ser el sistema que garantiza el ejercicio de los derechos humanos, es el mejor de los mundos posibles. Darwin se identificó con esta idea y construyó un programa basado entre otras cosas en una idea perfeccionista basada en el concepto panglossiano.<sup>93</sup> Basta con consultar el penúltimo párrafo de *El origen de las especies*,<sup>94</sup> en donde habla de la tendencia universal de los organismos hacia la perfección para darse cuenta de la magnitud de su convicción perfeccionista y progresionista.

Es decir, el hecho de que Darwin haya revolucionado la concepción del mundo, no implica que los elementos que constituyen su teoría sean enteramente originales de él. Darwin concibió a la evolución como proceso dinámico en el que no existe nunca garantía de éxito para nadie, en donde la medida del éxito, la supervivencia, es siempre momentánea, transitoria, por eso no hay algo como el *mejor* mundo, sino el mejor *entre los posibles*, nunca perfecto, pero siempre tendiendo, empujando hacia la perfección. Es la visión burguesa de la empresa.

La adaptación surge de esta concepción burguesa predarwiniana.

La adaptación presupone la existencia de dos entes: el que se adapta y el que adapta. El primero mantiene una actitud pasiva frente

<sup>93</sup>Muñoz Rubio, J. (2003): "Charles Darwin: Continuity, teleology and ideology"; *Science as Culture* 12 (3): 303-339.

<sup>94</sup>Darwin, C. (1964) [1859] *op. cit.*, p. 489.

al segundo. El ente o el elemento adaptador impone sus condiciones al adaptado, el cual no tiene otra opción que aceptarlas, por ello se dice que *se adapta*. Dada esta situación, el ente adaptado tiene una limitación en sus movimientos y funciones, que no pueden ir más allá de las impuestas por el ente adaptador. La adaptación supone de entrada un sistema jerárquico, de subordinación a lo que en las condiciones concretas que se tienen es intransgredible. Parte de la aceptación de una actitud pasiva de ciertos componentes presentes en un medio, en un sistema, que no pueden cambiar las condiciones de su existencia, y en la medida en que están imposibilitados para hacerlo, tienen que replegarse a existir bajo las restricciones que el medio les impone, un medio preexistente e inmodificable, un medio que sigue una existencia separada de esos componentes “subordinados”, pero que sí es capaz precisamente de someterlos a sus leyes y condiciones. El mejor de los mundos posibles, así, indica que los fundamentos del mismo pueden no ser los mejores imaginables por fuertes que sean la fantasía, la utopía o los buenos deseos; pero no pueden ser cambiados. A pesar de todo, las posibilidades son nulas.<sup>95</sup>

Un pez, por ejemplo, requiere de la presencia de aletas para desplazarse. El medio adaptador: un medio acuoso plantea diversas posibilidades para que los organismos que viven en él, si han de gozar de cierta libertad de movimientos, puedan desarrollarse, pero ninguna adaptación que persiga ese (o cualquier otro) fin, puede transgredir las condiciones que el medio le impone, en este caso el medio acuoso. La aleta del pez debe tener una estructura y una forma específicas que le permitan desplazarse y cambiar de dirección en las condiciones físicas que en el agua se tienen que respetar. La hoja de un árbol debe tener sustancias y estructura para comportarse frente a la radiación electromagnética de manera que contribuya a la supervivencia del organismo que ha desarrollado tales estructuras-funciones, pero no puede ir más allá de lo que la propia radiación electromagnética es.

<sup>95</sup> En las conversaciones ligeras, discusiones profundas o publicaciones de diverso tipo donde no existe un cuestionamiento al capitalismo ni a sus estructuras y valores, y desde luego en las que se le defiende, siempre permea, explícita o implícitamente, la idea o la sensación de que hay cosas que no se pueden cambiar, que hay límites que no se pueden transgredir y, al admitirlo, ya no se menciona, pero el discurso y la práctica que de él se deriva, se mueve invariablemente dentro de los límites e inmediatas espacio-temporales que esa prohibición marca. Se mueve dentro de un sistema de adaptaciones tomadas ya como obviedades que no son necesario cuestionar.

El concepto de adaptación sirve para explicar la parte pasiva del organismo en relación con su medio. Pero por sí solo no es capaz de explicar la parte activa de aquel,<sup>96</sup> denota la acción del organismo necesariamente a situaciones limitadas en las que no tiene iniciativa o no la puede manifestar. Es la parte coercitiva del medio sobre el organismo. La psicología evolutiva considera útiles y adecuadas para su análisis las adaptaciones que permanecen en el presente funcionando como tales, no a las adaptaciones pasadas que han dejado de serlo ni mucho menos a las exaptaciones. De acuerdo con esto se plantea que la forma idónea de emplear al darwinismo para comprender la conducta humana es buscar los mecanismos psíquicos que en sí son adaptaciones.<sup>97</sup> Es decir, lo que cuenta es buscar las conductas humanas que sean claramente adaptativas, no aquellas que no tengan relación con adaptaciones iniciales.

El programa adaptacionista sostiene que el medio y los organismos están escindidos en sus respectivas existencias. Sostiene un estatus pasivo del organismo con respecto al ambiente, análogo al aspecto pasivo del individuo frente a las condiciones socioeconómicas de su vida. Como los organismos no son capaces de modificar ese ambiente, las variaciones seleccionadas tienen como función hacer que el organismo sobreviva en las mejores condiciones posibles para él. El mejor de los mundos posibles. Por ello es panglossiano. Como Mayr se caracteriza por su incompreensión y menosprecio del aspecto histórico de la ciencia y de su lenguaje, no alcanza a ver el contenido más profundo de esta metáfora ni tampoco que el hecho de que las adaptaciones sean verificables empíricamente, no le quita su carácter metafórico al término, con toda su carga histórica.

La crítica de Gould y Lewontin al paradigma adaptacionista es acertada cuando señalan que si alguna explicación adaptativa falla, entonces se ha de buscar otra, y otra y otra, hasta encontrar una respuesta “satisfactoria”, que en realidad es muy forzada, en vez de aceptar la no universalidad de la adaptación. Para Mayr esta crítica es una ridiculización del programa adaptacionista. Según él, nada tiene de cuestionable esta metodología porque en ciencia, cuando una hipótesis no funciona,

<sup>96</sup> Lewontin, R. C. (1983): “The organism as a subject and object in evolution”. *Scientia* 118: 63-82. Reimpreso en Levins, R. y Lewontin, R.C. (1985): *The dialectical biologist*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 85-106.

<sup>97</sup> Symons, D. (1990): “Adaptiveness and adaptation”. *Ethology and Sociobiology* 11:427-44. Citado en Laland, K. N. y Brown, G. R. (2002), *op. cit.*, p. 134.

se busca siempre otra. Lo que Mayr no responde es por qué el adaptacionismo no busca otras hipótesis fuera de la adaptación. También la ciencia acostumbra cotidianamente eliminar sus paradigmas cuando no funcionan, y sustituirlos por otro u otros. ¿Por qué no hacerlo con el panadaptacionismo?

Algo que Gould y Lewontin subrayan en su crítica al adaptacionismo es su incoherencia interna: por un lado posee una extrema flexibilidad cuando se trata de juzgar un rasgo cualquiera: como no puede haber otra explicación que la de las adaptaciones, entonces se tiene que encontrar la adaptación que sea para toda característica, aunque tenga un carácter especulativo marcado. Pero esta extrema flexibilidad y dispersión, que lleva a describir de manera imprecisa la naturaleza de muchos caracteres, se combina con una gran rigidez cuando se cierran las posibilidades a otras explicaciones fuera de la adaptación.

Houston, por su lado, hace una crítica a la propuesta de Gould y Lewontin afirmando que la analogía con los *spandrels* de San Marco es inadecuada, “no constituye una ilustración adecuada de por qué las explicaciones adaptativas deben ser evitadas”, por lo cual opina que el término debe ser abandonado.<sup>98</sup> Houston se mete en una serie de vericuetos inatingentes al problema que se trata: si la definición de Gould y Lewontin de un *spandrel* es la adecuada, qué otros términos en arquitectura pueden ser usados con mayor precisión al caso; si los *spandrels* son en última instancia necesarios en las construcciones de iglesias, cuánto tiempo demoró en San Marco el pintar los frescos después de que fue construido el templo; cuáles eran las intenciones originales de los constructores de esa catedral. De pronto desaparece del escenario toda discusión sobre teoría de la evolución y se interna uno escuchando interesantes disertaciones arquitectónicas, pero sin relación con el punto a discusión. Houston parece retomar el hilo cuando critica a Gould por utilizar un lenguaje inadecuado, pues mientras sus *spandrels* se basan en restricciones de tipo geométrico; sus ejemplos biológicos, por ser eso, no son geométricos.

En primer lugar, Gould y Lewontin no afirman que las explicaciones adaptativas deban ser abandonadas, sino complementadas con otras explicaciones no adaptativas; en segundo lugar, si los ejemplos bioló-

<sup>98</sup> Houston, A. I. (2009): “San Marco and evolutionary theory”. *Biology and Philosophy* 24: 215-230.

gicos puestos por estos autores son o no geométricos, eso no invalida el núcleo de su propuesta. Gould y Lewontin usan una analogía basada en una metáfora (la de la selección natural y de la adaptación). No usan un lenguaje literal, no se refieren, pues a un proceso consciente de adaptación. Finalmente, el problema no es si esos dos autores ignoran que hay otras estructuras arquitectónicas y por eso usaron una supuestamente mala analogía, o si no averiguaron bien cuánto tiempo pasó para que los frescos fueran pintados luego de la construcción de los *spandrels*, o si ignoraron las intenciones originales de los arquitectos medievales que construyeron tan célebre catedral. El argumento de Houston es *ad hominem*. Semejante al usado en su momento por Borgia (“*Un sesgo político es la única explicación plausible para los ataques de Gould al adaptacionismo y a las sociobiología*”)<sup>99</sup> y por Queller (que califica de “*programa retórico*” la propuesta de Gould y Lewontin).<sup>100</sup> Si se llegara a probar que la analogía elegida por Gould y Lewontin es equivocada, eso no eliminaría el núcleo de su argumento: lo que debe responderse es: ¿existen o no productos colaterales o secundarios y funciones derivadas, tanto en arquitectura, en la vida cotidiana o en la evolución? El término *spandrel* bien podría ser, en otro sentido, despojado de su acepción estrictamente arquitectónica y usado de manera más abierta para indicar todo tipo de estructura que permita el desarrollo de una función secundaria, colateral o derivada de la función original. Construir una acepción más amplia de este término sería construir un *spandrel* del término *spandrel*, lo cual, por cierto, es lo más común en el lenguaje humano, plagado de *spandrels*.

<sup>99</sup> Borgia, G. (1994): “The scandals of San Marco”. *The Quarterly Review of Biology* 69 (3): 373-375.

<sup>100</sup> Queller, D. C. (1995): “The Spaniels of St. Marx and the panglossian paradox: A critique of a rhetorical programme”. *The Quarterly Review of Biology* 70 (4): 485-489.

---

¿QUÉ OBSERVA, DESCRIBE Y MIDE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA?  
EL LENGUAJE IMPRECISO DE UNA SEUDOCIENCIA



**E**n este capítulo se hace un análisis de la terminología usada por la psicología evolutiva. A lo largo del mismo se pone énfasis en muchos de los estudios de una de sus ramas principales, la estética evolutiva, pues se piensa que es un campo adecuado para mostrar las deficiencias que esa terminología contiene.

De acuerdo con la psicología evolutiva, la apreciación de lo estético en el ser humano, al igual que en otros animales, puede ser materia de tratamiento científico y deriva directamente de las tesis sobre la selección sexual, las cuales, como se sabe, fueron teorizadas por el mismo Charles Darwin, quien, como ya se señaló, afirmó que paralelamente a los procesos de selección natural, se lleva a cabo una selección que “...*depende de la ventaja que ciertos individuos tienen sobre otros de la misma especie y sexo, exclusivamente en relación con la reproducción.*”<sup>1</sup>, y esta es resultante de la competencia de los machos por la posesión de las hembras más aptas.<sup>2</sup>

Las disciplinas del determinismo biológico contemporáneas formulan esta tesis con los conocimientos de la biología molecular y la genética de poblaciones, e incluyen al ser humano en una tesis central que vale la pena reiterar: dado que los gametos masculinos son pequeños, móviles, producidos en gran cantidad y continuamente, y que los gametos femeninos son grandes, inmóviles y producidos uno a uno en periodos mensuales, entonces el macho tiene una tendencia natural a la poligamia para incrementar su eficiencia reproductiva y su adecuación biológica, en tanto que la mujer, persiguiendo esos mismos fines,

<sup>1</sup> Darwin, C. (1981) [1871]: *The descent of man and selection in relation to sex*. Princeton, NJ: Princeton University Press, Parte I, p. 256.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 257.

genera una conducta opuesta, basada en la monogamia y la búsqueda de estabilidad y seguridad en sus relaciones de pareja y sexuales.<sup>3</sup>

Dentro de este modelo, el criterio de belleza juega un papel importante en vista de su identificación con juventud, salud y fuerza. En función de esto, tanto la belleza animal como la humana son adaptaciones con las que el individuo busca incrementar su adecuación biológica (*fitness*). De ese modo se afirma:

Un punto de vista evolucionista postula que el atractivo de los individuos está directamente ligado a su valor como pareja.<sup>4</sup>

Los psicólogos evolutivos sugieren que fenómenos tan omnipresentes como el de la belleza pueden reflejar adaptaciones psicológicas humanas y preferencias de pareja.<sup>5</sup>

En humanos y en muchas otras especies, se ha encontrado que la cara y la simetría corporal realzan el atractivo físico. Una explicación propuesta de ello es que la simetría es un indicador fenotípico de la adecuación biológica.<sup>6</sup>

Cunningham *et al.* lo explican así:

Cuando se ha percibido que un cierto rasgo es atractivo, entonces los individuos que lo poseen pueden gozar de un mayor éxito en el apareamiento y producen más descendencia a través de las generaciones, comparados con quienes no lo poseen.<sup>7</sup>

Etcoff explica el asunto de las adaptaciones estéticas de manera muy clara:

<sup>3</sup> Hamer, D. y P. Copeland (1998): *Living with our genes*. Nueva York: Anchor Books, pp. 170-182. Ridley, M. (1993): *The red queen: Sex and evolution of human nature*. Londres: Penguin, pp. 165-236. Fisher, H. E. (1994): *Anatomía del amor*. Barcelona: Anagrama.

<sup>4</sup> Little, A. C., Penton-Voak, I. S. Burt, D. M. y D. I. Peret (2002): "Evolution and individual differences in the perception of attractiveness: How cyclic hormonal changes and self-perceived attractiveness influence female preferences for male faces", en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz (eds. 2002), *Facial attractiveness: Evolutionary, cognitive and social perspectives*. Ablex: Westport, Connecticut, pp. 59-90.

<sup>5</sup> Fink, B. e I. Penton-Voak (2002): "Evolutionary psychology of facial attractiveness". *Current Directions in Psychological Science* 11 (5): 154-158.

<sup>6</sup> Cárdenas, R. A. y L. J. Harris (2006): "Symmetrical decorations enhance the attractiveness of faces and abstract designs". *Evolution and Human Behavior* 27: 1-18.

<sup>7</sup> Cunningham, M. R., Barbee, A. P. y C. L. Phillhower (2002): "Dimensions of facial physical attractiveness: The intersection of biology and culture", en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz (eds. 2002), *Facial attractiveness: Evolutionary, cognitive and social perspectives*. Ablex: Westport, Connecticut, *op. cit.*, pp. 192-238.

En las siguientes páginas consideraremos a la belleza como una adaptación biológica. El argumento es simple: la belleza es una parte universal de la experiencia humana, y provoca placer, refuerza la atención e impulsa las acciones que ayudan a asegurar la supervivencia de nuestros genes. Nuestra extrema sensibilidad a la belleza está fuertemente conectada internamente, esto es, está gobernada por circuitos cerebrales conformados por la selección natural. Nos fascina mirar pieles lisas, cabellos brillosos, cinturas curvadas y cuerpos simétricos porque en el curso de la evolución la gente que nota estas señales y desea a sus poseedores es porque éstos tienen más éxito reproductivo.<sup>8</sup>

Y ya anteriormente el mismo autor había expresado, en un lenguaje darwinista, una tesis semejante cuando afirmó que:

...aunque algunos aspectos de los juicios acerca de la belleza facial pueden estar influenciados por la cultura o la historia individual, los rasgos geométricos generales de una cara que dan lugar a la percepción de la belleza pueden ser universales, y la percepción de estos rasgos puede estar gobernada por circuitos moldeados por la selección natural en el cerebro humano.<sup>9</sup>

En una línea argumentativa muy similar, Rhodes *et al.* afirman que el atractivo estético es resultado de la naturaleza biológica:

Muchos psicólogos han sostenido que los patrones de belleza están establecidos, quizás arbitrariamente, por nuestra cultura [...] Sin embargo, la evidencia reciente, se encarga de desafiar este punto de vista, sugiriendo en cambio, que algunos patrones de belleza pueden reflejar nuestra biología más que nuestra herencia cultural. En primer lugar existe un considerable acuerdo intercultural acerca de cuáles caras son atractivas y cuáles no [...] En segundo lugar, las preferencias surgen muy temprano en el curso del desarrollo individual, aun antes de que los patrones culturales de belleza sean capaces de ser asimilados.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Etcoff, N. L. (1999): *Survival of the prettiest: The science of beauty*. Nueva York: Anchor Books, p.24.

<sup>9</sup> Etcoff, N. L. (1994): "Beauty and the beholder". *Nature* 368: 186-187.

<sup>10</sup> Rhodes, G., Harwood, K., Yoshikawa, S., Nishitani, M. y I. MacLean (2002): "The attractiveness of average faces: Cross-cultural evidence and possible biological basis", en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz, *op. cit.*, pp. 35-58.

Estos argumentos, basados en siglos de experiencia de preferencias estéticas más o menos comunes, buscan naturalizar gustos y preferencias personales. Etcoff deja entrever que hay patrones de belleza constantes a lo largo de los siglos cuando califica la claridad, la armonía de las partes del cuerpo, su simetría y el color vívido como los elementos irreductibles para juzgar la belleza, desde los tiempos presocráticos.<sup>11</sup>

Para intentar probar la naturalidad de las formas estéticas, se postula la existencia de reacciones psíquicas naturales hacia ciertos tipos de figuras, empezando por niños de minutos de edad, quienes muestran una supuesta predilección por fotografías de caras por encima de las preferencias a óvalos, por ejemplo.<sup>12</sup>

### **Simetría y promedio: teorías biologicistas de la belleza**

De acuerdo con la teoría de la simetría facial, una cara será más atractiva entre mayor sea la simetría existente entre los dos lados de la misma. Etcoff recuerda que en muchos animales, “*La simetría es un signo de buen desarrollo, resistencia a los parásitos y supervivencia y fecundidad...*”, y argumenta que: “*la simetría está enlazada con la belleza porque actúa como medida de la adecuación global.*”, y que los animales simétricos tienen más altas tasas de crecimiento, fecundidad y supervivencia.<sup>13</sup> Grammer y Thornhill afirman que existe una liga entre la resistencia a los parásitos y los caracteres sexuales secundarios porque las hormonas, en particular la testosterona, reducen la inmunocompetencia.<sup>14</sup>

En los estudios que apoyan esta idea, la estética evolucionista no muestra la relación entre la simetría de un animal con su resistencia a los parásitos, sino la relación entre resistencia a parásitos con mayor fecundidad y de ésta con la belleza. Etcoff afirma: “*Si la simetría es un indicador de salud y de adecuación, como lo es la promediación facial, entonces deberá aparecer como atractivo para nosotros.*”<sup>15</sup> ¿Por qué? Si nos atenemos

<sup>11</sup> Etcoff, N. (1999): *op. cit.*, p. 15.

<sup>12</sup> Palmer, J. A. y L. K. Palmer (2002): *op. cit.*, p. 147.

<sup>13</sup> Etcoff, N. (1999): *op. cit.*, p. 185.

<sup>14</sup> Grammer, K. y R. Thornhill (1994): “Human (*Homo sapiens*) facial attractiveness and sexual selection: The role of symmetry and averageness”. *Journal of Comparative Psychology* 108 (3): 233-242, p. 233.

<sup>15</sup> Etcoff, N. (1999), *op. cit.*, pp. 162.

a la estructura lógica del razonamiento, se verá que no está mostrada ninguna relación de causa-efecto. Se muestra un esquema de tres aristas: 1) salud y valor reproductivo; 2) simetría, y 3) belleza, postulándose, por decisión de los partidarios de esta teoría, que los tres están relacionados. De las palabras de autores como Etcoff, el que la simetría corporal esté ligada en algunos animales a parámetros reproductivos y de supervivencia, no implica necesariamente que estén relacionados con el de la belleza ni menos aun que ésta tenga también un valor de supervivencia. La relación entre causa y efecto es especulativa, aun en el caso de que la simetría fuese preferida como parámetro estético en los seres humanos. De esta manera, ese signo “*honesto*” de la calidad global de la pareja derivado de la simetría facial,<sup>16</sup> lleva a que los experimentos, con su lenguaje tan impreciso, conduzcan a los resultados que ya previamente se han validado en la mente de los defensores de este punto de vista.

La teoría del individuo promedio hunde sus raíces en los estudios estadísticos de Francis Galton de fines del siglo XIX Galton llegó a la conclusión de que las caras de los individuos por sí solas resultaban menos atractivas que la cara resultante de la superposición de varias caras de una población particular. Esta tesis ha sido retomada por varios autores contemporáneos, que, basados en la tesis de la selección estabilizadora o normalizadora,<sup>17</sup> postulan que las formas promedio de una cara son las más atractivas.

El argumento expuesto en la teoría de la simetría corporal se repite para el caso de la teoría de los rasgos promedio: las proporciones promedio son síntoma de buena salud<sup>18</sup> y pueden reflejar estabilidad en el desarrollo, o sea una cierta habilidad para mantener el desarrollo normal a pesar de tensiones ambientales o genéticas.<sup>19</sup> Cabe preguntarse, ¿por qué se refleja esta estabilidad?, ¿cómo, en concreto está dada esta asociación? Más aún, ¿qué significan estabilidad en el desarrollo y su normalidad? Sutilmente se impone un discurso reivindicador de

<sup>16</sup> Enquist, M., Ghorlanda, S. Lundqvist, D. y C. A. Watchmesiter (2002): “An ethiological theory of attractiveness”, en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz, *op. cit.*, pp. 127-151.

<sup>17</sup> Rubenstein, A. J., Langlois, J. H. y L. A. Roggman (2002): “What makes a face attractive and why: The role of averageness in defining facial beauty”, en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz, *op. cit.*, pp. 1-33.

<sup>18</sup> Etcoff, N. (1999): *op.cit.*, pp. 144-146.

<sup>19</sup> Thornhill, T. y A.P. Moller (1997): “Developmental stability, disease and medicine”. *Biological Reviews* 72: 497-548. Citado en Rhodes *et al.*, *op. cit.* (2002), p. 38.

la normalidad, la estabilidad y la búsqueda de ambas por medio de criterios objetivos, pero no se indica qué son; parecen términos del sentido común que ya no necesitan ser explicados; pero si en un estudio que pretende ser científico no se les explica, entonces se pueden hacer multitud de interpretaciones acerca de ellos, corriendo el riesgo de caer en la imprecisión. Otros resultados, se señala, apoyan el punto de vista de que las desviaciones del promedio resultan en la “*inestabilidad del desarrollo*” y que la promediación es símbolo de la “*calidad de la pareja sexual*”.<sup>20</sup> Los poseedores de caras promedio tendrían una diversidad genética mayor a los desprovistos de esa promediación, y esto daría como resultado la presencia de proteínas poco comunes, pero para cuya presencia los patógenos no están bien adaptados y, por lo tanto, proliferarían menos o no lo harían.<sup>21</sup> La relación entre unos y otros parámetros resulta tan difícil de establecer que esta hipótesis tampoco puede ser falsada. Otro estudio intenta correlacionar la simetría del busto de las mujeres con la frecuencia de sus matrimonios, afirmando que aquellas que se han casado poseen generalmente una menor asimetría en el busto que las que nunca se casaron y que las mujeres que tardan más en dejar descendencia muestran mayor asimetría en los senos que las que dejan descendencia más rápidamente.<sup>22</sup> El casamiento adquiere aquí el mismo estatus de las propiedades morfológicas de los cuerpos femeninos, corre paralelo a éstas y forma parte de los mismos procesos adaptativos. Senos más simétricos, casamiento más pronto y más rápida progenie. El estudio estadístico se hace en función de meras coincidencias, el que se encuentre una relación entre las variables no significa que tenga un significado evolutivo. Además ¿cómo se ubica aquí la decisión del sujeto sobre su estado civil y sobre el número y frecuencia de sus hijos? ¿Dónde está el sujeto de las decisiones? La laxitud del lenguaje utilizado en estos estudios, la imprecisión de los significados de los conceptos da pie para esta vulgarización, esta frivolidad y deshistorización tanto de valores estéticos como de la institución matrimonial.

<sup>20</sup> Rhodes, *et al.*, *op. cit.* (2002), p. 38.

<sup>21</sup> Thornhill, L. y S. W. Gangestad (1993): “Human facial beauty: Averageness, symmetry and parasite resistance”. *Human Nature* 4: 237-269.

<sup>22</sup> Manning, J. T., Scutt, D., Whitehouse, G. H. y Leinster, S. J. (1997): “Breast asymmetry and phenotypic quality in women”. *Evolution and Human Behavior* 18: 223-236.

Las deficiencias de este tipo de tesis de estética vulgar fueron apreciadas desde mediados del siglo XVIII por parte de Edmund Burke.<sup>23</sup> Su argumentación tiene enorme vigencia para refutar los argumentos de la estética evolutiva. Por un lado argumenta que la mente humana no tiene preconcebida una idea de belleza, mucho menos la tiene juzgada a través de parámetros geométricos.<sup>24</sup> Aunar a la belleza la idea de la proporción, afirmar que lo bello lo es más entre más proporcionado sea un cuerpo, es afirmar que la mente ya tiene prefabricada una concepción, incluso acabada, de lo que son las proporciones y su función. Es poner en contacto dos elementos existentes en el universo, cuya conexión no puede mostrarse y no tiene ni por qué ni cómo existir. Es afirmar que los modelos geométricos o matemáticos en y por sí mismos, están expresando las propiedades existentes en la materia que van a producir emociones específicas en los humanos; es aseverar que entre las propiedades geométricas, la mente humana y sus emociones existe una fusión natural, una relación causa-efecto consciente; que la mente humana tiene un conocimiento inmanente del porqué de las proporciones en un cuerpo determinado, que hay una suerte de creación de proporciones entre las partes de un cuerpo que está destinada a producir un sentimiento particular en el ser humano: un sentimiento de atracción al juzgar a ese objeto o sujeto como bello, y por contraste un sentimiento de indiferencia, repulsión o rechazo hacia los sujetos que no cumplan con esas proporciones.

Sostener esto es sostener que la mente tiene ya programada una serie de respuestas previsibles y predecibles en su contacto con ciertos entes y seres humanos. Esa forma de concebir la belleza refuerza un argumento de diseño y de teleología de motivos conscientes, como si las partes del universo tuvieran una conciencia de qué efecto estético producir en los humanos (o los animales) que las observen.

Burke señala algunas ideas sencillas con la que continúa refutando la tesis de la proporcionalidad como belleza:

Con respecto a las partes que resultan tan proporcionadas, a menudo están tan alejadas entre sí, en situación, naturaleza y función, que no puedo ver cómo admiten ninguna comparación, ni, por consiguiente, cómo puede

<sup>23</sup> Burke, E. (2001) [1757]: *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Madrid: Tecnos.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 68-69.

desprenderse ningún efecto de ellas, relativo a la proporción [...] Se puede asignar cualquier proporción que nos plazca a cualquier parte del cuerpo humano; y yo me comprometo a que un pintor las observe todas religiosamente y si le apetece, hacer una figura muy fea [...] Y después de todo ¿cómo se ponen de acuerdo los partidarios de la belleza proporcional sobre las proporciones del cuerpo humano?<sup>25</sup>

Hay que preguntar: ¿Cuáles son las proporciones corporales o faciales adecuadas? ¿Entre qué partes? No cualquier parte tiene que estar proporcionada con otra cualquiera para producir belleza, es decir, para producir un efecto específico de admiración, de satisfacción, de placer sensual en el observador, o bien un desarrollo de fantasías e imaginación en torno a esos sentimientos. Los criterios de relación de partes específicas entre sí son arbitrarios, artificiales, no responden a ningún criterio de naturalidad. ¿Por qué —por citar un ejemplo—, debe observarse la proporción entre cintura, cadera y busto, tipo 90-60-90 en las mujeres para juzgarlas bellas? ¿Qué relación guardan esas tres partes entre sí para que una adecuada proporción haga “naturalmente” bella a la persona que las posee? Cualquier proporción podría asignarse entre dos o más partes del cuerpo para luego intentar mostrar la belleza del mismo. La existente entre cadera-cintura-busto de las mujeres bellas ha cambiado enormemente sólo en el siglo XX. Mientras en sus primeras décadas era atributo de las mujeres más bien “llenas” en la cintura, derivó luego a otro patrón, a mediados de siglo, de mujeres con prominente busto, para deslizarse posteriormente a un patrón de mujeres muy delgadas, con busto pequeño y rasgos infantiles, tendencia que comienza a revertirse y ser cuestionada en el presente, pero no debido a consideraciones de la naturalidad de otros patrones, sino a protestas sociales y denuncias acerca de los daños a la salud causados a las mujeres que desesperadamente buscan cumplir con esos atributos estéticos, cayendo incluso en la anorexia.

Las palabras de Burke señalan un punto muy relevante: es necesario un acuerdo entre los(as) observadores(as) acerca de lo que es proporcional y bello en los seres humanos. Y ese acuerdo está ausente incluso entre los individuos de una misma cultura, generación, preferencia sexual, estrato socioeconómico. Mientras algunos se sientan atraídos por algunas personas, otros lo hacen por otras, por varios tipos de personas y cuerpos.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 71-72.

Para la psicología evolutiva se trata de procesos de la selección natural; señala una probable tendencia innata a preferir características promedio y, por lo tanto, las caras promedio.<sup>26</sup> Dejando de lado la idea teleológica de motivos conscientes detrás de la mención a “tendencias evolutivas”, hay una dificultad que se presenta en la realidad, no con modelos matemáticos. ¿Cómo puede una persona determinar lo que es una cara promedio, máxime si esto puede ser innato? ¿De entre cuáles y cuántas muestras? Dada la gran diversidad fenotípica, ¿de entre cuántas caras se define al promedio?

Estos estudios deberían mostrar la existencia de un aumento poblacional de las caras promedio por encima de las que no lo son. Además, no se explica por qué la cara es algo tan especial en el análisis de la belleza y de su función. ¿Puede juzgarse a la cara aislada de otras partes del cuerpo? ¿No es cierto que la salud y la enfermedad pueden en muchos casos mostrarse en otras partes distintas a la cara?

Queda claro en estos estudios que, como una característica resultado de la selección natural, la belleza facial es heredable a las generaciones siguientes<sup>27</sup> para colaborar a aumentar la adecuación biológica. Con ello, si las caras poseen ese poder de atraer a quien las observa y la propiedad de presentarse ellas mismas como atractivas, debe existir en el observador una propensión para ser atraído hacia un tipo especial de cara. Es decir, una correspondencia entre el individuo poseedor de la cara bella y el individuo que la percibe. Un proceso de coevolución, no de dos individuos susceptibles de convertirse en pareja sexual, sino de todos los seres humanos

Y la estética evolutiva no puede responder a otras preguntas: ¿Dónde están los genes o los procesos epigenéticos que hacen que en el observador estén ya contenidas sus preferencias estéticas y las que las hacen presentarse como atractivas ante los demás? ¿Cómo puede la evolución biológica por sí sola, haber hecho converger y coincidir en un proceso único procesos tan distintos cualitativamente como rasgos faciales, resistencia a parásitos, cambios en los gustos estéticos dependiendo de la fase del ciclo menstrual, inteligencia, estatus en la jerarquía social, buena salud general, atracción sexual, desarrollo de sentimientos afectivos y evaluación de propiedades estéticas?

<sup>26</sup> Rubenstein, A. J. *et al.*, *op. cit.*, p. 22.

<sup>27</sup> Zebrowitz, L. A. y G. Rhodes, *op. cit.*, p. 269.

## La imprecisión, la arbitrariedad de la terminología

Pero la primera deficiencia que aparece en este tipo de caracterizaciones de la belleza y de lo atractivo en los rasgos humanos es que el término *atracción* no está definido ni caracterizado por ninguno de los autores citados; no se entiende lo que es un rasgo o una característica “atractiva” ni por qué han de reflejar algo que sea ventajoso para la supervivencia y la reproducción o que ese rasgo lo sea. Cabe preguntar: ¿qué es lo “atractivo”? Little *et al.* cuestionan: “¿Qué es lo que hace bella una cara?” “¿Qué es lo que hace que la gente busque y desee aparearse con quienes poseen caras bellas?”<sup>28</sup> La pregunta queda sin respuesta clara a lo largo del trabajo. En otro intento por definir esos términos, Zebrowitz y Rhodes afirman: “Es importante estar claro de lo que entendemos por ‘atractivo’”, y cuando parece que el término al fin va a encontrar al menos una caracterización más precisa, los autores sólo atinan a agregar que hay muchos tipos de atractivo y que en función de eso es que hay que dotarse de instrumentos que lo logren medir.<sup>29</sup> Pero aun cuando los instrumentos sean lo más precisos posibles, ¿qué es lo que miden y buscan determinar?

Lo anterior se puede aplicar a los parámetros y criterios de medida de lo bello en la estética evolucionista. Desde los primeros estudios fisionómicos de Lavater y Paterson,<sup>30</sup> se puede distinguir esta deficiencia. Paterson, por ejemplo, intentó encontrar las diferencias en los caracteres personales en relación con los orígenes raciales de numerosas personas encuestadas, encontrando ciertas diferencias entre *rubios* y *morenos* en cuanto a quiénes eran más “*serios*”, “*volubles*”, “*conservadores*”, “*pacientes*” y “*reflexivos*”.<sup>31</sup> En un lenguaje informal todo mundo puede hacerse una idea de lo que designan, pero lo que no es posible es especificar con precisión científica a qué se refiere uno con estos términos en un estudio de esta naturaleza y, más aún, intentar cuantificarlos.

<sup>28</sup> Little, A. C. *et al.*, *op. cit.*, p 59.

<sup>29</sup> Zebrowitz, L. A. y G. Rhodes (2002): “Nature let a hundred flowers bloom: The multiple whys and wherefores of attractiveness”, en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz, *op. cit.*, pp. 261-293.

<sup>30</sup> Lavater, J. C. (1797): *Essays on physiognomy*. Londres: H. D. Lymonds. Lavater, J. C. (1860): *Essays on physiognomy*. Nueva York: R. Worthington. Patterson, D. G. (1930): *Physique and intellect*. Nueva York: Century, citados en Cunningham, M. R., Barbee, A. P. y C. L. Philhower *op. cit.*, pp. 194-195.

<sup>31</sup> *Ibid.* pp. 195.

En la literatura contemporánea de la materia, las imprecisiones en el lenguaje se encuentran presentes una y otra vez, tanto en lo que se refiere a los parámetros a medir como en las que se derivan de las técnicas utilizadas. Algunos ejemplos serán suficientes para dar cuenta de esto.

Langlois y Roggman, colectan las respuestas de 300 personas a las que se les hizo observar fotografías de caras humanas intentado mostrar que las caras promedio son más atractivas. Los individuos debieron contestar qué tan atractiva se ve una cara en una escala de 5 categorías que iban de “*muy carentes de atractivo*” a “*muy atractivos*”.<sup>32</sup> Un experimento semejante, pero en función de la simetría, lo llevan a cabo Perret *et al.*, quienes encuentran una correspondencia entre la simetría facial y el nivel de atractivo al pedir a un grupo de personas contestar a la pregunta de cuál cara de las muchas mostradas en una serie de fotografías, les parece a los sujetos encuestados, que es más atractiva.<sup>33</sup> Buss y Shackelford siguen por este derrotero al solicitar, en una muestra de 214 individuos (107 mujeres y 107 hombres) una valoración de qué tan atractiva resultaba la cara de otras personas, en escalas que iban del 1 al 7, cada una dentro de las categorías *cara no atractiva*, *cara atractiva*, *cuerpo no atractivo*, *cuerpo atractivo pero sin atractivo general* y *en general atractivo*.<sup>34</sup> Dion *et al.*, concluyen que las personas con caras más atractivas son más proclives a tener una pareja más aceptable y a tener vidas “*más felices*” y “*más exitosas*”.<sup>35</sup> Rhodes *et al.* hacen que una población de participantes elija de una muestra de fotografías compuestas la que le parece “*más atractiva*”, en escalas de atraktividad del 1 al 10 (1 = *para nada atractiva*, 10 = *muy atractiva*)<sup>36</sup> y en una escala combinada de atraktividad, promediación, simetría y expresión (1 = *negativo*, 7 = *positivo*).<sup>37</sup> Técnica similar es la

<sup>32</sup> Langlois, J. H. y L. A. Roggman (1990): “Attractive faces are only average”. *Psychological Science* 1 (2): 115-121.

<sup>33</sup> Perret, D. I., Burt, M., Penton-Voak, I. S., Lee, K. J., Rowland, D. A. y R. Edwards (1999): “Symmetry and human facial attractiveness”. *Evolution and Human Behavior* 20: 295-307.

<sup>34</sup> Buss, D. M. y Shackelford, T. K. (2008): “Attractive women want it all: Good genes, economic investment, parenting proclivities, and emotional commitment”. *Evolutionary Psychology* 6 (1): 134-146.

<sup>35</sup> Dion, K., Berscheid, E. y E. Walster (1972): “What is beautiful is good”. *Journal of Personality and Social Psychology*. 24 (3): 285-290.

<sup>36</sup> Rhodes, G., Proffit, F., Grady, J. H. y Sumich, A. (1998): “Facial symmetry and the perception of beauty”. *Psychonomic Bulletin & Review* 5 (4): 659-669.

<sup>37</sup> Rhodes, G., C., Sumich, A. y G. Byatt. (1999): “Are average facial configurations attractive only because of their symmetry?” *Psychological Science* 10: (1): 52-58.

utilizada por Thornhill y Grammer.<sup>38</sup> En el último de los estudios citados de Rhodes *et al.*, se crearon artificialmente imágenes de un supermacho y una superhembra, dejando implícita la sugerencia incorroborable de que existen tipos ideales masculinos y femeninos, alrededor de los cuales todas las caras de los individuos de uno y otro sexo se ubican.

Gangestad y Thornhill intentan relacionar la variación en la asimetría facial de una población de hombres con la “*masculinidad*” del individuo.<sup>39</sup> Concluyeron que las exigencias femeninas de hombres más atractivos, y por tanto biológicamente adecuados, varían con la etapa del ciclo menstrual. Para ello, una población de mujeres en distintas etapas de tal ciclo, es sometida a una prueba de olfateo de camisetas masculinas y su nivel de atracción por uno u otro aroma natural, con testando qué tan atractivo, sexy e intenso les parece cada olor, en tres escalas del 1 al 10 (desde *muy poco sexy* hasta *muy sexy*, desde *muy displacentero* hasta *muy placentero* y desde *nada intenso* hasta *muy intenso*) para cada parámetro.<sup>40 41</sup>

En una parte de un estudio de fotografías faciales, se pide a las personas participantes en la observación de las imágenes, que ubiquen, en una escala del 1 al 7 el grado de dominación que expresan las miradas de las personas fotografiadas.<sup>42</sup> En otro estudio con base en fotografías de caras, se pide a las personas que posan, que muestren una expresión “neutral”<sup>43</sup> sin que se aclare qué es lo que esto quiere decir, simplemente infiriéndose que se intenta no mostrar ninguna emoción por parte de quien es fotografiado.

Una variante de esto es la que muestran Johnston *et al.*, quienes someten a una población de 42 mujeres a una evaluación acerca del

<sup>38</sup> Thornhill, R. y K. Grammer (1998): “The body and face of woman. One ornament that signal quality?” *Evolution and Human Behavior* 20: 105-120.

<sup>39</sup> Gangestad, S. W. y R. Thornhill (2003): “Facial masculinity and fluctuating asymmetry”. *Evolution and Human Behavior* 24: 231-241.

<sup>40</sup> Gangestad, S. W. y R. Thornhill (1998): “Menstrual cycle variation in women’s preferences for the scent of symmetrical men”. *Proceedings of the Royal Society of London* 265: 927-933.

<sup>41</sup> Gangestad, S. W. y R. Thornhill (1999): “The scent of symmetry: A human sex pheromone that signals fitness?” *Evolution and Human Behavior* 20: 175-201.

<sup>42</sup> Bailey, D. H. Durante, K. M. y Geary, D. C. (2011): “Men’s perception of women’s attractiveness is calibrated to relative mate value and dominance of the women’s partner”. *Evolution and Human Behavior* 32: 138-146.

<sup>43</sup> Gangestad, S. W. y R. Thornhill (1996): “The evolutionary psychology of extrapair sex: The role of fluctuating asymmetry”. *Evolution and Human Behavior* 18: 69-88.

grado de masculinidad de una serie de imágenes faciales de un rango que, de acuerdo con los estereotipos, es claramente masculino a uno claramente femenino. En la muestra se pidió evaluar en una escala de siete puntos para parámetros como: *físicamente atractivo, excitante sexualmente, coercitivo, sensible, impulsivo, egoísta, confiable, buen padre, dominante, protector, voluble, amenazador, cooperativo, manipulador, controlador, saludable*, como elementos de la masculinidad.<sup>44</sup> El resultado es que las mujeres prefieren caras claramente masculinas, especialmente en la fase ovulatoria del ciclo menstrual. Los autores concluyen que esto es un apoyo a la teoría hormonal del atractivo facial. Interesante es que nunca se caracterizan los términos “masculino” ni “femenino” y que sólo se manejan esas dos posibilidades en la sexualidad de las personas, como si fueran las únicas. Nunca se comprende cómo es que, por ejemplo, se puede valorar el grado de egoísmo, de volubilidad, o de proclividad a la manipulación, o de cualquiera de los 20 parámetros arriba enlistados en una escala numérica; cómo es posible hacer todas esas valoraciones a partir de observar una imagen facial. Una vez más, las conclusiones resultan infalsables. Los atributos o características se manejan como si estuvieran presentes al margen de cualquier relación social, como si una imagen visual reflejara, en su fijeza, cualidades o características que, en rigor, son el resultado de un movimiento, de un devenir continuo en el que la relación con otras personas (no con fotos o imágenes) es lo que da como resultado esas características enlistadas.

La fetichización alcanza un grado máximo en estudios como estos. La relación reportada es entre imágenes que adoptan propiedades humanas, que esconden una ideología, una relación sesgada de lo que ahistóricamente se asume que debe ser valorado como masculino. Como si la imagen poseyera los atributos subjetivos de un individuo. La adopción de un lenguaje tan vago e impreciso es un elemento que permite lo arbitrario de esos parámetros. Es un lenguaje de apariencias y máscaras. Por lo mismo esconde, oculta las relaciones, sociales. Es un discurso político-ideológico que se esconde tras la máscara de las imágenes mostradas.

Otros ejemplos de estudios similares son los de Jones *et al.*, quienes dicen encontrar una relación entre un valor bajo de relación cadera-

<sup>44</sup> Johnston, V. S., Hagel, R., Franklin, M., Fink, B. y Grammer, K. (2001): “Male facial attractiveness evidence for hormone-mediated adaptive design”. *Evolution and Human Behavior* 22: 251-267.

cintura y estados de ánimo, y de todos éstos con una preferencia por caras masculinas asociadas con “*salud aparente*”, basándose en la elección que las personas que participan en el estudio hacen, entre 12 pares de imágenes de caras, la que les parezca más saludable,<sup>45</sup> sin nunca dar una guía sobre lo que se debe entender por saludable o cómo se espera que sea la cara de una persona que goce de salud buena. Gangestad *et al.*, piden a mujeres participantes en una encuesta, responder, en una escala de 0 a 4 (0 = para nada y 4 = enormemente), a preguntas como *Siento fuerte atracción sexual hacia mi primera pareja*, *Tengo fantasías sexuales con mi actual pareja*, *Siento una fuerte atracción sexual hacia alguien distinto a mi pareja actual*, *Tengo fantasías sexuales con un extraño*, *Fantaseo sexualmente con una pareja del pasado*,<sup>46</sup> a fin de encontrar relaciones entre las preferencias femeninas por ciertos individuos a lo largo de los ciclos ovulatorios. No se comprende cómo alguien pueda expresar en magnitudes numéricas precisas este tipo de sentimientos, deseos o fantasías. Los mismos autores, meses después, continúan con el estudio; esta vez encuestando a un total de “68 parejas heterosexuales involucradas románticamente” (¿qué significa el término “románticamente”, usado en cientos de publicaciones de este tipo?) y obteniendo cuantificaciones en parámetros tan arbitrarios en su evaluación como: *preferencia por el atractivo físico*, *interés en los rasgos corporales atractivos*, *oportunismo sexual*, *disfrute del sexo casual*, *creencia en la poligamia*, *creencia en la castidad y deseo sexual*.<sup>47</sup>

Otro ejemplo de juicio “estético” de las características femeninas lo encontramos en la valoración que se hace de la delgadez femenina en sociedades diferenciadas por el grado de abundancia o escasez del alimento. Se postula que en las sociedades con poca o nula escasez de recursos, la delgadez se valora más que en las sociedades en las que los recursos son más escasos, donde la valoración de las mujeres gordas es mayor. Los autores del estudio incurren en la imprecisión del lenguaje

<sup>45</sup> Jones, B. C., Little, A. C., Boothroyd, L., Feinberg, D. R., Cornwell, R. E., De Bruine, L. M., Roberts, S. C. Penton-Voak, I. S. Law Smith, M. J., Moore, F. R., Davis, H. P. y Perret, D. I. (2005): “Women’s physical psychological condition independently predict preference for apparent health in faces”. *Evolution and Human Behavior* 26: 451-457.

<sup>46</sup> Gangestad, S. W., Thornhill, R. y Garver-Apgar, C. E. (2010): “Men’s facial masculinity predicts changes in their female partners’ sexual interests across the ovulatory cycle, whereas men’s intelligence does not”. *Evolution and Human Behavior* 31: 412-424.

<sup>47</sup> Gangestad, S. W., Thornhill, R. y Garver-Apgar, C. E. (2011): “Fertility in the cycle predicts women’s interest in sexual opportunism”. *Evolution and Human Behavior* 31: 400-411.

cuando inician afirmando: “*En la mayor parte de las culturas la forma ideal femenina no es delgada.*”, tesis a partir de la cual desarrollan todo su estudio.<sup>48</sup> A más de que nunca se muestra dónde estaría la correlación entre la preferencia corporal y el condicionante biológico, el partir del principio de que existe una “forma ideal” femenina es un yerro importante por cuanto no se está definiendo claramente nada ni se explica qué es esa “forma ideal”.

Los juicios de índole estética permean casi todos los aspectos de la vida de los seres humanos y los estudios de la psicología y la estética evolutivas intentan explicar esos aspectos, incluidas las inclinaciones y preferencias políticas. Un estudio publicado en 2010 hace una interpretación de las intenciones de voto por Barack Obama en función de las preferencias por el color de la piel. Los autores inician su estudio con las siguientes palabras:

En este artículo describimos un estudio inicial [...] que explora cómo la psicología de las bases perceptuales y las preferencias evolucionadas de apareamiento interactúan y pueden relacionarse con las actitudes políticas y sociales presentes, particularmente entre las mujeres. Al llevar a cabo esto, investigamos cómo la percepción racial, la ideología política y la fertilidad cambian a lo largo del ciclo menstrual y se relacionan con las referencias del voto de las mujeres a favor de Barack Obama en las elecciones de 2008.<sup>49</sup>

Muy aparte del carácter racista del estudio, destaca aquí la manifiesta soltura e imprecisión del lenguaje usado. Por una parte se usa el cada vez más anacrónico e inservible término “raza” como una categoría central del análisis, que atraviesa todo el estudio; además, los procedimientos y métodos se basan en términos que no dicen en el fondo nada. Tratándose de un estudio acerca de preferencias políticas, se pregunta a los participantes en la encuesta realizada cuál es su orientación política y se da a escoger entre las dos opciones clásicas en Estados Unidos, liberal o conservador, como si sólo existieran esas dos posibilidades, como si en

<sup>48</sup> Ember, C. R., Ember, M., Korotayev, A. y de Munck, V. (2005): “Valuing thinness of fatness in women. Reevaluating the effect of resource scarcity”. *Evolution and Human Behavior* 26: 257-270.

<sup>49</sup> Navarrete, C. D., McDonald, M. M., Mott, M. L., Cesario, J. y Sapolsky, R. (2010): “Fertility and race perception predict voter preference for barack Obama”. *Evolution and Human Behavior* 31: 394-399.

la palabra misma estuviera contenida inherentemente la explicación de lo que contienen e implican uno y otro término. Se pregunta, por otra parte, cuál es el tono que, de acuerdo con cada quien, mejor representa el color de la piel de Barack Obama, basándose en una escala de grises. Ahora cabe preguntar, ¿qué es o qué entienden los autores por “*liberal*” y por “*conservador*”? ¿En relación con qué asunto o problema? Nunca se esboza siquiera una respuesta. Se trata de un estudio “científico” que en sus encuestas usa las mismas terminologías que las agencias matrimoniales o de búsqueda de parejas y que maneja la apreciación y actitudes de las personas frente a los colores de la piel de otras como conductas dadas y reificadas. Con este lenguaje, la relación entre parámetros como éstos y las pretendidas raíces evolutivas de la conducta y de la sexualidad no se pueden encontrar o se encuentran solamente en esa esfera de la vulgaridad que es la del lenguaje usado.

Podemos hablar de otros estudios de la psicología evolutiva muy estrechamente relacionados con el aspecto estético pero que no lo son estrictamente. La esfera de la fantasía sexual y de su explicación adaptacionista, no escapa a la atención de los psicólogos evolutivos. En un estudio llevado a cabo en 1990, con el método de las encuestas, se hacen preguntas de un elevado nivel de subjetividad y vaguedad, tales como: “¿Qué tan frecuentemente tiene fantasías sexuales?”, “¿Con cuántas parejas imaginarias distintas tiene en promedio fantasías sexuales al día?”, “¿Qué tan importantes son los componentes físicos (tales como la mirada, las texturas, sonidos y olores de un lugar) en sus fantasías sexuales?”, “¿Qué tan importante es el componente emocional (como la atmósfera creada y el humor) en sus fantasías sexuales?”, o se pregunta con qué frecuencia se tienen fantasías sexuales referentes a personas con las que es tabú la relación sexual (parientes cercanos o parejas de amigos). Los resultados de las respuestas se procesan estadísticamente y se obtienen media, desviación estándar, prueba de *t* y grados de libertad.<sup>50</sup> El cuestionamiento que salta a la vista, dado este tipo de preguntas es: ¿Qué conclusiones se pueden sacar sobre el comportamiento sexual a partir de preguntas con ese grado de imprecisión tan grande? ¿Cómo se puede conocer el valor de verdad de las respuestas obtenidas? No se reflexiona en lo más mínimo sobre el origen de la fantasía y las diferencias intersubjetivas en

<sup>50</sup> Ellis, B. J. y Symons, D. S. (1990): “Sex differences in sexual fantasy: An evolutionary psychological approach”. *The Journal of Sex Research* 27 (4): 527-555.

la conducta sexual. ¿Temor a la soledad?, ¿aburrimiento?, ¿necesidad de aceptación?, ¿diversión?, ¿ruptura consciente con convencionalismos? ¿Qué resultado tendría o dejaría de tener el cumplimiento o no de lo que se piensa importante o no importante? ¿Qué significa “importante” en la situación concreta de cada fantasía? Más allá de si tengo fantasías de tabús sexuales, ¿cuál es el origen y razón de ser de los tabús y de qué manera se manifiestan en unas personas o en otras?

En otro estudio más reciente, se pregunta a personas encuestadas acerca de los rangos de edad aceptados en: a) una fantasía sexual, b) un encuentro sexual causal, y c) una relación sexual seria. El método es sencillamente preguntar a los transeúntes su edad, sexo y el rango de edades en los que aceptarían o les agradaría una relación sexual para cada uno de esos tres aspectos.<sup>51</sup> Dunn *et al.* realizan un estudio semejante con personas de 14 países y 12 religiones distintas, todas contactadas y entrevistadas por medio de internet.<sup>52</sup> Con ese método la edad de los sujetos se fetichiza, lo explica todo acerca de la atracción sexual. En ambos casos, la edad del individuo se separa del contexto de sus relaciones; se separa por otra parte el componente fantasioso de la sexualidad del componente de la relación con sujetos reales y entre estos dos. En el primer estudio de los mencionados, la relación seria queda escindida de la relación casual, como si no existiesen vínculos entre estos componentes. En el segundo se constata, con un grado marcado de arbitrariedad, la supuesta diferencia cultural (señalada en función de distintos países de las personas encuestadas) y religiosa, sin profundizar acerca de las características de una y otra ni cómo pueden influir en cada sujeto. Se alcanzan niveles burdos de simplificación.

Un estudio realizado en 2004, que puede encuadrarse dentro de los estudios sobre fantasías sexuales y su búsqueda, intenta mostrar que la ropa que visten las mujeres en las “discos”, tiene relación directa con los motivos por los cuales se asiste allí. La ropa provocativa, se dice, se usa cuando la persona busca en un centro nocturno como esos, conocer gente, ligar o buscar una relación sexual; pero cuando sólo va a entretenerse, la ropa es más discreta. Muy aparte de que no se está descubriendo

<sup>51</sup> Buunk, B. P., Dijkstra, P., Kenrick, D. T. y Warntjes, A. (2001): “Age preferences for mates as related to gender and involvement level”. *Evolution and Human Behavior* 22: 241-250.

<sup>52</sup> Dunn, M. J., Brinton, S. y Clark, L. (2010): “Universal sex differences in online advertisers age preferences: Comparing data from 14 cultures and 12 religious groups”. *Evolution and Human Behavior* 31: 383-393.

nada que cualquier persona no sepa, lo importante a señalar es que la metodología es de lo más vaga. Se hace un encuesta a las puertas de lugares como éstos, preguntando a las mujeres si van acompañadas o no; si la mujer encuestada está tomando anticonceptivos; y se plantea la siguiente hipótesis: “...las mujeres que no están tomando píldoras anticonceptivas y tienen una relación de pareja pero no van acompañadas a la disco por su pareja, tienen un nivel de estradiol más elevado que los otros grupos. Por añadidura, la señal sexual a través de la cantidad de piel exhibida y de la ropa entallada, debe ser mayor en este grupo [de las mujeres no acompañadas]”.<sup>53</sup> Lo que parece quedar claro es que la presencia o compañía de la pareja, al expresar una relación de posesión, deberá actuar como un freno a los deseos sexuales de la mujer, pero, a menos que se aplique un esquema moral de gran conservadurismo, no se entiende cuál es la relación entre todo esto y la vestimenta usada, máxime cuando ésta es calificada con términos tan imprecisos como “natural”, “sexy”, o “modesta”. ¿Qué significan esos términos? ¿Cómo adquieren un uso científico? Se debe tomar en cuenta que en todo caso se están analizando formas de vestir y de convivir propias más bien de las clases medias urbanas de países occidentales o fuertemente occidentalizados.

Otros estudios donde se puede mostrar el uso de este lenguaje común y corriente con connotaciones científicas, son los casos del trabajo en el que se relaciona el timbre de voz con la estabilidad de la relación de pareja, hablando de la existencia de una “*feminidad vocal*” y en la que los hombres manifiestan su preferencia por mujeres con voces más bien agudas,<sup>54</sup> o el trabajo en el que se pretenden relacionar la adecuación biológica de un sujeto con su sentido del humor, y en el que éste, jamás caracterizado, se asocia con niveles de inteligencia, la cual tampoco queda caracterizada, pero correlacionada con otros imprecisos elementos que intervendrían en el sentido del humor, tales como: grados de extroversión, conciencia, neurosis, agradabilidad (*agreeableness*) y apertura (*openness*),<sup>55</sup> desde luego todo esto con un valor selectivo sexual y adaptativo; o la investigación en la que la relación

<sup>53</sup> Grammer, K., Renninger, L. y Fisher, B. (2004): “Disco clothing, female sexual motivation and relationship status. Is she dressed to impress?” *The Journal of Sex Research* 41 (1): 66-74.

<sup>54</sup> O'Connor, J. M., Re, D. E. y Feinberg, D. R. (2011): “Voice pitch influences perceptions of sexual infidelity”. *Evolutionary Psychology* 9 (1): 64-78.

<sup>55</sup> Howrigan, D. P. y MacDonald, K. B. (2008): “Humor as a mental fitness indicator”. *Evolutionary Psychology* 6 (4). 652-666.

que se pretende encontrar, también con valor selectivo, es entre el comportamiento (sexual) dominante y la fuerza de las manos en los adolescentes, postulando que ésta es una adaptación que lleva a incrementar o disminuir entre otros, el grado de “popularidad”, “agresión” y “victimización” del sujeto.<sup>56</sup>

Se pueden añadir otras muestras de esta manera ligera y frívola de uso de términos y conceptos, por ejemplo: en un estudio sobre el carácter y los “costos” (*sic*) de las rupturas en la relación pareja, Perilloux y Buss hacen un estudio con un rosario de 14 predicciones.<sup>57</sup> A lo largo de todas ellas manejan los términos “rechazador”, para el sujeto que rompe una relación, y “rechazado” para la víctima de la ruptura, de manera descontextualizada. La predicción 13, así, dice: “*Las personas rechazadas, en promedio reportarían el despliegue de gestos de sumisión como llanto, ruego, y amenaza de suicidio, en mayor proporción que quienes rechazan*”, pero sin ubicar nunca las causas concretas de las rupturas ni las características específicas de los sujetos que rompen. Las primeras predicciones incluyen afirmaciones como: “*...las mujeres rechazadas, comparadas con los hombres rechazados, experimentan altos costos asociados con la pérdida de inversión emocional [sic, cursivas mías] de su ex pareja*”, “*... las mujeres rechazadas reportan altos costos asociados con la pérdida de protección de su pareja*”, “*...las mujeres rechazadoras, más que los hombres rechazadores, van a registrar intentos persistentes y acechantes para restablecer la relación con sus ex parejas, por ser para ellas más costosas*”, “*...los hombres serían más propensos que las mujeres para reportar éxitos en la prevención de una ruptura por medio del incremento del nivel de responsabilidades con la pareja.*”, “*... los hombres rechazadores, antes de romper una relación, serán más propensos que las mujeres rechazadoras a involucrarse en actividades sexuales con nuevas parejas potenciales.*” La descontextualización de este tipo de hipótesis o predicciones lleva a establecer, como punto de partida, que las consecuencias, o sea, los costos de las rupturas, serían siempre más severas para las mujeres, en función de una supuestamente más elevada inversión de recursos que ellas tienen que hacer, tanto en el embarazo como en el cuidado parental de la progenie. Las mujeres parecen estar de antemano sometidas a la mayor parte de las consecuencias negativas de una ruptura.

<sup>56</sup> Gallup, A. C., O’Brien, D. T., White, D. D. y Wilson, D. S. (2010): “Handgrip strength and socially dominant behavior in male adolescents”. *Evolutionary Psychology* 8 (2): 229-243.

<sup>57</sup> Perilloux, C. y Buss, D. M. (2008): “Breaking up romantic relationships: Costs of experienced and coping strategies deployed”. *Evolutionary Psychology* 6 (1): 164-181.

El lenguaje utilizado en estas predicciones no transmite la idea de la debilidad intrínseca de las mujeres, de su carácter sumiso, de la imposibilidad de que se sobrepongan a su opresión. Los términos “*rechazador*” y “*rechazado*” aluden a hechos sin contenido alguno: rupturas y quizá lo más importante: presenta situaciones de la cotidianidad en un lenguaje que no se distingue del de la cotidianidad misma y del discurso neófito más que por la aplicación de procedimientos estadísticos sesgados para encontrar comprobación a estas premisas ideológicas.

Otro tanto sucede cuando se estudia la infidelidad. Dosmukhambetova y Manstead, publicaron un estudio en el que ésta sólo queda ubicada en contextos vagos y en el que de nuevo se lleva a esa discriminación en la que las mujeres obtienen la peor parte. Se afirma: “*En este artículo, argumentamos que en el contexto de la atracción de largo plazo de la pareja, una de las cualidades que los machos desean y que las hembras anuncian es la fidelidad.*” Y se dice más adelante: “*Si existen diferencias entre mujeres en la posibilidad de ser infieles [...] entonces los hombres se beneficiarían si prefirieran invertir en primer lugar en mujeres que fueran más propensas a permanecer fieles.*”<sup>58</sup> El estudio continúa analizando situaciones hipotéticas y problemáticas presentadas con un lenguaje altamente especulativo y subjetivo, como el grado en que una persona aceptaría una cita simultánea con su pareja y una persona con la que le fue infiel, o si desearían la amistad de la segunda.

Galperin y Haselton, analizando la frecuencia y los momentos en los que “*la gente*” se enamora, intentan hacer predicciones como las siguientes: “*Los hombres serán más propensos que las mujeres para enamorarse con su pareja mas reciente*”, así como “*con más individuos a lo largo de sus vidas*”, y tendrán “*más episodios de amor a primera vista*”. O bien: “*Los individuos que perciben claramente el interés sexual de otros reportarán un enamoramiento más frecuente*”, así como “*un mayor número de amores*” y “*más episodios de amor a primera vista*”.<sup>59</sup> Y aunque intentan caracterizar y definir el amor, lo hacen de manera muy superficial y plagada de lugares comunes tomados de un lenguaje poco científico. Según ellos, se trata de: “*Una experiencia muy poderosa que puede incluir sentimientos de*

<sup>58</sup> Dosmukhambetova, D. y Manstead, A. (2011): “Strategic Reactions to unfaithfulness: female self-presentation in the context of mate attraction is linked to uncertainty of paternity”. *Evolution and Human Behavior* 32: 106-117.

<sup>59</sup> Galperin, A. y Haselton, M. (2010): “Predictors of how often and when people fall in love”. *Evolutionary Psychology* 8 (1): 5-28.

*excitación, ansiedad y ternura y atracción física hacia una persona en particular, así como constantes pensamientos sobre esa persona y un deseo intenso de estar a su alrededor.*” Los autores tampoco dan un contenido claro a su definición y dejan indefinidos otros conceptos muy usados como *pasión*; continúan simplificando al máximo algo tan variable y flexible como *amor* y se generaliza y abstrae excesivamente cuando se habla, desde el título, de una categoría tan vaga como lo es *gente*.

Ningún análisis crítico de la psicología evolutiva y su rama de la estética evolutiva estaría completo sin referirnos a uno de los más ambiciosos estudios, un ya clásico dentro de estos campos de investigación y uno de los más citados y referidos. Me refiero al estudio en el que David M. Buss intentó mostrar la unidad del comportamiento sexual humano: las tácticas de elección de pareja y las preferencias masculinas y femeninas, haciendo un levantamiento estadístico en poco más de 10 mil personas pertenecientes a lo que él caracteriza como 37 culturas “*que difieren ampliamente en ecología, locación, composición racial y étnica, orientación religiosa, inclinación política y naturaleza del sistema de apareo*”.<sup>60</sup>

Buss habla de diferencias religiosas, raciales, de inclinaciones políticas, lugar de vida y preferencias en la relación de pareja, para diferenciar las culturas. No cabe duda de que muchos de estos parámetros ayudan a conformar diferencias culturales, formas distintas de vida. No son criterios banales, pero con la simple constatación de la existencia de esas diferencias no basta para afirmar que son culturas diferentes. Es bien cierto que no se puede exigir a Buss que defina a cabalidad el término “cultura”, dada la muy compleja discusión sobre el concepto, pero sí se podría exigirle que marcara algunos criterios para demarcarlo, a fin de que se comprendiera cómo eligió las poblaciones que eligió y no otras para llevar a cabo su estudio.

Al examinarlo, se encuentra uno con que a partir de los tamaños de sus muestras y los lugares en los que las tomó, no se llega a distinguir en muchos casos la diferencia cultural, y en otros sólo queda como un juicio muy superficial, meramente intuitivo. Se podría admitir la existencia de diferencias culturales entre los zulúes sudafricanos y los italianos, pero eso no es claro cuando se comparan las poblaciones de Suecia, Noruega y Finlandia o las de Colombia y Venezuela (que son algunos de los lugares

<sup>60</sup> Buss, D. M (1989): “Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses tested in 37 cultures”. *Behavioral and Brain Sciences* 12: 1-14. Reimpreso en Betzig, L. (ed. 1997), *Human Nature: A Critical Reader*. Oxford: Oxford University Press, pp. 175-190.

elegidos por él para su estudio). Las fronteras entre países no demarcan las culturas. Se requiere de conocimientos de historia, cuando menos, para poder, de manera más rigurosa, demarcar y distinguir las diferencias culturales existentes. Buss no menciona claramente nada sobre los criterios de clasificación de culturas ni mucho menos cita fuentes de análisis sobre teoría de la cultura o de la historia.

Pero donde el estudio de Buss es más deficiente, es en las variables escogidas: “*Buenas perspectivas financieras*”, “*buena apariencia*”, “*ambición y laboriosidad (industriousness)*”, “*castidad*”, “*diferencia de edad entre el sujeto entrevistado y su cónyuge*”.<sup>61</sup>

¿Qué es lo que estos parámetros o variables quieren decir? ¿Qué es lo que señalan o connotan? ¿Cómo se miden? ¿Cómo una persona en una encuesta va a saber a qué se refieren si ni siquiera los autores de la encuesta y del estudio los definen?

Más aún, ¿cómo se tiene la certeza de que los términos y los conceptos que están contenidos en cada una de las variables, significan lo mismo para las personas encuestadas en todas y cada una de las 37 culturas? Eso no queda explicado. En su lugar, los resultados obtenidos son interpretados de modo que suponen un significado universal para todos aquellos, derivando esta universalidad del significado, del dato numérico, sin tomar en cuenta ninguna mediación ni la presencia de subjetividades que cargaran la respuesta hacia una u otra dirección.

Pero si se es más cuidadoso, se podrán distinguir en muchos de estos parámetros, una gran carga ideológica que toma lo propio de un periodo de la historia o de una parte de la realidad como toda la historia y la realidad. Los términos “ambición”, “laboriosidad” (o liderazgo), “perspectivas financieras”, son propios de una lógica empresarial que tiene menos de medio milenio sobre la Tierra. El término “castidad” sólo tiene una relevancia moral dentro de las sociedades patriarcales, en la cuales la abstinencia y la virginidad femeninas son tomadas como virtudes y ejemplo a seguir, pero esa moral patriarcal no es la única existente ni la única posible de existir. Buss elige las variables cargadas ideológicamente, conteniendo un alto grado de imprecisión, de vaguedad, de indefinibilidad, y dirigidas a lo que quiere de antemano validar: el modo de ejercicio de la sexualidad y la reproductividad de la sociedad capitalista-patriarcal. Algunas de sus conclusiones así lo indican:

<sup>61</sup> *Ibid.*

Las hembras valoran la capacidad financiera de la pareja potencial más que los machos. La ambición y la laboriosidad [...] tienden también a ser más valoradas por las hembras que por los machos [...] Los machos valoran más que las hembras el atractivo físico y la juventud de la pareja potencial.<sup>62</sup>

Por supuesto, las mujeres preferirán la monogamia y la fidelidad más que los hombres.

Los métodos están arreglados para llegar a lo que desde antes el autor quería probar. No es la realidad la que se examina, es la imposición de la idea a ésta lo que se efectúa en este estudio.

El propio Buss continúa por el mismo derrotero cuando intenta establecer las correlaciones entre un “índice de desarrollo” de 18 propiedades características de la preferencia de pareja. Se les da valor numérico-estadístico a parámetros como: “*sociabilidad*”, “*estabilidad emocional y madurez*”, “*deseo del hogar y de los niños*”, “*buen apariencia*”, “*buen salud*”, “*disposición para la complacencia*” “*buenas habilidades hogareñas y de cocina*”, entre otros.<sup>63</sup> Además de que resulta difícil comprender con arreglo a qué criterio se escogen esas variables y no otras, los resultados numéricos de la encuesta están ordenados y elegidos de modo que indican una naturalidad de las conductas con valor de pareja, tales que parecen preexistir a la pareja misma y a los sujetos que la componen.

En todos estos ejemplos, que son una muestra del discurso de la psicología y la estética evolucionistas, se constata la imprecisión y vaguedad de los parámetros, escalas y conceptos manejados por sus partidarios.

Adicionalmente, los estudios de este tipo no pueden mostrar ninguna evidencia sólida de que en la vida cotidiana los poseedores de estas características postuladas como más favorables, hayan tenido mayor éxito reproductivo que quienes no las poseen. De hecho, la población humana está repleta de individuos de uno y otro sexo que no poseen ni pieles tersas ni cabello brillante ni cinturas curvadas, ni caras cercanas a la simetría o al promedio y que no usan ropa entallada o que deje ver muchas partes del cuerpo. Y así, tampoco es posible observar

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 185-187.

<sup>63</sup> Stone, E. A., Shackelford, T. D. y Buss, D. M. (2008): “Socioeconomic development and shifts in mate preferences”. *Evolutionary Psychology* 6 (3): 447-455.

una tendencia histórica al aumento relativo de los individuos con estos atributos estéticos.

Observemos ahora lo que opinan J. Tooby y L. Cosmides acerca de los conceptos que explican, según ellos, el funcionamiento de la mente:

Tenemos razones para pensar que la arquitectura de la mente humana está llena de variables evolucionadas cuya función es la de almacenar numerosas magnitudes que son útiles para regular el comportamiento [...] Éstos no son conceptos explícitos, representaciones o metas, sino más bien registros o índices que adquieren significado por medio de los procedimientos evolucionados controladores de los comportamientos y de sus computaciones. Tales variables reguladoras pueden incluir medidas de qué tan valiosa es para el individuo una pareja, un niño o su propia vida [...] qué tan buen amigo ha sido alguien, la medida de su apoyo social, su agresividad y atractivo sexual, su estatus y autoestima, el estatus de la coalición social a la que uno pertenece... y así.<sup>64</sup>

Vale la pena detenerse en esta cita. De acuerdo con lo que estos autores aseveran, toda conducta humana debe ser cuantificable para poder ser comprendida, debe ser capaz de expresarse en términos computacionales-cibernéticos y en magnitudes específicas, con lo que se alcanzaría la aspiración fisicalista de Carnap, de poder reducir la psicología al lenguaje de la física.

Además, esta idea de Tooby y Cosmides es muy importante porque da una muestra más del impreciso lenguaje usado por la psicología evolutiva, en donde el lenguaje de la calle y de las conversaciones cotidianas se incorporan al lenguaje de la ciencia sin más mediaciones ni consideraciones sobre las diferencias entre ambos; y en esa medida, conectándolo con lo señalado en el párrafo anterior, pretende conferir a lo subjetivo humano el carácter de tangible, objetivo... y cuantificable.

Pero ¿en realidad piensan estos autores que es posible cuantificar la calidad de la amistad de alguien, el valor de una pareja, el grado de apoyo social que alguien tiene o el de la agresividad?

<sup>64</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (2005): "Conceptual foundations of evolutionary psychology", en Buss, D. M. (ed.), *The handbook of evolutionary psychology*, Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, Inc, pp. 5-68.

## Lenguaje científico y lenguaje popular cotidiano

Por lo demás, los términos y categorías usados en estudios como éstos, no difieren sustancialmente de las encuestas y reportes publicados en las llamadas “revistas del corazón” o “revistas juveniles”. Se distinguen de éstos solamente por la aplicación de estudios estadísticos, pero con las mismas premisas, conclusiones y el mismo lenguaje superficial y frívolo, de uso común y corriente; con los mismos valores y parámetros. No hay diferencia entre estos estudios y las inferencias comunes y corrientes de la vida cotidiana, en la que la gente piensa y está convencida de que algo es científicamente cierto sólo porque le ocurrió un día o porque conoce personas a las que algo como lo que está en esos artículos les ocurrió. Para dar una explicación científica y evolucionista del carácter de las relaciones de pareja, se requiere, empero, mucho más que recoger las impresiones de la gente y someterlas a un estudio estadístico que no diga nada sobre las especificidades de las situaciones y de los procesos sociales y culturales, como lo son la sexualidad, el amor, el desamor y la fidelidad.

Sigamos con las relaciones entre el lenguaje científico y el lenguaje popular. Con justificada razón hemos de preguntarnos ¿de dónde obtiene la ciencia su lenguaje?, ¿surge aislado del resto de los lenguajes o formas de expresión?, ¿sería este aislamiento un resultado de la independencia de la ciencia con respecto a las demás actividades humanas como lo sostiene el positivismo o, por el contrario, se verifican interacciones entre las formas del lenguaje del neófito y el de la ciencia, en el cual unos refuerzan a otros? Para el proceso que estamos analizando, dar respuesta a estos cuestionamientos es fundamental.

Al referirse a la taxonomía y sus problemas, Dupré cuestiona, por no decir niega, la existencia de una correspondencia del lenguaje precientífico y ordinario con el lenguaje científico.<sup>65</sup> Para tal efecto es requisito analizar la historia de los nombres de las especies. Se encontrará, por ejemplo, que hay diferencias entre términos como “mamíferos” y “pez”, pues mientras el primero corresponde a una notación científica, el segundo será propio de una precientífica, pero incorporado al

<sup>65</sup> Dupré, J. (1981): “Natural kinds and biological taxa”. *Philosophical Review* 90: 66-91. Reimpreso en Dupré (2002): *Humans and other animals*. Oxford: Oxford University Press, pp. 19-41.

lenguaje de la ciencia.<sup>66</sup> El resultado de estas incorporaciones es que frecuentemente habrá una falta de correspondencia entre el término de uso común y la categoría científica (por ejemplo, un taxón) que intenta describir o denotar; resultando los primeros de un nivel explicativo más elevado que el de la notación científica, como cuando nos referimos al nombre de una especie.<sup>67</sup> Esto es correcto. Los términos del lenguaje ordinario no tienen que poseer el grado de precisión requerido para definir, caracterizar o demarcar un taxón cualquiera o un proceso de la naturaleza que se quiera describir científicamente. El lenguaje ordinario, al no requerir siempre un óptimo grado de precisión, se permite a sí mismo una mayor flexibilidad que el científico.

El lenguaje ordinario, por otra parte, tiene un elevado carácter antropocéntrico, y es aquí donde sutilmente se comienzan a hacer presentes sus elementos ideológicos, más aún cuando se le traspone al ámbito científico. Dupré menciona que, en taxonomía, un grupo de organismos puede ser distinguido, en el lenguaje ordinario, ya sea por su importancia económica o social, por lo intrigante que resultan, por si aparecen como simpáticos o no, o por su belleza o fealdad,<sup>68</sup> pero casi todos estos criterios son muy subjetivos, no parten de realidades naturales, aunque después se intente naturalizarlos. Se podría agregar que el lenguaje ordinario, con todo lo amplio que pueda ser, es a la vez muy fijista, se refiere generalmente a entidades con poco o ningún movimiento, al contrario del que se usa o debiera utilizarse en la ciencia, en especial el de la ciencia evolucionista. La precisión de éste no puede ignorar, sino más bien incorporar, los constantes procesos de cambio en la naturaleza y la sociedad, máxime cuando los procesos de cambio evolutivo no son instantáneos sino que ocurren con una cierta gradualidad.

Dupré, en este sentido, explica con sencillez:

Un presupuesto tradicional que viene desde los tiempos de Aristóteles es que los organismos pueden ser indefectiblemente clasificados en unidades discretas sobre la base de las características morfológicas exhibidas. Dado que la teoría de la evolución minó la creencia en la fijeza de las especies, este presupuesto se ha vuelto crecientemente insostenible.<sup>69</sup>

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 27

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 35.

Todas estas consideraciones, que se refieren a problemas taxonómicos, no desaparecen cuando nos introducimos al lenguaje de las conductas, que es el de la psicología evolutiva. Allí encontramos una correspondencia entre éstas y la notación fijista entre sexos como clases naturales y tipos, definidos de acuerdo con la concepción aristotélica.

Para analizar eso podemos remitirnos a uno de los paradigmas constituyentes de la psicología y la estética evolutivas: la teoría de inversiones de R. Trivers,<sup>70</sup> que afirma la existencia de dos naturalezas humanas distintas: masculina y femenina en función de la cantidad de recursos invertidos en el cuidado parental y en la generación de prole. La cultura popular, según Snowdon, ha aceptado, o “*parece haber aceptado muchos de los supuestos derivados de la teoría de la inversión parental*” como el compromiso “natural” que las mujeres tienen hacia sus hijos y el cuidado que les prodigan como consecuencia de esta “naturalidad.”<sup>71</sup>

En realidad es más bien la teoría de la inversión parental la que se apoya en la cultura popular. Más aún, es la cultura popular la que introduce en la ciencia estos valores y principios. Es una cultura popular que legitima estas afirmaciones científicas; es un proceso de transferencia de términos, conceptos y valores que encuentra un fértil campo de desarrollo en la ciencia. La ciencia, una vez armada con estos conceptos, los devuelve a la cultura popular, investidos de una autoridad científica. La teoría de la inversión parental, con toda la carga moral que contiene, es una forma de aplicación del lenguaje de la calle a los ámbitos de la ciencia, pudiendo decirse que esta aplicación o adopción, sin más consideraciones ni mediaciones, es una característica del pensamiento pseudocientífico. La psicología y la estética evolutivas llevan a cabo esta adopción.

Pero, ¿qué elementos del lenguaje popular son los que se incorporan a estas teorías y se legitiman como ciertos y cuáles no?, ¿de qué depende que se den estas discriminaciones?

<sup>70</sup> Trivers, R. L. (1971): “The evolution of reciprocal altruism”. *The Quarterly Review of Biology* 46: 35-39, 45-47. Reproducido en Caplan, A. L. (1978): *The sociobiology debate: Readings on the ethical and scientific issues concerning sociobiology*. Nueva York: Harper & Row Publishers, pp. 213-226.

<sup>71</sup> Snowdon, C. T. (1997): “The “Nature” of sex differences: myths of male and female”, en Gowaty, P. A., *Feminism and evolutionary theory: Boundaries, intersections and frontiers*. Nueva York: Chapman & Hall, pp. 276-293.

## Fisicalismo y positivismo lógico como base de la imprecisión

El lenguaje de la estética evolutiva es tan impreciso que no deja claras ni sus categorías de análisis ni sus presupuestos, mucho menos sus conclusiones, ni basándose en las premisas metodológicas del positivismo, que es la escuela de pensamiento en la que se funda.

Hempel establece que “*Una teoría típicamente emplea un conjunto de nuevos términos para caracterizar esas entidades y procesos; se dice que tales términos forman su vocabulario teórico*”, y que los enunciados de esa teoría deben contener “*significados claramente especificables*”, caracterizables “*por medio de un vocabulario empírico clara y completamente comprendido.*”<sup>72</sup> Para Carnap toda proposición, si verdaderamente dice algo, “*sólo puede enunciar un hecho empírico*”<sup>73</sup> y, por exclusión, carece de sentido todo conocimiento que pretenda situarse “*más allá de lo experimentable.*”<sup>74</sup> Sin entrar en el debate que se genera con estas tesis, hay que mencionar que es debido a la utilización de un lenguaje, que para Hempel y Carnap carece de significados precisos y claramente especificables, que la teoría de la evolución no fue tomada en cuenta durante largo tiempo por los filósofos de la ciencia. Este vocabulario no es, para estos estudiosos, ni empírico en sentido estricto, ni completamente comprendido.

Es en el afán de muchos evolucionistas por expresar sus teorías y tesis en un lenguaje que cumpla con los requisitos mencionados por Hempel, como se esfuerzan cada vez más por cuantificar y volver susceptible de tratamientos estadísticos los más diversos problemas atinentes a los seres vivos. Con esta idea en mente, E. O. Wilson llama “*materialismo empírico*”<sup>75</sup> al fundamento de la sociobiología; término que

<sup>72</sup> Hempel, C. G. (1973): “The meaning of theoretical terms: A critique of the standar empiricist construal”, en Suppes, P., Henkin, I., Joja, A. y G. Moisl (eds.), *Logic, methodology and philosophy of science IV*. Amsterdam: North Holland, pp. 367-378. Editado en español como Hempel, C. G., “El significado de los términos teóricos: una crítica de la concepción empirista estándar”, en Olivé, L. y Pérez Ransanz, A. R. (comp. 2005): *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*. México: Siglo XXI, pp. 439-453.

<sup>73</sup> Carnap. R. (1965): “La eliminación de la metafísica por medio del análisis lógico del lenguaje”, en Ayer, A. J. (ed.), *Positivismo lógico*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 66-87. Originalmente publicado como: “Überbindung der metaphysik durch logische analyse der sprache”, *Erkenntnis II*, 1932.

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> Wilson, E.O. (1978): *On human nature*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, p. 201.

sin dificultad se extiende hacia la psicología evolutiva y desde luego a su rama de la estética evolutiva.

De ahí que una de las vías mediante las cuales diversos evolucionistas han tratado de ganar para esta teoría un espacio como ciencia reconocida, ha sido mediante la utilización de una metodología reduccionista y la adopción de un lenguaje fiscalista. Tesis positivistas, como las de Otto Neurath, son retomadas por la estética evolutiva. Neurath caracteriza a los científicos modernos por un sentido de las cosas terrenas, la llamada al control empírico y la aplicación sistemática de la lógica y las matemáticas.<sup>76</sup> Aspira a crear una ciencia unificada con estas bases y con un tratamiento lógico uniforme del pensamiento.<sup>77</sup> La unidad de la ciencia puede lograrse mediante el lenguaje de la física, y manifiesta que experiencia y observación son las únicas capacitadas para modificar cualquier resultado científico previo.<sup>78</sup> Para el fiscalismo es esencial encontrar un sólo tipo de orden como fundamento de todas las leyes en la rama que sea de la ciencia.<sup>79</sup> El requisito para establecer una ciencia unificada es un lenguaje unificado,<sup>80</sup> que contiene todas las leyes científicas conectadas.<sup>81</sup> Neurath admite que el comportamiento de grupos de animales se puede comprender de la misma manera en que se comprende el comportamiento de máquinas, estrellas o piedras.<sup>82</sup>

Maxwell afirma que el desarrollo de la física teórica, la psicología y la neurociencia sería de gran ayuda para decidir sobre preguntas de carácter científico-teóricas, pero esto utilizando el lenguaje de objetos físicos como lenguaje de observación.<sup>83</sup>

<sup>76</sup> Neurath, O. (1983) [1930]: "Ways of the scientific world conception", en Cohen, R. S. y M. Neurath (eds.): *Philosophical Papers 1913-1946*. Dordrecht: D. Reidel Publishing Co, pp. 32-47.

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> Neurath, O. (1983) [1931]: "Physicalism: The philosophy of the viennese circle", en Cohen, R.S. y Neurath, M. *op. cit.*, pp. 48-51.

<sup>79</sup> Neurath, O. (1983)[1931]: "Physicalism", en Cohen, R.S. y Neurath, M., *op. cit.*, pp. 52-57.

<sup>80</sup> Neurath, O. (1983) [1931]: "Sociology in the framework of physicalism", en Cohen, R.S. y Neurath, M., *op. cit.*, pp. 58-90.

<sup>81</sup> *Ibid.*

<sup>82</sup> *Ibid.*

<sup>83</sup> Maxwell, G (2005): "El status ontológico de las entidades teóricas", en Olivé, L. y A. R. Pérez Ransanz (comps.), *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*. México: pp. 116-144. Originalmente publicado como: "The ontological status of theoretical entities", en Feigl, H. y G. Maxwell (eds. 1962), *Minnesota Studies in the Philosophy of Science, Vol. III (Scientific Explanation, Space and Time)*: Minneapolis: University of Minnesota Press.

A lo que lleva esto es a forzar que todo tenga que llevar el lenguaje de los objetos físicos para ser considerado científico. Este forzamiento no es nuevo. Desde 1932 Carnap hizo un esfuerzo por mostrar que la realidad psicológica humana sería reducible a los términos fisicalistas. Partiendo de la tesis de que “*toda proposición de psicología puede formularse en lenguaje fisicalista*”,<sup>84</sup> afirmó:

Pero ya en la actualidad toda proposición psicológica puede traducirse a una proposición que se refiera a la conducta física de seres vivientes. En esta caracterización física de la conducta efectivamente aparecen términos que todavía no han sido fisicalizados, es decir, reducidos a los conceptos de la ciencia física; sin embargo, también estos conceptos son conceptos físicos, aunque de una clase primitiva, exactamente como “caliente” y “verde” (aplicados a cuerpos) eran ya conceptos físicos antes de que fuera posible expresarlos en relaciones físicas de magnitud.<sup>85</sup>

De acuerdo con esta afirmación, basta con que haya una forma potencial de fisicalizar cualquier término psicológico, para considerarlo físico y, por lo tanto, traducirlo al lenguaje de la física. Y es aquí donde, la estética y la psicología evolutivas muestran sus deficiencias en su afán de tratar a sus sujetos de estudio con la precisión que el fisicalismo pretende establecer. No es suficiente con que exista esa potencialidad de fisicalización; es necesario, de acuerdo con las mismas tesis de Carnap y Hempel, que los términos a traducir en el lenguaje de la física estén suficientemente bien definidos para que sus magnitudes y unidades queden claras. Esa debe ser tarea del psicólogo, como lo menciona el propio Carnap:

La existencia de esta traducibilidad es independiente de que los conceptos de la psicología ya estén fisicalizados o no; la fisicalización es simplemente un nivel superior, una forma científica, mas rigurosamente sistematizada de la estructuración de los conceptos; la realización de la misma es ya una tarea práctica que con propiedad incumbe al psicólogo más que al epistemólogo.<sup>86</sup>

<sup>84</sup> Carnap. R. (1959): “Psicología en el lenguaje fisicalista”, en Ayer, A. J., *op. cit.*, pp. 171-204. Publicado originalmente en *Erkenntnis III*, 1932-1933.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 188-189.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 196.

Y concluye:

No queremos significar por “física” al sistema de las leyes físicas actualmente conocidas, sino más bien a aquella ciencia caracterizada por su procedimiento para la formación de conceptos: reduce todo concepto a relaciones de magnitud, esto es, a sistemática atribución de números a puntos espacio-temporales; entendida así, la “física”, podemos expresar nuestra tesis... del modo siguiente: la psicología es una rama de la física.<sup>87</sup>

Es notable que Carnap utiliza el término “reducir” como la mayor aportación del fisicalismo, pero nunca muestra por qué esa reducción a magnitudes es una virtud de la ciencia fisicalista. La estética y la psicología evolutivas también “*reducen todo concepto a... una sistemática atribución de números a puntos espacio-temporales*”,<sup>88</sup> para ello se vale del conocimiento generado en la teoría sintética de la evolución, que en los tiempos de las publicaciones de Carnap citadas, estaba apenas en gestación. Esta teoría, al incorporar los mecanismos y entidades de la genética mendeliana a la explicación de la transmutación de la especies por selección natural, da un gran paso en la pretensión de fisicalizar el lenguaje, que explica la evolución biológica, porque imagina que las entidades físicas que operan en el cuerpo humano, determinando las conductas y los procesos adaptativos que han tenido lugar para producir esas entidades, pueden identificarse con precisión tal que pueden ser traducidas al lenguaje de los números. De esta manera, las conductas específicas de apreciación de lo bello pueden convertirse en magnitudes: grados de “sexibilidad”, tiempos de observación de una cara, grados de simetría corporal o de promediación de rasgos faciales, escalas de atractivo, número de relaciones sexuales en lapsos determinados, número de parejas sexuales, escalas de deseo.

Pero con esto, la estética evolutiva se encuentra enfrentada a las deficiencias más graves que contiene su visión fisicalista. Observa y describe los procesos con vaguedades, porque el significado de las conductas, lenguajes o valores de apreciación de lo bello aparecen explicados como los movimientos de los cuerpos inanimados. En esta operación discursiva, la explicación de las conductas humanas es introducida en un terreno ajeno. La cuantificación que se hace está viciada porque se

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 203.

<sup>88</sup> *Ibid.*

refiere a procesos que están siendo sustraídos de su ámbito de existencia. La psicología evolutiva muestra sus limitaciones y deficiencias, porque su obsesión universalizadora y cientificista la obliga a buscar formas de expresión de la realidad que no hacen caso ni de la multiplicidad de manifestaciones que ésta tiene ni de las formas de relación que esta multiplicidad produce. En vez de tratar de analizarlas en y por sus formas concretas, en sus manifestaciones específicas, le *impone* a la realidad una sola forma de comportamiento que considera esencial, una sola expresión del movimiento del universo y sus partes y, por lo tanto, una sola forma para expresarlo, con lo cual se abre un camino contrapuesto a las propias pretensiones del fisicalismo: en vez de producir conocimiento basado en lenguaje preciso, se produce uno con un lenguaje vago y nebuloso por ser forzado. La precisión y la certidumbre se vuelven pobreza. La cuantificación de lo que es subjetivo e irracional, de lo que tiene como base un impulso interior humano no es ninguna virtud fiscalista. Es falaz el desprender que el lenguaje que designa verdades se enriquece y la comprensión de cualquier fenómeno del universo se profundiza y objetiviza en mayor grado si todo lo reducimos al lenguaje de la física. ¿De dónde se infiere eso? La negativa a aceptar la existencia de realidades diversas, como la realidad estética en sí, no nos dice nada del grado de verdad ni de conocimiento de una parte del universo. El hecho de que ese lenguaje haya servido para determinar verdades indiscutibles sobre formas y movimientos de astros, no prueba que tenga la misma eficacia para determinar estadísticamente si Ana Kournikova es más hermosa que María Sharapova o por cuántos grados Marlon Brando sobrepasa en belleza a Antonio Banderas.

La definición de un término es fundamental, pero siendo término teórico si no está bien definido, eso significa que no se sabe con precisión lo que se busca, lo cual se agrava cuando además los términos no teóricos desprendidos de los teóricos son vagos también. Ése ha sido un problema permanente desde los orígenes de la sociobiología humana en especial y de la psicología y la estética evolutivas.

La psicología evolutiva, así como su filial, la estética evolutiva, presumen de ser disciplinas de éxito en la medida en que las entidades a las que se refiere existen, así como los procesos que describen, y que sus enunciados están bien confirmados;<sup>89</sup> lo primero es, en parte cierto, pues

<sup>89</sup> Condiciones presentadas por Maxwell (*op. cit.*, p. 134) para dar cuenta del éxito de una teoría científica.

existe una correspondencia entre los enunciados de la teoría y muchas de las entidades y procesos a los que se refiere. La existencia de la atracción sexual entre los humanos y los valores de belleza que se generan en ese proceso son reales y demostrables empíricamente, pero derivar de ahí un trasfondo evolutivo y naturalidades en la atracción entre dos personas con lenguaje de términos como “*muy poco sexy*”, “*muy sexy*”, “*muy displacentero*” o “*muy placentero*” para definir la atracción que una persona siente por otra no es precisamente respetuoso de la precisión discursiva que psicología y estética evolutivas pretenden construir.

En el examen de la estética evolutiva, se deja claro que pretende desprender sus conclusiones mediante la observación neutral y objetiva. Bien, Hanson señala que: “*La visión no es solamente el hecho de tener una experiencia visual; es también la forma en la cual se tiene esa experiencia visual.*”<sup>90</sup> Achinstein explica que “*Observar algo [...] es involucrarse en una actividad*” o que la observación dependerá del contexto en el que se observa, y que la acción de observar se limita a los rasgos del objeto observado a los cuales es posible prestar atención “*dados los intereses en cuestión*”.<sup>91</sup> Lo observado, según él, dependerá del grado de conocimiento y entrenamiento, lo que uno está dispuesto a sostener en referencia al objeto en las circunstancias particulares de la observación y lo que es más relevante: “*...del tipo de respuesta que espera quien me pregunta*”,<sup>92</sup> todo lo cual tiene que ver con lo arriba mencionado porque el investigador observa o percibe de acuerdo con un grado de cultura y sensibilidad propias; de acuerdo con lo que en un cierto contexto o momento, le dice algo. En otras palabras, de acuerdo con lo que uno requiere observar o percibir, lo que provoca reflexiones o resuelve los problemas que son pertinentes al sujeto cognoscente en cierto momento concreto. De aquí se desprende que en el proceso de observación hay efectivamente una relación sujeto-objeto; que ésta es cambiante de acuerdo con los cambios en esta relación objetiva-subjetiva y que por lo tanto existe una actividad propia del sujeto. Debemos sustituir los términos “visual”, “visión” u “observación” por los términos “percepción” o “percibir”.

<sup>90</sup> Hanson, N. R. (2005): “Observación”, en Olivé, L. y Pérez Ransanz, A. R., *op. cit.*, pp. 216-252. Originalmente publicado como Hanson, N. R. (1958): *Patterns of discovery: An inquiry into the conceptual foundations of science*. Cambridge. Cambridge University Press, p. 15.

<sup>91</sup> Achinstein, P. (1968): *Concepts of science. A philosophical analysis*. Baltimore, MA: The Johns Hopkins Press, p. 160- 161.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 338.

La afirmación es fundamental, porque aun sin dejarlo claro o proponérselo conscientemente toca la frontera de un criterio sociológico. El contexto social y cultural va a producir una diferencia de percepciones y de visiones que puede ser considerable. Esto abre un abanico de posibilidades en general y en especial en la percepción de la belleza humana. El racionalismo estricto y universalizante empuja en una dirección contraria y al enfrentarse con el problema de los criterios estéticos pretende que hace observaciones *en sí mismas* de objetos *de por sí* bellos o feos, y de esta manera cierra las posibilidades subjetivas y libres de apreciación de lo estético.

Achinstein alega que la observación de los entes teóricos no es observación de éstos *en sí mismos*, sino frecuentemente representaciones de aquellos.<sup>93</sup> Aunque este autor se ciñe a ejemplos extraídos de la física, su tesis es pertinente para la biología y para la estética evolutiva, pues no es posible determinar con claridad qué, dentro de este campo, es observar la belleza humana en sí y mucho menos cómo son, dónde están los supuestos entes naturales que permiten el juicio de lo bello (genes, arquitectura mental). Con el método de juzgar la belleza por medio de encuestas y respuestas vagas, nos deslizamos a un inmanentismo y a un esencialismo especialmente forzados. Hay una doble dificultad, porque de la misma manera que no se puede observar el electrón que produce el campo eléctrico, tampoco es posible observar el gen o la “arquitectura mental” que le hacen percibir a uno quién es naturalmente atractivo y quién no. Ya Nagel señaló que frecuentemente términos considerados teóricos, nunca se emplean para describir objetos observables claramente.<sup>94</sup> Pero hay más aún, el ente teórico *en sí mismo* no puede observarse, pues no existe como algo fijo. No es el ente *en sí mismo* sino al mismo tiempo el no-ser que se produce con su propia transformación, que lo niega constantemente. Más dificultoso es la observación de lo atractivo en las caras o cuerpos humanos porque se trata, según el reduccionismo estético, de un resultado adaptativo de la evolución de la especie, es decir, un complejo proceso de interacciones entre entes individuales y ambientales en el espacio-tiempo.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 341.

<sup>94</sup> Nagel, E. (2005): “La teoría y la observación”, en Olivé, L. y Pérez Ransanz, A. R., *op. cit.*, pp. 416-438. Originalmente aparecido en Ángel, E., Bromberg, S. y A. Grünbaum (1971, eds.): *Observation in theory and science*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Todavía más: como ya se mencionó en el capítulo de la crítica al adaptacionismo, los objetos no tienen sólo una propiedad, tienen muchas y están relacionadas. Instrumental o heurísticamente pueden ser consideradas sólo unas cuantas o una sola de las propiedades del objeto o sujeto de estudio, y referidas a la teoría que explica esas propiedades, pero eso no significa que se les explique de manera totalizadora, y si una teoría se refiere a objetos “unidimensionalizados”, es probable o seguro que solamente sea útil para explicar una sola propiedad de ellos. Los términos que en esta teoría se utilicen servirán para esa explicación particular y parcial de objeto de esa teoría. Una ciencia que se basa en ese tipo de términos teóricos y los hace corresponder a los procesos, sujetos y objetos que designa es una ciencia reducida y parcializada.

Esto se aplica a la estética evolutiva que utiliza términos teóricos provenientes del darwinismo, tales como selección natural, adecuación o adaptación, que para el estudio de ciertos organismos en ciertas situaciones, resultan precisos y claros, pero cuya aplicación universal no está aun aceptada y son trasladados precisamente a esos contextos en los que la aceptación es más que difícil porque se aplican a procesos en los que la intervención subjetiva tiene un peso tan grande que los convierte en términos muy vagos: la evaluación del grado de atractivo físico de una persona, basándose en parámetros reductores de la personalidad y la conducta como la simetría de la cara o de alguna otra parte del cuerpo, o de la promediación de los rasgos faciales, elimina del campo de análisis movimientos, expresiones verbales, gesticulaciones, contextos emocionales y existenciales amplios en los que los sujetos de la evaluación estética se encuentran, así como sus condiciones socioeconómicas. Nos presenta sujetos juzgados solamente en la dimensión cuantificable, que, como ya se mencionó, se pretende que es la única manera que se puede expresar en el lenguaje de la ciencia y que ésta es la única que puede juzgar sobre los parámetros y comportamientos estéticos. Esa unidimensionalización del sujeto estético se combina con la imprecisión de los términos (teóricos y no teóricos) para ofrecernos un mecanismo raquíutico y palurdo de las evaluaciones estéticas entre los seres humanos.

Achinstein explica, con el ejemplo de la entropía, que es la propiedad de un sistema, pero que no es ni el sistema ni un objeto, por lo cual se puede observar la entropía en un sistema, y no puede observarse la entropía en sí,<sup>95</sup> sino sus resultados.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 344.

Este ejemplo se aproxima más a los procesos de la evolución biológica. Puede situarse, *mutatis mutandis*, en un plano epistemológico aproximado al de la selección natural, la adecuación biológica o la adaptación, los cuales son observables a través de sus resultados, e incluso éstos son más difíciles de juzgar porque se interpretan metafóricamente de manera que llevan a la resolución de problemas, pero el fenómeno *en sí* que asignan no es observable *directamente*. Permanece si no inaccesible, sí oscurecido, opacado.

Según Hanson hay una limitación del lenguaje para ser el reflejo o expresión fiel de los fenómenos que se perciben. Muchos de éstos se pierden al ser traducidos a símbolos del lenguaje.<sup>96</sup> Éste, si bien expresa una unión con las impresiones y las sensaciones, también está separado de ellas, no es ellas mismas. Como en cualquier otra traducción, se pierden elementos de lo traducido.

Siendo esto así para el caso de los objetos físicos observables y sus procesos, más difícil será en el caso de objetos físicos no observables; pero el grado mayor de pérdida, de disipación de una explicación lingüística, surgirá con las entidades más complejas y los entreverados procesos que producen. Un fenómeno de la vida, un fenómeno de la evolución biológica, un fenómeno cultural, psicológico y social, integran todas diversas expresiones de la organización de la materia; entidades que se mueven e interaccionan en planos distintos, en tiempos diferentes, que se desfazan y vuelven a empatarse. De este modo, la primera dificultad que se impone en este tipo de estudios es la de traducir este complejo de interacciones en un lenguaje que las pueda expresar de manera lo menos infiel posible, un lenguaje que exprese no una esencia o un solo proceso fundamental, sino las relaciones existentes entre todos los procesos y entidades que intervienen en el fenómeno a explicar.

Sin embargo, los filósofos esencialistas y fisicalistas van a tratar de aminorar esta dificultad discursiva de las traducciones, invocando al nivel que ellos consideran el más básico de la explicación, reduciendo la complejidad ontológica de lo que desean explicar, a ese nivel pretendidamente básico, pero si bien pueden ganar en explicación, también es cierto que pierden en la comprensión global del fenómeno. O sea, van a lograr explicar sólo la parte de aquel que les resulta comprensible, y ésta va a ser una parte pequeña de lo analizado, dada la reducción

<sup>96</sup> Hanson, N. R., *op. cit.*, p. 246-247.

espacio-temporal que opera en su particular forma de análisis, la cual atiende sólo a un plano de las interacciones.

La estética evolutiva incurre en una deficiencia adicional al atribuir principal, cuando no solamente, a una propiedad corporal las cualidades estéticas de un individuo. Puede ser la simetría o la promediación de los rasgos faciales o corporales.

### **Una concepción dialéctica**

Pero, ¿qué sucede si admitimos la existencia de una diversidad ontológica y su correspondiente diversidad epistémica en un contexto o contextos de constantes movimientos, negaciones y devenires? A este respecto se ha propuesto la existencia de tres tipos de objetos en el universo: los objetos físicos, incluidos los seres vivos y sus procesos, los cuales representan el más alto nivel de objetividad; los “*objetos sociales espaciales*”, entre los cuales se ubican los eventos sociales con un aspecto conductual, y el grupo de objetos compuesto por los “*fenómenos mentales colectivos*”.<sup>97</sup> Para simplificar las cosas, los objetos se clasifican en físicos y materiales, incluyendo entre los primeros a los objetos meramente físicos, así como a los social-materiales y entre los segundos a los objetos propiamente sociales y a los individuales.

De inicio se debe admitir que ninguno de esos objetos existen separados de los demás. Ni siquiera una roca, o un átomo, que como objetos físicos tienen propiedades constantes, pueden ser considerados en su aislamiento, pues se imbrican constante y profundamente con fenómenos culturales y mentales. Esto es más claro en el caso de los objetos sociales y los fenómenos colectivos mentales. Un grupo de personas cualquiera; son seres vivos antes que nada y, por lo tanto, entes físicos; sus fenómenos mentales se ubican dentro de su realidad social y física, y dada esta situación, se requiere hacer un desglose de las diversas manifestaciones que presentan, mostrándose sus diferencias y diversidades específicas.

En el caso de los fenómenos mentales colectivos o sea sociales, se puede decir que tienen, dentro de cada sujeto, una vida o existencia

<sup>97</sup> Markovic, M. (1984): *Dialectical theory of meaning*. Dordrecht: D: Reidel Publishing Company, pp. 69-70.

transitoria y temporal, efímera: un sentimiento, un dolor, son efímeros en un sujeto particular y tienen expresiones particulares en cada uno de ellos y en cada momento, aunque su presencia colectiva sea permanente. Pero estos fenómenos no son solamente físico-biológicos, se encuentran insertos en fenómenos sociales y materiales; solamente pueden interpretarse como una relación con aquellos, no por sí mismos, no como inmanencias. De ahí lo ilusorio de aseveraciones como las de Schlick, quien en un estilo cartesiano, nos presenta como altamente ventajosas las proposiciones protocolares, como expresión fiel de la ocurrencia de hechos “*sin ninguna contaminación*”, de una manera que constituyan “*el absoluto e indudable punto de partida de todo conocimiento*.”<sup>98</sup> Una afirmación de esta naturaleza despoja de toda relación a los entes y fenómenos susceptibles de investigación científica, la pureza de la proposición nos habla de un momento inicial de producción de ese hecho puro, en singular, un hecho ocurrido a partir de entidades que no precisan más que de sí mismas para existir, tal como Descartes lo menciona en los *principios de filosofía*.<sup>99</sup>

Una expresión facial o corporal es el resultado de una relación, y la relación misma, de una interacción sujeto-objeto, sujeto-sujeto, sujetos-sujetos, sujetos-objeto, en continua modificación espacio-temporal. La conducta o la expresión en el cuerpo de los sujetos que se involucran en el proceso analizado es la consecuencia de la interacción, pero al mismo tiempo su punto de partida y su causa. Se trata de una totalidad, aunque las partes de esa relación, es decir, cuando menos dos sujetos, pueden distinguirse y analizarse por separado; aunque muchas de sus interacciones pueden mostrar una cierta regularidad en determinadas condiciones, éstas no son las mismas nunca, sus componentes no están dados, no vienen determinados exteriormente, como lo pretende la estética evolutiva y partidarios suyos como Gangestad, o Thornhill. La cambia constantemente, busca sus nuevos puntos de partida y sus nuevas mediaciones. Así, hay que desechar la existencia del hecho puro e inmaculado imaginado por Schlick. Es necesario eliminar, por inexistente, la pureza del hecho concreto, aun con tan elevada capacidad heurística que debía tener, porque en el universo nada que no

<sup>98</sup> Schlick, M. (1959): “The foundation of knowledge”, en Ayer, A. J., *op. cit.*, pp. 209-227. Originally appeared as Schlick, M. (1934): “Über das fundament des erkenntnis”, *Erkenntnis IV*.

<sup>99</sup> Descartes (1995) [1647]: *Los principios de la filosofía*. Madrid, Alianza Editorial, parte primera, aforismo 51, pp. 51-52.

sea el resultado de la relación puede subsistir, lo cual quiere decir, de la interacción entre lo diferente, entre lo que “ensucia” y “contamina” nuestro panorama de acción y de visión por causa de la intromisión de un ente en otro, del insertarse en el otro y devenir ese otro sin dejar de ser uno mismo, por causa de que el ser un sujeto es ser otro sujeto; por causa de modificar la realidad con choques y cambios cuantitativo-cualitativos. Mientras la evaluación de la belleza se ubica en el plano de lo cotidiano y no requiere profundidad de análisis, se puede admitir la existencia de una cierta constancia de la evaluación, y entonces la ley de identidad de la lógica formal que reza *cada cosa es idéntica a sí misma* puede funcionar; pero cuando el propósito es el de indagar por las causas de fondo de los criterios de belleza, e irlos a buscar en las profundidades de la evolución humana, entonces esa ley, que daría pie para pensar en los hechos puros, a los que Schlick se refiere, resulta improcedente,<sup>100</sup> pues esa pureza del hecho despoja al proceso analizado de su movimiento interior, de su impulso de movimiento, del dinamismo externo e interno que modifica las condiciones de un momento al siguiente.<sup>101</sup> De acuerdo con el evolucionismo vulgar, una cara o un cuerpo son bellos no porque haya sujetos históricos que la evalúen, ni porque el ser humano tenga una necesidad interna de buscar lo bello como forma de satisfacer necesidades subjetivas, sino porque sus partes están acomodadas en proporciones aritméticas que necesariamente tienen que provocar la respuesta positiva de quien la observa, para satisfacer una necesidad de dejar progenie.

La estética evolutiva continúa con la tradición cartesiana de descomponer los sistemas de estudio en partes hasta llegar a la considerada más simple y juzgarla así, como la más objetiva,<sup>102</sup> de considerar que este método y sólo éste es el que puede conducirnos a comprender la naturaleza de fondo de los procesos naturales. A este respecto Markovic señala que: a) el que los todos sean susceptibles de dividirse en partes no significa que sólo éstas sean objetivas, y que el hecho de que las

<sup>100</sup> Una sencilla y elocuente argumentación sobre las limitaciones de esta ley y las demás de la lógica formal se puede encontrar en Novack, G. (2002): *Introducción a la lógica: lógica formal y lógica dialéctica*. México: Fontamara, pp. 19-58.

<sup>101</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>102</sup> Descartes, R. (1996) [1628]: *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 88, 106, 135. Descartes, 1995 [1647]: *Los principios de la filosofía*. Madrid, Alianza Editorial, parte segunda, aforismo 23, p. 86.

propiedades de un cuerpo se expresen como relaciones, no implica que estas últimas no sean objetos de estudio.<sup>103</sup> El hecho de que a las partes se les conciba como más simples no implica que sean más objetivas que los todos. El reduccionismo no comprende que el todo tiene una objetividad, aunque en algunos casos más compleja, y que sólo cuando algo es concebido como carente de relaciones no se espera que origine nuevas propiedades y que por lo tanto no lleve a establecer nuevas relaciones.

Si las conductas evaluadoras de la belleza humana se reducen a los intereses reproductivos del individuo y a la reacción estereotipada a la conformación de ciertas partes del cuerpo humano, nos encontramos con que los procesos y las funciones básicos, “esenciales” de la belleza humana, concebidos como adaptaciones biológicas, no dejan lugar a la aparición de nuevas propiedades en los sujetos y objetos copartícipes de esta relación, la cual, cuando se da, se entiende a partir de propiedades esenciales, fijas y determinadas de antemano, en la que los sujetos no pueden intervenir para modificarlas.

De esta manera, se tienen dos niveles en los que la estética evolutiva descompone el proceso de evaluación de lo estético entre los humanos: la primera, dentro de cada individuo humano. Es propiedad intrínseca de cada uno de ellos el poseer las partes de su cuerpo en las proporciones y formas adecuadas para ser atraíble o no por una pareja potencial. Las relaciones entre partes son relaciones fijas entre magnitudes. Si esas formas y proporciones son adecuadas, entonces el individuo que las posea tendrá una adecuación biológica superior al que no las posea. Esa adecuación es algo inmanente a él o ella. La segunda se da en la respuesta del evaluador, del individuo atraído. Un misterioso mecanismo, del cual la estética evolutiva no da cuenta nunca, dispara una respuesta positiva de un individuo, hacia la contraparte que posee esas características estéticamente valiosas. El individuo que siente la atracción no es consciente de las causas de la respuesta, pero se siente atraído hacia esa persona. De pronto, las proporciones del cuerpo, si son las adecuadas, producen una relación entre ellas y la juventud, la resistencia a los parásitos y la buena salud general: el tipo ideal de pareja. La selección natural produce mujeres con mayor resistencia que otras a *E. coli* y para mostrarlo desarrollan nariz, ojos y pómulos, o cadera y

<sup>103</sup> Markovic, M., *op. cit.*, p. 85.

cintura en proporciones matemáticamente próximas a la perfección. Pero las conductas se producen entre individuos aislados, con sus estereotipos físicos predeterminados, quienes seleccionan a su pareja en función de éstos y con fines de reproducción biológica de la especie, no con fines o intereses intelectuales, culturales o sentimentales que busquen llenarlo como ser humano, pues esos en última instancia no son fines humanos, según los vulgares evolucionistas de la estética.

En pocas palabras, la estética evolutiva explica la conducta sexual humana como compuesta por elementos invariantes de la experiencia y elabora conceptos homogeneizadores de la misma igualmente invariantes. Nos vemos introducidos así, a un mundo de conceptos rudimentarios y supuestamente fijos. Un proceso de complejización de esos conceptos rudimentarios es lo que lleva a formar conceptos de orden superior —o distintos— y esto a la creatividad y mayor libertad (o posibilidad de ella) y nuevas experiencias ya filtradas por conceptos complejos, por ello ya aquellos no son ni tan simples ni tan invariantes. Esto es resultado de una praxis, de una actividad intersubjetiva, no de una simple percepción de estímulos físicos que se hacen experiencia.

Ahora, las concepciones más complejas, llevan a conductas que, aún teniendo como base aquellas experiencias iniciales con sus elementos invariantes, desarrollan una autonomía con respecto a aquellas, de manera que frecuentemente se desprenden de esa experiencia inicial y de sus conceptos, o los convierten en conceptos y experiencias de segunda o tercera categorías. Como el propio Markovic expresa, es posible introducir distinciones, que pueden ser ordenadas en subgrupos y con ello formar nuevos todos, nuevas totalidades referentes a esos nuevos conceptos, y las cuales ya manifiesten una dinámica propia. En sus propias palabras:

Una vez que hemos desarrollado una cierta provisión básica de conceptos, somos capaces de incrementar notablemente nuestra libertad y creatividad. Por medio de la síntesis, construimos grupos de elementos experimentales con los que nunca hemos tenido una experiencia. Entonces podemos introducir distinciones y las dividimos en subgrupos, los cuales, a su vez, se manifiestan ya sea como nuevas totalidades o como componentes para integrarlas.<sup>104</sup>

<sup>104</sup> Markovic, M., *op. cit.*, p.143.

Los procesos no pueden seguir atados a la experiencia inicial, que según la psicología evolutiva se sitúa en el Pleistoceno. La modificación y complejización de la experiencia tiene consecuencias conceptuales, una de las cuales es la propia teoría de la evolución, pero las acepciones más vulgares de ésta, como la representada por la estética evolutiva, paradójicamente, intentan convencernos de que el proceso descrito arriba de desdoblamiento y evolución de conductas en el fondo no existe, que hay una sola forma de conducta humana y sólo una forma de apreciar la belleza y que el ser humano sigue siendo el mismo desde el Pleistoceno. De esta manera se niega la evolución de las necesidades, tanto naturales como sociales, y la manera como el ser humano se ha ido autonomizando de sus necesidades estrictamente naturales. Pero la estética evolutiva, al abordar la problemática del atractivo físico como un impulso basado en la conducta animal y no considerar la aparición de propiedades cualitativamente distintas en los seres humanos, olvida la evolución de los conceptos, particularmente los estéticos, que han aparecido y que se han transformado en la medida en que se lleva a cabo la evolución y multiplicación de las necesidades como una característica privativa de lo humano. Este proceso, juzgado globalmente, es muy desigual, con múltiples desfases, avances, retrocesos, sobre todo con muchas inconmensurabilidades, de acuerdo con la época y el contexto cultural en el que se desarrollan. Estos procesos de liberación y multiplicación de necesidades llevan por lo general a la conversión de los conceptos en reflexiones y proyectos,<sup>105</sup> que no son parejos ni constantes, se diversifican continuamente. Como la estética evolutiva trabaja con conceptos que asignan o representan meros impulsos físico-biológicos unidireccionales, básicos y constantes, y aspira a explicar los modos de valoración de la belleza humana en función de éstos, suponen una asignación a las propiedades esenciales que hacen atractivo o no a un individuo y deja de lado que el significado de algún concepto es también un complejo de relaciones espacio-temporales.

La estética evolutiva menosprecia el proceso complejo en el que, para la formación de conceptos y conductas acordes con ellos y viceversa, se debe tomar en cuenta la relación de los signos hacia la disposición mental del sujeto, la relación de aquellos hacia el objeto designado, hacia otros signos del sistema; la relación entre dos o más sujetos: el

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 155.

que usa el signo y el que lo interpreta, y la relación de los signos y las acciones prácticas de los sujetos.<sup>106</sup> En este sentido, entonces, el signo y su significado estarán mediando dinámicamente en todo este complejo relacional entre el sujeto y el objeto, o, lo que es lo mismo para el caso de la estética evolutiva, entre el sujeto estético y el sujeto que lo evalúa.

La deficiencia principal de la estética evolutiva es que cree, erróneamente, que el ser humano está siempre y en última instancia movido por un interés esencial, que es el reproductivo.<sup>107</sup> Todos sus movimientos y objetivos inmediatos y aparentes deben confluír en ese interés. Sin entrar en la discusión sobre la diferencia entre esencia y apariencia, lo que hay que mencionar es que una visión de lo estético en los seres humanos enfocada hacia esa concepción reproductivista, y que la conciba como esencial, reduce y estrecha el lenguaje a la dimensión de los problemas inmediatos referentes a la fecundación biológica. Es bien cierto que aunque no siempre ésta se lleva a cabo a partir de una simple observación o percepción de un sujeto estéticamente atractivo, y muchas veces esa percepción tampoco se traduce en un ejercicio de la sexualidad, cosa de la cual la estética evolutiva es consciente, sí se maneja un lenguaje como si el ser humano en todo momento estuviera impulsándose inconsciente e involuntariamente a la reproducción. Todas las técnicas experimentales de la estética evolutiva tienen que ser consecuentes con esa concepción. La siguiente cita puede dar una idea de la inmediatez y el simplismo de las concepciones biologicistas sobre la belleza humana:

Sugerimos que los principios simples del control de los estímulos pueden explicar muchos de los principales hallazgos sobre el atractivo facial humano.<sup>108</sup>

Entonces, un lenguaje que deriva de estos principios, un lenguaje que pretenda reflejar hechos puros, que intente alejarse de toda metafísica y subjetividad, y que parta de la tesis de que existe un centro fundamental desde el cual se irradian todas las propiedades humanas, que este centro fue formado en una y sólo en una época de la historia evolutiva de los humanos y que todas las características de éstos tienen

<sup>106</sup> *Ibid.*, pp.175-176.

<sup>107</sup> Muñoz Rubio, J. (2006): *Sociobiología; seudociencia para la hegemonía capitalista*. México: UNAM.

<sup>108</sup> Enquist, M. *et al, op. cit.*, p. 128.

que responder a los impulsos generados en este centro, y que no existen interacciones mayores con el medio, que hagan cambiar la naturaleza de la conducta, va a reflejar un ser humano en el cual el sexo, el amor y la belleza se encuentran fundidos exclusivamente como medios para la preservación de la especie, del grupo o de la estirpe. Debemos hacernos eco de las palabras de Max Horkheimer, quien intenta rescatar la multidimensionalidad del carácter humano:

Ni el hombre, y ni probablemente tampoco los animales, se hallan organizados psíquicamente de manera tan individualista que todos sus movimientos impulsivos originarios estén necesariamente referidos al placer directo que proporcionan las necesidades materiales [...] las acciones de los hombres no se originan sólo en sus tendencias físicas a la autoconservación, ni sólo en el instinto sexual directo; también proceden, por ejemplo, de las necesidades... de reconocimiento y afirmación de la propia persona, de protección de una colectividad y de otros movimientos impulsivos.<sup>109</sup>

Sin dejar de lado los elementos de naturaleza biológica humana, Horkheimer afirma la existencia de una necesidad de reconocimiento de la persona, de localización e identificación de sí misma, de su *yo*; es una tesis que rechaza la inmediatez y la rigidez de la necesidad biológica y la superficialidad de las concepciones biologicistas, las cuales son contrastadas con la mediatez y la flexibilidad de las necesidades humanas y su manera de satisfacerlas. Un lenguaje que reconoce esta simultánea diversidad de las manifestaciones humanas reconoce la improcedencia de forzarlo para presentar como objetivo y físico lo que es subjetivo y espiritual-sentimental; reconoce la necesidad de subjetivizarlo ahí donde sea pertinente hacerlo, es decir, donde los factores subjetivos, que no metafísicos, de la naturaleza humana son los que predominan; reconoce la necesidad de abandonar todo tipo de “colonialismo epistemológico o lingüístico”, como los del fisicalismo y el evolucionismo vulgar y reemplazarlo por un lenguaje que sea capaz de entrelazar los diversos planos y aspectos de la realidad dinámica del mundo vivo, del mundo humano y del mundo de lo estético, lo erótico y lo afectivo.

<sup>109</sup> Horkheimer, M. (1998)[1932]: “Historia y psicología”, en Horkheimer, M., *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 22-42.

---

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA:  
CALIFICACIÓN Y SANCIÓN DE LAS CONDUCTAS



### Una de las funciones sociales de la psicología evolutiva

Una más de las consecuencias que acarrea el abuso del adaptacionismo en la teoría evolutiva, sobre todo cuando se aplica al ser humano, es la de una tendencia a buscar la estandarización y normalización de las conductas, es decir, a buscar un patrón que se presente con una frecuencia estadísticamente significativa como para ser considerada “normal”, o sea, la forma específica de comportamiento a la que ha conducido la evolución, la que se aviene a una naturalidad. Un patrón de comportamiento del que puedan extraerse nociones útiles de salud y disfunción, de equilibrio mental y de patología.

J. H. Cartwright, partidario de la psicología evolutiva y del adaptacionismo, es claro cuando se refiere a las nociones de salud y disfunción mentales: “*A luz de la psicología darwiniana, la salud mental puede ser vista como el funcionamiento adecuado de un sistema emocional adaptativo.*”<sup>1</sup> Desde allí menciona lo que según él son principios psicodinámicos a partir de los cuales la salud mental se juzgaría como cumplimiento de un patrón común de desarrollo, que lleva a la formación del arquetipo, definido como el “*patrón de desarrollo común a todos los humanos que funcionan normalmente*”.<sup>2</sup> La anormalidad sería, en este discurso, un producto de la selección natural. No siempre, dice Cartwright, el “*sistema emocional*”, que “*regula nuestro comportamiento, hacia los mejores intereses reproductivos*”,<sup>3</sup> funciona a la perfección.

Buss, por su parte, explica que la psicología evolutiva es capaz de dotarnos de criterios para identificar la disfunción mental, y expresa que

<sup>1</sup> Cartwright, J. H. (2001): *Evolutionary explanations of human behavior*. Nueva York: Routledge, p. 75.

<sup>2</sup> Stevens, A. y J. Price (1996): *Evolutionary psychiatry*. Londres: Routledge. Citado en Cartwright, J. H. *op. cit.*, p. 75.

<sup>3</sup> Cartwright, J. H., *op. cit.*, p. 75.

la disfunción ocurre al momento en que el mecanismo mental trabaja de manera distinta a aquella para la cual fue diseñado.<sup>4</sup> De acuerdo con estos puntos de vista, la disfunción es una desviación de la conducta hacia intereses distintos a los de la supervivencia. La salud mental, por el contrario, sería la expresión de un patrón común de desarrollo prevaleciente desde los orígenes filogenéticos del ser humano, la que garantizaría una conducta a la medida de la lucha por sobrevivir; es decir, el funcionamiento “normal” del individuo y la psicología evolutiva, al estar dotada de las herramientas conceptuales y metodológicas de la ciencia, estará capacitada para localizar las disfunciones que aparezcan en uno u otro momento y lugar. La intención sería clasificar (diagnosticar) y tratar los “desórdenes o las disfunciones mentales” de acuerdo con los criterios de la adaptación evolutiva. En el momento en que un individuo no funciona “bien” es que no está adecuadamente adaptado. El control del comportamiento se hace en función de esas adaptaciones genéticamente condicionadas. Todo aquel que no se adapta es un enfermo o un disfuncional, al menos potencialmente.

Palmer y Palmer también comparten este punto de vista. En su disertación, los desórdenes mentales,<sup>5</sup> esquizofrenia, depresión, ansiedad, narcisismo, paranoia, son considerados desórdenes de la personalidad. Estos autores también califican dichas conductas como formas de maladaptación biológica, en contraste con las no desordenadas, que serían formas adaptativas. Así, en relación con la esquizofrenia, afirman: “*Dado el aparente impacto negativo que este desorden tiene sobre la adecuación reproductiva, parecería que la selección natural debe haber eliminado en gran parte los genes que predisponen al individuo a tal vulnerabilidad.*”<sup>6</sup>

Los estudios que se basan en estas afirmaciones y puntos de vista, tan enraizados en los principios darwinianos, deberían mostrar en la población humana tendencias a hacer que desaparezcan o proliferen estos comportamientos, de acuerdo con las necesidades de la especie o de alguna población de la misma. Un principio fundamental del darwinismo es que un carácter maladaptativo tiene que mostrar una tendencia a su desaparición, aunque ésta pueda no llegar a ser total.

<sup>4</sup> Buss, D. (1999): *Evolutionary psychology*. Needham Heights, MA: Allyn & Bacon, p. 399. Citado en Cartwright, J. H. (2001), *Evolutionary explanations of human behavior*. Nueva York: Routledge, pp. 86-87.

<sup>5</sup> Palmer, J. A. y L. K. Palmer, *op. cit.*, pp. 204-214.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 206.

Por el contrario, un carácter adaptativo, como muestra una correspondencia mayor con los “intereses reproductivos”, contribuye en mayor medida a aumentar la adecuación biológica de una población, por lo que deberá mostrar un aumento de frecuencia en ésta. De hecho ésa es la prueba de cuando un carácter es favorable al individuo y la especie que lo portan. Así las cosas, si determinada característica conductual es considerada negativa, disfuncional, desordenada o “anormal” entonces se constituye en una maladaptación biológica, y por ello debe ser el resultado de la permanencia de genes en el individuo que produzcan un bajo valor de adecuación.

Puntos de vista como los arriba citados, conllevan un problema metodológico, pues con los procedimientos y métodos que les dan sustento, la solución está dada de antemano para todos los casos. Se trata de un razonamiento circular: si una conducta no sirve para elevar la adecuación, sino por el contrario, la disminuye, entonces, lógicamente, es una maladaptación; es una conducta disfuncional o anormal; si es disfuncional o anormal es maladaptativa y debe tender a desaparecer.

En este punto, la psicología evolutiva exhibe un hilo conductor con la psicología y la psiquiatría. Uno de los puntos centrales de su atención es lograr una clasificación implícita de los seres humanos en normales y anormales. La psicología evolutiva, con las herramientas de la teoría darwinista, pretende haber alcanzado la explicación de fondo sobre las fuentes últimas de la normalidad y la disfuncionalidad conductual humana.

Los comportamientos en la naturaleza, como se está mencionando, resultan adaptativos o maladaptativos, es decir: malos o buenos, según su papel en el fomento o la obstaculización de lo que se considera el transcurso “normal” de la sociedad, basada en principios reproductivistas resultado de la selección natural. Es también en torno y a partir de esto como se va a construir una moralidad de las conductas. La actividad reproductiva se constituye en fuente de valoraciones morales y de sanción sobre la aceptabilidad o rechazo de las conductas. Para ello se echa mano del concepto de *normalidad* y de todo lo que la niega. Las ciencias médicas intervendrán en estrecha colaboración y se fusionarán con las de la mente para llegar a conclusiones acerca de lo aceptable o no de cada conducta, en especial las conductas sexuales. Y entonces cada una de ellas se hace susceptible de constituirse en *objeto* de diagnóstico.

Aquel individuo cuyo “*sistema emocional adaptativo*” no está funcionando con arreglo a los intereses reproductivos, debería ser juzgado

como enfermo o como desequilibrado, tanto por la psiquiatría desde el siglo XIX como por la psicología evolutiva. Tales desequilibrios deben ser diagnosticados como desviaciones de la norma o —en casos más graves— como enfermedad. Sobre quien lo padezca debe caer implacable el veredicto de la ciencia, que lo hace no-normal, y por lo tanto que lo hace, que lo construye.

Para la psiquiatría se trata de adecuar, ensamblar, adaptar, una estructura de la sociedad basada en primer término en la familia patriarcal y monogámica, a una ciencia médica más general, con el fin dirigir una sexualidad concreta y unas relaciones de poder coercitivo muy específico. Se trata de naturalizar formas específicas de la sexualidad que, siendo los mejores garantes de una reproducción biológica eficiente —como debe ser en toda población con un grado alto de adaptación y de adecuación biológica—, que sirven a la reproducción del sistema de valores hegemónico.

La psicología evolutiva no tiene una función social distinta: hereda y se identifica con la teoría de la selección sexual de Darwin,<sup>7</sup> con la teoría de inversiones de Trivers<sup>8</sup> y la sociobiología de Wilson, con sus conceptos de altruismo recíproco<sup>9</sup> y epigénesis,<sup>10</sup> y con el modelo del gen egoísta, de Dawkins.<sup>11</sup> De conformidad con todos estos planteamientos decide, en función de tratamientos estadísticos, cuáles son los comportamientos más significativos para lograr el fin último de la existencia humana: la reproducción, entendida ésta como la transmisión de genes de una generación a otra. De esa manera juzga y sanciona la normalidad o no en asuntos que se tratarán en el siguiente capítulo tales como lo que es normal o no en el sentimiento amoroso o en las conductas erótico-sexuales de hombres y de mujeres, de la naturaleza de la homosexualidad, de la naturalidad de la violación sexual y otros asuntos menos ligados a la sexualidad como la función de los paisajes

<sup>7</sup> Darwin, C. (1964): *op. cit.* Darwin, C. (1982)[1871]: *The descent of man and selection in relation to sex*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

<sup>8</sup> Trivers; R. L. (1971): "The evolution of reciprocal altruism", *The Quarterly Review of Biology* 46: 35-39, 45-47. Reimpreso en Caplan, A. L. (ed. 1978): *The sociobiology debate: readings on the ethical and, scientific issues concerning sociobiology*. Nueva York: Harper & Row Publishers, pp. 213-226.

<sup>9</sup> Wilson, E. O. (1975): *op. cit.*

<sup>10</sup> Lumsden, C. y E. O. Wilson (1981): *Genes, mind and culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

<sup>11</sup> Dawkins, R. (1976): *The selfish gene*. Londres: Oxford University Press.

o de los perfumes, de la naturaleza de las religiones, de la naturalidad biológica de la literatura y el drama o de los orígenes evolutivos de la música,<sup>12</sup> todo juzgado, más abierta o sutilmente de acuerdo con criterios de normalidad y anormalidad. La función de la psicología evolutiva, ya no es tanto la de recomendar a los juristas la confinación de aquellos individuos disfuncionales, ni necesariamente su tratamiento, sino la de mostrar la razón por la cual ciertos comportamientos (sexuales principalmente) están justificados dado su apego a los principios de la selección natural y sexual y cuáles no. En dado caso, la psicología evolutiva deja implícito que debe darse vía libre a quienes tengan que tomar las decisiones prácticas sobre tales o cuales conductas.

Existe, en el sentido de los criterios de normalidad y anormalidad, un continuo entre la psiquiatría, el darwinismo decimonónico y la psicología evolutiva que vale la pena analizar con detenimiento.

Para el darwinismo existe una fuerza central: la selección natural, que se encarga continua e incesantemente de vigilar a cada uno de los individuos y especies biológicas, haciendo sistemáticos ajustes en las poblaciones, eliminando a todos aquellos que no sean aptos para la supervivencia, cuyas características no le permitan vencer en la lucha por la existencia —la cual es la objetivación misma de la selección natural—. Considérense las siguientes afirmaciones provenientes del mismo Darwin:

...puede decirse que la selección natural está buscando cada día y cada hora por todo el mundo las más ligeras variaciones; rechazando las que son malas, conservando y sumando todas las que son buenas; trabajando silenciosa e insensiblemente, cuando quiera o dondequiera que se le ofrece la oportunidad, por el perfeccionamiento de cada ser orgánico en relación con sus condiciones orgánicas e inorgánicas de vida.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Bullbula, J. A. (2007): "The evolution of religion", en Dunbar, R. I. M. y Barrett, L. (eds.): *The Oxford handbook of evolutionary psychology*. Oxford: Oxford University Press, pp. 621-635; Carrol, I (2005): "Literature and evolutionary psychology", en Buss, D. M. (ed.): *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ. John Wiley & Sons, pp. 931-952; Carrol, J. (2007): "Evolutionary approaches to literature and drama", en Dunbar, R. I. M. y Barret, L. *op. cit.*, pp. 633-647; Cross, I. (2007): "Music and cognitive evolution", *Ibid.*, pp. 649-667; Milinsky, M. (2003): "Perfumes", en Voland, E. y Grammer, K. (eds.): *Evolutionary aesthetics*, Berlin: Springer, pp. 325-339; Orians, G. H. y Heerwagen, J. H. (1992): "Evolved responses to landscapes", en Barkow, J. H., Cosmides, L., y Tooby, J. (eds.): *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 555-579.

<sup>13</sup> Darwin, C. (1968) [1859]: *The origin of species*. Londres: Penguin. p. 133.

...la selección natural siempre tenderá a preservar todos los individuos variando en la dirección correcta, aunque en grados diferentes a fin de cubrir de la mejor manera los espacios desocupados.<sup>14</sup>

La naturaleza actúa uniforme y lentamente durante vastos periodos de tiempo sobre el total de la organización, siempre por el bien de cada criatura...<sup>15</sup>

Entonces, este continuo trabajo de la selección natural, este permanente rechazo a las variaciones denominadas “malas”, la suma y aceptación de las denominadas “buenas”, esa preservación de las características de los individuos que van “en la dirección correcta” y la eliminación de los que hemos de suponer —por exclusión— que llevan una dirección “incorrecta” en la evolución; todo eso nos está hablando de la intervención de una fuerza: la selección natural, que al tiempo de ser natural es fuerza moral; es una fuerza que manifiesta una unidad indisoluble de lo biológico con lo moral; una fuerza que acarrea la moral y es en sí la moral, que la lleva consigo al decidir sobre la vida y la muerte de las especies y los individuos, al decidir sobre la bondad o no de sus características y de cada una de sus variaciones. Esa fuerza, debido a su naturalidad, se encuentra más allá del control de cualquier individuo, es externa a todos ellos y, lo importante en este momento: actúa como un agente *normalizador* de las poblaciones, actuando siempre después de que éstas han sufrido impredecibles variaciones que producen una diversidad más bien tendiente al caos. Actuando como negación de la variación incontrolada, en contra de la dispersión de cualquier característica sobre la población. Es decir, la selección natural discrimina las características individuales, favoreciendo aquellas que son adecuadas y funcionales para sobrevivir en las condiciones específicas en las que se encuentran. Esta operación es *normalizadora* porque tiende a sancionar las funciones bajo las cuales un individuo puede seguir adelante con su existencia, busca emparejarlas con el rasero de la supervivencia.

La normalización, para quien se manifiesta de acuerdo con estos criterios biologicistas, es presentada como una necesidad supra-social, universal y objetiva. Se trata de un imperativo para comprender a la sociedad de acuerdo con leyes “naturales”. Se trata de homogeneizar hasta donde se pueda cada una de las poblaciones y sus características.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 148

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 283.

Aparece con el fin de introducir un claro orden dentro del cual se pueda cumplir óptimamente con la función reproductora, que se pretende también universal y objetiva. Es una operación de limpieza permanente que tiende a resistir y atenuar los desequilibrios y alteraciones naturales lo más que sea posible. El desarrollo de una parte o de una función ventajosa va a llegar a concebirse como “normal” cuando se expanda de manera que sea ya la propiedad de una inmensa mayoría, cuando no de toda una población.

### ¿Qué es normal y qué no lo es?

Uno de los más brillantes estudiosos de los criterios de la normalidad en el cambiante mundo vivo y en las ciencias que lo estudian es Georges Canguilhem, quien pregunta y se pregunta algo que viene a ser de capital importancia:

¿Son los seres vivos, en la medida en que se desvían del tipo específico, anormales que ponen en peligro a la forma específica, o bien se trata de inventores que se encaminan a nuevas formas? Según se sea fijista o transformista, se ve con ojos diferentes a un ser vivo que es portador de un carácter nuevo.<sup>16</sup>

Esta cuestión es sumamente importante. No existiendo un mundo vivo estático, siendo la variabilidad un proceso constante entre los seres vivos, encontramos que la norma, en este nivel, es la de la ruptura con la norma. Cualquier variedad nueva que se produzca en la evolución, es una ruptura con la normalidad.

En la evolución, de manera general, la norma es la producción de aparición de nuevas especies, la ruptura de los equilibrios, la inexistencia de ellos. Pero la evolución, si bien es un proceso permanente, no es siempre constante en el sentido de que los cambios no se producen a tasas uniformes.<sup>17</sup> Existen a veces largos periodos de stasis o de no-producción de nuevas variedades.<sup>18</sup> Independientemente de cuan

<sup>16</sup> Canguilhem, G. (2005): *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI, p. 105.

<sup>17</sup> Simpson, G. C. (1949): “Rates of evolution”, en Simpson, G. C., *The meaning of evolution*. New Haven. Yale University Press. Reimpreso en Ridley, M. (ed. 1997). *Evolution*: Oxford: Oxford University Press, pp. 239-243.

<sup>18</sup> Gould, S. J. y Vrba, E. S., *op. cit.*

largos puedan ser éstos, lo cierto es que son periodos que podrían ser calificados de normalidad, de normalización para las especies que no cambian. La ruptura de la normalidad, fenómeno por demás normal, sobrevendrá al final de este periodo de stasis.

Entonces tenemos dos formas de normalidad: en un caso es la permanencia de las relaciones interindividuales y grupales, y los estados intraindividuales. En el otro caso, lo normal será la ruptura de estos periodos de stasis, la modificación comparativamente más rápida, de estas relaciones entre individuos y poblaciones.

Juzgando este proceso dentro de la evolución social, podemos hacer algunas críticas importantes sobre lo considerado normal, anormal y patológico. Un grupo social que mantenga ciertas relaciones que durante algún tiempo le otorguen estabilidad, considerará normales esas relaciones y sus resultados. Los criterios de lo normal surgirán de las relaciones de poder y de clases dentro de ese grupo, de lo que la clase dominante haya legitimado a su interior, que es precisamente lo que dará la suficiente estabilidad para permanecer con esa específica dominación de clase.

La ruptura de ese orden es, entonces, la ruptura con esas relaciones de poder hegemónicas, con esa estabilidad, con esa forma de legitimación del estado de cosas. Como atraviesa con más o menos fuerza algunas, muchas y en ocasiones casi todas las costumbres, principios morales, formas de organización, modos y reglas del conocimiento, concepciones del ser y criterios de verdad. Esta ruptura es considerada anormal principalmente por quienes tienen el interés en que nada de lo anterior se modifique con respecto a su estado inicial. Lo anormal no deviene tanto de su carácter eventual y raro, sino de la ruptura que se produce. En esa medida su grado de anormalidad estará en relación directa con el grado de radicalidad de la ruptura efectuada.

Dada esta situación, es de esperarse que los criterios acerca de lo que resulta anormal y patológico se modifiquen con las relaciones de poder. No están dados todos de una vez y para siempre. Esto no quiere decir que no haya criterios o principios que mantengan cierta constancia en relación con una normalidad previa. En medicina siempre será necesario combatir “anormalidades” tales como el cáncer, la salmonelosis, el SIDA o el tifus, dada la capacidad destructiva ilimitada que pueden representar para los seres humanos en ausencia de un tratamiento eficaz. Se trata, en estos casos, de comportamientos “*de valor negativo para un ser vivo*”

*individual*”<sup>19</sup> (y social también). Aunque la presencia de enfermedades sea algo normal y recurrente en la vida social, nadie, por ese hecho, se aventura a dejarlas correr. Hay un indudable carácter patológico en estas situaciones.

Pero en el caso de los problemas de conducta el de la anormalidad y la patología se hace más complejo, a diferencia de la mayor parte de las patologías causadas claramente por agentes biológicos, químicos o físicos. En el ámbito de lo psicológico, los patrones de comportamiento que podrían considerarse anormales o patológicos son mucho más numerosos y en muchos casos impredecibles; se producen más numerosa y diversamente que las enfermedades consideradas “físicas”; los puntos y direcciones de ruptura se multiplican, las oscilaciones pueden ser marcadas y, por ello, los estereotipos o patrones de lo “anormal” son más difíciles de establecer. Para hacerlo, se debe proceder a rigidizar los criterios sobre lo que debe ser el comportamiento humano, por encima de lo que en realidad es; se debe proceder a reducir los motivos y objetivos de la vida humana a unos cuantos, cuando no a uno solo: la supervivencia biológica.

La psicología evolutiva no explica por qué lo que considera normal es así. Las “anormalidades” conductuales se expresan moviéndose en un plano distinto a lo considerado normal, es decir, en un plano distinto a lo que la gran mayoría de la gente hace, pero sin cuestionarse nunca por qué la gente en su mayoría hace esas cosas precisamente y no otras, dejando la explicación en un ideologizado interés reproductivo sobre el cual nadie tiene una conciencia efectiva en la medida en que está controlado por genes o neuronas. La psicología evolutiva no entiende el proceso evolutivo, general y humano, como una ruptura constante con lo normal o normalizado, y supone que existe un eterno trasfondo de normalidad, desde el Pleistoceno al menos, no sujeto a los vaivenes ni a los principios de la evolución; un trasfondo sumamente estable que moldea y determina el comportamiento social y sexual de cada ser humano. Un plano de normalidad sólo alterado por leves, ocasionales, superficiales y temporales manifestaciones de la anormalidad.

Dentro de los criterios de anormalidad presentados históricamente por las ciencias de la mente y respetados por la psicología evolutiva, tenemos también casos claros de esos comportamientos “de valor negativo”;

<sup>19</sup> Canguilhem, G., *op. cit.*, p. 171.

casos en los que se presenta una sintomatología dañina al individuo y a su entorno, porque pone en peligro su salud y su vida, ya sea a corto, mediano o largo plazo y porque evidentemente limita la libertad y hace sufrir a quien la padece con dolores, sensaciones depresivas, destructivas y que le impiden expresarse como ser humano completo. Son los casos de esquizofrenia, paranoia, agorafobia, claustrofobia, adicciones claramente enajenantes; sadomasoquismo, neurosis obsesiva y psicosis en grados extremos y peligrosos aun para otros seres humanos. Aunque sea evidente el origen social-cultural de muchos de estos padecimientos extremos, su tratamiento médico es una necesidad evidente.

Continuando en esta tesitura del análisis, tenemos que, para juzgar los niveles de anormalidad, en teoría evolutiva, se utiliza el criterio de “defecto genético” o “malformación”. El defecto genético sólo puede ser considerado tal si resulta letal bajo todas las condiciones y, por lo tanto, es algo extremadamente raro. Es la presencia de alguna de estas dos condiciones lo que le confiere a una característica cualquiera, la condición de “defecto genético”.<sup>20</sup> La normalidad estricta sería lo diametralmente opuesto, juzgándose los niveles de anormalidad de acuerdo con su cercanía al defecto genético, pero sería abusivo señalar que existiría algo defectuoso en toda característica que redundara o pareciera redundar en una baja de la progenie. Ni siquiera en todos los casos, padecimientos como los mencionados en el párrafo anterior cumplen con las condiciones de un “defecto genético”, porque en primer lugar no todas tendrían ese origen y no siempre redundarían en lo deletéreo.

La homosexualidad sería uno de estos casos. No puede considerarse un defecto genético porque no es un rasgo selectivo y porque no es tan raro como para ser juzgado como tal, si juzgamos a partir de datos de personas que admiten ser lesbianas y homosexuales.<sup>21</sup> Esto es así aun admitiendo por un momento que las preferencias sexuales permanecieran fijas a lo largo de la vida de cada individuo, lo cual no ocurre así. La diversidad sexual no es sólo la variedad de las preferencias sino además, la variabilidad de las mismas en la existencia individual. Y aun así se tendría que admitir que existe un número imposible de determinar de los llamados homosexuales, lesbianas, bisexuales, individuos “de

<sup>20</sup> Roughgarden, J (2009): *Evolution's rainbow: Gender and sexuality in nature and people*. Berkeley: University of California Press, p. 281.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 284.

clóset” y de aquellos en quienes la diversidad de relaciones sexuales se les presenta “sólo” como fantasía o producto de la imaginación.

Existen otros “padecimientos” manifestados en un grado mucho más reducido, en los que el individuo es capaz de expresarse y convivir en sociedad con un razonable grado de afinidad en el mundo social. Aquí las fronteras con lo claramente patológico están muy indefinidas. Frecuentemente se trata de una extensión, desde lo ideológico, de lo que se va a sancionar en estas conductas tomadas como “asociales” o “antisociales”.

Finalmente, hay “padecimientos”, “enfermedades” o “anormalidades” existentes sólo como prejuicio moral-colectivo de quienes las denuncian, de quienes las diagnostican y de quienes las avalan. Son expresiones meramente ideológicas de la anormalidad y la patología. Tales son los casos de las formas de sexualidad no estrictamente heterosexuales, en cualquiera de sus variantes, de la oposición política o ideológica a algún régimen,<sup>22</sup> del incesto o, en menor medida, de la relación poligámica o poliamorosa. En todos estos casos no se presenta ninguna forma de sufrimiento interno ni grupal que sea superior a las que los individuos “normales” presentan cotidianamente, y sí, en cambio, se pueden presentar estados de auténtica realización y satisfacción personales, como en el caso del ejercicio de una sexualidad o relación amorosa plenas. No hay en estos casos nada que ponga en peligro la vida o algún aspecto de la existencia, ni amenazas a la funcionalidad del individuo. Sin embargo, se trata de atentados contra una forma de funcionalidad social, en el caso de la sexualidad alternativa, por no garantizar y aun ir en contra de la reproducción biológica y al grado de adecuación de la población; en el caso de la oposición política por amenazar un estatus que a fin de cuentas también pasa por ser “natural”. En estos casos la sanción como enfermedad o anormalidad es una imposición del régimen político-social-moral, que, en el mejor de los casos, presenta estos comportamientos como atípicos o como rarezas, curiosidades o, en el lenguaje darwinista ortodoxo, inadaptaciones.

A guisa de ejemplo, Fausto-Sterling muestra cómo la incidencia de distintas formas de intersexualidad es mayor hasta por un factor de 30 a la del albinismo en Estados Unidos y, sin embargo, la reacción social frente a la primera no es, desde el punto de vista moral, comparable

<sup>22</sup> Recuérdese lo generalizado que fue durante décadas el envío a hospitales psiquiátricos de los disidentes políticos en la URSS o de la China de Mao-Tse-Tung.

a la segunda.<sup>23</sup> El albinismo no causa alarma especial alguna, pero la intersexualidad sí. Con mayor frecuencia es tomada como un padecimiento, forma degradada o degenerada de la condición sexual humana. El carácter de anormal se proclama y difunde en función no de criterios estadísticos, como lo muestran los datos de Fausto-Sterling. La condena moral y el rechazo no se hacen en función de qué tan infrecuente (“anormal”) sea la incidencia de un cierto rasgo como la intersexualidad, sino en función de su disfuncionalidad para fines ideológicamente contruídos del ser humano: la reproducción. El ser albino no tiene ninguna consecuencia en la fertilidad de la persona albina ni tiene relación con la transgresión de la masculinidad hegemónica, por ello no es considerado tan anormal como un intersexual o un homosexual.

La psicología evolutiva fuerza los criterios biológicos de “normalidad” a ser analizados con el filtro ideológico. Lo no legitimado en el comportamiento, en la conducta, es lo anormal, invirtiéndose ideológicamente la secuencia de un razonamiento correcto, porque primero se elabora una norma y luego se decreta su normalidad en función de lo que se cree mayoritario, lo sentenciado como normal. La normalidad, bajo este procedimiento, es concebida de antemano como lo que la mayoría hace. Independientemente de que en efecto pueda o no hacer la mayoría, lo cierto es que la sociedad entera o la comunidad que ha adoptado cierto criterio de normalidad, se va organizando de modo que tenga que reforzar y relegitimar esa noción y ese parámetro de normalidad. La noción deviene una práctica excluyente de lo que no se legitima o se avala.

Un caso interesante en términos de la calificación de normalidades y anormalidades, que se extiende a los tiempos de la psicología evolutiva es el de las hormonas tradicionalmente calificadas de “sexuales”. Desde fines de la década de los años veinte del siglo pasado, se ha encontrado que la testosterona y los estrógenos tienen una multiplicidad de funciones, muchas de ellas distintas a las sexuales. La ciencia reduccionista, acostumbrada a las relaciones uno a uno de causa-efecto, tuvo problemas para comprender esta multiplicidad de funciones para una sola sustancia, que, de acuerdo con sus principios, debería cubrir una sola función.<sup>24</sup> Para complicar el asunto aún más, se entiende ya que no hay

<sup>23</sup> Fausto-Sterling, A. (2000): *Sexing the body: Gender, politics and the construction of sexuality*. Nueva York: Basic Books, p. 51.

<sup>24</sup> Fausto-Sterling, *op. cit.*, pp.181-182.

una estricta determinación cromosómica sobre la síntesis y las funciones de esas hormonas, por lo cual no se puede predecir con precisión el género de la misma; más todavía la definición de lo que es un hombre y una mujer.<sup>25</sup> Éste es un caso clásico de cómo la ciencia cartesiana y reduccionista, cuando se encuentra con fenómenos de múltiples causas y efectos o con rupturas en las tipologías predefinidas, y en la discreción de las unidades que maneja, comienza a calificar los objetos que poseen estas características o los procesos mismos como “anormales”. Para este tipo de ciencia sólo es normal lo que cae dentro de sus preceptos, es decir: sus concepciones tipológicas, sus clases naturales y sus relaciones causa-efecto y parte-todo, los cuales en muchas ocasiones, como en el caso de la sexualidad humana, no están explicados, sino solamente admitidos. Todo lo que no caiga dentro de este esquema resulta anormal, pero no porque en la naturaleza lo sea, sino porque no lo puede explicar por no caer dentro de su esquema. Traslada a la naturaleza misma los problemas del propio investigador: se los achaca a ella. Éste es también un proceso ideológico porque le impone al medio natural la obligación de comportarse como el sujeto cognoscente que decide qué debe compartir.

En este caso de las hormonas calificadas como “sexuales”, se procede aceptando que: a) hay dos y sólo dos sexos que son clases naturales, tipo claramente diferenciados; b) que sexo y género coinciden; c) que hay una esencia para cada sexo; y al investigar c) con base en a) se llega a concluir que: d) hay una y solo una sustancia que determina la anatomía, las funciones sexuales y la conducta sexual para cada sexo. Es decir, un razonamiento tipológico estricto, que acepta sin reticencias la existencia universal de clases naturales.

Como la relación causa-efecto es uno a uno, se sigue que el sujeto que no se comporte en la línea y plano de esa relación, no es normal. Entonces se le aparta del conjunto de lo normalizado y se procede, mediante aquella misma metodología, a establecer las líneas de anormalidad y patología siempre correspondientes a los tipos y clases naturales que se analizan. Hay en todo esto una ontología juzgada de manera equivocada, y equivocada es la epistemología para este caso de las hormonas supuestamente “sexuales”. La psicología evolutiva,

<sup>25</sup> Snowdown, C. T. (1997): “The ‘nature’ of sex differences: Myths of male and female”, en Gowaty, P. A. (ed.), *Feminism and evolutionary biology: Boundaries, intersection and frontiers*. Nueva York: Chapman & Hall, pp. 276-293.

empero, al aceptar esta división tipológica hombre/mujer, no se da cuenta de estos problemas.

### **Clases naturales, tipologías y normalidades**

Con esto es posible entrar brevemente en el aspecto de cómo la construcción de una tipología y de clases naturales como criterio taxonómico, intervienen en las nociones de normalidad y anormalidad. En su cuestionamiento al pensamiento esencialista, John Dupré menciona:

Un aspecto del pensamiento esencialista que es particularmente difícil de erradicar es la idea de que si uno ha identificado la entidad taxonómica fundamental que se le asigna a un objeto, entonces la explicación última del comportamiento del objeto, se tiene que construir en referencia a las propiedades características de esa clase. Pero en primer lugar, no hay razón para creer que existe tal “entidad taxonómica fundamental”, y aun si existiese, un empirismo bueno requiere que de ninguna manera se construyan prejuicios acerca de hasta dónde el comportamiento de las entidades que pertenecen a esa clase es uniforme dentro de ella misma.<sup>26</sup>

La “*entidad taxonómica fundamental*” supone, así, la existencia de una cualidad intrínseca que le es inherente, que es uniforme en todos los individuos en los que aparece. Supone su constancia e inalterabilidad en gran medida. Otras cualidades secundarias dentro de esa entidad taxonómica sí pueden variar, ser más heterogéneas, pero sin alterar las propiedades fundamentales contenidas en aquella.

Dupré, como parte de su crítica al esencialismo para la comprensión de los seres humanos, manifiesta reticencias para aceptar el que los sistemas biológicos formen clases naturales.<sup>27</sup> La aplicabilidad de este concepto se adecua con mayor facilidad a los objetos de la química y la física clásicas, en donde los niveles de interacción son menos, son más fácilmente separables, y en donde los procesos evolutivos no ocurren ya

<sup>26</sup> Dupré, J. (1987): “Human kinds”, en Dupré, J. (ed.): *The latest on the best*. Boston, MA: Bradford Books/MIT Press, 327-348. Reimpreso en Dupré (2002): *Humans and other animals*. Oxford: Oxford University Press, pp. 127-150.

<sup>27</sup> Dupré, J. (2002): Is “natural kind” a natural kind term? *Monist* 85: 29-49. Reimpreso en Dupré (2002): *op. cit.*, pp. 101-123.

con la celeridad y versatilidad de los procesos biológicos y menos aún con la de los sociales. En todo caso, en la química y física clásicas los cambios que ocurren —por ejemplo en una reacción química o un cambio de estado físico—, dan lugar a otras entidades fácilmente distinguibles de las anteriores o de otras contemporáneas a ellas.

Dos aspectos intervienen para negar la existencia de clases naturales en biología: la complejidad de los sistemas biológicos y la presencia de cambios en largos periodos. En cuanto al primer aspecto, no se tiene más que constatar la multiplicidad de las interacciones existentes en y entre ellos. Aun prescindiendo de una visión evolucionista es posible constatar la existencia de distintos planos y niveles de relación desde el molecular hasta el ecosistémico. En lo referente al segundo punto, los cambios que aparecen constantemente (si bien a ritmos distintos) modifican el conjunto de las interacciones existentes en los distintos niveles. La revolución darwinista muestra que la evolución no produce “*unidades de organización biológica acomodadas a fin de servir a los propósitos clasificatorios para los cuales el concepto de especie fue originalmente producido*”, es decir el concepto Linneano, no evolucionista, de especie.<sup>28</sup>

Estos dos puntos pueden aplicarse, con sus especificidades, a los sistemas psíquicos y sociales.

En otro nivel del análisis, que puede coincidir con los arriba analizados, en el neodarwinismo ortodoxo, del cual forman parte las disciplinas del determinismo biológico —como la psicología evolutiva—, lo normal es, dicho de otro modo, lo que se aproxima al ideal de “perfección”. No debemos olvidar que Darwin sostiene un punto de vista perfeccionista y teleológico. Las especies, según él, tienen una tendencia inmanente a progresar hacia la perfección.<sup>29</sup> El ideal panglossiano se inserta en la teoría de la evolución como una herencia, como una influencia notable de las nociones burguesas de la ciencia y de la sociedad de los siglos XVII y XVIII. No hay que olvidar que la teoría lamarckiana está también muy imbuida de esta idea. Se trata de una perfección dinámica, del movimiento imperturbable. Lo normal es aquello que no presenta defectos; los defectos son alteraciones del

<sup>28</sup> Dupré, J. (1999): “On the impossibility of a monistic account of species”, en Wilson, R. A. (ed.), *Species: New interdisciplinary essays*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 3-20. Reimpreso en Dupré (2002): *op. cit.*, pp. 59-80.

<sup>29</sup> Darwin, C. (1964): *op. cit.*, p. 489; Muñoz-Rubio, J. (2003): “Charles Darwin: continuity, teleology and ideology”. *Science as Culture* 12 (3): 303-339.

estado o del movimiento suave, armónico, sin baches ni perturbaciones en el terreno. Es lo balanceado de sus partes, lo secuencialmente exacto, lo espacialmente preciso.

Desde luego esta idea de lo normal como lo perfecto es, en la teoría evolutiva, no un orden sin cambios internos, sino un orden evolutivo que se respeta interiormente, es decir, que respeta las leyes de la naturaleza, conocidas o en proceso de conocimiento. Esto tiene una fuerte carga de esteticismo y moralismo. En un orden tendiente a la perfección las leyes de la naturaleza deben ser las mismas de la estética y de la moral. En el desorden y la anormalidad, el estado de perfección se ve roto súbitamente. Los cambios tendientes a patologizar el estado normal de salud, si bien pueden ser comprendidos dentro de esas leyes naturales que gobiernan el estado de perfección, constituyen situaciones de riesgo en las que los estados normales pueden alterarse a tal punto que rompan el orden establecido.

Se tiene que tomar en cuenta que ninguna noción o criterio de normalidad se ha elaborado por fuera de una tipología. Los objetos/sujetos “tipo” son aquellos sobre quienes es posible sancionar lo que es característico en ellos (lo normal). Las características que le confieren esta calificación son las que permanecen en una frecuencia elevada durante mucho tiempo en un individuo y en una población; son las propiedades constantes, es aquello que no cambia. Pero la psicología evolutiva está basada en la teoría darwinista; contempla a la mente humana como resultado de la evolución. Aquí aparece una contradicción de esta rama del conocimiento por cuanto que al tiempo que defiende esa visión del cambio, también defiende una noción tipológica y esencialista, es decir, de cualidades intrínsecas e incambiables del organismo que lo hacen clasificable dentro de los criterios de normal y anormal.

Pero en los procesos existentes en los seres vivos, la calificación tipológica está muy poco clara debido al proceso de la evolución. El constante cambio es un obstáculo para juzgar al individuo normal. Las frecuencias relativas de los rasgos se trastocan constantemente. Diversas características y niveles de análisis del organismo en relación con su medio, se deslizan unos sobre otros a ritmos desiguales, desfasados, al tiempo que se interconectan, que adquieren o pierden preponderancia en el individuo. La evolución es algo que ocurre sobre un todo integrado, sobre totalidades concretas, no sobre porciones corporales separadas entre sí y separadas de la población y del resto del ambiente. Además, el sumergimiento en una forma tipológica y esencialista de

pensamiento impide observar cuáles de las características esenciales y constitutivas de aquello que se denomina “normal” es producto de una intervención social, pareciendo, erradamente, que todos los términos son usados justamente porque corresponden a la objetividad absoluta del conocimiento científico, que corresponden enteramente a los procesos que ocurren en el mundo natural.<sup>30</sup> Supone que toda realidad y todo objeto de la misma connota y se debe a una propiedad, siempre existente en la naturaleza, por fuera del juicio humano y de los sistemas de relaciones en los que esté inmerso éste. Los juicios sobre la normalidad o anormalidad del ser humano adolecen de estos defectos.

### **Las tesis de Michel Foucault y su aplicación a la psicología evolutiva**

Una de las personas que con más cuidado y espíritu crítico ha estudiado el desarrollo de los criterios de normalidad y anormalidad en la conducta humana es Michel Foucault, quien explica el origen de la psiquiatría como una forma del conocimiento de la conducta humana que no tenía como objetivo ese saber mismo ni el desarrollo de la ciencia, sino el desarrollo de una política de higiene pública:

La psiquiatría funciona —a principios del siglo XIX y ya avanzado éste, quizás alrededor de 1850—, no como una especialización del saber o la teoría médica, sino mucho más como una rama especializada de la higiene pública. Antes de ser una especialidad de la medicina, la psiquiatría se institucionalizó como dominio particular de la protección social, contra todos los peligros que pueden venir de la sociedad debido a enfermedad o a todo lo que se puede asimilar directa o indirectamente a ésta. La psiquiatría se institucionalizó como precaución social, como higiene del cuerpo social en su totalidad [...] En efecto, por una parte debió codificar la locura como enfermedad, tuvo que patologizar los desórdenes, los errores, las ilusiones de la locura [...] Al mismo tiempo hubo que codificar la locura como peligro [...] como esencialmente portadora de riesgos.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Du Pré, J. (2002): “Is ‘natural kind’ a natural kind term?” *The Monist* 85: 29-49. Reimpreso en Du Pré, J. (2006), *Humans and other animals*. Oxford: Clarendon Press, pp. 103-123.

<sup>31</sup> Foucault, M. (2000): *Los anormales*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 115-116.

Y continúa explicando, en consonancia con esta idea, la manera como la psiquiatría nace íntimamente ligada a la jurisprudencia. Las leyes de la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad son inconcebibles sin la psiquiatría y su rama criminológica. La psiquiatría, mediante la “*higiene pública*”, busca coadyuvar a “limpiar” la sociedad de sus elementos que la “ensucian”, que la “perturban”, que la vuelven un lugar y un caldo de cultivo para sus fechorías criminales. Quiere limpiar la sociedad de los elementos que, al menos en potencia, van a atentar contra ella. La psiquiatría discrimina, normaliza, naturaliza las conductas a fin de sanear a la sociedad, corrigiendo los “defectos” de quienes no se ajusten a la norma y en su caso confinando o eliminando a quienes son, en algún grado, incorregibles.

Ahora bien, un estado anormal o patológico puede ser tolerable si es transitorio y si no llega a desaparecer y tornar al cuerpo o vehículo patologizado a su estado previo. Se trataría de una anomalía subsumida en el orden normal. Esto vale tanto para los desequilibrios físico-químico-biológicos individuales como para los desequilibrios y desórdenes psico-socio-económico-culturales. En cualquier caso, cada nuevo cambio, o sea, cada alteración del orden debería entenderse, dentro de esta concepción teleológico-perfeccionista-normalizante (tan familiar al darwinismo ortodoxo), como el paso necesario para alcanzar un estado superior de estabilidad con respecto a los estados pretéritos.

De este modo, parece existir un paralelismo metodológico entre las ciencias de la mente y las fuerzas naturales: para unas y otras es necesaria la continua presencia de aquellas operaciones de limpieza en las que aquello que no funciona acorde con las necesidades reproductivas del grupo para continuar su presencia en el ambiente en el que en un momento dado se encuentra. Como esta operación responde a necesidades y leyes naturales es considerada una ley natural. La sociedad humana no puede escapar a esa ley, y como población biológica que es, no puede vivir repleta de elementos que permanezcan poco o nada adaptados al ambiente. Por lo tanto es necesario eliminarlos. Todo el edificio conceptual del socialdarwinismo, desde los tiempos de Francis Galton y aun antes,<sup>32</sup> hasta la sociobiología y la psicología evolutiva actuales, está construido sobre esta tesis exclusionista central, como se puede corroborar a partir de las citas hechas de psicólogos evolutivos como

<sup>32</sup> Greene, J. C. (1977): “Darwin as a social evolutionist”. *Journal of the History of Biology* 10: 1-27.

Palmer, Buss y Cartwright. A fin de cuentas, en sus orígenes, el marco común entre la teoría de la evolución, las ciencias económico-sociales y las ciencias de la mente en la Inglaterra victoriana, es una realidad que ha sido extensamente mostrada por Young en varios de sus trabajos.<sup>33</sup> Las palabras de Foucault no hacen sino complementar estas tesis.

Foucault exhibe cómo la psiquiatría surge como elemento del diagnóstico y control de lo peligroso en el comportamiento humano.<sup>34</sup> Mas surge inmediatamente la pregunta: ¿peligroso para quién o en qué sentido? Los mecanismos e instituciones del poder, legitimados a sí mismos como “naturales” son los que definen esto hasta el presente. Debe recordarse que para los defensores del sistema capitalista, éste y sus instituciones se presentan como el sistema natural de organización de la vida.<sup>35</sup> El carácter disciplinario de la psiquiatría (y la psicología), desde sus orígenes hasta la actualidad, no está, en última instancia, definido por ella misma, sino por instancias estatales que se presentan en un plano jerárquicamente superior (la familia, la escuela, el vecindario y el correccional, según Foucault). Es todo aquello que va contra esas instituciones lo que debe ser controlado y disciplinado, pues es lo anormal y lo peligroso. En un sentido más amplio que el de la locura o el desequilibrio mental, la enfermedad está basada en la cuantificación de los hechos, en la capacidad de registrar cada “*hecho patológico*”,<sup>36</sup> y ésta es una de las características de las ciencias médicas que se sitúa dentro de la tradición inductivista. El dato, la medida, la magnitud, la secuencia de eventos, la aleatoriedad, la convergencia, la divergencia de los registros y la predicción. Con este horizonte metodológico, la medicina no se ocupa de los individuos, de las personas enfermas, sino de esos hechos patológicos mencionados por Foucault, lo cual habla de un proceso de “desindividualización y “descorporeización” que la medicina clásica comprende. Se trata de contrarrestar el hecho patológico para evitar que su agravamiento ponga en riesgo no tanto al ser humano, como al vehículo en que se opera la patología y, por lo tanto, a su funcionalidad como fuerza de trabajo o agente de reproducción ideológica y de moral.

Es un tanto en esta perspectiva como Foucault desarrolla parte de su análisis sobre la enfermedad mental o locura. Señala que desde

<sup>33</sup> Young, R. M. (1977, 1979): *op. cit.*

<sup>34</sup> Foucault, M., *op. cit.*, p. 140, 143.

<sup>35</sup> Wood, E. M. (2000): *Democracia contra capitalismo*. México: Siglo XXI, pp. 171-207.

<sup>36</sup> Foucault, M. (1963): *Naissance de la clinique*. París: Presses Universitaires de France, p. 97.

el siglo XVII, distintos Estados europeos, llevaron a cabo una cruzada contra el ocio y la pereza, entendidas como formas de conducta que debían ser penalizadas en la medida en que resultaban —y resultan— disfuncionales o asociales para el naciente capitalismo, necesitado de creciente fuerza de trabajo. Es en ese entonces cuando en los sistemas de internamiento se recluye a todo tipo de esos elementos asociales, desde vagos y desempleados hasta los llamados “locos”. Foucault señala que “*A partir de la edad clásica y por primera vez, la locura es percibida a través de una condena ética del ocio...*”<sup>37</sup> El mismo autor señala que por esos momentos, la locura es percibida “*sobre el horizonte social de la pobreza, de la incapacidad de trabajar.*”<sup>38</sup> Es decir, el punto decisivo para condenar a internar al desequilibrado mental no parece ser tanto el desequilibrio mismo como su incapacidad de trabajar, consecuencia de tal desequilibrio o locura. La condena es a la improductividad, y en ella se encuentra el punto de contacto entre el loco, el pobre y el vago. Sobre esta base se va construyendo una norma moral casi suprema para el capitalismo. A partir de la concepción moral de que el asocial o antisocial es todo aquel que no trabaja dentro de las relaciones de producción capitalistas, es que la percepción inicial sobre el desequilibrio mental se organiza y se traduce en una conciencia médica, la cual incorpora a su lenguaje sobre enfermedades naturales lo que en realidad ha sido reconocido como enfermedad de la sociedad.<sup>39</sup> Así, la negativa o imposibilidad de ciertos individuos por ingresar y adaptarse a un determinado orden socioeconómico es identificada como un padecimiento biológico, como una enfermedad. Se trata de una reorganización del mundo ético,<sup>40</sup> lo cual implica la construcción de una hegemonía en la que se debe confinar, cuando no excluir, a quien rechace entrar en ese nuevo horizonte ético. La ciencia médica de las enfermedades mentales se va a constituir, pues, sobre el fondo de la “*experiencia jurídica.*”<sup>41</sup> Esta experiencia es la experiencia del Estado, al regular y homogeneizar los comportamientos. Para sancionarlos, lo primero es detectar una “anomalía conductual”, una forma o formas de comportamiento que no casan o se apegan al comportamiento esperado para ser funcionales en la sociedad burguesa.

<sup>37</sup> Foucault, M. (1972): *Historie universal de la folie à l'âge classique*. París: Gallimard, p, 103.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 172.

Hay, en consecuencia, un señalamiento que puede llegar a la sanción moral. Esa sanción y ese señalamiento morales son justamente los de la moral burguesa, no la moral en sentido abstracto, pues no existe ninguna moral en abstracto.

La ciencia médica se encarga sólo de completar la sanción buscando, y en su caso encontrando, un trasfondo natural que explique la razón de un comportamiento extraño. Pero el señalamiento, la calificación y la clasificación de los comportamientos es algo que proviene de la moral y es, a su vez, un concepto ideológico de orden en la sociedad.

Es evidente que en muchos casos la medicina va a encontrar las explicaciones fisiológicas que explican una cierta conducta, pero la calificación de la misma no es algo fisiológico, sino algo moral de lo cual proviene la ciencia misma. La división de la sociedad en “sanos” y “locos” se hace en función del prejuicio moralizante e ideológico de la clase dominante, de su específica y transitoria visión del mundo, de su forma concreta de organizar la cotidianidad al seno de sus intereses. Es con ello como se comienzan a dar pasos en la “cientificación” de la locura y de la inadaptación social, y es así como surgen ramas de la ciencia que penalizan esos comportamientos y promueven el confinamiento, la medicalización o ambas, dirigidos contra los individuos calificados también como “malvados”<sup>42</sup> ya en el siglo XIX, llegando esto a constituirse incluso en un “*principio de discriminación política*” en Francia,<sup>43</sup> después de los acontecimientos de la Comuna de París en 1871.

Estos campos de las ciencias de la mente, como en tantos otros casos en la historia de la ciencia, se originan y desarrollan en una posición de subordinación a los intereses de las clases dominantes a través de las instituciones del Estado, las cuales son concebidas por parte de las mismas clases dominantes, como instituciones que defienden y representan un orden natural de cosas, un orden que en sus rasgos más generales, va más allá de las construcciones humanas para situarse dentro de las leyes que impone la naturaleza. Otro tanto sucede con la clasificación y denotación que ese estado hace de los padecimientos psíquicos. A través de ellos se intenta demostrar la ahistoricidad del orden dominante, su naturalidad. Fuera de él todo se pretende caótico. Dicho de otro modo, el diagnóstico de la disfuncionalidad mental y el combate a la misma, por parte de las ciencias de la mente y apoyadas

<sup>42</sup> Foucault, M. (2000): *op. cit.*, p. 143.

<sup>43</sup> *Ibid*, pp. 147-148.

por la jurisprudencia, aparecen como un enfrentamiento de fenómenos y fuerzas naturales. Pero de fondo es una imposición de aquello que de antemano se quería encontrar, previamente a la prueba científica; es un forzar a la realidad a comportarse de acuerdo con la idea que de ella previamente se tiene.

Foucault expresa:

La psicopatología del siglo XIX (y la nuestra puede serlo igualmente) cree estar situada y tomar sus medidas en relación a un *homo natura*, o a un hombre normal, dado anteriormente a toda experiencia de la enfermedad. Pero en realidad, este hombre normal es una creación, y así es como se le debe situar, no en un espacio natural, sino dentro de un sistema que identifica lo *socius* como sujeto de derecho. Por consecuencia, el loco no es reconocido como tal por el hecho de que una enfermedad haya sobrepasado los márgenes de lo normal, sino porque nuestra cultura ha situado lo normal en un punto de coincidencia entre el decreto social del internamiento y el conocimiento jurídico que discierne la capacidad de los sujetos de derecho.<sup>44</sup>

Las anteriores palabras son fundamentales porque indican claramente cuál ha sido el método de la clase dominante para ubicar a los humanos funcionales o “sanos” en contraposición a los disfuncionales, asociales o “locos”. No es exactamente un método inherente a las ciencias médicas y de la mente, pues tal método es inexistente por sí solo; se trata más bien del método al que estas ciencias sirven por causa de la jurisprudencia y la moral burguesas. Se trata de un trabajo de organización de las enfermedades del espíritu,<sup>45</sup> que es el trabajo de organización de la sociedad como un todo y que no se lleva a cabo ni en el nivel ontológico ni epistemológico propio de las enfermedades mismas sino en el de la moral. Se trata de un método de vigilancia. A fin de cuentas la psiquiatría y la psicología surgen como saberes de vigilancia,<sup>46</sup> dependientes de la moral hegemónica.

Con este cariz moralista, la jurisprudencia, que se mueve en el marco de las sanciones y los castigos a la locura, conferirá a ésta última un contenido de culpabilidad. Foucault menciona que este contenido y

<sup>44</sup> Foucault, M. (1972): *op. cit.*, p. 176.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 256.

<sup>46</sup> Foucault, M. (1994): “La verdad y las formas jurídicas”, en Foucault, M. *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós, pp. 169-281.

el castigo que le corresponde, no es propio de la experiencia clásica,<sup>47</sup> sino que se traza un continuo con la milenaria cultura judeocristiana, que penetra en el campo de las ciencias de la mente por mediación de la jurisprudencia misma. La locura, es decir la disfuncionalidad, es considerada inmoral por excesiva, por no ser capaz de contribuir a la producción de plusvalor. Es “desperdicio de tiempo”. A partir de esa valoración del tiempo de trabajo y de pérdida del mismo es como las ciencias de la mente separan a los excedidos (disfuncionales, locos y anormales) de los medidos (normales y funcionales); a los asociales de los adaptados, a los analfabetos de los leídos, a los desarreglados de los correctos.

Para el siglo XIX, mientras desde la filosofía se historiza el concepto de enajenación, tenemos que desde la medicina, este concepto se separa de la historia, o más bien dicho, del análisis histórico; se disocia de los orígenes laborales-económicos burgueses que la producen y se convierte en ese problema moral con apariencia atemporal. De ese modo, la locura escapa también a su connotación histórica y, en concordancia con lo arriba afirmado, “*se convierte en un estigma de una clase que ha abandonado las formas de la ética burguesa*”.<sup>48</sup> Esto se puede entender como una confrontación entre dos formas de ética: la burguesa y la que se encuentra fuera de ésta, la primera se asume como sana, normal y equilibrada; la segunda es la del desequilibrio, la enfermedad, la anormalidad y aun la degeneración. La locura “*se convierte en la condición paradójica de la duración del orden burgués [...] del cual se constituye en la amenaza más inmediata*”.<sup>49</sup> La “*razón burguesa (sic)*” adquiere mucho de su sentido en contraposición a la locura, a la sinrazón y al desequilibrio mental. En esta contraposición o contradicción dialéctica, puede la moral burguesa edificarse como negación de la locura, como sola expresión de la razón y la conciencia humana naturales. Al mismo tiempo, se apoya en esa negación para firmarse como medio de dominación por medio de elementos no estrictamente económicos; convierte al equilibrio y desequilibrio mentales, en factores políticos de dominación; la normalidad, la adaptabilidad, la salud mental devienen formas de expresión de la política.

<sup>47</sup> Foucault, M. (1972): *op. cit.*, pp. 374, 445.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 474.

<sup>49</sup> *Idem.*

### **a) La familia y la sanción moral de lo normal**

Y siendo así las cosas, la institución que emerge y se erige a sí misma como la primera y primordial instancia jurídica es la más natural de todas las instituciones del Estado: la familia. Allí donde coinciden la reproducción biológica con la primera reproducción de valores, principios y prácticas “*En la familia, considerada como institución y definida como tribunal, la ley no escrita toma un significado de naturaleza, y al mismo tiempo el hombre privado recibe el estatus de juez*”.<sup>50</sup> La familia siempre ha sido una instancia jurídica suprema, con las características y prerrogativas de un tribunal. Es, junto con el sistema escolar, una de las instituciones, aparentemente no políticas en las que las relaciones políticas de poder se ejercen con mayor fuerza.<sup>51</sup> La familia es el primer lugar en el que el individuo se enfrenta en la vida, en la que enfrenta juicios, en su mayoría sumarios o sumarísimos, sin derecho a defensa; el primer lugar en el que se conocen las relaciones de explotación,<sup>52</sup> en el que el proceder mismo se presenta ya como un valor aunado a todos los demás valores impuestos.

Se muestra en este análisis que el ámbito de lo público y lo privado alcanzan un punto en el que sus demarcaciones son poco claras. El juicio familiar sobre la locura puede llevarse a cabo en el ámbito estrictamente privado, pero con base en normas públicamente establecidas acerca de lo que resulta moralmente sano y lo que no. Pero esas normas públicas se constituyen como tales a partir también de lo establecido en lo “privado”. La moral de la familia es el sustento de una moral pública, general, de un consenso social. La ciencia médica no transgrede esa moral. Las ciencias de la mente no solamente no la transgreden sino que la respetan. La psicología evolutiva, última versión de éstas, solamente retoca ese esquema moralista burgués básico y lo refuerza con una naturalización que pretende la precisión antaño no alcanzada.

Por si no fuera suficiente con lo arriba señalado, Foucault continúa ubicando a la familia dentro de la conformación de los parámetros de la razón:

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 557.

<sup>51</sup> Foucault, M. (1994): “De la naturaleza humana: justicia contra poder”, Discusión con N. Chomsky y F. Elders, noviembre de 1971. Impresa en Foucault, M. *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós, pp. 57-103.

<sup>52</sup> Sartre, J. P. (1960): *Questions de méthode*. París: Gallimard, p. 60.

En un sentido, el internamiento y todo el régimen policial que lo rodea, sirven para controlar un cierto orden en la estructura familiar, el cual vale al mismo tiempo como orden social y como norma de la razón. La familia, con sus exigencias, se convierte en uno de los criterios esenciales de la razón; y es ella antes que nada, la que demanda y obtiene el internamiento. Se asiste en esta época [siglo XVIII] a la gran confiscación de la ética sexual por la moral de la familia.<sup>53</sup>

No es ya más el amor lo que es sagrado, sino solamente el casamiento y delante del notario [...] La institución familiar traza el círculo de la razón; más allá se encuentra la amenaza de todos los peligros de la insensatez [...] Las viejas formas del amor occidental se ven sustituidas por una nueva sensibilidad: la que nace de y en la familia; y ésta excluye todo lo que no está conforme con su orden y con su interés, situándolo en el orden de la sinrazón.<sup>54</sup>

Las anteriores palabras refirman la tesis central de buena parte de la obra de Wilhelm Reich en el sentido de ubicar a la familia monogámica y patriarcal como el centro y origen de la moral burguesa.<sup>55</sup> La familia se presenta como el paradigma de la vida racional y mentalmente sana, siendo que en realidad es la institución por excelencia generadora de las neurosis y desequilibrios mentales.

La ética sexual, Foucault lo reafirma, tiene su origen en la familia patriarcal. Toda sexualidad debe ser autorizada por la familia, y a ella debe referirse: ella dicta la norma, secuestra, confisca, patrimonializa la sexualidad. No existe sexualidad sin familia.

Los cuatro ejes de la sexualidad patriarcal-burguesa: monogamia, heterosexualidad, reproductivismo y falocracia, se originan y defienden en la familia: allí se encuentra la primera y más autoritaria penalización de quienes no consienten en aceptarla, internándolos en lugares apropiados para que lleven adelante esa aceptación, para “readaptarse” a un orden social que a fuerza de ser impuesto a la sociedad por milenios, da la impresión de ser estadísticamente lo más natural de la existencia social, a fin y al cabo la ciencia médica entera está construida sobre un campo visual estadístico.<sup>56</sup> Esta ética sexual se mantiene hasta nuestros

<sup>53</sup> Foucault, M. (1972): *op. cit.*, p. 124. Bien podríamos retocar ligeramente la frase de Foucault y decir: “Se asiste desde esta época...”

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>55</sup> Reich, W. (1970): *The mass psychology of fascism*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux.

<sup>56</sup> Foucault, M. (1963): *op. cit.*, p. 102.

días, y sigue siendo la familia quien la detenta. La ciencia moderna y contemporánea (como la psicología evolutiva) persigue dotar de elementos de “objetividad” a estas concepciones. Para la psicología evolutiva el contrato matrimonial es más relevante y adecuado filogenéticamente que el amor, convertido, de acuerdo con estas ramas del saber, en un mero títere del contrato y de las obligaciones conyugales (subordinadas a los placeres amorosos) de mantenimiento, extensión y herencia de la propiedad privada.

La locura, entendida como homosexualidad, poligamia, poliamor, promiscuidad y enfermedad venérea (SIDA en la actualidad), elementos todos de la sexualidad o ligados a ella, es también un conjunto de conductas y padecimientos que deben causar culpa en el sujeto portador,<sup>57</sup> como primera vía para su “curación”; es decir, es necesario que el sujeto, al reconocer su propia “desviación”, se sienta avergonzado de la misma para emprender el camino de su regeneración.

En resumen, el concepto particular de sinrazón, que se acaba de analizar, basado en la moral sexual burguesa, deviene una forma específica de moralización de la conducta; es una conducta designada moralmente. Y de ahí se pretende que esa moral pase a ser el fundamento de la forma “científica” de conocimiento de la locura.<sup>58</sup>

Con esa identificación y subordinación de las ciencias de la mente con respecto a la moral familiar, para el siglo XIX, los centros de internamiento van, según Foucault, a reproducir la estructura y funcionamiento de la familia: “*se va a alimentar del mito de la familia patriarcal.*”<sup>59</sup> La familia, con estos procedimientos, se constituye en una miniatura del Estado. Para restaurar el equilibrio y la salud mentales, esta visión naturalista de la medicina mental y social, devuelve o intenta devolver al humano aquello que ha perdido, que lo ha enajenado profundamente: por una parte, la naturaleza y su organización natural básica: la familia; por la otra, su capacidad para funcionar adecuadamente, trabajar, sin distraerse, producir riqueza material y reproducir la fuerza de trabajo:

<sup>57</sup> Foucault, M. (1972): *op. cit.*, p. 127.

<sup>58</sup> *Anexo al dominio de la sinrazón, al lado de la locura, las prohibiciones sexuales, las prohibiciones religiosas, la libertad del pensamiento y del corazón, el clasicismo configuró una experiencia moral de la sinrazón, la cual sirve, en el fondo, de fundamento a nuestro conocimiento “científico” de la enfermedad mental. Ibid.*, p. 145. Nótese cómo Foucault habla en presente cuando dice que esa experiencia moral “sirve” a esa ciencia, y entrecomilla la palabra “científico” en esta cita.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 589.

ser eficiente. Es lógico pensar que el rescate de todos estos elementos de la vida debería realizarse dentro de una organización social que asemeje lo más posible al patriarcado, pues sería la forma más natural de organización; sería la instancia en la que la estabilidad emocional ocupa su lugar y tiene su mejor expresión.<sup>60</sup> Es allí donde el ser humano puede reencontrarse consigo mismo al convivir dentro de un ambiente nato de moralidad, de racionalidad verdadera, que son las facultades humanas que el capitalismo intenta llevar a la humanidad por considerarlas las más naturales que hay, junto con la organización jerárquica y el trabajo asalariado. El internado, en el siglo XIX “*se propone como fin el reino homogéneo de la moral, su extensión rigurosa a todos los que tienden a escapar de ella*”. En palabras de Foucault, en el retiro del internamiento se trata de reconducir al grupo humano “*a sus formas más originarias y puras [...] situar de nuevo al hombre en las relaciones sociales más elementales y absolutamente conformes al origen.*”<sup>61</sup> Ese retorno a la moralidad-racionalidad representa la adecuada inserción del humano en la sociedad burguesa. En otras palabras, las ciencias de la mente, con su concepción esencialista, intentan conocer lo que de esencial tiene el ser humano desde sus orígenes en el Pleistoceno, para mantenerlo en la sociedad como propiedad biológica de un ser biológico más. Lo inalienable en el ser humano son la naturaleza, la verdad y la moral, o sea, la razón,<sup>62</sup> y en esta frase se resume la idea tantas veces expresada por Foucault acerca de la unidad medicina (ciencia)-moral y la intención última de la psiquiatría y la psicología para reencontrar al individuo en su funcionalidad burguesa.

La psicología evolutiva, ciertamente, no se ocupa del asunto del confinamiento como forma de tratamiento de las conductas disfuncionales, pero sus métodos y preceptos son muy similares, cuando no iguales a los de las ciencias de la mente descritos y analizados por Foucault. La psicología evolutiva sí diagnostica y demarca las conductas disfuncionales, que no son tampoco distintas a las sancionadas desde el siglo XVIII, y en tanto el confinar y encerrar son ya procedimientos cargados de moralidad, con bases supuestamente científicas; es conveniente tomarlo en cuenta porque la psicología evolutiva está inmersa también en esta moralización de la conducta humana bajo bases comunes provenientes de la psiquiatría desde el siglo XVIII, a las cuales se les han añadido en-

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 613.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 590.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 591.

foques morales provenientes del darwinismo, no muy distintos de los de la psiquiatría en la medida en que sitúan la reproducción humana en el lugar central de su atención. Por otra parte, no está cerrada la posibilidad de que con base en los conocimientos generados por la psicología evolutiva, la práctica del encierro pueda seguirse aplicando como decisión jurídica en Estados y regímenes particularmente autoritarios, con el fin, por ejemplo, de apartar de la sociedad a individuos considerados incurables por causa de su genoma o su estructura mental.

### ***b) Ciencia, poder y normalización***

Esta carga de moralidad fundamentada científicamente, que en realidad no es otra cosa que una ciencia fundamentada moralístamente, está preparada para dejar las puertas abiertas a la intervención del positivismo desde fines del siglo XIX. No es extraño que para la década de los años 30 del siglo XX, la psicología hubiera ya pasado abiertamente a formar parte del programa positivista de investigación y defendida como disciplina fisicalista por positivistas como Rudlph Carnap.<sup>63</sup> Foucault menciona que esta entrada del positivismo en la medicina y la psiquiatría (que no es más que una imposición) y la práctica de sus profesionales se torna obscura y taumatúrgica. En vista de que la alusión al orden natural, familiar, parece provenir directamente del experto y su lenguaje moralista, parece a su vez que éste y su deber están ya cargados de poderes especiales.<sup>64</sup> Foucault concluye que:

Si se quisieran analizar las estructuras profundas de la objetividad en el conocimiento y la práctica psiquiátricas en el siglo XIX... habría que mostrar precisamente que esta objetividad es desde su origen, una cosificación de orden mágico que no puede quedar acabada si no es con la complicidad del enfermo mismo y a partir de una práctica moral transparente y clara desde el inicio, pero olvidada poco a poco a medida que el positivismo impone sus mitos de objetividad científica...<sup>65</sup>

El positivismo, así, convierte al psiquiatra, al psicólogo, al psicoanalista, en una suerte de científico con poderes milagrosos, o más aún,

<sup>63</sup> Carnap, R. (1959), *op. cit.*

<sup>64</sup> Foucault, M. (1972), *op. cit.*, p. 629.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 630.

milagrosos por científicos. El terapeuta deviene un moralista autorizado por su halo de científico a opinar y decidir acerca de cuerpos y mentes, sentimientos y necesidades del considerado enfermo (el inadaptado, en el lenguaje contemporáneo de la psicología evolutiva). La práctica moral aparece aquí como herramienta fundamental para lograr el éxito y la consolidación de esa cosificación.

En la medida en que el mundo capitalista es mundo y realidad fetichizada, el criterio de demarcación entre lo anormal y lo normal (enfermo y sano) no puede escapar a este universo de cosificaciones. ¿Cómo? Sustituyendo ciertas formas no capitalistas de comportamiento, calificadas por este sistema como “enajenación” por alejarse o rechazar estereotipos y conductas legitimados en este sistema, por la verdadera enajenación propia del capitalismo y tomada como comportamiento “normal”: la reducción del ser humano al carácter de cosa, de mercancía, de forma-valor, que sin embargo es vista por el capitalismo como la manifestación natural de existencia del ser humano. El paso de la primera enajenación a la segunda, que dentro de la ciencia de la mente y la moral burguesas sería visto como el paso de la enajenación a la desenajenación, se lleva a cabo por medio de una tercera forma de enajenación (que prefigura la enajenación final): la de la relación paciente-médico, en la que cuerpo, conciencia y voluntad del “enfermo” pasan a ser propiedad del médico. Es importante que Foucault asevere que esas “*estructuras profundas de la objetividad*” legitimadas por el positivismo persisten hasta la actualidad.<sup>66</sup>

De esta manera, la concepción del desequilibrio mental recurre, en manos de la psicología evolutiva, a explicaciones alejadas de la comprensión de la persona común y corriente, pero revestidas de un autoritarismo creciente. En todas las etapas previas a la cientifización moralista de las explicaciones sobre los desequilibrios mentales, las explicaciones religiosas y místicas, que aludían a la inserción de poderes demoníacos en el espíritu de los enfermos, estaban desde luego equivocadas, y poca o ninguna esperanza se podía esperar en los tratamientos a los que los “anormales” y “locos” eran sometidos, pero —sin pretender justificar nada de esos procedimientos— las explicaciones sobre esos males estaban mucho más enraizadas en los saberes y creencias de la gente común de aquellos tiempos, en su imaginario colectivo, en su cotidianidad; en una

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 629, n. 1.

palabra: en su cultura, que las actuales explicaciones de la psicología evolutiva, basadas en las afirmaciones de personas autodenominadas científicas, a las que casi nadie conoce, las cuales hablan de la existencia de entidades llamadas genes, a las que por lo general no explican y sobre todo que no se encuentran nunca; explicaciones en lenguajes imprecisos, vagos e infalsables, en utilización de parámetros y magnitudes difíciles de manejar. Los genes son los nuevos entes que parecen dotados de poderes mágicos que manejan la voluntad y los deseos de las personas sin que éstas tengan la menor oportunidad, ya no digamos de cambiarlos, sino siquiera de comprenderlos.

El conocimiento psicológico, que no es nada sin la moral, está apoyado en las “*formas menos reflexivas y más inmediatas de la moral*”,<sup>67</sup> es decir, en las formas menos producidas por un razonamiento crítico e histórico y en cambio apoyadas en las formas consideradas de sentido común; normas morales fáciles de aceptar por “obvias”, porque no se puede pensar en su rechazo o su sustitución a nombre de otras, pues no existen o son demasiado nocivas (anormales). Estas formas de la moral son productoras de reacciones emocionales más bien rudimentarias.

Foucault puntualiza que lo que infringen las conductas anormales no es la ley exactamente, pues ninguna ley puede prohibir ser paranoico o maniaco-depresivo, sino “*calificaciones morales*” y “*reglas éticas*”,<sup>68</sup> las cuales, desde el punto de vista biologicista, son resultado de la adaptación evolutiva.<sup>69</sup> La causa de fondo de la transgresión y la anormalidad sería la inadaptación. En términos neodarwinistas: la baja adecuación.

Foucault continúa mencionando el papel de la noción de “*instinto*” en la patologización de ciertas formas de conducta, al menos desde la década de los años treinta del siglo XIX, con Geoffroy Saint-Hilaire.<sup>70</sup> Así, se refiere a la “*patología evolucionista*”, o sea, la concepción de la enfermedad como fenómeno natural resultado de la evolución, en el sentido de concebir a los individuos enfermos como expresión de caracteres objetivados y personificados en ciertos individuos; caracteres anormales que no han sido extinguidos. A la letra, Foucault explica: “*Con la noción de instinto, no sólo va a aflorar todo este campo de nuevos problemas, sino la*

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 560.

<sup>68</sup> Foucault, M. (2000), *op. cit.*, p. 29.

<sup>69</sup> Wilson, E. O. (1975): *Sociobiology: The new synthesis*. Cambridge, MA: Harvard University Press, pp. 562-564.

<sup>70</sup> Foucault, M. (2000), *op. cit.*, p. 127.

*posibilidad de reinscribir la psiquiatría no sólo en un modelo médico que se había utilizado desde hacía tiempo, sino también en una problemática biológica.*"<sup>71</sup> La psiquiatría entra aquí a descubrir, tratar a la "enfermedad" mental como el resultado del proceso de la evolución. Y ese enfoque no lo ha perdido, sino que lo ha heredado a disciplinas como la etología y la sociobiología, lo ha transferido a la psicología y de ahí a la psicología evolutiva.

Es cierto que las ciencias de la mente han sufrido transformaciones desde aquellos tiempos, pero estas transformaciones, en muchos sentidos han sido para reforzar este afán disciplinario de la sociedad, este control de los cuerpos del que habla Foucault. Uno de los puntos en los que hay un continuo desde la psiquiatría decimonónica hasta la psicología evolutiva del siglo XXI es el de la represión o la subestimación del placer en la sexualidad. Foucault señala: "...en cuanto productor de un placer no ligado por naturaleza a la generación, el instinto sexual podrá dar lugar a toda una serie de comportamientos que no se ajustan a la generación"<sup>72</sup> de ahí que sea "psiquiatrizable", por resultar una desviación innecesaria de la función que para el biologicismo es "esencial": la reproductiva o generatriz. La homosexualidad, dentro de este panorama, resulta una anormalidad y por tanto una enfermedad mental o al menos una expresión de la sinrazón.<sup>73</sup> En esto es necesario poner mucha atención porque a partir de criterios como este, se comienzan a fijar las normas de "salud" que dividen a lo normal de lo anormal y señalan criterios de segregación y discriminación que (como en el caso de la homosexualidad, el adulterio o la poligamia femenina) exceden en muchos casos a los estrictamente médicos. Términos como "normal", "anormal", "sano(a)", "enfermo(a)", "loco(a)", "pervertido(a)", "desviado(a)", "invertido(a)", "degenerado(a)", al ser legitimados socialmente por una ciencia moralizada vuelven a formar parte de la voz popular, de donde en todo caso provenían, pero ya habiendo superado el examen de la ciencia. Hasta hoy las personas heterosexuales son las normales, en tanto que no deja de concebirse a la comunidad LGBTTTI minorías con cierto grado de anormalidad por ejercer una sexualidad no relacionada con ni subordinada a la reproducción. Y el prejuicio, todavía hoy, pensado como forma científica de pensamiento, genera discriminaciones, segregaciones y formas sutiles de encierro y confinamiento hacia los "anormales sexuales". La

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 129.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 267.

<sup>73</sup> Foucault, M. (1972), *op. cit.*, p. 123.

psicología evolutiva hereda esta tradición e intenta explicar el placer como medio para la reproducción pero sin concederle nunca un papel autónomo a ésta.

La psicología evolutiva, de maneras muy sutiles y sin hablar explícitamente acerca de anormalidades, respeta e impulsa esta función social. Al hacerlo así, al aprovechar el conocimiento proveniente de la teoría sintética de la evolución, al sancionar las conductas que responden a una necesidad biológica evolutiva y las que no, se constituye en un proyecto para fijar las bases conductuales de la organización de la sociedad.

Se constituye entonces en una instancia de poder más amplia que la del “*poder médicamente calificado*” señalado por Foucault como existente desde el siglo XIX hasta la actualidad<sup>74</sup> y consistente en un conocimiento legitimado y autorizado por el Estado, que se construye para actuar sobre todos aquellos que muestren una anomalía (ya no una patología, como lo señala el propio Foucault) en su conducta, locos o no. Se puede hablar de un “poder científicamente calificado” para disciplinar los cuerpos y controlarlos. Este poder, esta *relación* de poder, se comienza a construir al momento en que se conciben enfermedades que permitan establecerlo. La norma que este poder médica y científicamente calificado está protegiendo no es una norma natural y neutral, es una razón de Estado. Es el Estado el que “descubre” y construye a la vez la anomalía, el desequilibrio y la enfermedad mental. El estado caracteriza primero lo que es normal o anormal y localiza a los individuos que caen dentro de una u otra categoría; no son conceptos que se deriven de realidades por fuera de los seres humanos, no son situaciones que aparezcan espontáneamente ni que se perciban por los sentidos como normales o anormales. Es decir, es una decisión extracientífica tomada cuando las condiciones objetivas, históricamente condicionadas, permiten una solución del problema localizado. Después de tomada se encarga a los “expertos” que den la explicación y el tratamiento racional a las mismas.

Ni la ciencia médica ni las ciencias biológicas en general, investigan en abstracto. Lo hacen en función de problemas específicos que necesitan resolver. Éstos no son problemas del ser humano y sus padecimientos, tomados como los que él mismo considera que lo son, sino los proble-

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 286.

mas que la clase dominante —la burguesía en particular— consideran que son los problemas —de salud en este caso— de las personas, es decir, problemas que por razones económicas o ideológicas impiden la marcha “normal” o “correcta” de la sociedad, es decir la marcha que el capitalismo requiere para producir y reproducirse a sí mismo.

Los criterios normalizadores capitalistas, en lo que a salud se refiere, son los que imponen un tipo particular de desarrollo de la medicina y de la psicología y psiquiatría. En este punto la ética y la moral se incorporan al corpus de la ciencia médica.

### **El estatus: ejemplo del concepto ideológico central de la normalidad**

Uno de los conceptos clave en la sociedad de clases es el de estatus. Sólo se entiende con la aparición de aquella y con la de una jeraquización de las relaciones sociales. Es un concepto central en el ordenamiento social y por ello en el de la construcción de la hegemonía. Implica escalas de poder, jerarquías de ingresos, de acumulación de bienes materiales, de modales, lenguaje, formas de vestir, de caminar, de apreciar el mundo. Las relaciones de dominación derivadas de las relaciones de mercado están marcadas y normadas por la existencia de jerarquías. La visión capitalista-patriarcal del mundo les atribuye una existencia natural, siempre han existido pues siempre ha sido necesaria la presencia de individuos con un estatus más elevado que otros, es decir: con mayor iniciativa, liderazgo, audacia y agresividad, para asegurar un orden en el mundo y un progreso. La ciencia social y la economía política, así como buena parte de la filosofía, cuando aceptan en general la concepción hegemónica del mundo, emplean al estatus como un concepto central, ya sea explícita como implícitamente.

La psicología evolutiva incorpora este concepto en su discurso, explicando, que la clave para entender el impacto del estatus yace en la apreciación que tiene en relación con la supervivencia y con el éxito reproductivo, tanto en nuestro pasado evolutivo como en nuestras vidas presentes. El estatus, al conectarse con la teoría darwinista y neodarwinista, ha de tomarse como medida de la capacidad reproductiva y, por ende, de la supervivencia. Más se hereda, más progenie se tiene: más propiedades materiales se adquieren, más fuerza y poder se poseen.

El status [...] es definido las más de las veces como la prioridad en el acceso a los recursos en situaciones competitivas [...] En la mayor parte de las especies, hay una relación directa entre status social y éxito reproductivo [...] Hay una relación directa entre status y adecuación inclusiva.<sup>75</sup>

Estatus y adecuación inclusiva son conceptos construidos en reciprocidad: uno es imagen especular del otro. El nivel de adecuación del individuo y de su parentela cercana significa una posición social y, por supuesto, en valoraciones morales. Todas ellas se encuentran unificadas. Se tiene un estatus tan elevado como lo indiquen la reproductibilidad, medida por la adecuación inclusiva, y se tiene un valor de adecuación gracias al estatus que se ocupa. Un estatus elevado se medirá por el número de parejas, incluso las potenciales, que alguien tenga: “*Hablando en general, entre más alto sea el estatus de un individuo del sexo masculino, mayor será el acceso a las parejas potenciales de las que goce.*”<sup>76</sup>

De acuerdo con la teoría darwinista de la evolución, la selección natural es un resultado de la competencia por los escasos recursos existentes y ésta no tiene sentido si todos los competidores tienen exactamente las mismas habilidades. No llevaría a ningún lado, no produciría ninguna adaptación al medio y, por lo tanto, anularía la evolución misma. Por ello, una condición para el cambio, es la de la jerarquización de la naturaleza en individuos con distintas habilidades: unos dominados y otros dominadores. Para los deterministas biológicos como los psicólogos evolutivos, esta jerarquización debe tener un carácter universal que abarca a los seres humanos. Debe haber por fuerza algunos humanos que tengan estas características en mayor medida que otros, y a ellos les corresponderá la victoria en la lucha por la existencia.

El parámetro a medir es siempre el del número de descendientes y de parejas con quien producir descendencia. La cotidianidad muestra que las personas consideradas atractivas, bellas, guapas, *normalmente* atraen hacia su esfera de influencia a más personas del sexo opuesto, potenciales parejas, y son más personas las que se sienten dispuestas a relacionarse sexualmente con el individuo atractivo. La sociedad queda jerarquizada entre atractivos y no atractivos, siendo los primeros los más codiciados. Diferencias de estatus con arreglo a la belleza. Diferencias en

<sup>75</sup> Cummins, D. (2005): “Dominance, status and social hierarchies”, en Buss, D. M. (ed.): *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, pp. 676-697.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 690.

la producción de progenie. Todos ellos procesos normales de la sociedad. De allí parte la necesidad, en la psicología evolutiva, por convertir la belleza física en un parámetro y un componente de la adecuación biológica. Darwin expresó en *The descent of man*<sup>77</sup> sus tesis acerca del papel de lo bello en la selección sexual. Explicó las características de la belleza humana, las funciones sociales de una estética del ser humano y las conductas derivadas de ese particular juicio estético, como rasgos naturales que podían extenderse a otras especies, especialmente aves, y de nuevo de regreso a los humanos. En este caso Darwin elaboró, dentro de su teoría general una subteoría estética que fetichiza la belleza al convertirla en algo que, debido a una misteriosa propiedad inherente, que provoca normalmente la admiración y la atención de otros individuos en busca de una buena pareja para aparearse. Por lo tanto se convierte en uno de los factores de la jerarquización social.

La psicología evolutiva y la estética evolutiva llevan al extremo esta fetichización de las jerarquías. El aspecto de los rasgos faciales es un reflejo de las capacidades manuales e intelectuales de los individuos. En esa línea de trabajo Keating afirma:

En los seres humanos y en otros mamíferos, los aspectos del crecimiento facial están colmados de información sobre el status social. Los rasgos faciales maduros son señal de dominancia, amenaza y poder. Los rasgos inmaduros expresan sumisión, apaciguamiento y receptividad... los elementos de la morfología facial evolucionaron como exhibiciones del status social estampados después de los cambios en el desarrollo de su estructura.<sup>78</sup>

Y con la idea de que la madurez facial ha sido ligada a la influencia y al estatus en los machos jóvenes y adultos,<sup>79</sup> continúa diciendo:

El enfoque que permite comprender al status social sugiere que hay un valor en la señal de los mensajes acerca del status, al cual quedó plasmado en las estructuras faciales a lo largo de la historia filogenética y que puede

<sup>77</sup> Darwin, C. (1981) [1871]: *The descent of man and selection in relation to sex*. Princeton, NJ.: Princeton University Press, parte I, pp. 63-65; parte II: 338-354.

<sup>78</sup> Keating, C. F. (2002): "Charismatic faces: Social status cues put face appeal in context", en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz (eds.), *Facial attractiveness: Evolutionary, cognitive and social perspectives*. Westpot: Ablex, pp. 153-192.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 159.

haber contribuido también a la evolución de las fisionomías humanas y a todo lo que los humanos encuentran que constituye una cara.<sup>80</sup>

Es decir, lo que se explica aquí es que los rasgos faciales evolucionaron como una forma de afirmar e imponer el *estatus* social del individuo en la sociedad, como si el estatus y la jerarquía de cada individuo fuera algo que *tuviera* que existir, y bajo los parámetros de la sociedad de clases en la que vivimos. Se trata de nuevo de una normalización, de una naturalización y una fetichización de las relaciones clasistas del poder y de la coerción. En particular los términos “madurez” e inmadurez” están manejados de una manera imprecisa. Van asociadas a conductas de dominancia o de sumisión y de posesión; a todo lo que de ello se deriva, especialmente en cuanto a su papel como medios para la reproducción e incremento de la adecuación, pero son siempre actitudes y actividades de opresión y limitación de las capacidades humanas. La dominancia, la sumisión, el estatus y la jerarquía tienen que quedar naturalizados y fetichizados en formas específicas de organización facial. Pero lo que es más importante: todas las relaciones de poder y de coerción existen como algo *ajeno* a la voluntad humana para explicar la madurez e inmadurez y la conducta frente a esas coerciones y poderes. Todo parece un propósito más allá de la voluntad y el juicio humanos.

Ahora bien, la evolución de los rasgos faciales y su significado estético tuvo que haber ocurrido de manera simultáneamente a la aparición de las instituciones de la sociedad encargadas de legitimar el sentido reproductivista que poseen. Las instituciones como familia y matrimonio son parte del esquema adaptacionista de la psicología evolutiva, existen porque sirven a los intereses naturales de reproducción y elevación de la adecuación biológica, son ellas mismas parte del proceso biológico. Si se acepta y se defiende esto ¿tendríamos que aceptar la existencia de un proceso coevolutivo entre las instituciones, la sociedad, las estructuras de producción, las relaciones mismas de producción, cuando menos y de todo esto con la de los rasgos faciales? ¿El estatus, con todas las instituciones sociales en las que se apoya y que le dan un sentido, apareció antes que aquellas y que toda la estructura de la sociedad jerarquizada? ¿O al mismo tiempo? Si apareció antes puede preguntarse ¿para qué?

Esta combinación de causas, efectos y factores no es desconocida para algunos autores, que aceptan que el atractivo estético que lleva a

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 175.

una relación romántica involucra juventud, madurez sexual, expresividad y adaptación cultural.<sup>81</sup> Al hablar de coevolución estamos entendiendo que todas estas entidades fueron evolucionando no sólo contemporánea, sino estrechamente relacionadas unas con otras, pero para los estetas evolutivos esta relación entre todos los factores que intervienen en la formación de jerarquías y estatus sociales les pasa inadvertida. ¿Cómo piensa la estética y la psicología evolutivas que podría mostrar tal relación y emparentamiento entre unas y otras características? ¿Qué sentido tiene la aparición de una característica adaptativa en un medio sin los componentes para que esta característica tenga alguna función? En lugar de observar este fenómeno de manera integral, y relacional, se observa de manera fragmentada y sobre todo fetichizada, se observan entes como los genes, que codifican para los rasgos bellos u otros “feos”, sin explicarlos tampoco de manera relacional, se les declara esenciales y se declara que todo aquello que ellos determinan tiene, como ellos mismos, una vida propia, inherente; una naturaleza inmanente que los hace ser así. Se tiene entonces una hipótesis de trabajo altamente imaginativa y audaz, pero imposible de ser falsada y mucho menos de ser corroborada.

El término *estatus* está tan mal explicado y caracterizado en la psicología evolutiva, que cualquier acceso a una pareja o incluso la simple posibilidad del acceso puede ser calificado como causa de un estatus elevado. Cualquier cifra de parejas sexuales, que para un hombre, se encuentre por encima de un promedio o de una frecuencia media, puede ser sinónimo de un estatus elevado. El punto es, naturalmente, infalsable. ¿Cómo puede saberse con certeza científica cuál es el número de parejas potenciales de cada quien y si ese número está por encima o por debajo del indicador de un cierto estatus?

La psicología evolutiva concibe al estatus como algo más bien inamovible y permanente. Esto lleva a esta seudociencia a explicar las causas del estatus, su carácter y naturaleza en función de cosas (literalmente) cuya existencia sea también permanente, descontextualizando unas y otras. Es así que se llega a la conclusión de que existe una relación del nivel de síntesis de determinadas hormonas y el estatus social que se ocupa, es decir, una posición de mayor o menor dominancia social. Las

<sup>81</sup> Cunningham, M. R., A. P. Barbee y C. L. Philhower (2002): “Dimensions of facial physical attractiveness: The intersection of biology and culture”, en Rhodes, G. y L. A. Zebrowitz (eds.), *Facial attractiveness: Evolutionary, cognitive and social perspectives*. Westport: Ablex, pp. 192-238.

hormonas, de este modo, juegan un papel importante en el desarrollo y expresión del estatus social: “*El estatus —se dice— se correlaciona con los niveles de serotonina y de andrógenos en muchas especies de primates en las cuales los individuos con mayores niveles de éstas, ocupan también un alto lugar en la jerarquía.*”<sup>82</sup>

Este tipo de explicaciones, que parten de la premisa de la existencia de elementos naturales inamovibles (cuya inamovilidad no está probada), se hacen posibles y ganan consenso entre parte de la comunidad científica y la opinión pública (mediante los medios masivos de comunicación) no porque tengan un elevado valor de verdad, sino porque usan el lenguaje y los valores del llamado “sentido común” sin cuestionarlos ni criticarlos nunca. Se usan escalas de valores y criterios de organización de la sociedad, cuya familiaridad en la realidad cotidiana es tan grande, que los hace aceptables por la población sin ningún esfuerzo, pues es lo que todo mundo conoce siempre, con lo que está en contacto todos los días, lo que sin ninguna oposición todos ayudan a construir a diario, como lo es un mundo jerarquizado y dividido en distintos estatus. Un mundo en el cual la constatación de la existencia de jerarquías lleva a pensar, usando la falacia naturalista, que así debe de ser la organización social, que no hay otra forma de organizar la vida humana, que para que haya un orden tiene que haber jerarquías, puestos permanentes de mando que se deben asignar a las personas naturalmente más aptas para ocuparlos. ¿Pero es que no ha sido siempre así? La psicología evolutiva, intenta mostrar que si los términos y conceptos de ese lenguaje son tan aceptados en la sociedad entera y tienen ese alcance y esa aceptación transhistóricos es porque están apoyados sobre la base de un comportamiento natural, que es la que los sustenta. Por lo tanto los criterios de lo que es normal y no en una sociedad también estarán enraizados en esa base natural. De ahí surge buena parte de la reificación que exhibe la psicología evolutiva.

Sus explicaciones se constituyen en explicaciones forzadas, en las cuales se está obligado a respetar y limitarse a aquello que es prejuicio, eternidad. Son explicaciones de movimientos de cosas, por ejemplo hormonas, sin la intervención de sujetos que las hagan moverse. El sujeto no ocupa un determinado estatus social por una decisión suya, por causa de su actividad, de su conciencia; por el contrario, son la conciencia

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 678.

y la actividad del ser humano, el resultado del movimiento de la cosa independiente al sujeto, de la hormona-cosa, que se sintetiza, quiérase o no, en los niveles que deba sintetizarse, y que pone a los individuos en un lugar determinado de la jerarquía social. Con ello, al convertir la decisión y la conciencia del ser humano en títeres de las sustancias que involuntariamente sintetiza en el interior de su cuerpo, las transforma en extensión de aquellas, en una cosa también.

En todo caso, para la psicología evolutiva el estatus es algo natural y su existencia no puede sobrepasarse ni alterarse, pero no dice por qué, sólo lo acepta como algo normal. Los hallazgos en los primates se extrapolan sin más explicación a los seres humanos.

El concepto de *status* y toda la empiria que de su inamovilidad se deriva, son, una vez más, reificaciones, construcciones de fijeza “científicamente probadas”, pero sólo en análisis estadísticos superficiales sobre, por ejemplo, de la síntesis hormonal. En el extremo de la elocuencia en este sentido, el propio Cummins, expresa:

La íntima relación entre el status social y las respuestas neuroendocrinas es claramente evidente en los humanos modernos. Uno puede no pensar mucho acerca del status, pero el sistema endocrino muestra otra cosa. Los cambios de status producen grandes cambios en los niveles hormonales. Por ejemplo, hablando de juegos competitivos, los hombres ganadores típicamente muestran elevados niveles de testosterona en relación con los perdedores. Esto es así aun cuando la competencia implica muy poca acción física como en las competencias de ajedrez. Las mujeres ganadoras muestran bajos niveles de cortisol en comparación con las perdedoras.<sup>83</sup>

En todo esto se trata con conceptos abstractos que son ya ejemplos de aglomeración arbitraria.<sup>84</sup> Para empezar, se maneja el problema de la dominancia como efecto de los niveles de la testosterona. Esto no es nuevo, al menos desde años antes del estudio de Cummins, Mazur y Booth ya habían llegado a conclusiones semejantes con una similar metodología tan especulativa e imprecisa como la de Cummins.<sup>85</sup> Pero con la explicación que éste da, no se comprende qué es esta hormona.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 679.

<sup>84</sup> Rose, S. (1997): *Lifelines: Biology, freedom, determinism*. Londres: Penguin, pp. 280-282.

<sup>85</sup> Mazur, A. y Booth, A. (1998): “Testosterone and dominance in men”. *Behavioral and Brain Sciences* 21: 353-397.

No se entiende que sola no puede hacer nada, que requiere de receptores para lograr algún efecto<sup>86</sup> y que ese complejo de la hormona con los receptores tiene que estar ubicado en un contexto de relaciones al nivel de la sociedad. Se trastoca en un término carente de significado, sin una ubicación concreta.

La forma de presentar las cosas por este autor, mediante el concepto de competencia o juego competitivo es lo suficientemente vaga como para abarcar áreas tan disímiles como competencia empresarial, deporte, juegos de casino, luchas obreras y sociales en general, criminales y asesinos seriales, gente violenta y maltratadores de mujeres y niños, militares de alto rango, jefes de Estado. Al fin y al cabo en todas y cada una de estas actividades o expresiones de la personalidad están involucradas diversas formas de competencia o enfrentamiento y luchas por posiciones de poder. Aunque muchos de estos casos son claramente contrapuestos, los representantes de todos ellos quedan unificados en un par de grandes grupos: perdedores y ganadores, cada uno de los cuales tiene una cohesión interna en función de su alta síntesis de ciertas hormonas.

Maradona, Pelé, Carlos Slim, Bill Gates, Lenin, Fidel Castro, Bat Masterson, Lucky Luciano, Al Capone, Robin Hood, Ruy Díaz de Vivar, Karol Wojtyła, Napoleón, Romell, Luis Miguel, Igor Stravinsky, por citar sólo a algunos cuantos, pueden ser explicados por la psicología evolutiva, en una más que confusa revoltura, por ser personas que han alcanzado éxito, fama como para poder ser englobados bajo el término de “ganadores”.

Una explicación del estatus así de pobre y abstracta, así de raquíca, presenta dos bandos sociales rígidamente determinados, y no podría explicar, ni siquiera dentro de los mismos estándares jerárquicos establecidos por ella misma, los movimientos existentes en numerosos casos que van desde la victoria rotunda hasta la derrota más aplastante.

¿Cómo explicar el proceso ocurrido entre León Trotsky y José Stalin? El primero, vencedor claro, en especial a partir de la revolución de octubre de 1917 en Rusia. Presidente del Sóviet de Petrogrado durante ésta, alcanzó el más alto grado en su estatus al convertirse en el jefe del un ejército de decenas de miles de personas en el país más extenso de la Tierra, para terminar sus días asesinado en una oscura habitación,

<sup>86</sup> Roughgarden, J., *op. cit.*, p. 219.

dentro de la virtual reclusión de la que era víctima. Su oponente: José Stalin, se erigió como uno de los tres hombres más poderosos del mundo después de la segunda guerra mundial, habiéndose situado durante mucho tiempo mediocrementemente en puestos de segundo orden en el gobierno de la Rusia revolucionaria. ¿Qué pasó con Trotsky según la psicología evolutiva? ¿Le bajaron los altos niveles de testosterona que debe haber tenido, digamos entre 1898 y 1923? De vencedor indiscutible pasa a perdedor absoluto. ¿Cuál sería su estatus de acuerdo con la psicología evolutiva? ¿Y el de Stalin? ¿Y el del Che Guevara, asesinado en situación de asilamiento total poco después de haber ocupado el segundo puesto más alto del el Estado revolucionario cubano?

Y si nos introducimos de lleno en el caso de los deportes. ¿Cómo explicar el caso de Diego Armando Maradona, para muchos el mejor futbolista de la historia, caído en grave desgracia a causa de una adicción a las drogas que en más de una ocasión casi le cuesta la vida? ¿Como explicar el caso de tantos boxeadores que de monarcas mundiales descienden hasta lo más sórdido y bajo de la escala social y sobreviven y mueren solos, olvidados, miserables y víctimas del alcoholismo y la drogadicción? ¿O el de músicos que corren una suerte paralela, como en el caso de W. A Mozart y Charlie Parker (en lugares y épocas muy distintas)?

Para explicar esto, habría que explicar los cambios hormonales y eso es a lo que recurre la psicología evolutiva.

No sólo el status social percibido influencia los niveles de hormonas, sino que los cambios en los niveles hormonales pueden modificar el status social percibido de un individuo y por lo tanto su manera de interactuar con el mundo.<sup>87</sup>

La historia, lo mismo en el deporte, en la política, o en la confrontación militar, siendo elaborada por la confrontación entre “ganadores” y “perdedores”, está determinada por los niveles hormonales de unos y otros y por sus variaciones.

La pérdida de estatus produce, dice Cummins, pena y posturas físicas encorvadas, miradas evasivas en la persona que la sufre.<sup>88</sup> Los psicólogos evolutivos parecen saberlo todo sobre emociones, movimien-

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 680.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 692.

tos del cuerpo, posturas y sus significados profundos; pero hablan tan vagamente que el proceso de aglomeración abusiva vuelve a aparecer como en el caso del juicio sobre perdedores y ganadores. Se habla tan vagamente que parece igual el proceso de bajar de rango en un ejército, perder el primer lugar en la clasificación de un grupo de una escuela primaria o secundaria, pasar de un equipo titular al suplente en un equipo deportivo, ser degradado en el puesto ocupado en una secta religiosa o política, expulsado de un partido político, sacado de la dirección de una orquesta sinfónica, destituido en un alto cargo en una empresa, o ser la cabeza de un Estado víctima de un golpe militar o semejante.

Llama la atención, por otra parte, que en la psicología evolutiva no se ponga la menor mención, ni se haga el más mínimo juicio crítico del papel que juegan instituciones sociales como la familia y la escuela en la destrucción de la autoestima de los niños desde las primeras etapas de la infancia y en la represión deliberada de aquella; es especial desde el campo de la sexualidad, tan considerada en el centro de la atención de la psicología evolutiva. Esta represión sexual, vale la pena recordarlo, persigue el fin de restringir el desarrollo íntegro de los seres humanos, abatir sus capacidades y sus sensibilidades para forzarlos a aceptar las reglas de la sociedad clasista, jerarquizada, dividida en estatus y rangos de importancia. Los criterios de estatus elevado o bajo que la psicología evolutiva considera, son aquellos que se presentan en una sociedad que reprime la energía y las capacidades y sensibilidades erótico-sexuales (al margen de la reproducción biológica) a todos los miembros de la colectividad.

En una colectividad que se constituye bajo esta base, el estatus en una jerarquía tiene un significado muy distinto, cuando no opuesto, al que se daría en una sociedad en la que la educación desde la infancia más temprana, tuviera un carácter liberador y potenciador de todas las capacidades creativas y constructivas del ser humano. Una sociedad basada en esto y no en la coerción de la jerarquía, una sociedad en la cual el mercado, la propiedad privada y la escasez no tengan ese lugar tan preponderante, tanto que parezcan condiciones inevitables de la vida; una sociedad en la que las necesidades humanas estén subordinadas a la libertad y no donde la libertad se subordina a la necesidad —necesidad de la clase dominante, minoritaria—; una sociedad que opera con la mayor libertad sexual para sus integrantes y en la que la reproducción biológica haya cedido el paso a la sexualidad y al erotismo libres; una sociedad así es una forma de organización en la que las jerarquías y el

estatus individual habrán sufrido un trastocamiento radical y violento, que dejaría sin sentido la acuciante e imperiosa necesidad de alcanzar las fetichizadas posiciones de poder y de autoritarismo, de jerarquía y de dominio, de necesidad neurótica por ganar en la competencia y de alcanzar el éxito. Ante esta posibilidad histórica, sólo ante ella, el edificio de la psicología evolutiva se desploma, pues las condiciones bajo las cuales está construida, al desaparecer, invalidan todos los presupuestos de la misma.

Todo lo expresado aquí acerca de las relaciones entre ganadores y perdedores, se aplica, por supuesto, a las relaciones dominancia-sumisión, de modo que con este esquema no se pueden comprender tampoco los cambios en ellos en los distintos pasos o etapas de un proceso específico: deportivo, amistoso-amoroso, laboral, militar, político o de otra índole.

La dominancia y la sumisión no existen en abstracto. Sus contextos, formas de ejercicio y objetivos, son demasiado variables, diversos y flexibles como para poder ser entendidos con un esquema tan pobre como el que criticamos ahora. El quién domina a quién, el cómo y cuándo, y sobre todo la dirección, la dinámica y los objetivos de tal dominación (y sumisión) son preguntas centrales para comprender las distintas maneras de existencia de estas conductas. No son lo mismo las relaciones de dominación y la sumisión en un ejército profesional, una familia religiosa y una atea; un equipo de fútbol, una pandilla urbana de delincuentes, un grupo escolar de niños, una revuelta popular, una revolución, una relación amorosa de pareja, un grupo de amigos o una relación de trabajo.

Ésas son las deficiencias que están contenidas en pseudociencias como la psicología evolutiva a causa de la sustracción que hacen de la historia y la compleja interrelación multidimensional humana de sus explicaciones. Es el problema de reificar esos procesos, de retirar la actividad de los sujetos de una teoría sobre los mismos. El estatus o jerarquía de una persona cualquiera se atribuye unicasual, unidireccional e unidimensionalmente, a un problema de hormonas que se producen a sí mismas. Un problema de cosas, cosas sin sujetos, sujetos cosificados. Tal es el sórdido mundo de la psicología evolutiva.



---

MERCADO, PROPIEDAD PRIVADA Y SEXUALIDAD  
EN LA MENTE ADAPTADA



**Fetichización de la sexualidad y la relación de pareja**

**D**e todas estas opiniones biologicistas hemos observado que atribuyen a los genes o a las estructuras mentales, en tanto estructuras biológicas, una naturaleza propia; se explican a sí mismas, tienen una serie de propiedades inherentes misteriosas que, despojadas de toda relación, las hace comportarse de la manera en que se comportan. Todo esto nos lleva a referirnos al carácter fetichista de los objetos, y de esta manera retrotraernos al análisis de Karl Marx sobre el carácter fetichista de la mercancía:

Marx postuló la siguiente idea:

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo, como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo y como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores.<sup>1</sup>

Marx enseguida explica:

Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquellos. De ahí que para hallar una analogía pertinente debemos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas dotadas de vida propia [...] Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana. A esto llamo el fetichismo que

<sup>1</sup> Marx, K. (1988) [1867]: *El Capital*, Libro I. México: Siglo XXI, p. 88.

se adquiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías...<sup>2</sup>

Y termina mencionando que:

A estos [los productores], por ende, las relaciones sociales entre sus trabajos privados se les ponen de manifiesto como lo que son, vale decir, no como relaciones directamente sociales trabadas entre las personas mismas, en sus trabajos, sino por el contrario, como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas.<sup>3</sup>

Estas tesis acerca del carácter fetichista no es privativo de la mercancía (ya el propio Marx hace la analogía con el fetichismo religioso). El fetichismo se puede encontrar en todos los aspectos de la vida, en especial en el capitalismo, dado su carácter de productor de valores de cambio exclusivamente y en el que, por consecuencia, todas las relaciones quedan reducidas a relaciones de mercancía y dinero. La economía política no alcanza a distinguir la raíz de este proceso y concibe que las formas materiales de la producción se derivan de lo que ella misma califica como las propiedades naturales innatas de las cosas y no de las formas sociales concretas de su producción.<sup>4</sup> Esto y la actividad concreta capitalista llevan a formar una visión del mundo entera y eternamente atravesada por operaciones dinerarias y mercantiles en todos los aspectos de la vida. La realidad capitalista es la realidad de las relaciones de mercado y, por tanto, de las relaciones de propiedad. Como el único vínculo que el capitalismo tiene con la sociedad es el mercado, todas las categorías de análisis capitalistas, incluidas las de su ciencia, se ven reducidas a las características mercantiles y todas las distintas cualidades de los objetos y sujetos son forzadas a homogeneizarse y a juzgarse en una misma dimensión, como valores de cambio,<sup>5</sup> es decir, en términos de tiempos de trabajo e inversiones de recursos. Así, en el caso que analizamos, se equiparan o cuantifican conceptos y categorías cualitativamente distintas, como lo son amor, belleza y sexualidad con

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Rubin, I. (1987) [1930]: *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*. México: Cuadernos de Pasado y Presente, p. 76.

<sup>5</sup> Marx, K. (1998) [1844]: *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, en Fromm, E., *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 170-175.

la actividad reproductiva, todas bajo el lenguaje del mercado, de la misma manera que en un gran almacén se ofrecen productos tan distintos cualitativamente como zapatos, televisiones, perfumes y lámparas, todos expresados en valores monetarios, como si fueran lo mismo.

Ahora bien, para que exista el valor de cambio es preciso que exista la propiedad privada, ésta es la única que permite que los valores puedan ser cambiados, prestados, alquilados, robados, quitados o regalados. Y una de las principales características de la psicología evolutiva es su presentación de la conducta humana mediada por relaciones de propiedad. Buss muestra esto claramente al analizar lo que para él son las “*tácticas para atraer y retener parejas.*”<sup>6</sup> Basándose en las tesis darwinianas sobre la selección sexual en humanos<sup>7</sup> y en la teoría de inversiones de Trivers,<sup>8</sup> Buss explica primero cómo se da la competencia de machos por las hembras más atractivas y de éstas por los machos más atractivos. Las conductas más importantes para lograr la atracción de la pareja incluyen la posesión y gasto de dinero por parte de los hombres, la ropa utilizada, ya sea cara o sexy, los modos de caminar, la presunción de la importancia social y el maquillaje. Para lograr la retención de la misma muestra las tácticas de vigilancia, la monopolización del tiempo de compañía de la pareja, el castigo por la infidelidad, la manipulación emocional, la eliminación de los competidores y aun la violencia. Al observar esto no queda claro que se trata de relaciones de posesión, y que la belleza y el atractivo físico son señuelos que se lanzan literalmente para atrapar a la pareja elegida, pero siempre o mediante mecanismos coercitivos o cosificantes. El lenguaje utilizado no es precisamente eufemístico ni metafórico, se trata literalmente de atraer y retener parejas. La propiedad privada de las personas es, en estos modelos, el rasgo distintivo de la relación hombre-mujer.

Wilson y Daly no pueden ser más elocuentes. Afirman que las “*psicologías masculinas sexualmente propietarias, son [entre otras cosas] soluciones evolucionadas a los problemas adaptativos de la competencia reproductiva masculina.*”<sup>9</sup> Y recalcan:

<sup>6</sup> Buss, D. M. (1992): “Mate preference mechanisms: Consequences for partner choice and intrasexual competition”, en Barkow, J., Cosmides, L. y J. Tooby, *op. cit.*, pp. 250-266.

<sup>7</sup> Darwin, C. (1981) [1871]. *The descent of man and selection in relation to sex*. Princeton. NJ: Princeton University Press, Parte II, pp. 316-405.

<sup>8</sup> Trivers, R., *op. cit.*

<sup>9</sup> Wilson. M. y M. Daly (1992): “The man who mistook his wife for a chattel”, en Barkow, J., Cosmides, L. y J. Tooby, *op. cit.*, pp. 290-322.

Por “propietario” queremos decir que los hombres llaman la atención de ciertas mujeres de la misma manera como lo hacen las aves para delimitar sus territorios, como los leones reivindican su derecho a matar o como la gente de los dos sexos reclaman objetos valiosos.<sup>10</sup>

De todo esto se desatan conflictos de interés de los cuales el más complejo es aquel en el que la gente afirma sus derechos de propiedad sobre otra gente. Esta idea es más interesante porque según ella es posible poseer a sujetos conscientes de que están siendo poseídos por otro aparentemente igual, pero muy diferente en los hechos, pues ejerce un derecho aparentemente natural a la propiedad privada, tanto de objetos inanimados como de animales y de seres humanos.

Wilson y Daly continúan explicando que en los hombres, la combinación entre la inversión parental y un “*riesgo asimétrico de infidelidad*”, producen una fuerza selectiva que favorece la evolución de motivos garantes de la paternidad sobre una progenie, y continúan con esta idea afirmando a la letra:

Proponemos que estas presiones de selección han sido responsables de la evolución de mecanismos psicológicos cuyas funciones adaptativas son el éxito en la competencia sexual y la evasión de la infidelidad, y que las actitudes, emociones y acciones masculinas indicativas de posesiones sexuales y de mercantilización de las mujeres, son productos de estos mecanismos de la evolución en el contexto de circunstancias históricas y culturales particulares.<sup>11</sup>

Es decir, en primer lugar se reafirma la tesis sociobiológica acerca de la prioridad de los genes sobre la cultura y la historia en la determinación de las conductas humanas.<sup>12</sup> Las actitudes de posesión y mercantilización de las mujeres se pueden encontrar con variantes menores en contextos culturales e históricos distintos, las reglas epigenéticas jugarán su papel, pero el fondo biológico y los procesos de selección natural son los que dictan la conducta general a seguir: poseer a las personas. Esta posesión de la mujer por el hombre se lleva a cabo a causa de las características de la reproducción y de la gestación de la descendencia (en el interior del cuerpo de la madre y posteriormente con cuidado biparental), todas

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

<sup>12</sup> Lumsden, C. y E. O. Wilson (1981), *op. cit.*

ellas respuestas a presiones de selección. Según esto la selección natural favorecerá los cambios y adaptaciones que promuevan las relaciones de propiedad privada de parejas. Primero favorece características reproductivas y de cuidado de descendientes que alentarán la aparición y reproducción de estas mismas relaciones. La reproducción biológica pues, dentro de este modelo no es otra cosa que la reproducción de las relaciones de mercado y de propiedad.

Pero, ¿por virtud de qué la selección natural, como mecanismo pretendidamente universal de la evolución biológica hace esto y no otra cosa?, ¿por qué se mueve en esa dirección? Los autores hablan de la posesión sexual y de la mercantilización de la mujer en contextos históricos y culturales particulares, es decir, admiten que las relaciones mercantiles y de propiedad privada pueden sufrir variaciones secundarias, pero son, en el fondo, universales y eternas.

Sin embargo, un análisis antropológico elemental mostrará que en los seres humanos no siempre han existido relaciones mercantiles ni de propiedad privada; que éstas, junto con las clases sociales, surgieron con el sobreproducto social permanente, decenas de miles de años después de que el *H. sapiens* apareciera sobre la tierra, y que durante milenios después de su surgimiento no jugaron un papel preponderante en las relaciones humanas. Las relaciones mercantiles se comenzaron a generalizar sólo hasta la llegada del capitalismo, hace unos 400 años; por tanto, la cultura, en tiempos previos, no podría haber jugado ningún papel importante en la imposición de conductas mercantilizadas en general. Siguiendo este sencillo razonamiento, no se puede entender cómo es que en la naturaleza biológica, por una más que misteriosa razón, ha impuesto desde la misma aparición de los seres humanos, la conducta mercantil, cosificadora y enajenante la cual, a su vez, ha sido impuesta a la humanidad por un pequeño grupo de empresarios capitalistas. Además, siendo consecuentes con una visión evolucionista, hay que admitir que tales características deben haberse originado a partir de una situación en la que no existían. ¿Cómo se originaron en la evolución, o siempre han existido? Los defensores de la psicología evolutiva explican que se originaron en el Pleistoceno, pero ¿cómo eran antes, aun en otras especies?

De este modo la “ciencia” del comportamiento (la psicología evolutiva), y la “ciencia” de la belleza (la estética evolutiva), se convierten en una más de las ramas de la ciencia de las cosas y de los objetos, en campos de investigación encargados de analizar el comportamiento

sexual de las “cosas-humanos”, de humanos devenidos cosas, degradados al nivel de las cosas, de las cosas-valor. Los seres humanos, como todas las cosas del capitalismo están ahí para ser propiedad privada, para poseerse después de haber sido intercambiadas. Se han vuelto propiedad de la pareja para la reproducción.

La psicología evolutiva no tiene idea de la historia como sucesión de quiebres y saltos cualitativos en los cuales el ser humano crea nuevas condiciones y nuevas capacidades. Para la psicología evolutiva el presente está contenido en el pasado, preformado en él, de la misma manera que sus características físico-químicas estarían contenidas en el genoma. De hecho, como se considera que toda característica está contenida en el genoma, todo tendrá este sesgo preformista.

Al hacer esto, esta rama del neodarwinismo, proyecta una concepción de la historia como un continuo en el que el ser humano va expresando capacidades que ya dormitaban en él desde su origen. El humano de las tribus de cazadores-recolectores tenía ya la capacidad de fabricar iPad2 o televisores de cristal líquido, y llegó a fabricarlas porque era su destino hacerlo, porque el progreso científico tecnológico tenía ya marcada esa ruta, de la misma manera que se ha movido siempre inmerso en relaciones de mercado y propiedad privada, porque son la única realidad posible, pero aun no había desarrollado la capacidad para expresarlas en toda su amplitud.

Parece que el progreso o el desarrollo cultural, técnico o científico, es la exposición de un curso lineal e ineluctable, tan predeterminado como el de los rasgos biológicos. Juntos conforman una predeterminación global de la vida; no son el resultado de opciones que en cada momento se presentan, no el resultado de elecciones, decisiones y toma de responsabilidades de individuos, grupos, etnias o clases sociales. Los psicólogos evolutivos no explican por qué, a pesar de su ortodoxia darwinista, abandonan la explicación de la evolución como posibilidades, a pesar de que está contenida en uno de los principios darwinianos fundamentales: el de divergencia de caracteres o del ancestro común. O no comprenden el carácter y las implicaciones de este principio o solamente toman los elementos darwinianos que les conviene para su débil construcción teórica.

Coincido en este sentido con la opinión de Inglod:

Pienso que es una gran equivocación el presentar al pasado poblado con gente como nosotros, equipados con las capacidades o potencialidades

subyacentes para hacer todo lo que hoy hacemos. Tal forma de entender la historia aparece como el proceso teleológico de su realización progresiva. En realidad, la misma noción de un origen, definido como el punto en el que estas capacidades llegaron a establecerse, esperando a su satisfacción plena, es parte de una justificación ideológica del orden de cosas presente y, como tal, es sólo un aspecto del presentismo intenso contenido en el pensamiento moderno.<sup>13</sup>

La psicología evolutiva, en suma, se caracteriza por no comprender que sus tesis se derivan de formas sociales concretas y sus correspondientes ideas dominantes. En cambio, las formas y procesos de la evolución se interpretan como procesos análogos a los procesos socioeconómicos humanos derivados de lo que los economistas políticos creen que son las propiedades naturales de las cosas. Se presentan como procesos que adoptan esa naturalidad en sus relaciones de posesión y de mercado, en los organismos mismos.

Según estas tesis biologicistas, la evolución biológica es la transformación superficial de lo que es esencial: el comportamiento cosificado, reificado. Los genes (o la arquitectura mental) retienen esa forma-cosa, esa forma-valor de cambio a lo largo de la evolución. Es una “evolución fijista” porque no admite que esta forma-valor expresada en la conducta humana pueda cambiar. Es el fondo constante de lo que en la superficie cambia. Esto es un oxímoron propio de la visión capitalista del mundo con todo lo que ello implica en términos de fetichización. Toda la estructura de la sociedad mercantilizada, al estar al servicio de ésta y explicarse por un fenómeno altamente fetichizado, reproduce la fetichización, es decir, reproduce la interpretación de la existencia de proceso y categorías de análisis como si tuvieran una vida propia, al margen de los procesos espacio-temporales que los han producido. El universo entero queda conformado por este tipo de entidades o de procesos derivados de ella. Por ello autores como Komesaroff hablan acertadamente de una fetichización de toda la realidad en el capitalismo.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Ingold, T. (2001): “From complementary to obviation: On dissolving the boundaries between social and biological anthropology, archaeology and psychology”, en Oyama, S., Griffiths, P. E. y Gray, R. D. (eds.), *Cycles of contingency: Developmental systems and evolution*. Cambridge, MA. MIT Press, pp. 255-279.

<sup>14</sup> Komesaroff, P. A. (1986): *Objectivity, science and society*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

## Fetichización de la familia y sus valores

No resultará extraño que en un campo de investigación así de reificador como lo es la psicología evolutiva, se recurra a una de las más socorridas argumentaciones en las que se sustentan la fetichización de las relaciones de propiedad y mercantiles: me refiero a la naturalización de las relaciones familiares y de la institución misma de la familia.

Para L. S. Sugiyama (que expresa con su opinión el consenso en la psicología evolutiva), la institución matrimonial no sólo es universal, sino que es la institución necesariamente primaria y fundamental de la organización social, la reproducción propia y la de los parientes cercanos:

Con sus derechos sociales, económicos y reproductivos concomitantes, sus deberes y obligaciones, la institución universal del casamiento refleja el interés fundamental de los individuos en los apareamientos de sus progenes, las de sus hermanos y de sus parientes. Los apareamientos construyen y consolidan alianzas, los yernos y las nueras juegan un papel social y económico integral y las uniones reproductivas sirven como vehículos para el futuro reproductivo en la descendencia del grupo.<sup>15</sup>

Según esto, los derechos, deberes y obligaciones en todos los ámbitos, son reproductivos siempre. La economía, la sociedad y la ética, al ser concomitantes al matrimonio, son la manifestación, el producto de los intereses reproductivos determinados biológicamente, en vez de que el matrimonio sea concebido como un resultado, una consecuencia de la organización social y por ello una decisión consciente de los individuos. Parecen producirse solas, como producto del curso inexorable de la evolución para cumplir con un interés biológico que se satisface a sí mismo.

Viremos nuevamente la atención hacia Pinker, uno de los más claros exponentes de la fetichización del gen y, por lo tanto, de la fetichización de las conductas en la medida en que derivan de las programaciones genéticas. Su tesis, en concordancia con las de Sugiyama, es uno más de los casos de asignación de propiedades naturales a las relaciones de la familia. Explica sin ningún rubor:

<sup>15</sup> Sugiyama, L. S. (2005): "Physical attractiveness in adaptationist perspective", en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 292-343.

Las metáforas de familia tienen un mensaje simple: traten a ciertas personas tan amablemente como tratan a sus hermanos de sangre. Todos nosotros entendemos la presuposición. El amor de familia viene naturalmente; no así el amor de la no-familia. Éste es el hecho fundamental del mundo social que lo conduce todo: desde el cómo crecemos hasta el surgimiento y la caída de imperios y religiones.<sup>16</sup>

Los padres aman a sus hijos por encima de todas las demás personas, los primos también se aman entre ellos, pero no tanto como los hermanos [...] Los programas mentales para el amor familiar fueron calibrados en el curso de la evolución, de modo que el amor se correlacionará con la probabilidad, en el ambiente ancestral, de que un acto amoroso obtuviera como recompensa, copias de genes para los actos amorosos.<sup>17</sup>

Lo que se debe exigir a Pinker es que intente demostrar todo esto. Lo que en realidad hace este autor es partir de la existencia de las relaciones familiares, sin comprenderlas. Intenta demostrar a partir de ahí, una interpretación de la naturaleza humana, desde el terreno de lo privado en el cuidado parental, hasta los problemas políticos y religiosos mundiales. Afirmar que el amor de familia es lo natural, basándose en estadísticas, frases elaboradas desde el interior de la propia familia, propaganda comercial navideña y lecciones morales de escuela primaria es muy sencillo. Cuando el método es preguntar a la gente qué piensa de su padre y su madre se encuentra uno con que las personas inquiridas han atravesado ya por un intenso proceso de adoctrinamiento, comenzado desde los primeros instantes de la vida, orientado a obligar a las personas a aceptar esa institución como el centro del amor y el afecto, pero nunca dando la oportunidad de construir tal relación, sino dándola por un hecho natural, que no tiene necesidad de ser explicado.

Cualquier estudioso de las relaciones y la naturaleza de una institución social, como la familia, debería partir de un análisis histórico en el que se comprenda, primero que nada, cuál es el carácter de esa institución y, para a partir de allí, mostrar la veracidad o la falsedad de esa afirmación tan ampliamente aceptada. Un análisis tal no puede abstraerse de la realidad concreta sin correr el peligro de llegar a confundirla con toda la realidad, pensando que es la única posible de todas las realidades. Más bien debe partir de un análisis que proyecte hacia

<sup>16</sup> Pinker, S., *op. cit.*, p. 429.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 431.

la realidad concreta los términos o conceptos generales y abstractos; que los comprenda en y desde el total de sus conexiones internas en ese periodo específico.

Pinker ignora completamente una complejidad psíquica y los contextos en los que se ubican las relaciones padres-hijos, cónyuges y las relaciones entre hermanos. Se ignora todo el complejo conocimiento elaborado a este respecto en psicología y psicoanálisis que explica el sadomasoquismo y el odio, el desprecio, el miedo y la desconfianza intrafamiliares. Se pasa por alto de tajo la fuerte carga de chantaje, violencia psíquica y física que obliga a los familiares a permanecer juntos, como si esto último fuera una prueba de amor, de amor como una fuerza que resiste todo sentimiento de animadversión a un pariente cercano.

¿Dónde se encuentran los “*programas mentales de amor familiar*” que fueron “*calibrados en el curso de la evolución*”? ¿Cuáles son los “*genes para los actos amorosos*”? ¿Cuál es su secuencia de nucleótidos? ¿Qué es, según estos razonamientos, el *amor*? ¿Qué, con precisión, designa o mide este concepto en el modelo y el lenguaje de Pinker?

Es muy pertinente señalar que en estas reflexiones, Pinker no hace ninguna caracterización del término “amor”. Sólo afirma su existencia, fundamentalmente en y desde el seno familiar y su creciente intensidad, proporcional aritméticamente al grado de cercanía parental, tal y como lo postuló Hamilton desde mediados de los años sesenta,<sup>18</sup> todo lo cual significa un porcentaje creciente de genes compartidos, nada más. Pinker, al no tener una comprensión histórica de la formación de la familia, aplica una noción “pop” del amor, ignorando que el patriarcado se distingue precisamente por excluir el amor de entre los criterios de selección de pareja,<sup>19</sup> y emplear una acepción de amor como aquello que surge de la selección estrictamente biológica de la pareja con fines de perpetuación de la especie. El amor sería, en el mejor de los casos, un apéndice poco útil o una ficción, sin posibilidad de demostración objetiva. Por eso, en esa acepción biologizada, es útil al patriarcado y a sus intelectuales como Pinker. La selección sexual es un argumento

<sup>18</sup> Hamilton, W. D. (1964): “The genetical evolution of social behavior”. *The Journal of Theoretical Biology* 7: 1-16. Reimpreso en Caplan, A. L. (ed. 1978): *the Sociobiology debate: readings on the ethical and scientific issues concerning sociobiology*, Nueva York: Harper& Row Publishers, pp. 191-209.

<sup>19</sup> Millet, K. (2000) [1970]: *Sexual politics*. Urbana: University of Illinois Press, p. 50.

anclado en el productivismo protestante para dar una explicación racionalista al amor (un sentimiento irracional) y al erotismo. La relación sexual es despojada del elemento placentero y amoroso en aras de la funcionalidad de la reproducción. La psicología evolutiva es la rama de la seudociencia que más ha explotado esa concepción.

Pinker afirma:

El saber convencional de marxistas, feministas académicas e intelectuales de café, incluye algunas sorprendentes afirmaciones: que la familia nuclear integrada por esposo, esposa e hijos es una aberración histórica desconocida a lo largo de siglos y en el mundo no occidental, que en las tribus primitivas, el casamiento es poco común y la gente es indiscriminadamente promiscua y libre de celos, que a través de la historia, novias y novios no han tenido nada que decir para consentir en casarse; que el amor romántico fue inventado por los trovadores medievales y consistía en el amor adúltero de un caballero por una dama casada; que los niños eran vistos como adultos en miniatura; que antaño los niños morían tan frecuentemente que las madres no se veían afectadas por la pérdida; que la preocupación por los hijos propios es una invención reciente. Estas creencias son falsas.<sup>20</sup>

En esta larga lista de afirmaciones atribuidas a adversarios de Pinker, salta a la vista la ausencia total de referencias a autores o publicaciones en las que se pruebe la existencia de esas tesis. En una obra de la magnitud y las pretensiones como la que citamos, ese vacío de referencias bibliográficas es una carencia imperdonable.

Con esta forma de expresión, el lenguaje de Pinker no puede alcanzar el rigor ni la solidez del lenguaje basado en referencias y citas. En cambio se sigue usando un lenguaje informal propio de la vida cotidiana propia del patriarcado, con toda su imprecisión y vaguedad, lo cual no es ningún defecto cuando se conversa en los ambientes informales de esa cotidianidad, pero que se vuelve inadmisibles en un tratado con pretensiones científicas. El lenguaje utilizado por Pinker, no deja claro contra qué tesis exactamente se pronuncia. En ningún momento menciona ni utiliza uno sólo de los fundamentos conceptuales o metodológicos del marxismo para refutarlos ni menciona la procedencia de las tesis de las que difiere. Otro tanto sucede cuando se refiere al

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 431-432.

“*feminismo académico*”; además, éste es un término tan laxo y amplio que cuesta trabajo ubicar esa corriente de pensamiento dentro de la idea de Pinker. Justificadamente, también podríamos preguntar a Pinker a qué se refiere con el término “*intelectuales de café*”. ¿Quiénes son? ¿Qué tienen en común que los pueda caracterizar? ¿Cuál es su historia, tesis o influencia en la cultura contemporánea? Pinker termina por incurrir justamente en las frases convencionales al pronunciarse contra ese saber que considera convencional

Para Pinker, todas esas opiniones son “creencias” falsas. Los argumentos que intenta refutar son de una naturaleza muy diversa, y con la imprecisión con la que se presentan no puede elaborarse una línea argumentativa común para todos, pues no la tiene. Muy distinto es el problema de la historia del patriarcado al del papel de los juglares en la descripción de la naturaleza del amor, y el de los efectos de la alta mortandad infantil en tiempos pasados (muy imprecisamente señalados como “*antaño*”) en la mentalidad de las madres. Abusivamente encierra en un mismo recipiente tesis muy distintas con tal de refutar todo tipo de contenido sociológico en la explicación de la naturaleza humana, pues no concuerda con su biologicismo.

Este mismo proceder lleno de vaguedad continúa cuando Pinker habla de una supuesta violencia intrafamiliar mayor de padrastros y madrastras hacia sus hijastros(as) que hacia los hijos biológicos. El porcentaje de homicidios cometidos contra parientes consanguíneos (suponemos que en Estados Unidos) es sólo del 2 al 6 por ciento.<sup>21</sup> Más allá de la ausencia de referencias bibliográficas, Pinker se refiere únicamente al caso extremo del homicidio. Pero éste no va en todos los casos unido a las diversas formas de crueldad y maltrato intrafamiliares, sádicas en su origen y desarrollo, las cuales son la antítesis del amor y, sin embargo, no siempre desembocan en homicidios.<sup>22</sup> Tales conductas comienzan desde la normalmente imperceptible y más que extendida humillación o regaños sistemáticos sutiles, por cualquier causa, hasta formas de violencia, física o psicológica más abiertas y con grados distintos de brutalidad. Para hacer un análisis de la violencia entre parientes consanguíneos se requiere entrar en todas las formas que persiguen ejercer un control de los padres hacia los hijos, no so-

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 434-435.

<sup>22</sup> Fromm, E. (2000): *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI.

lamente de los homicidios; se requeriría explicar por qué no todas las formas de violencia intrafamiliar desembocan en el asesinato, cuáles son las motivaciones para ejercerla, cuál es la interacción entre ellas y en qué contextos se presentan. Cuál es la diferencia entre esa violencia en regiones y países con distintos grados de desarrollo económico, ingresos per cápita, nivel de escolaridad, desarrollo cultural, situación de los derechos humanos, principalmente de mujeres y menores de edad; legislación, formas de administración de justicia, eficiencia de los sistemas judiciales, conciencia de los derechos de los menores y de las mujeres, cuando menos, para tener una idea más completa que la que Pinker expone.

Sigamos adelante en el análisis de este asunto. Pinker no deja duda cuando afirma:

En vista de que los genes de la pareja van en el mismo navío, y de que cada esposa comparte sus genes con su familia o la de su pareja, la familia misma tiene un interés [...] en su casamiento [...] Los casamientos llevan a cabo leyes al interior de los aliados naturales y ésta es una razón por la cual en todas las culturas los casamientos son alianzas entre clanes, no sólo entre los contrayentes [...] Al igual que en cualquier otro negocio la venta o trueque de una descendencia prueba la buena fe de las partes involucradas y las hace más susceptibles a que cada una de ellas tenga confianza en el futuro.<sup>23</sup>

Después de leer esto no quedan dudas sobre la concepción de Pinker de las relaciones humanas como relaciones de propiedad privada para regir la vida familiar. Desde que existe la sociedad patriarcal existe un simbolismo de los hijos, que es distinto de las mujeres a los hombres y del primogénito como el poseedor de la fortuna económica. El nuevo ser vivo, el hijo, el nuevo cuerpo biológico, es ya concebido como quien poseerá bienes, propiedades materiales, poder económico y político. Apenas sería necesario mencionar el paralelismo existente entre herencia biológica y la económico-política, y el engendro de un descendiente como la posesión de tal herencia.

Simboliza además la continuidad en los aspectos subjetivos de los progenitores; gustos, personalidad, carácter. Por eso los padres se esfuerzan por hacer que también de los hijos sean heredados ese tipo de

<sup>23</sup> Pinker, S., *op. cit.*, pp. 436-437.

aspectos de la existencia. Para todo ello es fundamental que a su vez, el hijo sea propiedad privada de los padres.

A una madre no le queda duda de que sus hijos poseen el 50% de sus genes. No es así en el caso de los padres. Ninguno en principio tiene la garantía de que el hijo de su pareja es suyo. Como los hombres también buscan la mejor “inversión” genética para sus hijos, deben asegurarse de que la pareja que escogen sea la madre de *sus* hijos y no de los de otro. Es con *ella* con la que han invertido sus recursos. Ella les *debe ser* fiel. El hombre, por tanto, es celoso. Los celos son, de acuerdo con este modelo, algo natural y de distribución universal.<sup>24</sup>

Destaca aquí el método estadístico para resolver un problema de la historia. Suponiendo que en efecto, en todas las culturas se presente una conducta sexual permeada por los celos, eso no dice nada de los orígenes históricos, y de la evolución del propio sentimiento posesivo. Afirmar que se trata de una conducta originada en la búsqueda de garantía de transmisión de genes con una persona en particular, deja congelada la historia y el desarrollo humano en el momento de la elaboración de la estadística. Se queda inamovible, fija, estática en el momento en que ocurre lo que a los psicólogos evolutivos como Pinker, les conviene que ocurra. El término “celos”, como el conjunto de los términos que maneja la psicología evolutiva, está poco claramente caracterizado, así como sus manifestaciones exteriores, las cuales pueden ir desde el berrinche o el enojo pasajero hasta el homicidio, pasando por todas las formas de violencia de pareja e intrafamiliar, tanto física como psicológica: gritos, humillaciones, insultos, castigos crueles, golpes o violaciones y a veces incluso el homicidio. Se pueden manifestar a partir de conductas reales de infidelidad, poligamia o adulterio hasta las fantasías paranoicas y psicopáticas de los individuos celosos.

La psicología evolutiva, con el afán cientificista que le caracteriza, en su búsqueda de datos estadísticos que le sirvan para biologizar la conducta humana, en particular la conducta sexual, omite sistemáticamente emitir juicios éticos sólidos, por ejemplo, sobre la discriminación hacia las mujeres, lo cual se puede ver en las afirmaciones antifeministas ya citadas de Pinker o en la sistemática evasiva para caracterizar a la sociedad actual como patriarcal. ¿Qué piensan los psicólogos evolutivos sobre la misoginia o sobre la homofobia? Nunca responden a estos cues-

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 488.

tionamientos. De este modo la psicología evolutiva no parece establecer ningún compromiso social. Parece que sólo se “describe”, se “reporta”. Seguramente considera que la ética está por fuera de la ciencia, o que la ética y la ciencia son esferas separadas o que tienen un contenido biológico y es relativa al individuo o grupo, o simplemente no existe, es una ilusión. En cualquiera de los casos eso le permite eludir una responsabilidad frente a la sociedad o aparentar que la elude (porque en el fondo nadie puede eludir su responsabilidad frente a la humanidad de cada acción llevada a cabo, como lo afirma Jean-Paul Sartre).<sup>25</sup>

La psicología evolutiva es sexista, misógina, homófoba, porque sus premisas, métodos, lenguaje y conclusiones se basan en la aceptación de una división sexual de funciones que toma como natural, y que en su transcurso, las mujeres son quienes realizan las labores más discriminadas, porque *deben* pasar a formar parte de la propiedad privada de su pareja, padre o hermano sin que nada puede hacerse para modificar esto, en tanto se trata de un fenómeno biológico.

Y nuevamente habría que preguntar, ¿cuáles son las relaciones entre la estructura genética de los individuos celosos y la conducta posesiva que exige fidelidad de la pareja? ¿Cómo es que desde uno o varios genes se disparan procesos que desembocan en los celos? ¿Cómo es que un mecanismo genético se traduce en otro de carácter social que atraviesa culturas y civilizaciones enteras?

## Limites y alcances de la libertad

Para comprender la relación entre libertad e interacción genes-cultura Lenks muestra que ésta no se da de manera homogénea para cualquier acto humano.<sup>26</sup> El peso relativo de una y otra varían dependiendo del tipo de actividad y del sujeto que la realiza, todo lo cual es indicativo de la complejidad de la actividad humana. El grado de influencia cultural en actividades como un estornudo, una relación sexual y una actividad artística es profundamente variable, como lo son la complejidad de cada una. Uno de los elementos de la libertad puede ser comprendido como

<sup>25</sup> Sartre, J. P. (1996) [1945]: *L'Existencialisme est un humanisme*. París: Folio, pp. 31-34.

<sup>26</sup> Jenks, C. (2001): “EP, phone home”, en Rose, H. y Rose, S. (eds.), *Alas poor Darwin: Arguments against evolutionary psychology*. Londres: Vintage, pp. 28-46.

la independencia del sujeto con respecto a cualquier agente real o potencialmente “sujetador” (o “sujecional”). En su desarrollo histórico, la humanidad ha sido capaz de producir suficientes actividades que la han liberado progresivamente de la sujeción a las fuerzas de la naturaleza, y eso lo ha hecho gracias a la liberación previa de una sujeción biológica y la aparición de nuevas esferas de su accionar. Ningún partidario de la psicología evolutiva negará la diferencia en complejidad entre un estornudo y la escritura de un poema. Uno es la culminación de una reacción fisiológica que comienza con una leve irritación del tejido interno de las fosas nasales. El estornudo se puede evitar, controlar o exagerar, según la situación en que se produzca y el carácter de la persona que lo padezca. Hay componentes culturales que pueden intervenir a fin de modificar ligeramente esa reacción fisiológica simple.

Pero el ser humano no ha evolucionado con base en reacciones fisiológicas como los estornudos, los bostezos o la tos. Las relaciones entre los humanos no se han modificado por causa de fenómenos tan elementales como éstos. A lo más, se ha producido alguna norma de cortesía o modales de salón, pero el curso del progreso o la evolución humana, cualquiera que éste sea, no tiene en estas expresiones un fundamento para llevarse a cabo.

No ocurre lo mismo con la actividad sexual, o todavía más, con el origen y el desarrollo del arte, el cual es una actividad en la que el vínculo con los componentes biológicos humanos es casi inexistente. La poesía: el ejemplo puesto por Jenks, es, como cualquier otra actividad artística, una de las expresiones más radicales y completas de la libertad. Dentro de las facetas de la evolución humana, el arte juega uno de los papeles principales. El desarrollo humano es incomprensible sin el arte y el arte no guarda relación manifiesta con la biología. La evolución del arte es muestra de la compleja dirección del ser humano.

Y ya que se habla de eso es pertinente preguntar a los psicólogos evolutivos, ¿por qué mientras el criterio estético para otros objetos —ya sean resultado de la actividad artística o no— se ha desplegado, diversificado, multiplicado y liberado de patrones que alguna vez parecieron universales, los seres humanos han de permanecer igual y sujetos a los mismos intereses con los que se originaron en el Pleistoceno?

El punto a debatir contra la psicología evolutiva es, ¿cuál es el límite de la libertad?, ¿con qué se puede fijar y conocer? La esfera del arte es la que puede aportar los mayores elementos para negar la existencia de límites a la libertad.

El espíritu humano es libre. Los límites conocidos de la libertad son fijados por acontecimientos que han tenido lugar al menos una vez o cuya posibilidad de tener lugar es algo real, puesto que se puede pensar en un hipotético acontecimiento. Se juzga así: “se puede”, “no se puede”; pero nunca será posible juzgar sobre algo que no ha acontecido. El ser humano tiene siempre la libertad de entrar en reinos desconocidos, mejor dicho, tiene libertad para construirlos. Es en el arte donde esa libertad se muestra con mayor claridad. Es en el arte donde se puede apreciar la dimensión y amplitud de las decisiones humanas, es decir, conscientes, no el resultado de designios fatales ni predestinaciones. En el arte, la creatividad humana se abre exponencialmente.<sup>27</sup>

Pero podemos decir que el deseo de predestinación, antiquísimo como es, tiene parte importante de su explicación en la ansiedad e incertidumbre por la ignorancia de las causas últimas del mundo y de la vida; en la debilidad y fragilidad del ser humano frente a la naturaleza; en la inevitabilidad de la muerte y en la incertidumbre por el desconocimiento de lo que después de ella acontece. Las formas concretas de tal ansiedad y de tal incertidumbre no obstante son muy variadas. La sensación de miedo, aislamiento, soledad o inferioridad están mediadas por las estructuras autoritarias que ha habido en cada formación social desde la aparición de las sociedades de clases. El Estado, en un sentido amplio, es una institución construida para dar cuerpo a comportamientos como los arriba señalados, al someter al individuo a intereses y conductas a favor de las clases dominantes.

### **Las conductas sexo-amorosas como fuente de cuantificación**

Sabido es que la ciencia moderna y más recientemente el positivismo lógico, conciben al conocimiento científico como aquel que es susceptible de expresarse cuantitativamente. La psicología evolutiva no puede prescindir de estas cuantificaciones, y para cumplir con sus objetivos construye distintas escalas de medida para valorar el comportamiento humano, en especial la conducta sexual. Se apoya en los estudios referentes a la asignación de recursos materiales, energéticos en específico, por parte de los individuos, a lo largo de su vida, para cada una de sus

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 45.

partes y las funciones que ejecutan. Esta asignación de recursos se lleva a cabo de manera que logre maximizar la adecuación. Para comprender el funcionamiento de un organismo de acuerdo con esta explicación surge la “teoría de historia de vida” (en inglés: Life History Theory, LHT). Kaplan y Gangestad dicen al respecto:

Fundamentalmente, la Teoría de Historias de Vida (LHT) dota de un marco de referencia que orienta el cómo los organismos, en sus procesos balanceados, deben asignar tiempo y energía para las tareas y características de modo que maximicen su adecuación.

Se trata, desde luego de cantidad de energía empleada para desarrollar una conducta. Lo que parece anunciarse aquí es cómo se integra el conocimiento al ser humano en función de los recursos que la naturaleza (la selección natural) le ha asignado para que tenga una adecuación biológica óptima. La LHT estudia ese problema. Lo que cuenta para ella son las asignaciones de recursos. Éstos son su parámetro.

Y como la conducta humana es toda ella una conducta sexual dirigida a la reproducción, es necesario explicarla en función de la LHT, de la asignación balanceada de recursos. Es necesario, entonces, encontrar en parámetros físicos relacionados con la sexualidad, la base de la repartición de estos recursos. El parámetro esencial se pretende buscar en las células sexuales. De acuerdo con Kaplan y Gangestad: “*El sexo es definido por el tamaño del gameto, siendo el sexo femenino aquel con el gameto más grande. Gametos grandes representan una inversión energética inicial en la progenie.*”<sup>28</sup>

En el más cartesiano de los lenguajes, el tamaño del gameto es lo que define al sexo. Dos tamaños distintos, dos comportamientos diferentes, dos sexos, dos intereses opuestos. Todos derivados del tamaño del gameto y, derivados a su vez de esto, su movilidad y su cantidad producida por unidad de tiempo. Una sola dimensión y una sola característica tangible: la extensión, de la cual se derivan todas las demás características. La conducta humana y la cultura, todas, derivadas de los tamaños de los dos gametos.

Y así explicado el inicio de la conducta sexual humana, se requiere de otra teoría que explique en concreto las supuestas diferencias conduc-

<sup>28</sup> Kaplan, H. y S. W. Gangestad (2005): “Life history theory and evolutionary psychology”, en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 68-95.

tuales sexuales entre hombres y mujeres. La teoría de estrategias sexuales (en inglés: Sexual Strategies Theory, SST) aparece como una de las herramientas más importantes para explicar el comportamiento sexual humano por parte de las pseudociencias del determinismo biológico. Explicada con los criterios de la LHT, subordinada a ella, la SST explica que existen tres rasgos característicos de la conducta sexual humana: un mayor deseo de variedad de parejas sexuales en los hombres con respecto a las mujeres; un menor tiempo en los hombres para consentir una relación sexual que en las mujeres y una mayor actividad en los hombres que en las mujeres para buscar parejas sexuales.<sup>29</sup> Mediante esta estrategia, los hombres se aprovechan de los beneficios potenciales reproductivos de la promiscuidad, no así para las mujeres, quienes no ganan nada invirtiendo en breves y continuos contactos sexuales.<sup>30</sup> En lo que se refiere a relaciones más duraderas “*Mientras los hombres deben enfocarse más en la juventud y atractivo de sus parejas de larga duración, las mujeres deben estar más fuertemente familiarizadas con el estatus y las posibilidades de sus parejas para adquirirlo.*”<sup>31</sup>

La psicología evolutiva no es exclusiva en el invento de escalas como la mencionada arriba, pero sí las utiliza. En los aspectos referentes al afecto, el amor y la atracción, se había inventado desde finales de los años cincuenta el llamado “Nivel de Comparación” (Comparison Level o CL),<sup>32</sup> es decir: “*el patrón de medida que los individuos usan para evaluar el atractivo de su relación y cuan satisfactoria es.*”<sup>33</sup> La CL es la medida “*del grado al cual los resultados generales de una relación exceden a los resultados que un individuo cree que merece.*”<sup>34</sup> Por otro lado, una llamada “Teoría de la interdependencia” propone que la gente debe estar insatisfecha con una relación en la que recibe cantidades inferiores de lo que merece o piensa que merece.<sup>35</sup> No conformes con tan poca cuantificación del afecto y atractivo por otra persona, se ha propuesto medirlo en función

<sup>29</sup> Buss, D. M. y D. P. Schmidt (1993): “Sexual strategies theory: An evolutionary perspective on human mating”. *Psychological Review* 100: 204-232.

<sup>30</sup> Schmidt, D. P. (2005): *op. cit.*, p. 271.

<sup>31</sup> Campbell, L. y B. J. Ellis (2005): “Commitment, love and mate retention”, en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 419-446.

<sup>32</sup> Thibaut, J. W. y H. H. Kelley (1959): *The social psychology of groups*. Nueva York: Wiley, citado en Campbell, L. y B. J. Ellis (2005), *op. cit.*, p. 425.

<sup>33</sup> Campbell, L. y B. J. Ellis (2005), *op. cit.*, p. 425.

<sup>34</sup> *Ibid.*

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 426.

del llamado “*valor de pareja*”, el cual se define como “*el grado en el cual un individuo promovería el éxito reproductivo de otro por medio del apareamiento con él o ella.*”<sup>36</sup>

En este intrincado y tedioso mar de índices y escalas de valoración del amor, aparece también un confuso “*Inventario de Dependencia de Rasgo-Específico*” (Trait-Specific Dependence Inventory), el cual se desarrolló con dos propósitos: “*identificar las principales dimensiones sobre las cuales las parejas reales y potenciales se evalúan y determinar las creencias acerca de la facilidad con que los resultados de una relación podrían ser encontrados en parejas alternativas*” en cada una de las dimensiones evaluadas.<sup>37</sup> El inventario en cuestión encuentra sus puntos o parámetros basándose en los llamados *Cinco Grandes* rasgos propuestos por Buss: grados de discreción, agradabilidad, consciencia, neurosis y apertura a la experiencia.<sup>38</sup> Basándose en ellos, Ellis elabora una lista de seis “*dominios de comparación entre parejas presentes y alternativas*”. Se entiende que se trata de seis características básicas en torno a las cuales se fomenta y ubica la atracción y el desarrollo de sentimientos afectivos; esas características son: el compromiso de agradar, el potencial de acumulación de recursos, la habilidad física, la estabilidad emocional, la inteligencia y el atractivo físico.<sup>39</sup>

Según Ellis y Campbell, esas seis características fundamentales llevan a que las preguntas que los seres humanos se hacen y responden, conscientemente o no, para encontrar y desarrollar sus relaciones de pareja, sean del tipo: ¿quién puede compartir *recursos*?, ¿quién es buen *cooperador* y fiel?, ¿quién es bueno cazando, peleando y “*expropiando*” recursos ajenos?, ¿quién puede alcanzar metas importantes y obtener recursos económicos?, ¿quién posee estatus y jerarquía elevados?, ¿quién es saludable (léase “*estable*”) de cuerpo y mente y tiene *buenos genes*?<sup>40</sup> Como quiera que sea, son éstos los parámetros de los altos valores de reproductividad usados por los psicólogos evolutivos y las características paradigmáticas de una “buena” pareja sexual.

De acuerdo con todos estos puntos de vista y escalas de medida, los seres humanos son analizados en tanto maquinaria reproductiva. ¿De

<sup>36</sup> Sugiyama, L. S., *op. cit.*, p. 296.

<sup>37</sup> Campbell, L. y B. J. Ellis (2005), *op. cit.*, p. 431.

<sup>38</sup> Buss, D. M. (1991): “Evolutionary personality psychology”. *Annual Review of Psychology*, 42: 459-491.

<sup>39</sup> Ellis, B. J. Simpson, J. A. y L. Campbell (2002): “Trait-specific dependence in romantic relationships”. *Journal of Personality and Social Psychology*, 55: 557-579.

<sup>40</sup> Campbell, L. y B. J. Ellis, *op. cit.*, p. 432.

qué manera esa maquinaria ha de ser más eficiente?, se preguntan los psicólogos evolutivos. Pues la selección natural ha organizado las cosas de modo que exista un sexo que pueda “excederse” en sus contactos sexuales invirtiendo poco en cada uno y otro sexo que invierte mucho, y como consecuencia tiene que restringirse. De ese modo, se alcanzaría un equilibrio que incrementaría las garantías de una mayor progenie, de una adecuación. El hombre, en su impaciencia y sus múltiples contactos sexuales, tarde o temprano encontrará una (o varias) parejas con adecuación elevada y ésta estará enormemente satisfecha de cuidar a una descendencia proveniente de sí misma y de un macho eventual de gran calidad. Aunque fuera el único contacto sexual de toda su vida, en términos darwinistas bastaría si se cumple con el requisito de la elevación de la adecuación. La restricción vale la pena. Una busca garantías, el otro arriesga.

La mujer, en este modelo, asume una sumisión sin siquiera concebirla como tal. No se da cuenta de ella, pues formaría parte de un comportamiento biológico inevitable. Esta sumisión se complementa con el dominio masculino. La avaricia de una con el derroche del otro; el cuidado de una con el desenfreno del otro. Un equilibrio perfecto y natural. Más aún, perfecto por natural.

Sin embargo, esta teoría tendrá dificultades para contestar a ciertas preguntas. Para empezar: ¿por qué la producción de gametos y sus características tiene que ser así?, ¿por qué no sucede que los dos sexos los produzcan en las mismas cantidades y ritmos, con formas iguales?, ¿en la evolución no pudo aparecer otra forma distinta de producción de gametos? Si son células seleccionadas, si las conductas derivadas de la posesión de uno u otro gameto son adaptaciones y productos de la selección natural, ¿contra cuáles conductas y gametos alternativos fueron seleccionados los existentes?, ¿cómo es que un deseo sexual está conectado con cierto tipo de órganos sexuales adaptados para cumplir su función y con los gametos que le corresponden?, ¿cómo la anatomía-fisiología de un sistema genital específico (el del hombre o el de la mujer) se conecta con las decisiones sobre contactos sexuales y el tiempo que se tarda en consentir o no?, ¿cómo es que en la mente se configura una decisión de actividad para búsqueda de parejas casuales en relación con la fisiología-anatomía de cada sexo?, ¿qué es lo que media y cómo entre esas anatomías-fisiologías sus respectivas conductas?

El punto de vista de la psicología evolutiva a este respecto, parte de una valoración peculiar y particular de las conductas sexuales, corres-

pondiente a un sistema de valores entre muchos posibles, y naturaliza esa conducta. No se juzga necesario responder a preguntas como las formuladas líneas arriba porque se considera que si el proceso de la evolución llevó a los resultados conocidos en la forma y función de los gametos, es porque esa era la única manera en que aquello tenía que ocurrir, que se trata de procesos que enlazan la genética, la reproducción y la moral por virtud de una serie de predeterminaciones. La evolución por selección natural no tendría otra función que la de encontrar esos destinos “predeterminados” en los organismos y en los humanos en específico y enlazarlos. De ese modo, las consecuencias de las características de los gametos en la conducta de los humanos son la huella de aquellos, su impresión y reproducción en el marco de la moral. Se trata, con todo esto, del ya legendario proceso de transferencia de ciertos valores y principios de una realidad concreta a los procesos naturales, de la realidad particular y cambiante, a la perenne realidad permanente.

Todo esto pretende sustraerle a las conductas amorosas su condición y naturaleza de subjetividad, abstraerlas de los contextos en los que se producen y expresarlas sin las propiedades cualitativas que las conforman. Se busca encontrarles lo que les es extraño: un valor de mercado, un parámetro mercantil. La satisfacción y el atractivo medidos empresarialmente como parámetros de posesión, maneras de evaluar la potencialidad o la susceptibilidad de la pareja por ser poseída. Valores de éxito, fama, acumulación de poder a través del tiempo o del número de apareamientos.

Hagamos notar que nunca en los trabajos de la psicología evolutiva se formulan preguntas ni se plantean problemas referentes al buen juicio de los sujetos, a su sensibilidad, al sentido de justicia y de libertad, a la capacidad crítica, de apreciación del arte o la capacidad de producción de conocimiento original y cuestionador; al talento, a la capacidad de hacer y promover el bien, la solidaridad; a la capacidad de promover la eliminación del sufrimiento, de la carencia o escasez de lo más elemental para la vida humana, de acabar con los malos tratos, con la humillación, con la cobardía, con la felonía o la crueldad. Nunca, jamás una mención a los esfuerzos para erradicar el racismo, el sexismo, la homofobia, o el clasismo como fuentes de surgimiento del afecto y del amor.

Nada de eso. Para la psicología evolutiva el amor no tiene una esfera propia, ligada a las cualidades o actitudes arriba mencionadas. El ser humano no tiene alternativa dentro de esta concepción opresiva y subyugadora del pensamiento único que alcanza a las ciencias de la

vida y a la teoría de la evolución. En vez de que los valores mercantiles y los criterios empresariales sean comprendidos como resultados específicos, con un carácter histórico, y transitorio, propio de ciertas relaciones entre muchas de las posibles entre los seres humanos, son proyectados hacia el humano como si fueran los únicos existentes en una realidad supraindividual y suprahistórica. Para ello, la psicología evolutiva se dota de conceptos tales como: recursos, éxito, estabilidad mental, salud mental y fertilidad, entre otros. Algunos de estos conceptos denotan y señalan las formas de comportamiento propios para la reproducción de la visión hegemónica contemporánea del mundo: la visión capitalista neoliberal.

Un sentimiento universal como el amor, que es más que un sentimiento, es una de las formas más complejas y elaboradas y responsables de construir la vida social y el mundo; si bien adquiere formas específicas y diversas en las culturas y periodos diversos, es un sentimiento liberador y potenciador en gran escala.<sup>41</sup> Hace que el ser humano encuentre un sentido a su vida por medio del aumento de su integridad y de sus infinitas capacidades de solidaridad, ayuda, entrega, don. En cambio, en la concepción de la psicología evolutiva, aquel no es más que un apéndice del intercambio de mercancías, un auxiliar al servicio de fuerzas sin dirección, y por fuera del control y la conciencia del sujeto, de las relaciones opresivas del poder capitalista-patriarcal. La universalidad del sentimiento amoroso se hace derivar de la falsa concepción de la universalidad de las relaciones de propiedad privada. Se intenta legitimar esta forma peculiar de relación propiedad-valor de cambio-amor.

### ***a) Una teoría sobre equilibrios inexistentes***

Como el conjunto de la conducta sexual humana y la cultura derivada de ella, según la psicología evolutiva dependerá de características físicas antagónicas de células sexuales, y como estas características se juzgan de

<sup>41</sup> Para ampliar el conocimiento acerca del amor como construcción social, desde el punto de vista de los estudios de género, puede consultarse también, entre otras: Lagarde, M. (2001): *Claves feministas para la negociación del amor*. Managua: Puntos de Encuentro; Beauvoir, S. (2005) [1949]: *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra; Hierro, G. (1985): *Ética y feminismo*. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras; Firestone, S. (1972): *The dialectic of sex: The case for feminist revolution*. Londres: Paladin; Amorós, C. (1991): *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos; Scott, J. W. (1999): *Gender and the politics of history*. Nueva York: Columbia University Press.

acuerdo con una visión mecanicista, se dibuja entonces una imagen de la sexualidad humana como una actividad de fuerzas mecánicas antagónicas cuya resultante es igual o tiende a igualarse a cero: los muchos espermatozoides producidos se compensan con los pocos óvulos, su movilidad con la inmovilidad ovular, su pequeñez con la grandeza del óvulo; la agresividad, ambición y desperdicio de actividad sexual masculina con la reserva, la timidez, y el carácter “ahorrativo” de recursos propio de lo femenino. Es una visión de compensaciones.

Los hombres, dice Sugiyama en concordancia con lo analizado en el apartado anterior, aunque maduran más lentamente que las mujeres y se reproducen posteriormente a ellas, encuentran una compensación para eso en la exhibición de una variación mayor en el éxito reproductivo (la cual estaría dada por su tendencia a la promiscuidad).<sup>42</sup>

Explicado de este modo las naturalezas sexuales masculina y femenina parecen ser el resultado de cursos evolutivos premeditados, preexistentes a los humanos mismos y en los que éstos no intervienen.

Esta visión teleológica aceptará sin dificultad el que la conducta sexual masculina más la femenina, estaría ya predeterminada en la medida en que existiría esa tendencia al equilibrio y balance, en la que el comportamiento de un sexo se tendría que complementar con el del otro. Es verdad que se crean continuas situaciones de conflicto entre hombres y mujeres por causa de sus dos naturalezas sexuales distintas, pero ese conflicto no se va a resolver con una modificación de las relaciones entre los elementos que intervienen en él; no se expresará como una negación de la situación previa y con la aparición de propiedades nuevas en el sistema, sino mediante un retorno recurrente a la situación inicial; a un estado de cosas dominado por la estabilidad o al menos tendiente a ella, a un sistema de funcionamiento siempre dominado y marcado por las mismas reglas y leyes. No se esperan nunca rupturas, emergencias o cambios cualitativos. Esa situación de estabilidad debe ser así porque sería el garante, poblacionalmente hablando, de la reproductividad óptima, que se optimiza gracias a la sumatoria de comportamientos individuales homogéneos a través de la población.

Las conductas y comportamientos sexuales de hombres y mujeres se acoplan como una llave a una cerradura, del mismo modo que las anatomías genitales de unos y otros lo hacen. A este acoplamiento ana-

<sup>42</sup> Sugiyama, L. S. (2005), *op. cit.*, p. 301.

tómico: un equilibrio en las formas, le corresponde un acoplamiento fisiológico: un equilibrio en los tamaños, movilidades y cantidades de gametos de uno y otro sexo y desde luego uno conductual. Por extensión, la cultura toda, sirviendo al interés reproductivo, va a ser interpretada como el resultado de esas dos naturalezas sexuales, tan perfectamente acopladas para cumplir con su misión central: la reproducción biológica de la especie. Es decir, la conducta humana es concebida como una conducta de equilibrios, como un comportamiento con fines y medios predeterminados; las diferencias que en ella se dan de individuo a individuo son pequeñas variaciones incidentales ya consideradas en el sistema; no son creación ni improvisación, sólo aplicación de opciones establecidas en el imperativo biológico reproductivista.

Desde la óptica de la psicología evolutiva, por tanto, no existen propiamente opciones distintas de conducta y de sexualidad que puedan ser creadas, inventadas y desarrolladas por cada individuo. Por lo tanto, no cabe la posibilidad de tomar decisiones sobre cada una de ellas. El evolucionismo así preconizado es una raquílica explicación de técnicas predeterminadas para alcanzar un abstracto propósito de producción de progenie; no es una teoría propiamente dicha de la evolución, pues nunca alcanza a abarcar una explicación de la totalidad de proceso estudiado.

Pero si se llega a escudriñar un poco más profundamente, se encontrará que esta visión de la sexualidad está fuertemente enraizada en una concepción “estabilizadora” o “estabilizante” del mundo; una idea según la cual existe una situación permanente de balance y estabilidad en el universo, la cual no puede ser rota nunca y, por supuesto, es el resultado de la permanencia de fuerzas y causas eternas, atemporales. Pero resulta ser que no está justificada ni teorizada nada sobre el equilibrio. Éste se constituye en una noción ideológica que constriñe las iniciativas y las decisiones humanas. La ciencia moderna, burguesa en sus expresiones centrales, es prolífica en explicaciones sobre equilibrios dinámicos, es decir, sobre formas de movimiento en las que lo que resulta es siempre la vuelta a una situación inicial, el respeto a condiciones y reglas de ésta. Se pueden encontrar expresiones sobre esto en la física newtoniana, en la geología uniformitarista de Charles Lyell, en la demografía malthusiana y en la economía política.

¿En torno o en función de qué se juzga esta estabilidad? ¿Cómo se explica históricamente esta interpretación del universo? ¿Por qué tan generalizada está esa interpretación dentro de la ciencia? El concepto de universo estable es también una concepción ideológica, una cons-

trucción social, no necesariamente un reflejo de la realidad; implica que en el universo hay un orden que no puede alterarse más allá de un límite,; que las modificaciones que en él ocurren, ocurren siempre dentro de aquel. Pero en principio, la demarcación de tales límites es algo que el investigador determina de una manera más o menos arbitraria. No existe a propio ningún hecho que determine los límites absolutos en el funcionamiento de algún sistema de estudio. La concepción ideológica consiste en pensar que ese límite es impasable, que las reglas que se han establecido para el funcionamiento de ese sistema, no pueden cambiar, que el cambio ha existido en el pasado, pero ya se ha llegado al punto en el que aquello que cambió no cambia más, no va más allá de los límites de lo conocido por la ciencia; que ese orden es el orden natural de todo el universo en sus diversos aspectos. De sobrepasarse ese límite, el sistema bajo estudio se convertiría en una amalgama de elementos tendientes al caos, que por tanto no se podría conocer. Todo lo que no sea *ese orden, ese equilibrio, esa estabilidad*, ya determinados y demarcados por el sujeto cognoscente, sería incomprensible por caótico. No se considera la existencia de otro orden ni siquiera como posibilidad. Menos la de un orden dinámico con la aparición de nuevas propiedades, transformable en función de sus relaciones internas.

La existencia de dos gónadas, sexos, comportamientos masculinos y femeninos perfectamente diferenciados todos, claramente estables y con comportamientos reiterativos y predecibles, es un ejemplo de esta visión ideológica del mundo. La forma de comportamiento de los seres humanos se desprende de las unidades reproductoras más claras: las gónadas; y condiciona el comportamiento de los individuos de modo que sean sólo los vehículos de transporte de los genes, pero nada de lo que éstos puedan hacer cambiará ese equilibrio en las relaciones hombre/mujer. Está *dado*, es anterior a lo que cualquier ser humano, con su conciencia o sin ella, con su actividad o sin ella, pueda hacer.

Ése es el fundamento ideológico de las teorías de la estabilidad y del equilibrio: Proyectar mundos estáticos, órdenes que no pueden ser superados.

### **Masculino/femenino o la falsedad de los tipos**

El concepto de masculinidad es otro problema interesante a analizar. Dada la costumbre de la psicología evolutiva de entender los complejos

problemas de la sexualidad humana como unidimensionales, no sorprende que para entender las preferencias sexuales femeninas por algo tan intrincado como la masculinidad facial, se interprete ésta como un conjunto de rasgos tales como el tamaño de las quijadas, la forma de la cara y cejas espesas y prominentes.<sup>43</sup>

Éste es un manejo deficiente del concepto. En la relación cultural, la masculinidad es un conjunto muy complejo de aspectos a los que se les van asignando caracteres sexuales porque aparecen por lo general en individuos con gametos y gónadas llamadas masculinas, y entonces se les juzga como si fueran los complementos generales que llevan a desarrollar la conducta sexual promiscua con la que se caracteriza a lo masculino, de acuerdo con la SST. Es decir, como si esas características faciales y de otras partes del cuerpo, indicaran directa y certeramente con qué tipo de valores y conducta sexuales nos enfrentamos en un individuo así. Dada esa correspondencia, son, pues, esos aspectos los que se constituyen en la masculinidad. No son los sexuales y anatómicos por sí mismos los que la constituyen. Parecen ser así porque posteriormente a la asignación de esos rasgos como “masculinos”, adquieren una presencia y funciones que aparentan devenir naturalmente la función sexual que tiene lo masculino, es decir, de esos rasgos que le fueron dados por el carácter de masculino que se le asignó. Pero con ese procedimiento lo que en realidad ocurre es que se oculta la totalidad de los procesos sociales que llevaron a esa asignación. Y de ese modo resulta mucho más cómodo y sencillo manejar no sólo el término, sino buena parte del conjunto de propiedades y conductas asociadas al mismo.

Pero la masculinidad (y la feminidad, por supuesto), no se especifica en realidad por los rasgos anatómicos y sexuales que parecen constituirlos. Para tener una idea global y completa de lo que constituye a lo masculino como categoría dinámica, habría que integrar y articular distintos ámbitos de la vida social, antropológica, estética, psicológica, socioeconómica y biológica, cuando menos, sin de inicio reducir a uno de ellos esa condición. Es decir, tendrían que ser aprehendidos en el recorrido que efectúan en el conjunto de sus interacciones y momentos específicos; no hacerlos derivar linealmente de una característica

<sup>43</sup> Gangestad, S. W., Thornhill, R. y C. E. Garver-Apgar (2005): “Adaptations to ovulation”, en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 344-371.

resultado de secreciones hormonales. La masculinidad es, pues, una construcción cultural, un proceso transitorio y un devenir, es una concepción subjetiva en continua transformación.

### ***a) Competencia por esperma y reificación de la conducta***

Se ha expuesto ya cómo la búsqueda que hace la psicología evolutiva de un fundamento adaptativo para explicar toda característica conductual contiene fuertes elementos reificadores. Es como parte de este proceso de reificación como surge la teoría de la competencia por esperma. La competencia por esperma ocurre, según los defensores de esta teoría, debido a la necesidad del individuo de sexo masculino por asegurar lo más posible una fecundación con los espermatozoides propios —y los genes contenidos en ellos—. Los de otros sujetos son entendidos como “rivales”.

La evidencia de una historia evolutiva de infidelidad y competencia de esperma, se muestra por la ubicuidad y poder de los celos sexuales masculinos. Ésta puede evolucionar sólo si la infidelidad sexual femenina fuera una propiedad recurrente de la historia evolutiva humana, y la infidelidad sexual femenina incrementa la posibilidad de que el esperma de dos o más hombres ocupen el tracto reproductivo de una mujer.<sup>44</sup>

En esta cita encontramos una mezcla y aglomeración abusiva de varios términos. Al margen de que sus autores no prueban la existencia real de esta competencia, y sus aseveraciones permanecen —como siempre— en una esfera de elevada especulación ideológica, que tiene al concepto de competencia como el eje rector, los celos y la infidelidad son explicados en el mismo plano de la “calidad” del esperma. El hombre que posea un esperma de mayor calidad, podrá vencer en la competencia a los espermatozoides de parejas rivales y contrastar la infidelidad de la mujer y justificar de ese modo sus celos e impulsos de posesión, o bien contraponer la calidad del esperma a éstos.

Esto es explicar las cosas como si la conducta infiel femenina y los celos masculinos hubieran sido producidos ambos con el esperma

<sup>44</sup> Shackelford, T. D., Pound, N., Goetz, A. T. y C. W. Lamunyon (2005): “Female infidelity and sperm competition”, en Buss, D2-. M., *op. cit.*, pp. 372-393.

y sobre todo en el mismo nivel explicativo acerca de éste, como si un conglomerado de células sexuales y líquidos que actúan como vehículo de su preservación y transmisión, junto con los órganos que lo producen, fuera lo mismo que un sentimiento de propiedad privada o como si el esperma en sí estuviera animado con los sentimientos mismos para poseer a la persona “amada” como algo exclusivo; como si estos sentimientos surgieran simultánea y necesariamente unos a partir del otro; como si ambos estuvieran asociados a la infidelidad femenina y a la promiscuidad masculina para expresarse, junto con espermatozoides de calidad distinta. Ésta es una visión animista propia de un periodo pre-científico. Se trata de dotar al semen de una conciencia acerca del papel de la propiedad privada, en general, y de la descendencia y de la pareja reproductiva. Debe existir al menos una correspondencia biológica para prevenir infidelidades femeninas o sus efectos en el intento de destrucción o debilitamiento de un deseo posesivo masculino. La infidelidad femenina dispararía la competencia espermática en presencia de los celos masculinos, de moderados a débiles. Unos celos fuertes, al reducir la infidelidad femenina, reducirían la necesidad de la competencia espermática, pero la competencia en sí nunca se elimina, simplemente se sustituye la competencia dentro del útero por otra fuera del mismo. Por eso el esperma debe contener esa conciencia sobre el papel de los celos y transmitirlos en los trozos de ADN.

Se trata de otra versión de un proceso de reificación más confusa que otras presentes en la psicología evolutiva; una reificación en la que se mezclan fluidos corporales, gametos, sistemas genitales e impulsos sentimentales basados en la defensa de la propiedad privada.

La especulación y la reificación parecen no tener límites. A partir de sus especulaciones sobre la naturaleza de la infidelidad, los autores citados se meten en la interpretación de las fantasías sexuales. Afirman, así, que si bien es cierto que los hombres tienen una mayor cantidad de fantasías de relaciones sexuales múltiples, los estudios sobre el particular, indican que las mujeres tienen fantasías sobre sexo poliándrico.<sup>45</sup> Se infiere a partir de esto que, como no hay fantasía que no tenga al menos una mínima posibilidad de ser llevada a la práctica, entonces existen amplias posibilidades de llevarlas a la acción y desatar todo el proceso de la competencia por esperma.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 377.

Todas estas especulaciones son infalsables. El mundo de la fantasía ni puede manejarse en el discurso de la ciencia del modo como lo hace la psicología evolutiva, la cual, en rigor, convierte el estudio de las fantasías en la conducta sexual humana en una fantasía ideológica ceñida a sus criterios cerrados acerca de la condición humana. La fantasía no es un objeto ni una magnitud. Es quizá la parte más subjetiva de la subjetividad. Es la imaginación, el pensamiento que ronda por su ámbito más laxo y flexible. Es justo la esfera en la que la libertad y la ruptura con el estereotipo se expresan de manera más clara, pero también muy compleja. Es la ruptura con toda regla y la imposibilidad de ser controlada, en la medida en que nadie puede entrar en la imaginación de otro. Es un ámbito en el que difícilmente una encuesta o un test pueden indicarnos algo certero debido a la imposibilidad de corroborar la veracidad de las respuestas de la gente sobre el particular, pues la alteración de la verdad sobre la conducta sexual de cada quien forma parte de la propia fantasía.<sup>46</sup> Ni siquiera un *súper yo* muy desarrollado (en la terminología freudiana) logra controlar la fantasía de nadie para imponer un tema o forma de imaginar el mundo.

La psicología evolutiva ignora todo esto e intenta proyectar la imagen de la fantasía aprisionada por siempre en la lógica de la reproducción, justificándola una y otra vez como objetivo final de la vida humana. Intenta convencer, sin mostrar nunca pruebas, que la reproducción es lo que la orienta, lo que le da sentido y contenido a lo fantástico; que no se fantasea otra cosa que no desemboque en la producción de progenie. Convierte la libertad interna de cada sujeto en estereotipo, en patrón de medida de la eficacia reproductiva, en elemento del valor del apareamiento o de la adecuación biológica. Dirige el universo de la riqueza del pensamiento y de la imaginación hacia el pobre y monótono mundo del intercambio del mercado y de la competencia; unifica forzosamente lo que por su carácter subjetivo, intangible e intraducible a magnitudes, es diverso, restringe sin mediación alguna aquello que es variedad e improvisación. Convierte el talento y la sensibilidad en valor de cambio, en divisa, en herencia potencial de las posesiones materiales o en nueva fuerza de trabajo vendible y comprable.

<sup>46</sup> Lewontin, R. C. (2000): "Sex, Lies and social sciences", en Lewontin, R. C.: *It ain't necessarily so: The dream of the human genome and other illusions*. Londres: Granta Books, pp. 227-254.

El sentido de la competencia por esperma es el lograr la producción de una prole con la adecuación más elevada, dado un interés masculino múltiple de apareo con una mujer en específico. Los autores mencionados nunca logran mostrar cómo la fantasía se conecta con el interés por reproducir la especie con la garantía de esa elevación en la adecuación; no se explica nunca cómo es que un esperma superior en “calidad” va a adquirir una conciencia o una percepción de sí mismo y de otros espermatozoides para vencer a los de “calidad” inferior, que por casualidad han entrado casi simultáneamente a él en la vagina de la misma mujer. Este elemento va a ser muy importante, pues no basta con la conciencia que un sujeto (masculino o femenino) tenga de sí mismo y de sus cualidades para aparearse exitosamente con más de una pareja. Si esta pareja femenina es infiel o poliándrica se requiere de la participación del esperma. Éste, según el enfoque que analizamos, intervendrá activamente en la disputa por impulsar a uno de sus espermatozoides a fecundar el óvulo de la mujer en cuestión, en contra de los gametos provenientes de otros espermatozoides.

Pero una vez más, aquí la psicología evolutiva no sólo no logra establecer las conexiones causales y las mediaciones entre la conducta sexual de los sujetos y la de los espermatozoides, y en cambio nos conduce a través de los nebulosos derroteros del animismo, al dotar a los fluidos del tracto genital y a los gametos, de una cierta conciencia de su papel en la reproducción como resultado de los procesos de adaptación y selección natural. Sin embargo, el animismo ha mostrado su nulo aporte a la ciencia a lo largo de la historia. No deja de ser curioso el cómo la pseudociencia, especialmente en las ciencias de la vida, en su obsesión por quitar al ser humano las responsabilidades por su conducta, echa mano de estos recursos místico-acientíficos con alguna frecuencia. La teoría de la competencia por esperma no puede convertirse en conocimiento fiable dada su condición de especulación fantasiosa.

Y más aún la fantasía sexual, no sólo masculina, sino femenina, va, como lo indican los autores citados, mucho más allá de la “*variedad sexual*” (*sic*), (entendiéndose aquí por “*variedad*”, no la diversidad de preferencias de género, sino la multiplicidad de parejas del sexo llamado “opuesto”), al mencionar que la competencia por esperma puede ser útil para entender las fantasías sexuales masculinas. Va más allá por razones opuestas a las que los psicólogos evolutivos postulan. Va más allá porque en innumerables ocasiones no contienen ningún

elemento de reproducción biológica. La fantasía sexual se mueve en los múltiples planos de sensualidad y la sexualidad no reproductiva; en el plano de las manifestaciones libres y frecuentemente patologizadas de la personalidad; en el plano del erotismo como fin en sí. Ejemplos de esto lo son: fantasías pedófilas y pederastas, gerontófilas, zoófilas, coprófilas y necrófilas; fetichismos diversos como la utilización de prendas de ropa o accesorios diversos; perfumes y cosméticos de lo más variado; fantasías sadomasoquistas en las que frecuentemente el acto de penetración es lo menos importante y no siempre se concluye con él (pues su finalidad es la de producir dolor y sufrimiento en uno mismo o en la pareja), voyeurismo y su equivalente con sonidos (como en las hot lines) o con olores. Existen las fantasías masturbatorias, y hasta la propia asexualidad es o puede convertirse en una costumbre fantasiosa.

Nada menciona la psicología evolutiva sobre todo esto, mostrando un desconocimiento marcado acerca del tema. De cualquier manera tendrá una explicación preparada de antemano, en el sentido de entender estas fantasías como preparaciones para entrenamientos o preparaciones para la acción sexual reproductiva directa.

### ***b) La violación justificada***

La obsesión de la psicología evolutiva y dentro de ella, la teoría de la competencia de esperma, por entender toda actividad sexual humana como forma de reproducción, alcanzan niveles escandalosos cuando se interpreta el papel de la coerción sexual y de la violación.

La crítica de los puntos de vista biologicistas sobre la violación alcanzaría para escribir un volumen completo. Malamuth *et al.*, se refieren a los puntos de vista de Thornhill y Palmer<sup>47</sup> en el sentido de que la violación tendría un carácter adaptativo (para no salir del ya a estas alturas monótono punto de las adaptaciones por selección natural). Mencionan que esos mecanismos:

<sup>47</sup> Thornhill, R. y C. T. Palmer (2000): *A natural history of rape: Biological bases of sexual coercion*. Cambridge, MA: MIT Press. Existe edición en español: Thornhill, R. y C. T. Palmer (2006): *Una historia natural de la violación: Los fundamentos biológicos de la coerción sexual*. México: Océano.

... son propios de la competencia de esperma. Por ejemplo, si los conteos de esperma proveniente de las eyaculaciones producidas durante la violación difieren de aquellos derivados de una copulación consensuada, de modo tal que los violadores hayan dejado más grandes cantidades de esperma en la violación, esto podría indicar una adaptación a la violación asociada con la competencia de esperma y diseñada para incrementar la probabilidad de inseminación durante la violación.<sup>48</sup>

Salta a la vista el hecho de que la violación es explicada como un mecanismo adaptativo de competencia de esperma. De acuerdo con sus principios, se trata de un proceso enteramente biológico, natural, que sería positivo evolutivamente en la medida en que la competencia por esperma que genera permitiría la fecundación de un óvulo por parte del espermatozoide de un individuo que podría ser calificado de intrépido y con iniciativa, tanto que se atreve a violar. Con los criterios competitivos utilizados por los autores para medir la calidad de una progenie, se esperaría que la adecuación biológica de la progenie de los violadores se incrementara, lo cual es positivo en la evolución. El fin justifica los medios para los autores del trabajo mencionado, aunque éstos se intenten curar en salud cuando afirman evitar cualquier naturalización de esta conducta, para no incurrir en la comisión de la falacia naturalista.<sup>49</sup>

Para los autores de este ensayo “...*el relativamente elevado despertar a la sexualidad mediante la coerción entre los hombres debe asociarse con el mayor éxito en el uso que las tácticas sexuales coercitivas tienen, y que contribuye a la adecuación reproductiva bajo algunas circunstancias.*”<sup>50</sup> Esta alusión a la violación como mecanismo de incremento de la adecuación biológica anuncia una forma eufemística y complaciente de explicarla, y en términos biológicos, de justificarla. Pero la posición de los psicólogos evolutivos no se sostiene ni siquiera respetando sus propios criterios adaptacionistas y adecuacionistas. Un hijo o hija que sea producto de una violación difícilmente motivará a la madre a asignar recursos suficientes para el cuidado parental, para dotar a los hijos del afecto y buen trato

<sup>48</sup> Malamuth, N. M., Huppín., M. y B. Paul (2005): “Sexual coercion”, en Buss, D. M., *op. cit.*, pp. 394-418.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 394.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 402.

que teóricamente prodigarían a un hijo deseado y planeado, es decir, en condiciones de estabilidad emocional y socioeconómica, con lo cual la adecuación biológica de los descendientes caería muy por debajo de lo esperado.<sup>51</sup>

La superficialidad de la psicología evolutiva, su conservadurismo y adhesión a visiones acrílicas sobre la sociedad y la sexualidad, se expresa también en lo que se refiere a la proliferación de enfermedades venéreas como explicación de la conducta sexual restrictiva de las mujeres. Según esto, las mujeres requieren ser más selectivas, cautelosas y ocasionales en sus encuentros sexuales, debido su supuestamente mayor proclividad a la adquisición de enfermedades venéreas; esto les daría (¡por enésima vez!) ventajas adaptativas en el transcurso de la evolución, por medio de la prevención del contagio.<sup>52</sup>

El argumento parece poderoso e inderrumbable. Pero no es así. Es lamentable que al explicar todo en función de las adaptaciones y la selección natural, no se ponga la más mínima atención a los aspectos morales que rodean a toda la problemática de las enfermedades de transmisión sexual. Lo primero que sucede con una mujer que ha sido contagiada por una de estas enfermedades, no es una preocupación por la disminución de su fertilidad y con ello la de su adecuación biológica, sino una verdadera angustia irrefrenable por la condena moral de la que será objeto, antes de cualquier preocupación por su tratamiento médico. Esta condena puede ir desde el regaño al castigo más o menos violento, al insulto, e incluso a la expulsión del clan familiar. La mujer que se vea contagiada de eso, si no está casada o ha sido infiel, primariamente se exhibe como alguien que ha llevado a cabo una acción prohibitiva para su vida como lo es una relación sexual extra o premarital; es decir, alguien que ha practicado su sexualidad con “cualquier” persona, sin recato alguno. La condena moral al acto sexual es lo que orilla a multitud de mujeres a evitarlo. Este fenómeno es especialmente agudo en los países coloniales y semicoloniales, en los lugares y culturas

<sup>51</sup> Todo esto, dicho sea de paso, pone en tela de juicio la utilidad del concepto de adecuación cuando es aplicado a *H. sapiens*, pues en esta especie la procreación es una actividad en la que se involucran deseos, intereses económicos, prestigio, sumisión, aceptación o rechazo de los valores morales hegemónicos, ansias de realización e integración personales, necesidad de aceptación social, compulsiones y neurosis, afectos, sentimientos amorosos y necesidad de transmitirlos, intereses de ejercicio de poder, de control y dominio, afanes sadomasoquistas y muchos componentes más que interactúan constantemente con independencia de los componentes biológicos.

<sup>52</sup> Campbell, L. y B. J. Ellis (2005), *op. cit.*, p. 421.

dominadas por el judeocristianismo-islamismo y en los amplios círculos conservadores de todo el mundo.

Muchas otras enfermedades no de transmisión sexual pueden ser transmitidas durante la relación sexual o mediante algún contacto corporal: un simple beso o una caricia pueden causar contagios de enfermedades, dérmicas, de las vías respiratorias o de las digestivas. Ni que decir que estas pueden transmitirse también en una relación sexual completa, pero nadie va a sentirse moralmente acosado ni condenado por haberse contagiado de un catarro, una gripe o una urticaria o roña, porque en casos como éstos no resulta evidente que el contagio se haya producido por medio de un contacto sexual, pues existen muchas otras formas de contacto que pueden ser usadas como explicación de aquel. En el caso de enfermedades de transmisión sexual es precisamente el carácter de éstas lo que las convierte, repito, en condenables moralmente, y lo que actúa como un freno poderoso para el ejercicio de una sexualidad libre entre las mujeres.

Desde luego que la psicología evolutiva tendrá preparada de antemano una respuesta para esta objeción: la moral —se dirá—, es una adaptación biológica, producto de la selección natural, está inextricablemente ligada a la sexualidad, actúa como protector de las naturalezas sexual masculina y femenina, en especial a las restricciones para su ejercicio en las mujeres. La condena moral a ellas, si adquieren una enfermedad de transmisión sexual, es parte de las instrucciones codificadas en los genomas para configurar los mecanismos que hacen que las mujeres cuiden sus relaciones y sean cautas y reservadas para elegir a su (en singular) pareja. Desde luego esto es imposible de corroborar, pero mientras no sea falsada, la psicología evolutiva asume sus tesis como verdaderas, y construye una tesis infalsable por todas partes.

### **Wilhelm Reich: una visión crítica radical de la naturalización del patriarcado**

Las tesis de Wilhelm Reich (1897-1957), psicoanalista discípulo de Sigmund Freud, que posteriormente se separó de él y desarrolló brillantes puntos de vista acerca de las raíces sociales de la represión sexual y sus nocivos efectos, acuden en nuestra ayuda en el cuestionamiento de los puntos de vista de la sexualidad humana sostenidos por la psicología evolutiva, y esto a pesar del hecho de que en vida de Reich la psicología

evolutiva y otras ramas del determinismo biológico contemporáneo aun no se habían desarrollado.

De acuerdo con Reich, la forma hegemónica de ejercicio de la sexualidad, basada en la monogamia y el reproductivismo, que es la forma defendida por la psicología evolutiva, es altamente represora de los deseos sexuales de todas las personas; dicha represión se ejerce en el seno de la familia desde las etapas más tempranas de la vida de los niños y niñas y es la principal fuente de neurosis y demás desequilibrios mentales de las personas. Todo este proceso no es ni un resultado inevitable o fatal del desarrollo histórico de la humanidad ni mucho menos el resultado de una naturaleza biológica de los seres humanos. Es, según Reich, el resultado del desarrollo de una forma específica de moral, que es propia y característica del capitalismo, es una moral sexual, o para decirlo en los términos exactos usados por Reich, es la “*moral sexual burguesa*”.

### **a) La base freudiana**

Muchas de las raíces de esta tesis reichiana, se encuentran en el propio Freud, quien, al menos en un ensayo escrito en 1908 había ya localizado correctamente muchas de las consecuencias negativas de concebir a la sexualidad como actividad meramente reproductiva y organizarla en torno a la familia monogámica. Freud expresó en ese sentido: “*Habremos, pues, de considerar el factor sexual como el más esencial en la causación de las neurosis propiamente dichas*”,<sup>53</sup> añadiendo:

Nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de los instintos...La vida misma, y quizás también muy principalmente los sentimientos familiares, derivados el erotismo, han sido los factores que han motivado el hombre a tal renuncia, la cual ha ido haciéndose más amplia en el curso del desarrollo de la cultura.<sup>54</sup>

Y justamente señaló que hay una dimensión en la sexualidad humana que no tiene relación con la reproducción y que es más im-

<sup>53</sup> Freud, S. (1967) [1908]: “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, en Freud, S.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 18-43.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 24-25.

portante que ésta: “*Aun se nos abren nuevas perspectivas al atender al hecho de que el instinto sexual del hombre no tiene originariamente como fin la reproducción, sino determinadas formas de consecución del placer.*”<sup>55</sup> Desde luego, para Freud, la coerción de lo sexual era un producto inevitable del proceso civilizatorio. El ser humano, guiado por un “*principio de realidad*”, tenía que tomar, para impedir que toda actividad fuera dirigida el ejercicio de la sexualidad, comandado por el llamado “*principio del placer*”. Freud habla de una “*moral sexual ‘cultural’*”<sup>56</sup> como la fase más avanzada de la coerción sexual, en la que sólo se admite la sexualidad como forma de reproducción biológica de la especie. Sin embargo, reconoce los efectos tan nocivos de esta moral represora de la sexualidad; señala que “*agota las energías disponibles en el carácter*” de los jóvenes. La abstinencia, lo remarca, no forma hombres de acción, ni mentes talentosas sino sólo mentalidades mediocres indistinguibles de la masa informe:<sup>57</sup>

La educación [...] no sólo prohíbe el comercio sexual y ofrece elevadas primas a la conservación de la inocencia, sino que trata de evitar a las adolescentes toda tentación, manteniéndoles en la ignorancia del papel que les está reservado y no tolerándoles impulso amoroso alguno que ni pueda conducir al matrimonio. El resultado es que las muchachas, cuando de pronto se ven autorizadas a enamorarse por autoridades familiares, no llegan a poder realizar la función psíquica correspondiente y van al matrimonio sin la seguridad de sus propios sentimientos.<sup>58</sup>

Freud añade:

...cuando la mujer vence ya la demora artificialmente impuesta a su desarrollo sexual, llega a la cima de su existencia femenina y siente despertar en ella la plena capacidad de amar, se encuentra con que las relaciones conyugales se han enfriado hace tiempo, y, como premio a su docilidad anterior, le queda la elección entre el deseo insatisfecho, la infidelidad o la neurosis.<sup>59</sup>

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 37.

Y a pesar del biologicismo que empañó algunas de sus tesis sobre la sexualidad y sobre la inevitabilidad de su coerción, a pesar de su limitada visión de la sexualidad, la cual entiende exclusivamente como sexualidad genital, superada ya en gran medida, Freud no dudó en condenar esta coerción preguntándose si no resultaría, a la larga, peor que el mal que buscaba evitar:

Agregamos aun que, al limitar la actividad sexual de un pueblo, se incrementa en general el temor a la vida y el miedo a la muerte, factores que perturban la capacidad individual de goce, suprimen la disposición individual a arrostrar la muerte por consecuencia de un fin, disminuyen el deseo de engendrar descendencia y excluyen, en fin, toda participación en el porvenir. Ante estos resultados habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural vale la pena del sacrificio que nos impone, sobre todo si no nos hemos libertado aun suficientemente del hedonismo para no integrar en los fines de nuestra evolución cierta dosis de felicidad individual.<sup>60</sup>

Reich se apoya muy claramente en estas ideas de Freud, pero las despoja de sus elementos fatalistas o ahistóricos. En vez de ir a buscar su explicación en “esencias” o factores inalterables de una supuesta naturaleza humana, en vez de entender estos procesos como formas deterministas de sublimación de los deseos, o en fetichizaciones de los productos del trabajo humano (mercancía, propiedad, religión), busca desmistificar la sexualidad humana, entender la represión sexual como el resultado de una forma de organización y de relación propia de una sociedad en una etapa de su historia.

Es bien cierto que —siendo críticos de quien es crítico—, Reich no rompió completamente con determinismos biológicos y en algunos sentidos su teoría puede ser calificada de un biologicismo “de izquierda”, construido a partir de lo que llama “*pulsiones biológicas naturales*”, a cuya contracorriente se situarían las “*pulsiones secundarias, patológicas y asociales*”, sostenidas por la moral coercitiva.<sup>61</sup> Como parte de esta idea, la homosexualidad, la paidofilia y la masturbación, serían, según Reich, expresiones “no naturales” de la sexualidad. Incluso existiría una forma

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>61</sup> Reich, W. (1968) [1936]: *La revolución sexual*. París: Union General D'Éditions 10/18, pp. 70-72.

de celos no perniciosos, con un origen natural y que sería diferente de los “celos posesivos”.<sup>62</sup> Todas esas formas no naturales desaparecerían, según Reich, sin necesidad de ejercicios represivos, al arribar a una sociedad libre, es decir, sin clases sociales.

Lo que es relevante y rescatable en Reich es la reivindicación de la necesidad imperiosa que la humanidad tiene por deshacerse de presiones y represiones contra deseos de libertad sexual o de cualquier otro tipo. Lo que acertadamente hace Reich es distanciarse de la idea de la moral como algo que sanciona conductas “naturales”, y entenderla esa sí como una construcción social. Por mucho que los seres humanos estuvieran en cierto sentido constreñidos por su ser biológico, ni sus alcances ni sus limitaciones sociales pueden atribuirse a la biología. El comportamiento sexual, lo más manifiestamente biológico de los seres humanos, no se desarrolla como biología.

### ***b) Moral. Estado y familia en el pensamiento de Reich***

Reich, como se dijo, claramente especifica que la familia patriarcal y monogámica es el núcleo de la represión de la sexualidad y de la independencia en la acción y el deseo en niños y jóvenes.<sup>63</sup> Esta represión redundaba en un “empobrecimiento psíquico” y en el “acorazamiento del carácter”. La represión sexual en general, pero especialmente en la infancia, pubertad y adolescencia, no resulta tampoco de un fatal conflicto hijos-padres; como lo sostendría un psicoanálisis freudiano ortodoxo, “La base del problema de la pubertad es sociológica, no biológica”.<sup>64</sup> Para Reich, la familia y el matrimonio son la salida que las clases dominantes encuentran, en el ámbito de la vida privada, para vincular los procesos económicos y sociales con la sexualidad, en beneficio de estas clases:

*Su función política [de la familia] aparece correlativamente y es sobre todo esta función cardinal la que mantiene y defiende la ciencia y la jurisprudencia conservadoras: Se trata de su papel de fábrica de ideologías autoritarias y de estructuras mentales conservadoras [...] Ella forma al niño en la ideología*

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>63</sup> Reich, W. (1995) [1942]: *La función del orgasmo*. Barcelona: Paidós, p. 159.

<sup>64</sup> *Ibid.*

(Weltanschauung) reaccionaria, no solamente gracias a la autoridad que allí se institucionaliza, sino por virtud de su propia estructura; es la correa de transmisión entre la estructura económica de la sociedad conservadora y su superestructura ideológica; su atmósfera reaccionaria impregna necesaria e inextricablemente a cada uno de sus miembros.<sup>65</sup>

Con palabras muy semejantes se expresará en “*La psicología de masas del fascismo*”:

Desde el punto de vista del desarrollo social, la familia no puede ser concebida como la base del Estado autoritario, sino sólo como una de las instituciones más importantes que lo apoya. Sin embargo, tenemos que considerarla como una célula germinal de la reacción política, el centro más importante de producción de hombres y mujeres reaccionarias. Originándose y desarrollándose a partir de procesos sociales definidos, se convierte en la institución más esencial para la preservación del sistema autoritario que la moldea.<sup>66</sup>

La represión de la sexualidad juega un importante papel porque cumple la función de facilitar el estado de sometimiento de los seres humanos desde sus primeras etapas de la vida,<sup>67</sup> y es fundamentalmente perverso porque se funda en relaciones de propiedad que devienen una confusa mezcla de sentimientos en las que el amor, por decreto, está presente en las relaciones familiares. Por decreto y no por lo que las personas hacen y desean; como premisa fija y no como un producto de su actividad.

La constitución de una estructura caracteriológica que niegue el sexo, que lo pretenda inexistente, es la finalidad de la educación. Es la des-educación. Ser “educado” significa en la moral sexual burguesa ser un individuo castrado psíquicamente; haber introyectado ya la represión y la negación del sexo al punto que el sujeto así mutilado deviene agente represor y manifiesta una seudosatisfacción en el acto mismo de la represión y en el sentirse reprimido al tiempo en que se asume como un individuo libre. Por ello Reich expresa: “*El matrimonio no es meramente un asunto de amor; como se pretende por un lado, ni una institución económica,*

<sup>65</sup> Reich, W. (1968), *op. cit.*, p. 132.

<sup>66</sup> Reich, W. (1970) [1946]: *The mass psychology of fascism*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, pp. 104-105.

<sup>67</sup> *Ibid.*, p. 177.

como se dice por otro. Es la forma en que los procesos económicos y sociales han encerrado las necesidades sexuales.”<sup>68</sup>

Pero en toda esta disertación bien vale la pena aunque sea brevemente mencionar algo sobre la razón de ser de la moral. “La moral —dice Reich— es un producto social momentáneo y efímero que al interior del Estado fundado sobre la división de las clases, se encuentra al servicio de la clase dominante.”<sup>69</sup> La clase dominante, expresa Reich, al elaborar una cultura, una visión global del mundo (aunque no siempre ni necesariamente sea coherente completamente), elabora una moral como parte de esto. La moral no es ni el resultado de una determinación biológica para encontrar condiciones más favorables de supervivencia y de aumento del valor de la adecuación biológica, ni un resultado inevitable de lo que Freud señalaría como “la muerte originaria del padre, la cual habría originado un sentimiento de culpa”<sup>70</sup> y que derivase en una represión sexual. Existe una inevitable necesidad moral por parte de la cultura de las clases dominantes. Ambas, cultura y moral, se presentan en esa explicación como fusionadas, como siendo una sola aunque con funciones no siempre idénticas pero que sí se corresponden. La civilización, pues, tendría una necesidad forzosa por producir represión en algún grado, debido a la existencia de fuerzas, entes, fetiches y relaciones socioeconómicas construidas por el ser humano, pero que a la vuelta de algún tiempo se le presentan como externas al mismo, en el sentido de que no es capaz de controlarlas consciente y responsablemente, y que se mueven en forma y dirección tales que obligan al humano a ponerle límites y parapetos que aparecen como eternos y permanentes porque eterna y permanente se concibe por parte de la clase dominante, la sociedad de clases en la que surgieron. Así, se pretende haber llegado a una explicación de fondo del problema tanto de la moral, del control de los seres humanos y de la represión, que no es otra cosa que la represión sexual.

Pero al plantearse la moral como una reacción contra procesos que parecen independientes y externos al ser humano, tanto esa sociología como la tesis freudiana biologicista sobre la sexualidad y la de la psicología evolutiva encuentran su abrigo en la biología y convierten el problema de la moral también en biológico, porque lo biológico aparece como aquello que, siendo producto de la naturaleza, imposibilita al ser

<sup>68</sup> Reich, W. (1995), *op. cit.*, p. 161.

<sup>69</sup> Reich, W. (1999) [1932]: *L'Irruption de la morale sexuelle*. París: Payot, p. 21.

<sup>70</sup> *Ibid.*

humano en sociedad para intervenir y modificarla, porque en último caso la evolución biológica es un proceso que siempre ha ocurrido en ausencia del ser humano y de su voluntad. De esa manera es factible sustraerlo de las condiciones concretas de existencia en las que se produce tal represión. Eso, entre muchas otras consecuencias, conduce a concebir y divulgar una idea limitada y pesimista del ser humano y a la promoción de una conducta mediocre, abusiva y coercitiva en todos los planos de la existencia.

La moral “*antisexual*” (para usar la expresión de Reich),<sup>71</sup> sume al ser humano en un reino de dependencias que se presentan como ineluctables e inevitables, como incomprensibles en el fondo, como movimientos incontrolables de la conciencia.

Es el Estado (a través de la familia), el que obliga al ser humano a trabajar y desenvolverse para alguien también externo al mismo, no para sí ni para la comunidad, como integración de sujetos íntegros, totales y como seres para sí y para otros. La moral antisexual deshonra a ese tipo de sujetos.

La moral sexual burguesa es, pues, es una esfera ideológica *emergente* de relaciones sociales específicas, transitorias e históricas. Es una cualidad de la cultura que media en las relaciones humanas, que se interpone en, antes y después de las relaciones de producción; que las eterniza y extiende al conjunto de los ámbitos de la vida humana; que las incorpora al conjunto de la existencia; a todas sus esferas en forma no de disposiciones administrativas, como lo es en los centros de trabajo, sino de sentencias, de órdenes, de sentimentalismos y misticismos; de fantasías coercitivas, de sacrificios que en realidad esconden todo el autoritarismo que es su esencia.

Sin embargo, el economicismo, inherente tanto a la visión capitalista del mundo como a la del marxismo vulgar, sólo reconoce una forma fundamental de represión: la efectuada en la relación de producción directa, en la relación económica capital-trabajo fundamental, como si la sociedad fuera solamente eso, como si la relación de producción estuviera inmóvil y congelada dentro de un sistema dado, como si ella lo determinara todo.

Pero hay muchas mediaciones entre la relación directa de producción y la vida individual cotidiana. La vida en familia —para continuar

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 184.

en esa esfera de explicación— es una de las más fundamentales. Ahí es donde se encuentra la represión primera, sobre el/la niño(a), quien, en su incompreensión del mundo y su alta vulnerabilidad, crece considerando a la represión sexual y la represión en general como algo natural y normal, algo irremediable, no sólo por lo cotidiano sino también por ser lo único que conoce. Algo que no tiene alternativa u opuesto. En el peor de los casos ni siquiera distingue a la represión, pues no ha vivido nunca estados de libertad con los cuales contrastarla. Solamente siente y tiene deseos que no sabe cómo satisfacer y ni siquiera si es posible satisfacerlos. Más bien reconociéndose dentro de sí y adaptándose a vivir dentro de esa represión a cuestas, como un ciego de nacimiento que no tiene idea de lo que es la luz ni los colores, como un sordo que no concibe lo que es el sonido, porque nunca lo han vivenciado.

La psicología evolutiva nunca se preocupa de esto porque para ella la única realidad es la realidad biológica y aun ésta está reducida a sistemas de replicación y de transmisión de información.

La represión del deseo sexual desde la infancia tiene en el discurso uno de sus principales exponentes. El discurso tiene una fuerza demoledora, sobre todo cuando se dirige a personas en su etapa más vulnerable: la infancia. Reich explica a este respecto:

El lenguaje reproduce claramente el proceso somático de autodomínio; ciertas expresiones oídas en la educación diaria representan exactamente lo que aquí describimos como coraza muscular. “Un hombre debe saberse dominar a sí mismo; “un niño grande no llora”; “no te muestres así”; “no te dejes llevar”; “no demuestres que tienes miedo”; “es muy malo perder la paciencia”; “hay que tener valor”; “sonríe y aguanta”, etc., etc. Esas amonestaciones típicas son primeramente rechazadas por los niños, luego adoptadas y puestas en práctica. Siempre perjudican la fibra del niño, quebrantan su espíritu, destruyen su vida interior, convirtiéndolo en un monigote bien educado.<sup>72</sup>

¿Cómo piensa la psicología evolutiva estas expresiones? ¿Cómo va a poder explicarlas como consecuencia de adaptaciones biológicas fundamentales?

La supresión de la sexualidad no es ni un comportamiento o una serie de normas con raíces últimas de carácter biológico, lo cual de ser

<sup>72</sup> Reich, W. (1995), *op. cit.*, p. 258.

así configurarían un destino ineluctable para todo ser humano. Puesto que no hay sólo una forma de desarrollar la cultura, al revés de como lo pretenden el psicoanálisis freudiano ortodoxo y la psicología evolutiva, la represión sexual no puede ser entendida como requisito o condición ineludibles para lograrlo,<sup>73</sup> por el contrario, la represión sexual es la consecuencia de un desarrollo cultural que toma como punto de partida la identificación de la relación de posesión patriarcal con la naturalidad de la conducta sexual humana. Es una consecuencia que después sí se vuelve causa y requisito, pues nada en las relaciones sociales bajo esa hegemonía puede entenderse ya sin esa coerción.

Reich, pues, al hablar de la represión sexual como generadora de las neurosis (no al revés como se pretendería desde una posición defensora del orden sexual y moral hegemónico) expresa que es en ese sentido como se deben entender los comportamientos sadomasoquistas. En referencia al masoquismo dice:

El masoquismo no es un instinto biológico. Es el resultado de una perturbación de la gratificación y de un intento constantemente fracasado de superar esa perturbación. Es un resultado, no la causa de la neurosis [...] es la expresión de una tensión sexual que no puede ser descargada. Su causa inmediata es la angustia del placer, es decir, el temor a la descarga orgásmica...

Consiste en hacer que justamente ocurra lo que más se teme: el alivio placentero de la tensión...

El sufrimiento y el deseo de sufrir son los resultados de la pérdida de la capacidad orgánica del placer.<sup>74</sup>

Para hacer que el individuo tenga una satisfacción en la vida, debe ser castigado y torturado, debe hacérsele sentir sumamente culpable, pero por parte de las instituciones del Estado. Al presentarse el placer como pecado y al defenderse la sexualidad como actividad con función reproductiva exclusiva, se genera la necesidad de conducirlo y satisfacerlo por la vía de formas opresivas y nugatorias de la libertad, la integridad y la universalidad humanas. El Estado encuentra aquí una excelente forma de orientar su existencia y su autopropagación; para autoexplicarse y autojustificarse. Se construye y constituye a sí mismo como un mecanis-

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 201.

mo de retroalimentación, en el cual primero se niega el placer y se le presenta como pecado, desviación, degeneración, enfermedad o exceso; como transgresión, entre otras, de la determinación biológico-moral. Se le silencia y castiga desde la infancia en la familia; se desvía perversamente el deseo de placer que el individuo ya niega en sí mismo y en los demás. Con ello el Estado, su ideología, su moral, se ven reforzados para iniciar otra vez en ciclo. El judeocristianismo, el patriarcado y el capitalismo constituyen los pilares de este círculo perverso. Como el componente “racional”, “objetivo”, “neutral” de este círculo, aparecen las visiones mistificadas y fetichizadas de la ciencia, con la psicología evolutiva en su versión más reciente.

### c) *Ciencia y sexualidad*

Es correcto llamar “*contranaturalidad*” a esta forma represiva y sus resultados y es importante señalar que, en su defensa del patriarcado y la monogamia, el reproductivismo y las relaciones de dominio y control, basadas en la propiedad privada (de las personas en primer lugar), el psicoanálisis ortodoxo, el socialdarwinismo, con su frágil teoría de la selección sexual, están preconizando una defensa de esa *contranaturalidad*, disfrazándola de *naturalidad*. Es decir, ese comportamiento sexual humano, profundamente reprimido, que es presentado por los psicólogos evolutivos como el normal y el natural es justamente lo contrario de lo que, con toda probabilidad, los seres humanos harían en ausencia de esa moral sexual y, por lo tanto, en ausencia de la estructura social de la que se desprende. Eso, y no un comportamiento determinado biológicamente, es lo que debemos entender por *natural*; lo natural sería aquí no lo determinado biológicamente, sino lo que los seres humanos hacen o harían en condiciones de libertad, de ausencia de una moral coercitiva. El amor o el “*goce espontáneo del trabajo*” serían naturales no por estar codificados en estructuras biológicas como los genes, o por corresponder a rígidos instintos, sino porque en condiciones de libertad, es decir, en una sociedad en la que han desaparecido el Estado y la propiedad privada, los seres humanos descubren lo ilimitado de las posibilidades sexuales y amorosas. En la realidad no existe el amor natural, es una capacidad humana que puede fomentarse o reprimirse según la estructura social y dar lugar a una estructura del carácter definida y diferenciada de otras, reales o potenciales. La

capacidad de amar no es más ni menos natural (en el sentido biológico) que la de odiar. Ambas —y muchas más— existen permanentemente en el ser humano, pero son meras capacidades; su expresión abstracta no dice nada de cómo se pueden manifestar. Como lo explica Reich, son éticas y moralidades en contextos históricos y transitorios las que le dan el contenido concreto, las que las disparan en ciertos sentidos y las encapsulan en otros; las que pueden ser juzgadas dentro de la ética y la moral.

Para toda visión biologicista, carece de importancia y de sentido todo aquello que no tiene consecuencias en las funciones biológicas de los seres vivos, incluyendo al humano. Por ello, todo comportamiento debe ser orientado, aunque sea de manera muy forzada, a la esfera biológico-genética para poder ser explicado. Por ello, para el biologicismo, una sexualidad sin resultados biológicos tangibles no ha sido ni es comprensible; es como imaginar un trabajo que no produjera mercancías. Se trata de uno más de los casos de reificación existentes en la filosofía burguesa. Una más de las extrapolaciones hechas desde el mundo de la pseudoconcreción al mundo biológico, con lo que éste se convierte a su vez en parte de ese mundo pseudoconcreto;<sup>75</sup> la producción de cosas como el único resultado imaginable, pensable de la actividad. Si la sexualidad no da como resultado hijos, descendencia, progenie, entonces no se puede decir de ella nada en términos de selección natural o de adaptaciones. Una existencia que no responda a estos parámetros no es explicable dentro de esos límites biológicos y entonces se produce una grave dificultad para explicarla, porque lo que en inicio, antes de intervenciones del Estado para reprimir la sexualidad, toda persona comprende, es que entre los seres humanos ésta es siempre pensada y practicada como placer, por y para el placer. Reich lo comprende así y no obstante es capaz de explicar lo ocurrido en la sexualidad humana como proceso biológico. En el léxico de sus tiempos y usando conceptos que a pesar del tiempo transcurrido no pierden vigencia de fondo, afirma:

No tenemos relaciones sexuales “con el fin de producir hijos” sino porque la congestión de fluido produce una carga bioeléctrica en los órganos genitales y presiona para ser descargado. Esto es acompañado por la

<sup>75</sup> Kosik, K. (1967): *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo, pp. 25-37.

expulsión de las sustancias sexuales. En otras palabras, no se trata de la sexualidad al servicio de la procreación sino de que la procreación es en sí un resultado incidental del proceso tensión-carga en los genitales.<sup>76</sup> ... lejos de presentarse como una necesidad de procreación ellas [las pulsiones sexuales], son sentidas como una necesidad de [...] las tensiones sexuales, surgidas a partir de las funciones energéticas orgánicas y bio-energéticas, como la necesidad de satisfacción sexual.<sup>77</sup>

Lo que es importante aquí es la asignación a la sexualidad, de una multiplicidad de expresiones derivadas de estas funciones en un contexto de relaciones sociales que no son biológicas, con una gran diversidad de síntomas y conductas. Reich está lejos de pensar que la sexualidad humana puede explicarse únicamente en términos de descargas energéticas, por el contrario, eso es en buena parte lo que se ha sostenido desde la visión reproductivista. La necesidad “natural” no se refiere en el caso de Reich, a algo puramente biológico. Lo que él explica es que existe una independencia del proceso de descarga de “*sustancias sexuales*” con respecto a sus “necesidades” reproductivas, (en el dudoso caso de que estas últimas existan como algo innato). La distensión y la descarga hormonal, si bien son procesos biológicos, en el ser humano no se pueden explicar sólo así, menos aún entre más “civilizado” o “culturrizado” sea. Numerosos elementos propios de la cultura lo atraviesan. Mientras, el individuo puede pasar su vida entera prescindiendo de la reproducción (la ideología del matrimonio y la descendencia, de la maternidad, con sus ramificaciones de deificación de la fidelidad y los “tesoros” de la virginidad femenina y la maternidad; todas como forma de realización del sujeto, son precisamente, una ideología dentro de la cual va contenida la represión sexual, es el núcleo de la represión sexual misma), no puede prescindir de las tensiones y distensiones sexuales. Al reprimirlas se tiene que buscar una vía alternativa de descarga y se producen las neurosis y otros desequilibrios psíquicos.

Tenemos que hacer un paréntesis para mencionar, que el propio sistema moral sexual burgués crea, en tiempos más recientes a Reich, una caricatura de “rebeldía” contra sí mismo, contra su moral; una farsa dentro de la cual presenta los deseos de libertad sexual, sobre todo de los jóvenes, como simples instintos de descargas energéticas de personas

<sup>76</sup> Reich, W., *op. cit.*, p. 221.

<sup>77</sup> Reich, W. (1999), *op. cit.*, pp. 177-178.

inconformes y disidentes con una moral represora. Pero una sexualidad entendida como descarga de energía y de fluidos puede ser perfectamente tolerada, incluso fomentada por el sistema, a su manera y dentro de sus instituciones. Con ello, lo que hace aquí es fomentar otra visión en la cual si bien parece apartarse de un reproductivismo estricto, en rigor es una concepción de la sexualidad que recrea, en otro sentido, la esfera de la reificación y la cosificación de las relaciones sexuales, que siempre ha defendido. Es una variante de su propia moral en la cual se concibe a los participantes en la relación sexual como medios para alcanzar no una progenie, sino un efímero placer, siempre dado por actitudes de dominio y sometimiento. No es nunca una sexualidad de fines, nunca es la concepción de la contraparte en la relación como un fin en sí mismo, en tanto ser humano que son. Es una sexualidad de “entrenamiento” para la reproducción. Sigue siendo una operación mercantil, de compra-venta de favores, cuando no de coerción abierta. Es una sexualidad represiva al tiempo que represora.<sup>78</sup>

El ultradarwinismo propio de la psicología evolutiva siempre tendrá una respuesta para salir ganando. Se responderá desde esa trinchera diciendo que esa carga bioeléctrica, la congestión del fluido y la necesidad de descargarlo son los mecanismos adaptativos dados por la selección natural a lo largo de miles (o millones) de años para lograr la reproducción, aunque no sea uno consciente de ello. El problema es que afirmaciones de este tipo no pueden ser falsadas dado su nivel de vaguedad.

Pero algo en lo que no se repara acerca del darwinismo ortodoxo es que ha tomado como obvias las necesidades “imperiosas” de la supervivencia y la reproducción, tan obvias que no ha sido necesario argumentar sobre su veracidad. Este darwinismo vulgar no ha mostrado que en los seres humanos haya un sentimiento de supervivencia semejante o igual que en los animales y, por lo tanto, no ha podido mostrar que la sexualidad humana esté dirigida a ese objetivo, pues está basada en una tesis “supervivencista” inadecuada para explicar la totalidad humana. Por otra parte si se pudiera mostrar una necesidad de supervivencia individual, eso no significa que exista una igualmente presente necesidad de la supervivencia de la especie y, por lo tanto, de la existencia de un imperativo reproductivista y la obtención de progenie numerosa. Ésta

<sup>78</sup> Grande, A. (2008): “Introducción penetrante”, en Grande, A., *La sexualidad represora*. Buenos Aires: Topía, pp. 7-14.

es una falacia del darwinismo vulgar, representado en el caso presente por la psicología evolutiva. La postulación y defensa del imperativo reproductivista es una extrapolación abusiva de las necesidades aristotélico-burguesas de, por un lado, heredar a la progenie la fortuna personal o familiar y, por el otro, de producir fuerza de trabajo para ser comprada con fines de producción de nuevo valor; o dicho de otro modo, de pensar que la supervivencia humana se mide en términos de garantizar, para unos cuantos, la posesión de la riqueza material amasada a lo largo del tiempo por las generaciones pasadas y, en especial, por los jefes de los clanes familiares, y de que es necesaria siempre una cantidad suficiente de capacidad de trabajo en el mercado, para posibilitar la producción y adquisición de tales fortunas.

Es una posición ideológica que concibe la importancia, la trascendencia y la permanencia de los seres humanos en el mundo, como posesión de bienes materiales y su transmisión a la descendencia. Una visión productivista que deviene reproductivista. Coincidente con la posición fetichizada de David Hume, para quien la más importante de las relaciones humanas, la más capaz de producir sentimientos apasionados de orgullo y de estimación, es la relación de propiedad, de posesión de riquezas materiales.<sup>79</sup> La anticipación de la existencia del placer, y un placer en sí deviene poder adquisitivo mercantil. El placer se logra a fin de cuentas por medio de la relación entre cosas.

A Reich no se le escapa el papel de la ciencia en la elaboración de la moral sexual represora que él critica. Aunque no se refiere explícitamente al darwinismo y su teoría de la selección sexual, sus disertaciones sobre el asunto le vienen perfectamente y no han perdido vigencia:

La característica de la ideología sexual conservadora es la negación y la degradación de la sexualidad, la cual, en la sociedad autoritaria, se traduce por el proceso de represión o inhibición sexual [...] Lo que nos preocupa aquí son los medios utilizados en este proceso por parte de la "opinión pública", de la cual la sexología conservadora es una parte nada despreciable, y cuales son sus resultados.<sup>80</sup>

*Considerados desde un punto de vista objetivo, estas teorías no son sino maniobras destinadas a apartar o desviar la atención científica de las verdaderas causas*

<sup>79</sup> Hume, D. (1978) [1739-1740]: *A treatise on human nature*. Oxford: Oxford University Press, p. 309.

<sup>80</sup> Reich, W. (1968), *op .cit.*, p. 91.

*sociales y psicológicas de los problemas sexuales.* Interpretar la necesidad sexual como una función biológica, esencial o exclusivamente al servicio de la procreación, es uno de los métodos de represión utilizados por la sexología conservadora. *Es una concepción finalista, es decir, idealista, dado que presupone un fin que necesariamente debe ser sobrenatural. Esta ciencia reintroduce un principio metafísico y por consecuencia se deriva de un prejuicio religioso o místico.*<sup>81</sup>

La ciencia [de la sexología], en la medida en que está influenciada inconscientemente por la ideología reaccionaria, formula tesis destinadas a reforzar con una base científica sólida a esta ideología. Pero frecuentemente llega sólo hasta ahí y se contenta con referirse a la célebre “naturaleza moral” del hombre. A hacer esto, esta ciencia olvida su propio punto de vista [...] según el cual su tarea legítima se limita a describir los hechos, prescindiendo de toda apreciación, y a explicar estos hechos por su causalidad. Cuando lo que en realidad desea hacer no es más que justificar las exigencias sociales por un simple recurrir a los principios morales, esta ciencia utiliza un método objetivamente muy peligroso puesto que disimula los puntos de vista morales que se encuentran detrás de las tesis pseudo-científicas. Así, la moralidad se encuentra “científicamente” racionalizada.<sup>82</sup>

Claramente, Reich señala la responsabilidad que la ciencia tiene al respetar las instituciones del Estado por encima de la búsqueda de la verdad, y así, postularlas a ellas y a su moral como algo natural, conferirles su estatus de verdadera, pasando con ello a defender las ideologías reaccionarias de justificación y al matrimonio y la monogamia como lo más natural también. Ésta es la sexología burguesa o aburguesada, que defiende y legitima a la sexualidad como reproductividad; que legitima el modelo hegemónico de sexualidad: heterosexual, monogámico falocrático y reproductivista.

Es muy importante hacer notar que estas afirmaciones fueron hechas en una época en la que los estudios de sexualidad estaban aún en un estado embrionario y en un tiempo en el que los estudios de la ciencia aún estaban dominados por una visión positivista ortodoxa, en la que se subestima fuertemente o, más bien dicho, se niega la intervención de las fuerzas económicas y sociales y de la ideología en la ciencia. Los estudios sociológicos de la ciencia apenas habían comenzado y los estu-

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 148.

dios de género y el propio movimiento feminista y el LGBTTTI estaban en un estado muy marginal.

Pero retornemos al análisis de la sexualidad. La diferencia entre sexualidad y reproducción, que es lo que causa tantos quebraderos de cabeza a las visiones biologicistas del ser humano es que la primera es multifuncional, multidimensional y diversa, la segunda sigue una sola línea, con tiempos regulares, establecidos de antemano e independientes de cualquier decisión humana. La sexualidad es un acto con una gran capacidad de improvisación, la reproducción respeta siempre una y solo una forma de ejercerse. La reproducción, en la era de las máquinas y la gran industria es una proyección de los movimientos rutinarios de las manufacturas al interior del cuerpo humano, y tanto una como otra se representan como la actividad esencial humana o más aún, como las dos facetas de la misma actividad: la multiplicación de los elementos productores de mercancías. Una produce los medios de producción y la otra la fuerza de trabajo. La sexualidad hace caso omiso de esto y se desarrolla como actividad consciente de incremento de las capacidades humanas más profundas, de sus deseos, de sus manifestaciones espirituales, de sus facultades introspectivas y de comunicación universales.

Todo ello extraño, ajeno para la visión mercantilista del universo. Por eso la reproducción es fácil de comprender en la hegemonía burguesa, porque se desarrolla en una sola dimensión, con base en procesos y unidades anatómico-fisiológicas relativamente estables; efectuados siempre de la misma manera. La sexualidad, el deseo, el placer, el goce humanos, como expresiones de la libertad de expresión son demasiado intrincados como para poder ser explicados por esa rígida ciencia. La ciencia hegemónica contemporánea fetichiza a ese extremo la reproducción humana al punto que se desentiende de ella o la deja sin necesidad de explicación. Por eso el darwinismo vulgar contemporáneo, anclado por voluntad propia en una visión reduccionista y genocéntrica, no puede dar cuenta plenamente de formas tan flexibles e impredecibles del comportamiento.

El ser capaz de situar la reproducción como forma residual u ocasional de la sexualidad, el poder separar el derecho al placer de la obligación moral burguesa de la paternidad y el matrimonio, ha tenido efectos liberadores —aunque limitados hasta ahora— sobre la libertad humana. Inversamente, el someter y constreñir la sexualidad a la reproducción es afirmar el proceso de deshumanización de ésta, es trocar la creatividad sensual en monótona tarea burocrática. Al quedar sometida

la sexualidad a la reproducción lo que queda es el sometimiento de la vida toda a la posesión y administración de fuerza de trabajo. Permanece únicamente esa posesión de cuerpos devenidos en objetos, en valores de cambio, cuyo valor de uso es constituirse en depósitos de materia prima en forma de semen, en almacén o bodega de lo reproducible.

En conclusión, en lo que Reich acierta, es en el uso de un método de análisis que nos permite discernir cómo el patriarcado y su moral, conviviendo en el contexto capitalista, ejercen una influencia suficientemente grande sobre varias teorías científicas (naturales y sociales), como la teoría sexual darwinista vulgar y el freudianismo vulgar también, las cuales son influencia suficientemente grande como para construir sutiles fetichizaciones e ideologizaciones. Dentro de ellas hacen indistinguibles las bases no naturales de sus postulados, con respecto a los procesos propiamente naturales; estos últimos son filtrados por medio de la construcción mental, para simular una biologización. La psicología evolutiva, refleja y reproduce, así, la estructura caracteriológica ya mutilada sexualmente en los postulados teóricos, y de allí, lógicamente, desprende no sólo conceptos y metáforas sino metodologías, técnicas y principios morales; pero al desprender la teoría a partir de una moral, de las metodologías, de las técnicas, conceptos y metáforas, se invierte la relación entre teoría y mundo real, objetivo; se pone de cabeza el vínculo entre idea y objeto o sujeto de estudio. De ahí la imposición de la moral como si fuera un hecho natural.

### **Los sexos y los géneros como construcciones sociales**

Y a todo esto, vale la pena entrar francamente en el cuestionamiento de la validez de los conceptos sexuales centrales tales como “macho”, “hembra”, “hombre” y “mujer”, e inquirir si son capaces por sí mismos de explicar la compleja sexualidad humana.

Joan Roughgarden en esta dirección cuestionadora expresa: “*Decir que la única diferencia esencial entre el macho y la hembra es el tamaño de los gametos es trivial. El punto clave es que ‘macho’ y ‘hembra’ son categorías biológicas, mientras que ‘hombre’ y ‘mujer’ son categorías sociales.*”<sup>83</sup> La misma

<sup>83</sup> Roughgarden, J (2009): *Evolution’s rainbow: Gender and sexuality in nature and people*. Berkeley: University of California Press, p. 24.

autora agrega: “*El error más grande de la biología hoy en día es el asumir acriticamente que el tamaño binario del gameto implica una correspondencia también binaria en el tipo de cuerpo, la conducta y la historia de vida.*”<sup>84</sup> Categorías sociales que, al estar construidas sobre la base de una función biológica, reproducen mecánicamente esta función en los niveles de la construcción y la relación social, la trasladan a este último plano cual impresión en su molde. Estas categorías, a las cuales les podríamos agregar las de “masculino” y “femenino”, se convierten todas en categorías biológicas al asignarle a la reproducción una posición “privilegiada” o “especial” en la determinación del papel total de hombres y mujeres. Parece ser sólo una reafirmación, con otros términos, de la realidad biológica como la única existente. Es la trasmisión de una condición a través de umbrales que se rebasan y atraviesan sin sufrir consecuencias. La condición de macho es equiparada a la de hombre y de allí a la de masculino para particularizarse, precisarse, pero se divaga más, se confunde, y diluye el término en la diversidad real. El trastocamiento señalado reduce el papel total de unos y otros al papel biológico de reproducción y hace que todo se vea a través de esa función. La totalidad del género se manifiesta como la parcialidad del sexo y la socialidad humana, así, se caracteriza como reproductividad. Pero no hay razón suficientemente explicada por este mecanicismo, como para pensar que esa condición binaria de gametos sea susceptible de ser copiada, sin mediación alguna, a lo masculino y femenino y por consiguiente a la conducta. “Masculino y femenino” siguen siendo categorías sociales.

La tradicional teoría referente a los cromosomas como determinantes del sexo de los individuos y de su conducta sexual está llegando a su fin, o al menos está mostrando muchas inconsistencias. Los cuerpos generizados, explica Roughgarden, a pesar de “*contener una binariedad basada en el tamaño de los gametos*”, son libres para adaptarse evolutivamente al contexto, al ambiente.<sup>85</sup> En otras palabras, se puede decir que esas adaptaciones no determinadas por los gametos, posibilitan a unos individuos para reducir algunas de las características de su sexo “original” y aumentar o dar énfasis a algunas del otro, formando un continuo en el que los machos y las hembras, estrictamente hablando, son sólo los extremos de una hipotética campana gaussiana. La tipología basada

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 215.

en el par de cromosomas XX para postular una rígida determinación del sexo femenino y en el XY para la del masculino, muestra una baja capacidad heurística.

La intención de fondo de Roughgarden, coincide con la empleada en este trabajo: se trata de mostrar las deficiencias de la teoría de la selección sexual. En ese sentido, esta autora enlista diez argumentos decisivos que se constituyen en argumentos centrales de cuestionamiento, desde la biología misma, a la posición sexo-seleccionista: 1) los cuerpos no se confirman a un modelo binario; 2) tampoco los géneros; 3) los papeles sexuales no están dados de una vez y para siempre, no son irreversibles; 4) el esperma no es “barato”; 5) las hembras no escogen “grandes genes” en los machos; 6) el tamaño de la familia se negocia, los machos no fertilizan siempre un número fijo de huevos; 7) los “fraudes” sociales no están demostrados en animales; 8) la homosexualidad es común en muchas especies; 9) el propósito del apareamiento está en el mantener y crear relaciones, no tanto para transmitir esperma; 10) los caracteres sexuales secundarios no son sólo para al apareo heterosexual.<sup>86</sup>

Todos estos puntos me llevan a rechazar:

- a) *Los modelos binarios de la conducta sexual*: La complejidad del mundo natural es mayor que la señalada por las binariedades macho/hembra, hombre/mujer, masculino/femenino, homosexual/heterosexual.
- b) *La relaciones causa-efecto fijas y predeterminadas*. Como Roughgarden (y todos los autores en los que se apoya y a los que cita) lo muestra, no es verdad que siempre un sexo o un género posean una conducta restringida a marcos estrechos, determinados por la binariedad ya criticada arriba. Por lo tanto, no es estricto el que ese comportamiento sea la causa de la del otro sexo-género. La variabilidad de las conductas y las preferencias sexuales conforman un abanico de causas y de efectos de cada individuo sobre sí mismo y sobre los demás.
- c) *Las tipologías y clases naturales*. En biología y biología reproductiva y conductual existen numerosos estados transicionales cuya existencia es constante, así como los estados que podríamos denominar “intermedios”. Todos ellos son siempre temporales, procesos dinámicos, pasos de un estado a otro que no siempre

<sup>86</sup> *Ibid.*, pp. 169-171.

llevan a distinguir los estados inicial y final. Más bien, estas transiciones y mediaciones actúan como elementos negativos, como formas de negar esos estados aludidos, y conformar nuevas relaciones y nuevos estados de transición.

- d) *Las jerarquías genéticas*. Los “buenos” genes o los “grandes” genes no existen; no están definidos en sus límites físicos dentro de un genoma ni en sus funciones.
- e) *El adaptacionismo estricto*. Además de lo ya analizado en el capítulo correspondiente al tema, la evidencia mostrada indica la existencia de funciones, como las del apareamiento o los caracteres sexuales secundarios, que tienen multiplicidad de propósitos, que son productos secundarios de la evolución.

Bernstein, en la misma línea argumentativa, advierte acerca del desfase existente entre una condición sexual y una relación de género:

El sexo puede no ser condición necesaria ni suficiente para la correlación genérica. La identificación del sexo no puede predecir la correlación de género ni viceversa, aun cuando exista una correlación sustancial entre los dos elementos en la población.<sup>87</sup>

Esto es acertado: la relación genérica no es una consecuencia de la condición sexual y no es una condición rígida. La condición sexual da lugar a la relación sexual, pero la relación sexual no es sólo consecuencia de la condición, pues aquella no es un estado fijo sino un devenir; además cada condición sexual permite el despliegue de muchos tipos de relación sexual-genérica. Sexo y género pertenecen a dos escalas de explicación cualitativamente distintas.

Monique Wittig coincide en mucho con Roughgarden; lleva a cabo un análisis de la ubicación de los sexos y los conceptos que los delimitan en el contexto social y analizando su función fetichista. En ese sentido afirma:

La ideología de la diferencia sexual funciona como censora en nuestra cultura, por medio del enmascaramiento, sobre bases naturales, de la

<sup>87</sup> Bernstein, I. S. (1997): “Females and feminists. Science and politics, evolution and change: An essay”, en Gowaty, P. A., *Feminism and evolutionary theory: Boundaries, intersections and frontiers*. Nueva York: Chapman & Hall, pp. 575-581.

oposición social entre hombres y mujeres. Masculino/femenino, macho/hembra son categorías que sirven para ocultar el hecho de que las diferencias sociales siempre pertenecen a un orden económico, social y político.<sup>88</sup>

Ésta es una tesis crítica de aquella conceptualización del cuerpo humano que tiene como finalidad oprimir, pero hacerlo, como es usual en el sistema patriarcal y de clases, de manera que la opresión quede enmascarada detrás de una “naturaleza sexual”. Wittig continúa: “*La categoría de sexo es el producto de la sociedad heterosexual que impone la obligación rígida de la reproducción de las ‘especies’, o sea, la reproducción de la sociedad heterosexual.*”<sup>89</sup>

La diferencia de género y sexo, tal y como se legitima es, de acuerdo con Beatriz Preciado, un “...*producto del contrato social heterocentrado cuyas preformatividades normativas han sido inscritas en los cuerpos como verdades biológicas.*”<sup>90</sup> Es decir, la sexualidad hegemónica descansa en una confusión entre las preformatividades que la norman, que la construyen, y las cualidades biológicas de los individuos, lo cual conduce a la formación de identidades sexuales cerradas, naturalizadas, ideologizadas en su naturalización. Tales como las defendidas en y por la psicología evolutiva.

Si bien existen diferencias sexuales entre los humanos, existen muchos conceptos potenciales de “sexo”, que no tienen que corresponder estrictamente a lo que se presupone una naturaleza biológica, pues ésta no se separa del componente social. El concepto basado en esta relación binaria hombre/mujer no es previo a la existencia de las diferencias sexuales. Las relaciones de poder se inscriben y median entre las diferencias corporales y las prácticas sociosexuales. El “deber-ser” de la heterosexualidad, con su carácter opresivo obliga a todo individuo a definirse a sí mismo y frente a todos los demás, como heterosexual, por cuanto que silencia y anula toda otra forma de sexualidad. Es el conjunto de las culturas que aceptan esta dictadura y el conjunto de los individuos que en ellas vivimos, quienes nos vemos reprimidos y heridos por ella. Wittig va algo más allá de la crítica de Roughgarden. “Mujer” y “hombre”, reitera, son “*conceptos políticos de oposición, y la cópula que los une dialécticamente, es, al mismo tiempo la que los suprime*”, la que crea

<sup>88</sup> Wittig, M. (1992): *The straight mind and other essays*. Boston: Beacon Press, p. 2.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>90</sup> Preciado, B. (2011): *Manifiesto contrasexual*. Madrid: Anagrama, p. 13.

las condiciones para escapar de ella en un acto liberador. Aboga por la desaparición de estos conceptos como pretendidas naturalezas. Preciado hace otro tanto al afirmar una posición contrasexual, una teoría del cuerpo situada por fuera de las binariedades ya mencionadas, una teoría que sostiene que “*el deseo, la excitación sexual y el orgasmo no son sino los productos retrospectivos de cierta tecnología sexual que identifica los órganos reproductivos como órganos sexuales en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo.*”<sup>91</sup> En consonancia con esta tesis afirmo que la falocratización de la sexualidad lleva al extremo este proceso de identificación de los órganos reproductivos biológicos con la excitación de los sujetos, al proclamar una supremacía masculina imprescindible para la excitación femenina.

Reivindicar una sexualización de todo el cuerpo es lo que se requiere, destruyendo de ese modo el biologicismo que hace de un aspecto muy específico y ocasional de la sexualidad: la reproducción biológica, el centro de su atención. Preciado señala la relación entre la heterosociabilidad y la heterosexualidad actuales, y critica el reduccionismo al que llegan en el aspecto sexual. Sin mucho rubor afirma lacónicamente, con palabras que parecen dirigidas a la psicología evolutiva directamente:

*El sexo es una tecnología de dominación heterosocial que reduce el cuerpo a zonas erógenas en función de una distribución asimétrica del poder entre los géneros (femenino/ masculino) haciendo coincidir ciertos afectos con determinados órganos, ciertas sensaciones con determinadas reacciones anatómicas...*

*El sistema heterosexual es un aparato social de producción de feminidad que opera por división y fragmentación del cuerpo: recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva y motriz [...] que después identifica como centros naturales y anatómicos de la diferencia sexual.*<sup>92</sup>

Esta división y fragmentación del cuerpo, operación a la cual tanto recurre el panadaptacionismo neodarwinista, es una operación centrada en concepciones de clase social, en las que se exalta al papel de los genitales porque son los “responsables” de llevar adelante esta reproducción. La reproducción como función suprema es concepción ideológica de las clases dominantes y Preciado esboza esto cuando expresa que: “*En*

<sup>91</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 17 (cursivas mías).

*el marco del sistema capitalista heterocentrado, el cuerpo funciona como una prótesis-total al servicio de la reproducción sexual y de la producción del placer genital.*” La sexualidad así entendida y así practicada es empobrecida enormemente porque se le unidimensionaliza, se le unidireccionaliza. Dentro de este sistema de dominación y ejercicio del poder, el cuerpo se organiza, dice Preciado, “*en torno a un solo eje semántico-sexual que debe ser excitado mecánicamente una y otra vez.*”

Esta idea del cuerpo como mera prótesis significa que se le obliga a jugar el papel de un mero anexo, un receptáculo para la reproducción biológica. El placer que pueda provocar es un anexo a tal reproducción; un mero señuelo para ella, algo limitado al área genital. Su empobrecimiento unidimensional es causa y a la vez efecto de una práctica sexual mecánica, rutinaria, reiterativa, falta de imaginación y creatividad, propia del funcionalismo y el eficientismo tan propios de la visión burguesa del mundo.

Kate Millet es también muy clara. En su ya clásico *Sexual politics*, afirma que la relación entre sexos es un relación política. La política, dice, debe ser entendida no sólo como el mundo de las reuniones, partidos, congresistas y relaciones pueblo-gobierno. La política “*se debe referir a relaciones de poder estructuradas, a arreglos ocurridos dondequiera que un grupo de personas esté controlado por otro.*”<sup>93</sup> La formación de estereotipos para lo masculino y lo femenino es una práctica ideológica. Millet afirma:

La política sexual obtiene un consenso a través de la “socialización” de ambos sexos hacia las pautas patriarcales básicas en relación al temperamento, papel social y status [...] el temperamento involucra la formación de la personalidad humana a lo largo de estereotipadas líneas de categorías sexuales (“masculina” y “femenina”), *basadas en las necesidades y valores del grupo dominante* y dictadas por lo que sus miembros aprecian en sí mismos y encuentran conveniente en sus subordinados: agresión, inteligencia, fuerza, y eficacia en los machos, y pasividad, ignorancia, docilidad, ‘virtud’ y falta de habilidad en las hembras.<sup>94</sup>

Justo las características adjudicadas por la teoría sexual darwinista y la psicología evolutiva a hombres y mujeres. Llama la atención el

<sup>93</sup> Millet, K. (2000) [1970]: *Sexual politics*. Urbana: University of Illinois Press, p. 23.

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 26 (cursivas mías).

que Millet haya señalado esto desde 1970, es decir aun antes de que la sociobiología hubiera naturalizado “científicamente” estos comportamientos sexuales, lo cual nos habla mucho de la dirección que sigue esta adopción de los conceptos por parte de la ciencia.

La psicología evolutiva no sólo no es original al adoptar estos estereotipos sexuales, sino que muestra que, contrariamente a sus pretensiones de autonomía y aún independencia de lo ideológico y lo político, sus conceptos y categorías analíticas son importados desde aquellas esferas a la de la ciencia natural, de manera que den la impresión de que ésta sólo refleje lo que es natural en toda la sociedad. Ya desde las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX quedaba claro que la diferencia sexual es algo biologizado para ocultar el conjunto de los mecanismos que hacen a la opresión de todo sujeto que tenga que ver con la ruptura con la sexualización hegemónica y patriarcal de la vida.

Los estereotipamientos de la psicología evolutiva dejan de lado, por si fuera poco, cualquier pregunta acerca del origen histórico-relacional de un concepto. Feminidad y masculinidad parecen conceptos opuestos, pero esta oposición es estática, de búsqueda de equilibrios de fuerzas de tipo newtoniano, no existe una oposición activa, mucho menos con orígenes históricos. Los estereotipos femeninos han sido diseñados desde y por el mundo de la masculinidad, el mundo dominante. Es una imagen construida para llenar y adecuarse a las necesidades masculinistas. El grupo dominante construye no sólo la imagen total de la mujer, sino la suya propia como lo que se le contrapone a aquella.<sup>95</sup> Construye la feminidad como lo pasivo, al construir la masculinidad como lo activo. Al construir la heterosexualidad como lo aceptado, elabora también a la homosexualidad como lo perseguido, pero siempre como realidades incambiables, como estados, como congelaciones de la sexualidad, nunca como condiciones de la negación potencial de esos estados, nunca como premisas de la extinción de ellos, por medio de la práctica consciente de quienes son oprimidos o deslegitimados por ese sistema.

La psicología evolutiva no tiene idea de estas discusiones y puntos de vista. Para ella, el cuerpo como ente material está ya construido previo a la existencia de quien percibe esta construcción. Esto es compatible con la crítica de Lewontin al adaptacionismo, ya analizada en el primer capítulo. El cuerpo humano, como ente material, preexiste a cualquier

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 46.

percepción del mismo, con todo y las clases naturales o tipos en los que se divide: “hombres” y “mujeres”. Más eso no explica la razón de la existencia de discursos específicos (construcciones) sobre uno y otro sexo, con sus alcances y limitaciones, que nada tienen que ver con la existencia “natural” de los sexos. Discursos sobre los cuerpos que están constreñidos a la genitalización de los mismos, genitalización construida en torno a la binariedad tipológica ya señalada. Fausto-Sterling señala que los niños de menos de 3 años, no acostumbrados ni condicionados a la genitalización, clasifican en niños o niñas de acuerdo con la ropa y peinados más que con su aspecto físico cuando están desnudos, e incluso pueden pensar que el cambio de sexo es posible al vestirse con las ropas del sexo opuesto,<sup>96</sup> lo cual no debería estar fuera de la realidad, si aludimos al elemento subjetivo e imaginativo de la sexualidad a cualquier edad.

Esto prueba que los criterios con los que se clasifica a hombres y mujeres no tienen que ver necesaria e inevitablemente con la naturaleza biológica-anatómica. No se trata de una percepción natural a la que corresponda una clasificación igualmente natural, que guarde siempre relación con la genitalización hegemónica, específica que del ser humano hace el patriarcado y el judeocristianismo. Tal clasificación deviene de las introyecciones resultantes de una construcción social estereotipada del sexo/género. Estos criterios infantiles de la sexualización, no son separables del elemento moral que, por un lado, genitaliza a cada individuo en una forma rígida y, por el otro, cubre los cuerpos, condena y censura la desnudez, la oculta y la desaparece, enviando en su lugar reificaciones y mensajes cifrados sobre lo que constituye a un sexo o el otro, genitalizándolo todo en objetos y artefactos (como la ropa) producidos por el humano, en gestos y modos de hablar, derivando de ello la conducta propia de lo que cada persona tendría que hacer de acuerdo con esa reificación.

### ***a) La crítica a los tipos y a las clases naturales***

Con una visión similar, a la de las autoras citadas, Dupré desarrolla la idea de que los términos masculino y femenino no son clases explicativas

<sup>96</sup> Fausto-Sterling, A. (2000): *Sexing the body: Gender, politics and the construction of sexuality*. Nueva York: Basic Books, p. 248

en sí mismas. La esencialidad en la que se refugian no corresponde a su papel objetivo. “*El significado explicativo de clases específicamente sexuales debe ser determinado completamente en términos empíricos:*”<sup>97</sup> Para Dupré el sexo es una característica no extensible a todos los miembros de una clase. Clase no se corresponde con característica esencial, no hay característica esencial para clases sexuales humanas aun cuando en un examen superficial (literalmente hablando) los hombres puedan ser distinguibles de las mujeres. El determinismo genético, que en sociobiología y en psicología evolutiva traza una clara demarcación entre hombres y mujeres como clases naturales, llega al nivel genético precisamente porque requiere de encontrar un nivel en donde ubicar todas las características y conductas de lo “masculino” y lo “femenino” como clases naturales, en correspondencia estricta con el “macho” y la “hembra”, como si forzosamente tuvieran que existir tales correspondencias. Esto se hace en la imposibilidad que estas disciplinas tienen para ubicarlas en el ámbito amplio de la sociedad, y en su negación persistente la existencia de rupturas dialécticas cuantitativo-cualitativas.

Este procedimiento de la psicología evolutiva es un buen ejemplo de la aplicación de una metodología de conocimiento que procede de las entidades concretas hasta desvanecerlas en el reino de las abstracciones. Es un proceso que aísla una conducta y una realidad a fuerza de aplicarle terminologías carentes de significado por estar fuera de todo contexto de relaciones. Se parte del análisis del “hombre” y la “mujer” en un contexto, se busca forzosamente la esencia rígida y pura que constituye a unos y otros, frecuentemente con criterios estadísticos basados en situaciones coyunturales y presentistas, y se abstraen para elaborar el concepto de “masculino” y “femenino” como categorías eternas e invariables, y ya en el campo de la biología, además de lo anterior, como clases naturales.

Masculinidad y feminidad no son categorías explicativas para una visión totalizadora y complejizante de la sexualidad, debido a su alta variabilidad, en contraste con la rigidez e inamovilidad de las categorías del reduccionista.

En una dirección muy coincidente con la de Rogharden, Dupré concluye:

<sup>97</sup> Dupré, J. (1986): “Sex, gender and essence”. *Midwest Studies in Philosophy*. 11: 441-457. Reimpreso en Dupré, J. (2002): *Humans and other animals*, Oxford: Clarendon Press, pp. 175-195.

La tesis que quiero defender es que la manera en la que las categorías sexuales básicas —masculino, femenino, neutro, hermafrodita— en las que se divide el mundo natural, no nos dicen nada acerca del ámbito en el cual tales categorías darán lugar a leyes generales o, más importante, cuál será el alcance en el que cualquiera de estas interesantes leyes logren involucrar a tales categorías.<sup>98</sup>

Y tiene razón: al categorizar y dividir a los seres humanos en hombres y mujeres, es posible predecir con un alto grado de precisión, muchos procesos biológicos que ocurren en unos y otros, pero eso no quiere decir:

- a) que toda conducta humana pueda predecirse;
- b) que toda conducta humana tenga relación de dependencia con la conducta sexual “básica” fundamentada en la binariedad ya mencionada. Dicho de otro modo, que la condición de permanencia a una u otra categoría, determine toda la conducta sexual en general;
- c) que los casos en los que haya separaciones de esas categorías sean minoritarios;
- d) que no haya otros factores biológicos y no biológicos que interfieran para causar esas separaciones o “desviaciones” de algo que no es una norma;
- e) que las interacciones biología-cultura mantengan una situación en la que la binariedad mencionada no se difumine frecuentemente.

Por estas razones, la capacidad heurística que tiene esa dualidad o binariedad es muy limitada. No se pueden inferir leyes generales para comportamientos tan plásticos y variables a partir de categorías tan rígidas.

Continuando con el punto, en su afán de mostrar lo equivocado que resulta la binariedad estricta macho/hembra, Roughgarden cita los casos de numerosas especies de animales que muestra comportamientos homo e intersexuales, que en ocasiones cambian a lo largo de la vida de un mismo individuo, por ejemplo en lagartos y libélulas. Se trata de análisis de preferencias, olores, mimetizaciones, engaños que ofrecen

<sup>98</sup> *Ibid.*, pp. 194-195.

ventajas para la obtención de progenie.<sup>99</sup> En estos casos tanto la condición de macho como la de hembra son transitorias y se ven alteradas por saltos de una a otra condición, por adquisición de la condición de hermafrodita. La intención de Roughgarden no es derivar de esos hechos ninguna conducta humana. Del hecho de que haya una diversidad sexual más o menos acusada en especies diversas distintas de la humana. Lo que quiere decir es que ni siquiera en el nivel de lo estrictamente biológico es posible constatar la existencia de la división estricta entre lo masculino y lo femenino, que éstos no existen como categorías rígidas ni siquiera en el ambiente “natural”. Se desvanece el sentido patriarcal que tienen aquellos términos cuando se observan todos estos ejemplos de conducta animal en los que el comportamiento rompe las “reglas establecidas” por la biología. Son términos que no sirven para explicar suficientemente lo que sucede en el mundo de la sexualidad animal. No al de todas las especies al menos.

Tiene que tomarse en cuenta el hecho importante de que el animal no tiene una consciencia de su condición sexual, que su comportamiento no se explica a partir de una comprensión de sí o de su relación con el /la o los/las otro(s)/otra(as) ni de una posibilidad de modificación deliberada de la conducta. Ésa sería la principal diferencia con los humanos.

### **La sexualidad humana y el desarrollo de lo complejo**

El desarrollo no es un proceso genéticamente determinado o programado. Más bien se trata de un proceso contingente y condicional.<sup>100</sup> Esto pone frente a frente la visión predictibilista de la ciencia contra una visión de probabilidades o alternativas, las cuales, empero, no son predecibles completamente desde un inicio. La información para el desarrollo de un organismo se desarrolla en un intercambio, en un flujo, en una relación en ocasiones contingente entre los genes y el ambiente, posee en ese sentido una ontogenia.<sup>101</sup> Ambos están unidos, ambos construyen y son ya las condiciones del desarrollo, pero no como

<sup>99</sup> *Ibid.*, pp. 113-115.

<sup>100</sup> Gray, R. (1997): “‘In the belly of the monster’: Feminism, developmental systems and evolutionary explanations”, en Gowaty, P. A., *Feminism and evolutionary theory: Boundaries, intersections and frontiers*. Nueva York: Chapman & Hall, pp. 385-413.

<sup>101</sup> *Ibid.*, p. 393.

entidades separadas o que tienen influencias y contactos incidentales o separadas, sino como una unidad que se desdobra en sus componentes para después volverse a unir.

Desde el punto de vista de una teoría de sistemas en desarrollo como la defendida por Gray (entre otros):

La herencia cultural es sólo una forma elaborada de herencia extragenética. Todos los rasgos típicos de un cierto linaje están sujetos a una forma de explicación evolutiva que describe cómo los procesos de desarrollo se replican y diferencian en líneas que son parte de un sistema adaptativo-histórico.<sup>102</sup>

Es decir, la herencia puede ser, y es, extragenética, implica otros elementos distintos a los de la mera transmisión. La cultura es más que transmisión, un proceso de *apropiación*,<sup>103</sup> de coconstrucción entre los factores tradicionalmente concebidos como “externos” al individuo (ambiente) y los “internos” (genes). Al tratarse de un sistema fluido de componentes, la frontera rígida entre lo interno y lo externo queda muy flexibilizada y atenuada.

Siguiendo este argumento tenemos que en el desarrollo integral genes-ambiente-historia, se producen líneas de demarcación que no responden o no respetan las tipologías pensadas para un sistema de transmisión de información en sistemas cerrados o encapsulados, como los concebidos en el dogma central de la biología molecular. La división sexo/género resulta problemática. Según Gray lo que sucede es que la frontera poco clara, y sobre todo, que descansa en otra binariedad y división anacrónica y *quasi* fijista: la división naturaleza/cultura (*nature/nurture*), que asigna a ciertas características el carácter de lo natural y a otras lo cultural, pero separadas siempre, divididas.<sup>104</sup>

Esto tiene implicaciones importantes en el estudio de la cultura y la conducta que van mucho más allá de la binariedad hombre/mujer a la que el pensamiento hegemónico nos tiene tan acostumbrados. Las líneas de demarcación sexo/género y hombre/mujer son tan tenues y frágiles como la de naturaleza/cultura. Esa fragilidad es debida a que

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 403.

<sup>103</sup> Levins, R. (2007): “Dialectics and systems theory”, en Lewontin, R. y R. Levins: *Biology under the influence: Dialectical essays on ecology, Agriculture and health*. Nueva York: Monthly Review Press, pp. 101-124.

<sup>104</sup> Gray, R. (1997): *op. cit.*, p. 404.

en el proceso de desarrollo de unos u otras, existan multitud de factores: genéticos, biológicos no genéticos, ecológicos, psicológicos, socio-económicos e históricos que intervienen para moldear y construir una determinada forma de conducta sexual, y todas. Intervienen para redirigirla, caracterizarla una y otra vez. En esa interrelación, ese rejuego, esa interpenetración de elementos opuestos.

En este sentido es pertinente recalcar que uno de los fundamentos sobre los cuales descansa la ortodoxia neodarwinista es la elaboración de una binariedad más, añadida a las anteriores. Me refiero a la división entre supuestos agentes activos de la evolución (el medio) y los agentes pasivos (los organismos), los cuales están separados entre sí. El organismo, como ya se analizó en un capítulo anterior, se limita a adaptarse pasivamente a los cambios. Esto es refutado postulando una concepción del organismo como actividad. El ser humano es la muestra más clara de actividad; ése es uno de los más contundentes elementos definitorios del humano. No es lo mismo cuestionarse sobre qué es *un* ser humano a cuestionarse que es *ser* humano. Ingold señala la diferencia existente al afirmar que “...*el ser humano puede aparecer, a los ojos del sujeto epistémico racionalmente seleccionador, sólo como un objeto empírico, seleccionado naturalmente*”, para añadir inmediatamente:

Como organismos, los seres humanos parecen ligados inescapablemente a las condiciones del mundo natural. Tal y como lo hacen otras criaturas, nacen, crecen y mueren, deben alimentarse para vivir, protegerse mutuamente y aparearse. Pero como personas, los humanos parecen flotar alejados de ese mundo en múltiples reinos del discurso y el significado, cada uno de los cuales es constitutivo de una conciencia histórica específica.<sup>105</sup>

Ésta es una importante reflexión con algo más que tintes de una concepción dialéctica del mundo, por el hecho de hacer mención a las especificidades y modificaciones históricas de la conciencia. En tanto organismos los seres humanos llevan a cabo funciones y acciones biológicas, en un sistema muy complejo, pero que no alcanza el nivel altamente innovador activo y creativo del ser humano como persona. No es que en el nivel biológico no haya creatividad o innovación, ahí está el proceso evolutivo entero para mostrarlas. Lo que sucede es que en los niveles de lo biológico esa innovación se mantiene en un nivel

<sup>105</sup> Ingold, T., *op. cit.*, p. 256.

más estrecho y menos múltiple que en los niveles o escalas personales e interpersonales. El mundo de la persona, del sujeto humano es el mundo de la elaboración de estos “múltiples reinos del discurso y el significado”. Una especificidad que no está presente en la existencia biológica. Los significados y sus discursos aparecen como un sistema multifactorial y multidimensional que se separa del sistema biológico para encontrar una totalidad expresiva cualitativamente distinta a la del universo biológico.

La separación del ámbito de los significados y los discursos no se efectúa mediante una escisión de aquellos con respecto a los ámbitos de la función biológica y su anatomía. Se desarrolla dentro de ella y al mismo tiempo por fuera. Su origen (que es en sí el inicio de su desarrollo) se ubica en el ser biológico, pero su desarrollo posterior, siempre en el cuerpo físico-biológico, ocurre como una novedad, como una capacidad distinta

Ingold señala que un acto tan sencillo como el caminar es un acto biológico, pero es también social, expresivo de valores, y en el acto social de la caminata está implicada una receptividad (y por tanto un envío) a los movimientos de otros humanos.<sup>106</sup> La descripción de la naturaleza de este acto tan común, como la alimentación, el sueño o la actividad sexual tienen ese doble carácter biológico-cultural y en el tránsito del primero al segundo, la expresión biológica queda como colapsada parcialmente en un punto secundario por ser superada en innovación, creatividad, diversidad y actividad en el ser sociocultural. Ahí es en donde el ser humano-persona logra expresarse y desplegarse, pasar de un ser-en-sí a un ser-para-sí. Ingold elocuentemente expresa que la cultura y la biología, pueden permanecer separadas, “...sólo el cuerpo se reposiciona, lo que en un inicio estaba ubicado dentro del organismo, como componente biológico ahora reaparece con la persona del lado de la cultura. Así el cuerpo como sujeto se separa del organismo como objeto.”<sup>107</sup>

En esta idea la diferencia entre cuerpo y organismo no es la de un ente pasivo contra otro activo, pues ambos producen activamente las condiciones de vida y existencia. La diferencia está en la aparición de una conciencia. La conciencia se explica como un factor surgido del ser biológico, pero que se autonomiza con respecto a él, llevado al ser

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 258.

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 259.

que la posee a esos reinos de las multiplicidades expresivas, discursivas y significativas y significantes; simbólicas y diversas que son las que constituyen, construyen y autoconstruyen al ser humano.

Esta persistencia de la oposición cuerpo-organismo puede solucionarse y llevar a una síntesis al admitir que uno es ya el otro en la medida en que sus interacciones y codependencias son intensas y constantes. Sin embargo, si no se hace al mismo tiempo una diferenciación, tendríamos que correr el riesgo de deslizarnos hacia la concepción reduccionista y comenzar a admitir la existencia de inmanencias y esencias que se disponen en un sólo plano del análisis, que no admiten reposicionamientos del ente humano. Por ello es que la constatación de la unidad cuerpo-organismo, no puede soslayar el que al mismo tiempo son entes distintos.



---

## UNA INTERDISCIPLINARIEDAD FALLIDA



Un importante problema de la psicología evolutiva es el de su pretendido carácter interdisciplinario o integrador. Tooby y Cosmides plantean una crítica a lo que llaman el Modelo Estándar de la Ciencia Social (SSSM por sus siglas en inglés). Según estos autores, este modelo es fragmentario; separa al ser humano de su ser biológico y de su historia evolutiva natural, motivo por el cual no logra establecer las razones de la arquitectura mental humana y tampoco las causas últimas del comportamiento, que se encuentra en su filogenia. Según ellos, la tradición de la ciencia social identifica lo cambiante como lo no biológico, errando con ello en la identificación de lo biológico,<sup>1</sup> pues esto, ciertamente, también es cambiante. Por ello, afirman, el debate centrado en esas categorías es falso. En su lugar, proponen la distinción entre lo evolucionado (biológico) y lo manifiesto (fenotípico), agregando que uno observa “*psicologías variables manifiestas entre individuos o atravesando las culturas*”, misma que “*son vistas como el producto de una psicología evolucionada común subyacente, operando bajo distintas circunstancias*”.<sup>2</sup> Lo cultural, como lo que es manifiesto por medio del fenotipo, es explicado por causa de lo evolucionado, o biológico. Hay “psicologías manifiestas o conductas” entre individuos y diferentes culturas. Esto es la especificidad o contextualización dentro de la cual se expresa o manifiesta aquello que, como “*evolucionado*” que es, es común a todos.

Pero, ¿por qué lo “evolucionado” ha de ser lo que es común y solamente lo común a toda la especie? Ni siquiera con el mismo enfoque biologicista de los autores citados, se sostiene su argumento, pues en la evolución biológica existen características de individuos de una especie que pueden diferir claramente de características de otros de la misma

<sup>1</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (1992): “The psychological foundations of culture”, en Cosmides, L., Tooby, J. y J. H. Barkow, *op. cit.*, pp. 19-136.

<sup>2</sup> *Ibid.*

especie. Los psicólogos evolutivos parecen ignorar el principio darwinista del ancestro común, que establece que en momentos específicos de la evolución de las especies, se genera, a partir de una de ellas, un proceso de ramificación o radiación en distintas direcciones que darán lugar a nuevas especies.<sup>3</sup> Esta diferenciación se da por medio del surgimiento de variaciones graduales e imperceptibles a primera vista, lo cual implica que antes de que se formen nuevas especies a partir del ancestro común, se han formado variedades: poblaciones más o menos amplias de individuos de una misma especie que poseen características (morfológicas o fisiológicas) diferentes. Es el principio del ancestro común el que explica en buena parte la enorme diversidad biológica existente en el mundo. Lo evolucionado o biológico no es lo que permanece constante ni siquiera dentro de una misma línea filogenética.

Tooby y Cosmides critican a la ciencia social y su modelo estándar, porque en su empeño fragmentador de dividir la conducta, humana en social y biológicamente determinada, señalando que en ninguno de los dos casos es posible comprender la conducta independientemente de la biología.<sup>4</sup> Mediante esta maniobra discursiva los psicólogos evolutivos pretenden situarse sutilmente más allá de los determinismos y se pronuncian por una integración del conocimiento de la conducta humana, pero en realidad respetarán las bases del determinismo biológico por no poder, ni tener la intención de deshacerse de un esencialismo y de una linealidad. Ellos consideran, tomándolo como punto de partida, ya sin explicar por qué, que *debe* haber *algo* (en singular) fundamental, básico y esencial, siempre.

La discusión que la psicología evolutiva propone en contra del sociologismo parece justificada si de lo que se trata es de ir en contra de quienes, por negar que lo esencial de las características humanas todas estén en la esfera de lo biológico, se van a otro extremo y trasladan su esencialismo a un ámbito cultural impreciso o muy tajante e inflexiblemente separado de lo biológico. Pero a fin de cuentas, lo que se produce con la argumentación de unos y otros es un círculo vicioso de esencialismos y linealidades de índole distinta, pero que tienen en común el partir unidireccionalmente de las entidades o procesos que les parecen “esenciales” a unos y otros para llegar a partir de ahí a lo que

<sup>3</sup> Cita de Darwin sobre el ancestro común o el principio de divergencia de caracteres.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 46.

consideran “secundario” o “derivado”, creando frecuentemente tipos diferentes de mundos falsos: uno biologizado, que desdeña el papel independiente de lo cultural en la formación de la mente y otro sociologizado que no comprende la naturaleza biológica del ser humano. Así construyen, con estas discusiones fragmentarias y parciales (disfrazadas de totalizadoras) visiones falsas del ser humano, mundos falsos. Falsas por no comprender adecuadamente las relaciones entre los componentes del sistema que estudian, por “fundamentalizar” forzosamente las relaciones que hacen a la mente humana.

Pero el problema que se presenta con esta tesis de los psicólogos evolutivos no es solamente éste, sino que el trasfondo genético (ahora sustituido con el eufemismo de lo “*evolucionado*” para caracterizar lo biológico) se mantiene. Ciertamente se pretende mostrar un esquema menos rígido que el de la sociobiología de los años setenta, pero el trasfondo genético contenido en la sociobiología de los ochenta, con las obras de C. Lumsden y E. O. Wilson, en donde proponen el término “epigénesis” para señalar el origen de la cultura, es respetado casi íntegramente. Lumsden y Wilson definieron la “*epigénesis*” como “...*los procesos de la interacción entre los genes y el ambiente que en última instancia dan lugar a los distintivos rasgos anatómicos, fisiológicos, conductuales o cognitivos del organismo.*”<sup>5</sup> y por *ley epigenética* entienden “*Cualquier regularidad durante la epigénesis que canaliza el desarrollo de un rasgo anatómico, fisiológico cognitivo o conductual en una dirección particular.*”<sup>6</sup>

Según estos dos autores, la interacción del genotipo con su ambiente es lo que construye la cultura de cada grupo social humano y cada individuo. Es a través de la interacción entre genes y ambiente, como se encuentran los caminos para que cada ser humano construya sus “*genes culturales*”.

Pero Lumsden y Wilson no parecen darse cuenta de que sus reglas epigenéticas se explican en último término por su base genética. Estos autores caen en contradicción al afirmar la preponderancia de lo genético en la determinación de lo cultural. Así, afirman que una cultura previamente mal adaptada sólo puede preservarse al operarse un cambio en las bases genéticas de la epigénesis,<sup>7</sup> que el cambio en la frecuencia

<sup>5</sup> Lumsden, C. y E. O. Wilson (1981): *Genes, mind and culture*. Cambridge, MA: Harvard University Press, p. 370.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 179.

genética es lo que permite la distribución de las reglas epigenéticas<sup>8</sup> y que es esa frecuencia de los genes que garantizan las reglas de la epigénesis, las que determinan las tasas de cambios de los genes culturales.<sup>9</sup>

En defensa de su modelo epigenético, Wilson reiteró años después que son los genes los que prescriben las reglas epigenéticas; que los genes exitosos nuevos son los que alteran las reglas epigenéticas poblacionales y que éstas, una vez alteradas, cambian la dirección y la efectividad de los canales de adquisición de la cultura.<sup>10</sup>

No hay una diferencia sustancial entre estas tesis y las de la psicología evolutiva. Tooby y Cosmides señalan, en su crítica al Modelo Estándar de la Ciencia Social que a diferencia de éstos, los partidarios del Modelo Causal Integrado afirman que lo que ellos llaman la “arquitectura mental” está compuesta tanto por mecanismos de contenido independiente como por mecanismos de contenido específico, o sea los “evolucionados”, los que son adaptaciones biológicas, y que su operación “*imparte continuamente los patrones de contenido evolutivo a la vida humana*”. Los autores señalan que “*Los procesos evolutivos son el ‘arquitecto’ que armó, detalle a detalle, nuestra arquitectura psicológica y evolucionada.*”<sup>11</sup> Y añaden que “*Los diseños complejos de estos mecanismos [de contenido específico] son los principales canales causales a través de los cuales las ciencias naturales se conectan y moldean la sustancia de las ciencias ‘sociales’*”. En pocas palabras, son estos mecanismos de contenido específico los que dominarán sobre los mecanismos de contenido independiente de la arquitectura psicológica. Lo social y lo cultural deriva de lo biológico en un proceso unidireccional.

Cada vez que un gen es seleccionado sobre otro, se selecciona también un diseño para un programa de desarrollo sobre otro, por virtud de su estructura, este programa de desarrollo interactúa con algunos aspectos del ambiente más que con otros interpretando ciertas características ambientales como relevantes al desarrollo.<sup>12</sup>

El punto es simplemente que los fenómenos sociales y culturales nunca se pueden divorciar de la estructura de la arquitectura o entendidos sin referencia a su diseño.<sup>13</sup>

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 272.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 289.

<sup>10</sup> Wilson, E. O. (1998): *Consilience: The unity of knowledge*. Nueva York: Vintage, p. 171.

<sup>11</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (1992), *op. cit.*, p. 50.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 122.

Éstas son, al igual que en la sociobiología, muestras de un maniqueísmo engañoso. Se argumenta constante y circularmente: si los humanos somos seres biológicos, entonces nada de lo que hacemos, pensamos o sentimos se puede desligar de esa naturaleza, *ergo* somos seres biológicos en todo.

De acuerdo con estas tesis, el diseño para un programa de desarrollo se deriva de una selección génica por encima de otra. Es decir, el gen es el que cambia primero (causa) y después viene el programa de desarrollo que se deriva del cambio en las frecuencias alélicas (efecto). La psicología evolutiva está presa y limitada por esta concepción cerrada y rígida de relaciones causa-efecto. La interacción genes-ambiente que se observa con este esquema deja siempre en el lugar preponderante a los genes.

Los mismos Tooby y Cosmides explican la subordinación de toda característica y programa de desarrollo a los genes:

Los programas de desarrollo, por virtud de su diseño, hacen relevantes para el desarrollo a algunas partes del mundo e irrelevantes a otras. A lo largo del tiempo evolutivo, la variación genética en los programas de desarrollo [...] explora las propiedades del ambiente, descubriendo aquellas que son fuentes útiles de información en la tarea de regular el desarrollo y la conducta...<sup>14</sup>

La posición es más que clara: los programas de desarrollo se seleccionan con base en la selección de genes, éstos determinan qué programas de desarrollo son relevantes y cuáles no, pero no se explica cómo es la selección de éstos. Es también un sistema de herencia, dicen Tooby y Cosmides. Muy bien, pero si el sistema no es genético, ¿cómo es, de acuerdo con su lógica y su visión del mundo? La explicación que ellos dan no es precisa.

Los autores se refieren también a características ambientales del medio físico, tales como parámetros o efectos ambientales que permanecen constantes y otros que se repiten imperfectamente. En este rubro aparecen reacciones conductuales básicas. Pero en esta explicación todo el ambiente físico, las reacciones; la intervención, limitada o no de los

<sup>14</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (2005): "Conceptual foundations of evolutionary psychology", en Buss, D. M. (ed.), *The handbook of evolutionary psychology*, Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, Inc, pp. 5-68.

genes, parece producirse sola, sin sujetos. Son formas explicativas en los que no hay presencia de factores históricos. La historia se puede desprender e ignorar del análisis. En el mismo plano de determinantes ambientales” van la estructura tridimensional del espacio y la sonrisa de una madre en respuesta a la de su hijo, para citar dos ejemplos mencionados por los autores.<sup>15</sup> Con esto, el enfoque integrador e interdisciplinario sufre un revés decisivo, por mucho que la intención de los autores sea la de integrar y totalizar el análisis.

Tooby y Cosmides, como es de esperarse, admiten el enfoque pan-seleccionista (“*Aunque este punto de vista no sea genocéntrico, sí está centrado en la selección natural, porque es ésta la que elige unos genes en vez de otros...*”),<sup>16</sup> el reduccionismo implicado en éste, el panadaptacionismo que lo comprende y de todas las consecuencias que ello tiene.<sup>17</sup>

Aunque no son planteamientos iguales, los paralelismos con el modelo sociobiológico de Lumsden y Wilson son muy próximos. Se habla poco de genoma, de genes, de interacciones genes-cultura o de determinaciones o condicionamientos genéticos. En su lugar se habla de estructuras que organizan la conducta humana, causada en última instancia por factores o procesos biológicos. Es sutil la manera en cómo se sustituyen estos términos por otros más ambiguos como “*arquitecturas fisiológicas y psicológicas*”, o francamente oscuros como “*estructura recurrente relevante de ambiente humano natural y cultural*”.<sup>18</sup> La terminología es, por eufemística, más oscura y difícil de comprender que la de la sociobiología humana. Esta última cuando menos es muy clara en cuanto a los mecanismos y unidades de selección de la conducta humana; claramente establece que la naturaleza humana es agresiva, egoísta, territorial, misógina, jerárquica y xenofóbica. La psicología evolutiva hereda la difícil tarea de hacer frente a las justas críticas históricas al determinismo biológico y al mismo tiempo mantener sus valores y tesis deterministas biológicas fundamentales. Entonces se ve obligada a esconder las tesis que éste último ha sostenido siempre, pero haciendo parecer que ya no las sostiene o no lo hace del todo.

La crítica de Tooby y Cosmides contra el Modelo Estándar de la Ciencia Social (dirigida principalmente contra la sociología de Emil

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (1992), *op. cit.*, p. 91.

Durkheim), parece en un primer instante correcta en la medida en que no puede pensarse la mente humana como escindida del contexto cultural externo, ni plantearse a la cultura como algo ajeno al ser biológico del humano; pero los procedimientos que sigue la psicología evolutiva, contrario a sus intereses integracionistas, se truecan en una concepción altamente especulativa e incorroborable acerca de los orígenes de la mente humana.

Por ejemplo, los autores arriba citados afirman que:

La premisa central de una oposición entre la concepción de la mente como un producto biológico inflexible y la de la mente como un producto social maleable está viciada de origen. La noción de que la estructura psicológica heredada constriñe es la noción de que sin ella seríamos aún más flexibles o maleables o ambientalmente más receptivos de lo que somos. Esto no es sólo falso sino absurdo. Sin esta estructura evolucionada no tendríamos capacidades ni respuestas ambientales contingentes cualesquiera que éstas fueran [...] El sistema no podría responder al ambiente [...] sin la presencia de mecanismos diseñados para crear tal conexión...<sup>19</sup>

Y agregan inmediatamente:

En lugar de ello todas las veces que la mente genera cualquier conducta, lo hace por virtud de programas generativos específicos que se encuentran en la cabeza, en conjunción con las entradas (*inputs*) ambientales con las cuales se presentan.<sup>20</sup>

En primer lugar las afirmaciones anteriores resultan, como lo dije, altamente especulativas e imposibles de corroborar. Si el sistema y la estructura mentales producto de la evolución no existieran, pues no sería posible saber qué existiría en su lugar; las respuestas acerca de si la mente sería más flexible o no si las respuestas serían más eficaces o no o cómo serían, pertenecen al reino de la mera fantasía. Los autores de la cita no pueden afirmar que las cosas serían como ellos dicen que serían.

En segundo lugar, cuando hablan de los “programas generativos específicos”, usan el término de manera que se traza una continuidad lineal entre las estructuras físicas de la mente y las conductas correspondientes.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 39.

Las estructuras físicas son las que producen esos programas que a su vez producen las estructuras mentales y conductas correspondientes, con lo cual el reduccionismo no sólo biologicista sino fisicalista, se impone como la visión dominante de los autores, correspondida con la visión cibernética o computacional de autores como Pinker.<sup>21</sup> Los propósitos integrativos y holistas de la psicología evolutiva contenidos en la crítica a la sociología se truecan en su contrario. Una vulgarización del evolucionismo, reducido a sistemas de entradas y salidas de información y a la resolución de problemas.

La concepción de la mente comprendida como estos “programas generativos”, nos lleva a ese viejo problema planteado al menos desde los inicios de la sociobiología, referente a las relaciones genes-cultura.

En todo este asunto, estamos observando cómo el biologicismo contemporáneo hace un intento por comprender el funcionamiento de la mente humana, uno de los sistemas más complejos que existen, aunque paradójicamente, despojándola de su complejidad, para hacerlo más sencillo. Desde el surgimiento de la sociobiología se habla de la necesidad de llevar a cabo una síntesis disciplinaria, pero el intento por hacerlo, se ha basado paradójicamente en una metodología fundamentalmente analítica y reduccionista, que anula la visión de la complejidad del sistema mental humano. Newell sostiene la tesis de que una condición necesaria para los estudios de los sistemas complejos es que se lleven a cabo de manera interdisciplinaria. Sólo en el estudio de los sistemas complejos se justifica el uso de la interdisciplina.<sup>22</sup> Esto es de inicio correcto. Ahora bien, la condición que Newell señala no quiere decir que todo sistema complejo tenga que abordarse de manera interdisciplinaria ni que todo intento de abordar el estudio de un sistema complejo desde una perspectiva interdisciplinaria sea coherente y lleve a resultados que expresen una totalidad. La interdisciplina debe mostrar una tendencia a la explicación desde la totalidad. De manera similar, un sistema complejo puede ser estudiado desde una perspectiva disciplinaria, pero los resultados tampoco exhibirán el funcionamiento del sistema desde esa totalidad.

<sup>21</sup> Pinker, S. (1997): *How the mind works*. Londres: Penguin.

<sup>22</sup> Newell, W. H. (2001): “A theory of interdisciplinary studies”. *Issues in Integrative Studies* 19: 1-25.

## La interdisciplina y la discusión sobre la psicología evolutiva

Para tener una concepción y una metodología tendientes a la interpretación del fenómeno de la mente humana, desde el punto de vista de la totalidad, es necesario hacer bastante más de lo que los psicólogos evolutivos hacen, es necesario, por una parte, reflexionar acerca de los orígenes históricos de esa división tan cuestionada por Tooby y Cosmides e implícitamente por otros psicólogos evolutivos, entre ciencias sociales y ciencias naturales, biología especialmente. No es suficiente con especular acerca de las propiedades esenciales de la mente en tanto supuesto producto de un proceso tan “básico” y universal como la evolución por selección natural y la adaptación, para después expresar que cualquier estudio de la conducta y la cultura, ya sea proveniente de la ciencia social o natural, deben tomar como punto de partida este aparentemente incontrovertible hecho biológico. Ello no nos dice mucho acerca del proceso de conocimiento de lo mental en humanos.

Un ejercicio de superación de estas deficiencias tendría que pasar por dos puntos nodales: una consideración sobre el desarrollo histórico de las disciplinas y una reflexión sobre los planos, dimensiones y relaciones de los campos de estudio.

Las disciplinas y sus articulaciones, fusiones, divisiones, cruces e interacciones no existen como el resultado de un desarrollo continuo, lineal y creciente del conocimiento. En ese sentido, no necesariamente es verdad para todos los casos lo planteado por Dogan y Pahre cuando expresan que “*Las razones de la aparición de disciplinas o subdisciplinas nuevas son claras: la especialización deja vacíos entre las subdisciplinas, los cuales deben ser llenados.*”<sup>23</sup> Menos aun cuando al continuar manifiestan:

El proceso [de progreso en las ciencias] es irreversible. A medida que [las ciencias] avanzan, las antiguas disciplinas acumulan tal masa de saber en su patrimonio, que se dividen. Cada fragmento de disciplina entra entonces en contacto con fragmentos de otras disciplinas localizadas más allá de las fronteras respectivas, perdiendo así contacto con las demás secciones de su disciplina de origen.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Dogan, M. y Pahre (1993): *Las nuevas ciencias sociales: la marginalidad creadora*. México: Grijalbo, p. 79.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 81.

Esta visión de la dinámica de la ciencia, de su progreso, es mecanicista, ahistórica. Parece un proceso automático y espontáneo, ocurriendo por fuera de los sujetos sociales que la producen y de la complejidad de sus relaciones entre sí y con sus objetos/sujetos de estudio. Es una visión seriamente cuestionada al menos desde que Kuhn publicara a inicios de los años sesenta su ya clásico *La estructura de las revoluciones científicas*.<sup>25</sup> Es una explicación que trata de dar cuenta de la interdisciplina como consecuencia natural del desarrollo de superespecializaciones que se ponen en contacto. Para explicar la interdisciplina y la complejidad de los estudios interdisciplinarios hay que acudir a un análisis de la complejidad del desarrollo del conocimiento, no plantearlo en términos de cursos inexorables de acumulación de saberes.

Tampoco es la forma “natural” de indagación que correspondería a una división ontológica igualmente “natural” o a la existencia de tipos o clases bien delimitadas. Dicho de otro modo, las segmentaciones o fragmentaciones del conocimiento, que pueden ser tan claras y lógicas para los sujetos cognoscentes, no tienen forzosamente que corresponderse con las formas de organización naturales. A la naturaleza le tiene sin cuidado el cómo ha de ser concebida e investigada por los seres humanos. Los planos ontológico y epistemológico no por fuerza están equiparados. Es la ciencia la que buscaría esa convergencia. Pero en realidad es, en última instancia, una decisión metodológica de las comunidades científicas que laboran en las distintas disciplinas, lo que las mantiene separadas o unidas y hasta qué punto. Los objetos o sujetos de estudio, sus intersecciones, las categorías de análisis, las teorías que los explican, las técnicas de investigación, no están determinadas ni fijadas para campos o líneas “naturales” de conocimiento. Los criterios sobre si éste u otro objeto o sujeto de conocimiento deben ser estudiados de modo disciplinario, o sea, en especialidades más y más rígidas o por el contrario, si deben desarrollarse modos multi, inter o transdisciplinarios, pueden ser sumamente variables. Lo mismo sucede, simultáneamente con la demarcación de los campos de estudio. Criterios pragmáticos en ocasiones y muy enraizados en la teoría en otras, pueden llevar a la formación, división, fusión, disolución, creación o desaparición de lo concebido como “disciplinario” o “interdisciplinario”. Tanto uno como

<sup>25</sup> Kuhn, T. S. (1971) [1962]: *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.

otro existen y se conciben en etapas históricas del desarrollo de sí mismas y de la ciencia. Cualquier aporte teórico o empírico puede operar un cambio en la conceptualización y construcción del sistema y los procesos estudiados. Ello redefine permanentemente los campos de estudio. La validez de lo disciplinario e interdisciplinario es temporal.

Dice Pablo González Casanova:

La especialización del conocimiento científico no sólo tiende a determinar las combinaciones e intersecciones de dos o más disciplinas, y a distinguirlas de las viejas divisiones del trabajo intelectual, sino busca nuevos sentidos al conjunto, a la totalidad, sobre todo en relación a sistemas complejos orientados a objetivos y a sistemas dinámicos en que el caos y la organización no evolucionan en formas separadas entre sí o desarticuladas una de otra.<sup>26</sup>

Es decir, de acuerdo con esta idea, existiría una siempre dinámica forma de conocimiento que intentara integrar las disciplinas en campos de la totalidad. González Casanova agrega que existe un proceso de interdisciplinarización del conocimiento, de surgimiento de disciplinas interdisciplinarias, que aparece cuando los problemas de comunicación entre especialistas proliferan.<sup>27</sup> Con esto no solamente se señalan los problemas de la especialización, sino lo inconsistente de la idea rígida de “disciplina”. Una disciplina puede ser considerada interdisciplina si opera en un contexto en el que contribuya a tender puentes y atenuar la fragmentación del mundo, pero ello podría llevar a una integración forzada, a una superación muy mediocre de lo interdisciplinario. Todo depende de cómo se articulen las diferentes disciplinas y a qué contexto histórico se refieran.

González Casanova menciona algo que es sumamente importante para nuestro problema y campo de estudio:

Cuando uno estudia la dinámica de un sistema, su evolución adaptativa, sus objetivos, así como su génesis en tanto organización u organizaciones, y en tanto fenómeno o fenómenos de orden y desorden o de “caos superado y a superar”, las divisiones clásicas de la ciencias pierden toda significación.

<sup>26</sup> González Casanova, P. (2004): *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*. México: Anthropos-Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, p. 18.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 22.

... Cuando uno estudia el mundo como un sistema complejo, los sistemas filosóficos que mantienen la división de conocimientos en disciplinas, con toda la coherencia interna que alcancen, o con la validez y confiabilidad que muestren en la construcción de conceptos y realidades, pierden una gran parte de la significación que tenían antes.<sup>28</sup>

Las fronteras o líneas de demarcación ente disciplinas pueden funcionar adecuadamente en mundos fijos y estáticos, a lo más, pueden funcionar cuando por causa de un acuerdo, es necesario concebirlos así para algún fin heurístico, pero esas fronteras devienen porosas y permeables en el tránsito a mundos dinámicos, en transformación; son suficientemente flexibles como para cambiar de forma y dimensiones. Eso es característico del mundo real, del mundo en movimiento, o dicho de otro modo, del mundo, del mundo, del movimiento, que son la misma cosa.

Los campos de conocimiento se construyen, no están dados con arreglo a niveles de conocimiento y de comprensión de los problemas, a consideraciones sobre las formas en que el mundo se divide (en concordancia con ese nivel de conocimiento), pero como esto nunca es definitivo, ninguna disciplina, campo o rama puede permanecer siempre constante. El significado de su existencia es una verdad siempre en riesgo de ser refutada, sujeto del cambio profundo en el Universo y en nuestra comprensión de ese cambio.

El gran aporte de las teorías del cambio que se desarrollan desde mediados del siglo XIX (Marx, Darwin, Freud, Einstein), consiste en hacer perder esa significación anterior de los sistemas de estudio, arraigados más bien a concepciones fijistas, sobre todo en ciencias sociales y de la vida. Desgraciadamente muchas de ellas aun mantienen muchas metodologías conceptos y muy orientadas al fijismo, fuertemente mistificados; que las hacen incoherentes internamente o proclives a mantener anacrónicas divisiones disciplinarias, por ello hace necesario revisarlas para hacerlas consistentes con la visión dinámica y evolutiva en las que se originaron y que les da sentido. Si eso no ocurre se produce la dominancia del elemento ideológico, por cuanto la realidad ya no es vista en su componente dinámico, sino forzada a congelarse allí donde al sujeto cognoscente le parece que debe perderse la significación dinámica de la teoría. Eso es justamente lo que sucede con la psicología evolutiva.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 82.

González Casanova considera, en su análisis de la relación disciplina-interdisciplina la forma de abordar las relaciones parte-todo. Opina acertadamente que las disciplinas pierden el significado que tienen al abandonar la concepción de la separación de las partes y de la equiparación del todo a la suma de ellas. Cuando partes y todo quedan vinculadas; cuando éste es entendido como algo más que la suma de las partes, entonces una nueva metodología surge y antiguas parcelaciones del mundo se abandonan.<sup>29</sup> La interdisciplina debe comprender lo más intrincado y dinámico de estas relaciones. Toda interdisciplina es estudio de relaciones en diversos niveles de explicación que se llevan a uno (o varios niveles explicativos).

En este sentido la dialéctica y la teoría de sistemas, coincidentes en la necesidad de plantear de modo dinámico y evolutivo esta relación, se enfrentarán al reduccionismo, que se ubicaría en el otro extremo, como una visión “simple”, dividida, fragmentada.

En la psicología evolutiva se mantiene una engañosa concepción del mundo. Por una parte, al estar marcada con base en el lenguaje de la teoría darwinista, proyecta pretensiones integradoras, pero por otro, al mantener una visión esencialista-genocéntrica, conduce a una segmentación disciplinar anacrónica en la cual nada se puede explicar si no es por la presencia de genes y selecciones de parejas para la reproducción. De ella surgen imágenes y descripciones de la conducta, inamovibles y estereotipadas e ideológicamente conservadoras y conformistas, con ningún margen para el desarrollo de un pensamiento crítico. Una posición político-ideológica de defensa de un estatus de la sociedad, de coincidencia con posiciones jerarquizantes y sexistas tiene una coincidencia con un proceso de defensa de la inamovilidad de las estructuras últimas que darían sustento a una conducta humana con esa características, la cual se supone, en una posición fijista, no evolutiva, como incambiable.

Un pensamiento crítico tendría que situarse en oposición a los presupuestos fijistas del reduccionismo. Y servir de elemento cuestionador a todos ellos. Darle, como explica González Casanova, “*un carácter de ‘lucha’ a las reflexiones y a los conceptos-actos del pensamiento crítico*”,<sup>30</sup> y en ese proceso es fundamental la ruptura con los esquemas.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 52-53.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 212.

La dialéctica, en su crítica al determinismo biológico, denuncia y resalta el carácter conformista que éste posee, así como su espíritu pasivo-contemplativo-descriptivo. En el determinismo biológico (y la psicología evolutiva como el último de sus exponentes) el ser humano vive en un sistema de relaciones decidido en lo fundamental por entidades externas a él y ya esquematizado. Los estudiosos de la psicología evolutiva invitan a la sociedad entera a aceptar el mundo así determinado. No toman en cuenta el carácter activo-transformador-revolucionario de la praxis (no conocen ese término). No consideran pasos constantes de ciertos niveles ontológicos ni epistemológicos en la conducta humana, no hay novedades y por ello no hay dimensiones múltiples del análisis.

Enrique Leff, por su parte, señala críticamente algunos aspectos de la ciencia hegemónica que se convierten en problemáticos al momento de abordar la construcción de un conocimiento integrador y articulador de las disciplinas. Muchas de sus observaciones son pertinentes en el proceso que hacemos a la psicología evolutiva.

Uno de esos problemas es el de la reificación. La psicología evolutiva, con su carácter panseleccionista y panadaptacionista, propio del darwinismo vulgar, trabaja constantemente con conceptos reificados. Conceptos como sexualidad, belleza, inteligencia, mente, violencia, por citar algunos, que estarían en la base de la conducta humana, son presentados como cosas en abstracto, como esencias incambiables, no como constructos sociales correspondientes a una realidad histórica concreta. Pero lo concretado, dice Leff, apoyándose en Marx, no es una cosa, sino “*el proceso material que es síntesis de múltiples determinaciones*”.<sup>31</sup> Dicho de otra manera, lo concreto sólo puede aparecer en el proceso, en el devenir de *la cosa*. *La cosa*, el objeto no es tal sin considerarla dentro de un proceso y sin relaciones, ella misma, por el contrario, es el proceso y las relaciones. En este entramado pierde su carácter de mera *cosa* y arrastra a lo concreto a constituirse en sí mismo en un proceso de esas múltiples determinaciones o expresiones de lo que es. Las relaciones confieren a la(s) cosa(s) su dinamismo y, por tanto, su cambio. Ahí está en el proceso y ahí está su concreción. *La cosa* se concreta cuando deja de serlo para convertirse en proceso, movimiento, actividad. Si no se aprehende el movimiento de *la cosa* en su devenir y su relación se corre el peligro de fetichizarla. Eso también sucede con la psicología evolu-

<sup>31</sup> Leff, E. (1994): *Ecología y capital*. México: Siglo XXI, p. 28.

tiva, eso le impide observar los procesos conductuales humanos en el entramado de concreciones que van de lo molecular a lo cultural, con todas sus mediaciones. Lo mismo sucede con los objetos con los que aquella trabaja. Leff expresa que “*los objetos de conocimiento de las ciencias son las relaciones estructurales de lo real, de los procesos materiales que producen como efecto todas estas cosas, objetos de un saber empírico*”.<sup>32</sup> Los objetos de las ciencias así, “*son transindividuales, transobjetales*”,<sup>33</sup> o sea, se niegan a sí mismos *qua* objetos en su relación con otros y en la formación de procesos, en sus determinaciones y contextualizaciones concretas. Los objetos de la ciencia toda deben ser los procesos, su transformación, su extensión más allá de su ser objeto, su transmutación. Éste es el caso de la teoría de la evolución.

Leff, al hablar de soluciones ideológicas (de falsa conciencia) al problema de la articulación de distintos planos explicativos de una realidad multidimensional, menciona la búsqueda de un “*principio originario y constitutivo*”, un principio de pretensiones unificadoras. Sucede con esto que se lleva a cabo una absorción de lo primario, de primer orden o “esencial”, en los niveles superiores de organización, lo cual es característico del reduccionismo, cuando menos en la teoría de la evolución.<sup>34</sup> Este mecanismo operativo es deshistorizador y además borra la articulación propiamente dicha entre disciplinas, pero no de manera que se lleve a cabo una fusión o síntesis totalizadora, sino más bien la imposición de la disciplina portadora del principio originario —la genética, en el caso que abordamos—, sobre todas las demás.

El sobredimensionamiento de ese “*principio originario y constitutivo*” puede tener capacidad heurística, pero profundiza el proceso de reificación y de fetichización, el cual manda a un segundo plano o de plano elimina el proceso, la “*síntesis de múltiples determinaciones*”.

Una propuesta interdisciplinaria, o que busque la interdisciplinarietà, no debe fundarse con un desconocimiento o desdén de la génesis de la producción conceptual y de los objetos que participan de la articulación interdisciplinaria, de otro modo no puede llevar a una concepción, a una teorización ni comprensión de la totalidad.

Si las historias de los conceptos, objetos e interacciones de un sistema interdisciplinario de estudio, quedan desdibujadas o desaparecen

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> *Ibid.*, pp. 45-46.

del mismo, se permite el paso franco al congelamiento de todas ellas, a la pérdida de su movimiento y con ello a su ideologización y a la de la propuesta interdisciplinaria misma, convirtiéndola en una pseudo-interdisciplina.

Con planteamientos como los de la psicología evolutiva, se llega a un pronto agotamiento y hundimiento de las posibilidades heurísticas, de una propuesta interdisciplinaria de esa naturaleza: los argumentos se repiten hasta la saciedad, copiados una y otra vez. Sólo se multiplican ejemplos simplones; casos en los que se “verifican”, no importa cuan forzosamente, los principios de antemano enunciados, con una metodología en la que nunca se llega a una conclusión distinta a la que estaba preparada de antemano en las premisas.

Leff mismo establece algo que es de fundamental importancia en la caracterización de la interdisciplina como fenómeno histórico. El conocimiento científico está fragmentado en disciplinas, subdisciplinas, y subdivisiones de éstas; no como ese resultado natural de una división ontológica del mundo en partes a cuan más simples e infinitesimales, que tan vehementemente defendió Descartes,<sup>35</sup> sino como el resultado de un desagregación de los procesos productivos en sus diferentes funciones, a fin de hacer eficaz y eficiente sus diferentes aplicaciones. En otras palabras, la ramificación del conocimiento científico se debe a la necesidad capitalista por eficientizar los procesos productivos, incluyendo los de la producción de conocimiento. A esa separación menciona Leff, le ha sucedido una reunión multidisciplinaria que integra porciones del saber, manteniendo las fronteras existentes.

A este respecto, González Casanova menciona que el término disciplina no solamente se relaciona con el rigor y la exactitud, sino con la división del trabajo intelectual. La disciplina corresponde a “...una división del trabajo intelectual en campos, áreas o aspectos...” tanto como a ese deseo de rigor y exactitud,<sup>36</sup> pero lo interesante del comentario de este autor es que señala una correspondencia entre cierto grado de desarrollo del conocimiento y su división para fines de eficientización, de optimización de las operaciones que llevan a la comprensión de los procesos de la naturaleza y a su eventual (no obligada) aplicación. A la

<sup>35</sup> Descartes, R. (1997) [1637]: *Discurso del método*. Madrid: Espasa Calpe; Descartes, R. (1995) [1647]: *Los principios de la filosofía*. Madrid: Alianza Universidad.

<sup>36</sup> González Casanova, P. (1996): *Disciplina e interdisciplina en ciencias y humanidades*. México: Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, p. 2.

división del trabajo manual le corresponderá una división del trabajo intelectual. No se trata de coincidencias, sino de expresión de un fenómeno fragmentador del mundo en distintos ámbitos de la vida.

En todo este proceso fragmentador del saber aparece también la visión mecanicista del mundo, por cuanto que la máquina se presenta como el paradigma, el símbolo máximo del productivismo. La máquina se explica en función de su arreglo espacial, su eficiencia dependerá de una mejora en ese arreglo con respecto a formas de arreglo previas, la innovación, la aparición de lo novedoso en la producción maquinizada tiene que ver con el mejor funcionamiento de sus partes; con su tendencia a la infalibilidad, todo lo cual tendrá que ver con la división en partes espaciales de la que esté dotada.

A este respecto Labastida menciona que la concepción mecanicista que elabora Descartes, debe situarse históricamente, reflejando el periodo manufacturero de su tiempo, haciendo una extrapolación del mismo para explicar a los objetos y entes del universo y su funcionamiento.<sup>37</sup> Descartes estudia las máquinas como jugando un papel activo de impulsoras del desarrollo de fuerzas de producción y, por lo tanto, de explotación de la naturaleza y la fuerza de trabajo. En el contexto del capitalismo naciente y pujante, eso hace concebir a la máquina como algo progresivo, y al animal y hombre-máquinas como aproximados a lo perfecto. Su propuesta mecanicista no es sino la expresión de su inserción firme en las condiciones sociales en las que se encuentra, y como es la división de las funciones que la máquina ejecuta lo que la hace funcionar. Eso proyecta la apariencia de ser el proceso más natural existente, como si la divisibilidad, la fragmentación, fuera una propiedad universal que estuviera facilitando siempre el acceso al bienestar material. Las propiedades de la naturaleza se engarzan con las de los procesos productivos. Es más que un engarce, parece ser una correspondencia perfecta entre lo que hay en la naturaleza y lo que el capitalismo le aplica, parece ser una más de las pruebas de que el capitalismo sería el sistema natural habido y por haber.

Si esta propiedad ontológica presente en toda la naturaleza se realza y se toma como punto de partida en el estudio de la misma, como principio ontológico unificador en el ámbito de la ciencia, como

<sup>37</sup> Labastida, J. (1987): *Producción, ciencia y sociedad: de descartes a Marx*. México: Siglo XXI, p. 95.

el fundamento, la base metodológica epistémica, tendríamos como resultado un considerable incremento de nuestro conocimiento del mundo y de sus leyes.

Podemos decir que el capitalismo es la sociedad de las fragmentaciones, tanto en el proceso de producción de bienes, como en el de conocimientos y teorías. En ese sentido, el mecanicismo expresa una posición de clase que no se limita a la esfera de las relaciones estructurales de la producción, sino que se inmiscuye e introduce en muchas de sus manifestaciones superestructurales: proceso de conocimiento, educación, ciencia y tecnología.

### **Las propiedades emergentes: proceso de estudio interdisciplinario**

Como cualquier estudio que tenga el propósito de constituirse en interdisciplinario, tiene que integrar conocimiento proveniente de diversos campos, está obligado necesariamente a articular e integrar las propiedades de los objetos, sujetos o procesos, en un sistema explicativo que los abarque. De ese modo se hace indispensable para la interdisciplina, el estudio de la emergencia de las propiedades, el estudio del cómo a partir de ciertos estadios iniciales de conocimiento de un determinado proceso, van surgiendo en el sistema bajo escrutinio, una serie de elementos (y procesos) cuya explicación no se puede basar en la que se daba para explicar las propiedades de los estados iniciales del fenómeno estudiado. Se admite que se opera un salto cualitativo en esta forma de análisis con respecto a las formas estrictamente disciplinarias anteriores.

En ese sentido, al menos, la interdisciplina va a contracorriente de las concepciones hegemónicas acerca de las relaciones entre ciencias y campos de conocimiento. La ciencia moderna, desde el punto de vista reduccionista, observa el mundo como un arreglo jerárquico y bien definido, de lo que se da en llamar “niveles”, los cuales van desde las partículas subatómicas a los ecosistemas y a la cultura, claramente delimitadas una con respecto a todas las demás. Es posible afirmar que esta sucesión de jerarquías, al estar íntimamente ligada a, más aún, al ser parte constitutiva de la visión fragmentada y fragmentaria del mundo, arriba analizada, es una visión burguesa, capitalista. De ninguna manera es una concepción incoherente, pero al igual tampoco es una forma natural de arreglar el mundo. Es una concepción basada en la

idea de que el individuo es la esencia de la sociedad, extrapolada sucesivamente a otros componentes del universo considerados la base del individuo (células, núcleo celular, cromosomas, genes);<sup>38</sup> es resultado de un intento de extender el modo newtoniano de razonar, a la esfera de las relaciones sociales,<sup>39</sup> de manera que, siempre procediendo en dirección a lo considerado más simple, básico e infinitesimal, se llega a pretender que solamente las entidades en el nivel más bajo tienen una existencia real,<sup>40</sup> y por ello sólo serán reales las propiedades de este nivel. Las propiedades y características de los niveles “superiores” estarán guiadas y restringidas por las de los niveles “inferiores” o esenciales; el comportamiento de una entidad cualquiera, se entenderá como el de sus componentes fundamentales. Habrá una restricción del desarrollo y de las rutas del mismo, centrada en las propiedades de esos niveles esenciales. No se espera nada nuevo en los niveles no esenciales. Si esto se respeta, entonces se puede proceder al análisis de lo que ocurre en cada uno de esos niveles o jerarquías por separado, disciplinariamente, fragmentadamente.

Desde luego, este método que puede ser caracterizado como reduccionista y fiscalista, a pesar de sus carencias no ha carecido de éxito. Es precisamente el éxito heurístico de la revolución científica, en el siglo XVII, trabajando con representaciones y modelos tanto simplificadores como unificadores (de los cuales las leyes de Newton de movimiento de los cuerpos son un ejemplo paradigmático),<sup>41</sup> lo que le da una especie de “autoridad moral” a partir de la cual reclamaría su derecho para imponerse en todos los campos de la investigación científica. Pero, juzgando en sentido contrario esa enorme capacidad heurística que muestra el fiscalismo, no implica que a partir de un cierto momento en la historia de la ciencia, con los nuevos avances, vaya a ser capaz de explicar fenómenos que se encuentran en otra órbita, en otra esfera en la comprensión y explicación del universo.

<sup>38</sup>Lewontin, R. C. (1991): “Foreword”, en Tauber, A. I. (ed.), *Organism and the Origins of Self*. Boston Studies in the Philosophy of Science, vol. 129. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, pp. XIII-XIX.

<sup>39</sup>Murphy, N. (2007): “Reductionism: How did we fall into it and can we emerge from it”, en Murphy, N. y W. Steiger (comps.), *Evolution & emergence: Systems, organisms, persons*. Nueva York: Oxford: University Press, pp. 19-39, p. 22

<sup>40</sup>*Ibid.*, p. 23.

<sup>41</sup>Mitchell, S. (2009): “Introduction”, en Mitchell, S. *Unsimple truths: Science, complexity and policy*. University of Chicago Press, pp. 1-19.

Pero esta idea fiscalista contiene por un lado un corsé que los propios reduccioncitas le imponen a sus sistemas de estudio, a la realidad toda; no es una restricción que refleje la realidad desnuda. El fiscalismo descarta todo intento por buscar aquello que es novedad en los sistemas estudiados, y es forzada a encontrar cabida, por forzosamente que sea, dentro del corsé (Neurath). El constreñimiento de la realidad que el fiscalismo propone ha tenido como consecuencia un empobrecimiento de la realidad. Karel Kosik lo expresó elocuentemente:

La imagen fiscalista del positivismo ha empobrecido el mundo humano y con su absoluto exclusivismo ha deformado la realidad, ya que ha reducido el mundo real a una sola dimensión y a un solo aspecto: la dimensión de la extensión de las relaciones cuantitativas. Además ha escindido el mundo humano al proclamar que el mundo del fiscalismo, el mundo de los valores reales idealizados, de la extensión, de la cantidad, de la medición y de las formas geométricas es el único real en tanto que considera al mundo cotidiano del hombre una ficción.<sup>42</sup>

La búsqueda de lo que constituye la unidad de las entidades del universo se trueca, para el fiscalismo y el reduccionismo, en la idea de que lo único existente es la unidad física, que no existe diversidad; que de lo Uno no puede derivarse una multiplicidad de cualidades; que las explicaciones de fenómenos no físicos estarían violando las leyes de la física, especialmente si se habla de propiedades emergentes.<sup>43</sup> ¿Cómo es que hay leyes, de un orden inferior o más básico, que se conservan y otras que se agregan sin causar la anulación de las primeras? ¿Cómo es que las propiedades de los órdenes inferiores, a pesar de ser las más “básicas” y no haber sido anuladas por las que se agregaron no son por sí mismas las que gobiernan y regulan el funcionamiento de los sistemas más complejos y de orden superior? ¿Cómo concebir que exista una autonomía de las propiedades de orden superior con respecto de las de orden inferior? Más aun, en esta concepción de la emergencia de propiedades, no se habla de una adición aritmética de unos niveles de mayor complejidad sobre los niveles más simples, con sus respectivas

<sup>42</sup> Kosik, K. (1967): *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo, p. 42.

<sup>43</sup> Deacon, T. (2007): “Three levels of emergent phenomena”, en Murphy, N. y W. Steiger (comps.), *Evolution & emergence: Systems, organisms, persons*. Nueva York: Oxford: University Press, pp. 90-110.

leyes, sino como lo explica Deacon. “...*involucra sistemas no lineales que exhiben una recursividad causal y, en última instancia, una dinámica self-undermining, que causa que los estados iniciales (prior) del sistema sean reemplazados y superseeded irreversiblemente.*”<sup>44</sup> Newell refuerza la idea: “*Los fenómenos modelados por la mayoría de los sistemas complejos son multifacéticos... Al igual que los fenómenos modelados por todos los sistemas, su patrón de comportamiento global es autoorganizativo, diferente a la suma de las partes y no completamente predecibles a partir de ellas. Como las varias facetas están conectadas por relaciones no lineales, el patrón de comportamiento global del fenómeno (y por lo tanto, del sistema) no sólo es autoorganizativo sino también complejo.*”<sup>45</sup> Una eficiente y adecuada interdisciplinariedad debe saber interpretar ese comportamiento autoorganizativo de carácter global. No se trataría de comprender solamente las conexiones no lineales sino las mediaciones existentes en los elementos onto y epistemológicos de esas conexiones.

Algo muy similar es lo que sucede en el origen de la mente, pues en ella no se trata solamente de un rearrreglo espacial de partes o de un crecimiento de estructuras previamente existentes, sino de todo un entramado de novedades tempo-espaciales, fluidas, originadoras de situaciones irrepetibles. La mente, o los estados de conciencia, aparece justo con una organización neurofisiológica, a su vez una propiedad emergente, una novedad con respecto a formas de organización previas en la evolución de las especies, y a la que se agregan innovaciones, otras propiedades emergentes de carácter no siempre físico (la conducta no lo es). En este proceso, la propiedad emergente, la mente en este caso, al surgir del arreglo neurofisiológico, produce un retraining de éste. No se trata de un retraining en el que pierda su función, sino un retraining en el que si bien el funcionamiento neurofisiológico sigue operándose y el que lo haga es condición para el operativo mental y conductual, este último se entiende más por las propiedades emergentes últimas que posee, que por las estructuras y propiedades que les dieron origen. Se trata, pues, de un juego de expansiones y ampliaciones de ciertas propiedades de orden superior, que son lo novedoso del sistema; y de retracciones de lo que está en el orden inferior, sin que este pierda su función. Se trata de que en el nuevo sistema, las funciones de los

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>45</sup> Newell, W. H., *op. cit.*

órdenes previos, se encuentran cualitativamente modificadas debido a que, cumpliendo con su función previa, requieren al mismo tiempo, establecer nuevas relaciones gracias a la aparición de las propiedades emergentes: la novedad, la sucesión. En esto consiste justamente la evolución.

Deacon mismo explica que en los tres órdenes de emergencia de las propiedades del universo, se da un proceso de sucesión (*supervenience*) de esas propiedades, sus características se dan en función de las relaciones que establecen. Son por ello propiedades relacionales, opuestas a las propiedades intrínsecas de las unidades más simples atendidas por el reduccionismo.<sup>46</sup> En un nivel superior o de segundo orden, se llevan a cabo “...*ciclos de causa-efecto que enlazan eventos a diferentes niveles...*” De modo que “...*la sucesión de propiedades emergentes se hace automodificable y da como resultado una sucesión emergente de nuevos fenómenos emergentes sucesivos.*”<sup>47</sup> Deacon finaliza mencionado que en un tercer orden de interacciones y de emergencia se diferencia del segundo orden en que mientras en éste los fenómenos exhiben aún ciertas limitaciones en lo que hace a sus influencias entre el todo y las partes, en el tercero, los fenómenos emergentes muestran ya un comportamiento propiamente evolutivo; la amplificación de sus efectos es manifiesta, lo cual puede ser concebido, según él en un proceso de autoorganización y autorreferencia: “*una autopoiesis de la autopoiesis*”.<sup>48</sup>

Ellis, para ilustrar la autonomía de los niveles de explicación del mundo, elabora un modelo de cuatro formas o naturalezas de la existencia: la de la materia y la fuerza, la de la conciencia, la de las “posibilidades físicas y biológicas” y la de la abstracción. Ellis subdivide la forma dos, de la conciencia, en el mundo de la racionalidad, el de la metas, intenciones, sensaciones y emociones y el de las construcciones sociales explícitas, y menciona, muy a propósito de una crítica al reduccionismo en biología humana, que cada uno de los tres niveles no únicamente pueden tener efecto sobre los otros dos, sino que son capaces de cambiar lo que está sucediendo en el mundo físico (de la primera forma de la existencia).<sup>49</sup>

<sup>46</sup> Deacon, T., *op. cit.*, p. 97.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 103.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>49</sup> Ellis, G. F. R. (2007): “Science, complexity, and the natures of existence”, en Murphy, N. y W. Steiger (comps.), *Evolution & emergence: Systems, organisms, persons*. Nueva York: Oxford: University Press, pp. 113-140.

Hay en este modelo una reafirmación tal de la autonomía de los niveles y subniveles de existencia, que no excluye su interacción y afectación mutuas.

Piaget contribuye en esta discusión sobre la interdisciplinariedad, señalando que “ninguna ciencia se desarrolla en un solo nivel; cada una comprende varios niveles de conceptualización o estructuralización”,<sup>50</sup> a lo cual debe añadirse que entre más complejo sea el sistema que esté estudiándose, mayor será la cantidad de niveles mencionados, mayor la cantidad de interacciones entre ellos y más diversa la cualidad de las mismas y de sus resultados.

Todo esto es fuente de confusión para el fisicalismo y el reduccionismo cartesianos. Para el fisicalismo, en particular el de la psicología evolutiva, la diversidad y la emergencia de nuevas propiedades, destruirían aquello que da unidad al sistema de estudio, y como ya el universo puede ser explicado con base en la unidad, entonces la mención o análisis de lo diverso haría incomprensible al mundo. La multidimensionalidad de los fenómenos humanos se explica como un solo nivel que se expande y divide en muchos, pero de manera que esta división no lleva a una multiplicidad de niveles que se autonomizan entre sí y dan lugar a novedades ontológicas, a diferencias cualitativas y formas de interacción diversas; no como multiplicidad que se mantiene a sí misma mediante procesos permanentes de reconceptualización, de estructuralización y rearticulación (para seguir con el discurso de Piaget), de redefinición de los mismos niveles, de su rearrreglo en el complejo espacio-tiempo, ni de la jerarquía ocupada por niveles, planos de la explicación conductual-cultural. Nada de eso. Para la psicología evolutiva los niveles de conceptualización y estructuración son uno sólo y simplificado. Se expresan como la proyección hacia los distintos niveles, de las esencias encontradas en las partículas últimas e infinitesimales; incambiables por definición.

E. O. Wilson, en su defensa del reduccionismo, afirma: “*El cutting edge de la ciencia es el reduccionismo, la separación de la naturaleza en sus partes constitutivas*”, es decir, en lo que puede ser dividido; y admite que lo que le interesa a la ciencia es la complejidad, pero que ésta se

<sup>50</sup> Piaget, J. (1979): “La epistemología de las relaciones interdisciplinarias”, en Apostel, L. et al., *Interdisciplinariedad. Problemas de la enseñanza y de la investigación en las universidades*. México: ANUIES, pp. 153-171.

comprende a partir de esa reducción de los sistemas a sus partículas esenciales. El reduccionismo, dice Wilson, “*Es la estrategia de investigación empleada para encontrar los puntos de entrada en otros sistemas complejos de otro modo impenetrables*”, y describe detalladamente el método que ha de seguirse en ciencia. Me permito citar textualmente sus palabras por considerarlas quintaesenciales del método reduccionista:

Deje que su mente viaje alrededor del sistema. Plantee una pregunta interesante acerca del mismo. Descomponga y divida la pregunta; visualice los elementos y preguntas que a su vez implica. Piense en respuestas alternativas concebibles. Expréselas de modo que una cantidad razonable de evidencia sea perfectamente clara. Si se encuentran demasiadas dificultades conceptuales, regrese al punto de partida. Busque otra pregunta. Cuando finalmente haya dado en un punto sensible, busque el sistema modelo... sobre el que se puedan dirigir más fácilmente los experimentos decisivos. Familiarícese... con el sistema. Ame los detalles, el sentir de todos ellos por ellos mismos. Diseñe el experimento de modo que no importando lo que resulte, la respuesta a la pregunta sea convincente. Use el resultado para plantearse nuevas preguntas, nuevos sistemas.<sup>51</sup>

Ni una mención a las relaciones, a los niveles de análisis, a las formas de la complejidad, a la multidimensionalidad de los sistemas, a las conexiones espacio-tiempo, a eventuales cambios cuantitativos-cualitativos, a cómo proceder frente a estas propiedades. Por el contrario, el reduccionismo, finaliza Wilson enfáticamente: “*es la actividad primaria y esencial de la ciencia*”.<sup>52</sup> Mediante la reducción se accedería a la complejidad añadiendo a los niveles superiores del sistema las propiedades de los inferiores, de los susceptibles de haber sido fraccionados. Las cadenas de ADN o ARN son susceptibles de fraccionarse, pero no así la conducta, pues no existen “unidades de conducta”, y ahí el método de Wilson no operará más que forzando a los sistemas a comportarse como él desea que se comporten, no como son en la realidad.

Lo que el fisicalismo piensa es que reduciendo toda explicación del mundo a entidades físicas y elaborando una metodología de investigación con base en esta premisa, la capacidad predictiva va a ser mayor. Como esta reducción entraña un determinismo, pues la parte fundamental del

<sup>51</sup> Wilson, E. O. (1997): *Consilience: The Unity of Knowledge*. Nueva York, Vintage Books, p. 59.

<sup>52</sup> *Ibid.*, pp. 58-59.

sistema determinará su reproducción en las demás partes y en el todo, entonces será capaz de predecir con alto grado de certidumbre. Entre más simple sea el sistema, entre mayor sea su susceptibilidad de ser dividido en partes, entre más sencillas sean éstas, más fácilmente podrá ser reconstruido; con mayor precisión podrán ser comprendidos los efectos.

Y es aquí donde entra otra de las incomprendiones del reduccionismo y que se aplica a la psicología evolutiva. El universo de lo vivo no funciona por medio de determinaciones, sino con arreglo a relaciones, a interacciones, a dinámicas no lineares; entonces la capacidad predictiva del determinismo se ve mermada considerablemente.<sup>53</sup> Estos sistemas complejos contienen mecanismos de retroalimentación, en los cuales la integración de los componentes y su interacción no van ordenados en una dimensión, ni de manera lineal (como ya se mencionó), siguiendo una y solamente una trayectoria, ya predecible por predeterminada, como se postula por la psicología evolutiva cuando afirma que toda característica conductual humana es expresión de adaptaciones para la reproducción. Las integraciones en sistemas complejos se expresan por medio de mecanismos retroalimentadores, que se exhiben en diferentes sentidos, pero que no expresan ni siempre ni única ni principalmente las propiedades de las unidades en las que se llevan a cabo. Por el contrario, propiedades de los niveles superiores ejercen influencia sobre los elementos (de orden inferior) que estarían determinando su comportamiento.<sup>54</sup> En general, el patrón de comportamiento no es estable completamente, no es determinista. Es inteligible, pero no puede ser predecible enteramente.

El determinismo de la psicología evolutiva preconiza una falsa estabilidad dinámica de la mente humana. A partir de ahí fuerza al sistema a comportarse con relaciones lineales de causa-efecto e intenta predecir lo que es impredecible: desarrollo de sentimientos, de emociones, de usos del lenguaje, de formas concretas de expresión sexual y erótica, o la sensibilidad ante las obras de arte. Y esa pretensión de predictibilidad se le vuelve en su contra, sencillamente porque los sistemas complejos no funcionan como el determinismo quiere que lo hagan y no encajan en su concepción ni en su metodología. Menos aún los más complejos entre los sistemas complejos: los sistemas humanos o sistemas compuestos por

<sup>53</sup> Mitchell, S. (2009): "Complexities of organization. How we think about the world", en Mitchell, S., *op. cit.*, pp. 20-44.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 44.

seres humanos, porque ellos contienen algo de lo más impredecible por métodos cartesianos: el libre albedrío, la libre voluntad de actuar,<sup>55</sup> algo que la psicología evolutiva no comprende en lo más mínimo. Newell esclarece la diferencia entre los sistemas complejos sin componentes humanos y la que sí los tiene cuando expresa:

Los humanos son capaces de exhibir conductas que reflejan un balance deliberado de moral y valores con diversos modos de autointerés [...] Pueden imaginar mundos alternativos y seleccionar comportamientos a fin de promover el mundo que eligen.”<sup>56</sup>

Los componentes humanos en los sistemas complejos crean, de ese modo, una indeterminación ulterior, ya que son capaces de trocar los enlaces casuales en influencias, con lo cual se van creando los circuitos de retroalimentación y, lo que sería más importante: “*el cambio en las relaciones que moldean el comportamiento total del sistema*”.<sup>57</sup> La idea de complejidad lleva incluida la idea de imperfección, pues incluye la incertidumbre.<sup>58</sup>

La indeterminación, la incertidumbre, son características humanas, y a la vez naturales, no privativas del ser humano. Por definición, el determinismo rechaza esto porque piensa que son sinónimo de comportamientos caóticos y sin ningún orden, porque piensa que el único orden existente es el comprensible por medio del reduccionismo y de la linealidad. Además, ya en el caso del determinismo biológico y la psicología evolutiva, porque rechazan la posibilidad de que los sistemas humanos cambien, de que la conducta social humana lleve al cambio del comportamiento del sistema complejo en el que viven: la sociedad. La psicología evolutiva apunta sólo a lo que permanece constante en su sistema, olvidando que existen otros componentes, que son los dominantes, que son los que producen el cambio en el mismo. Extraño que el objetivo de evolucionistas y darwinistas convictos y confesos como los psicólogos evolutivos, sea exactamente el contrario de la evolución, o sea, lo que está fijo y no cambia. Ahí es donde su modelo de reducciones a lo físico, de determinismos, de cuantificaciones, de predicciones

<sup>55</sup> Newell. W. H., *op. cit.*

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> Morín, E. (1998). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, p. 143.

limitadas, sale fuera de la realidad, porque, a pesar de sus esfuerzos, los sistemas humanos cambian y lo hacen de modo constante y acelerado, a veces incluso brusco.

Pero el fisicalismo comete otra falacia. Afirmar que el hecho de que una cosa esté compuesta enteramente por partes físicas no equivale a decir que todas las partes son enteramente físicas o que todas las propiedades de las partes son sólo propiedades físicas<sup>59</sup> sin poner atención a la organización como un todo en el complejo espacio-tiempo de los componentes. Todo organismo está vivo en función de la organización que posee, aunque ninguno de sus átomos o componentes últimos esté vivo. La organización social de un ser humano lo hace capaz de amar, odiar o tener sentido del humor a pesar de que ninguna de sus partes ame, odie o ría. El agua tiene propiedades físicas y químicas por ser H<sub>2</sub>O a pesar de que ni el hidrógeno ni el oxígeno son agua ni tienen las mismas propiedades juntos que separados. A estas propiedades organizacionales o derivadas de la organización se les ha denominado *propiedades de orden superior*.<sup>60</sup> La psicología evolutiva hace caso omiso del elemento organizacional e incurre en la falacia arriba señalada al fisicalizar, y con ello reificar conductas, emociones, sentimientos y lenguajes del ser humano. Es la organización de los constituyentes de un objeto lo que construyen los “poderes causales” del mismo, no solamente las propiedades físicas de aquel,<sup>61</sup> menos aún las de cada una de sus partes por separado. Esto lleva a cuestionar el esquema clásico de las relaciones causa-efecto como relaciones simples de 1 a 1, y en una y la misma dirección siempre. En vez de ello tenemos en los organismos y relaciones de orden superior, una dinámica multicasual simultánea, que abarca las relaciones causa-efecto dentro de cada nivel de análisis, entre los distintos niveles y en diversas direcciones.<sup>62</sup> Esto también pasa de largo para la psicología evolutiva, encerrada dogmáticamente en el esquema panseleccionista y panadaptacionista, que deriva directamente de una característica seleccionada, y una función ya definida.

<sup>59</sup> Van Gulick, R. (2007): “Reduction. Emergence and the mind/body problem: A philosophical overview”, en Murphy, N. y W. Steiger (comps.), *Evolution & emergence: Systems, organisms, persons*. Nueva York: Oxford: University Press, pp. 40-73.

<sup>60</sup> Van Gullivk, R. (2007): “Who’s in charge here? And who’s going all the work?”, en Murphy, N. y W. Steiger (comps.), *Evolution & emergence: Systems, organisms, persons*. Nueva York: Oxford: University Press, pp. 74-87.

<sup>61</sup> *Ibid.*

<sup>62</sup> Ellis, G. F. R., *op. cit.*, p. 123.

Pero no se trata únicamente de considerar y analizar la organización como algo perteneciente al interior de los sistemas a estudiar. En teoría de la evolución, el claro, poderoso y constante intercambio entre los organismos y su ambiente, es un elemento sin el cual se entiende poco de la propia evolución orgánica. En el modo fisicalista de ver las cosas el todo parece definido y dividido no sólo como la suma de las partes, partes homogéneas e iguales entre sí, sino como una clara diferenciación entre el interior del sistema y el exterior del mismo, de lo cual se deriva que cualquier cosa podría ser estudiada en aislamiento con respecto a su entorno, como en el caso de los cuerpos de la física clásica y como si ese aislamiento fuera el estado natural de cada objeto o sistema, como si su delimitación precisa fuera un ideal a perseguir en ciencia; como si sólo así pudiérase acceder a la comprensión objetiva del universo. La propuesta hecha desde el emergentismo, debe considerar la naturaleza de los campos compartidos, de aquellos terrenos que marcan las fronteras entre las entidades componentes del mundo vivo, las cuales no son simples barreras o líneas divisorias que las separan, sin ninguna otra utilidad. Por el contrario, son ellas mismas elementos constitutivos del sistema con actividad propia. En estas condiciones de frontera (*Boundary conditions*),<sup>63</sup> se llevan a cabo muchos de los cambios cualitativos que hacen a las propiedades emergentes y las meditaciones que conectan unas con otras propiedades. Lo interno del sistema es relación con lo externo, es ya lo externo y viceversa. Los sistemas complejos no pueden ser tratados como los objetos de la física clásica porque en ellos no es posible estar seguros de cual es el espacio externo y cual el interno,<sup>64</sup> tal es el caso por ejemplo, de la ecología de poblaciones, de los estudios ambientales y del estudio de la cultura en los seres humanos. Sus cambios se llevan a cabo por vías no siempre predecibles. Es acción y creación de condiciones. El ser interno de un sistema vivo es su relación y, por lo tanto, su opuesto, con el cual coexiste. En el transcurso de esa relación, la rígida diferenciación desaparece para hacer surgir una síntesis cualitativamente distinta.

Una de las condiciones de un conocimiento interdisciplinario y de un pensamiento de la complejidad, es la de la interdefinibilidad de los componentes que se usan. Es decir, la posibilidad de que haya definiciones

<sup>63</sup> Murphy, N., *op. cit.*, pp. 30-33.

<sup>64</sup> Lewontin, R. y R. Levins (2007): "The end of natural history?", en Lewontin, R. y R. Levins: *Biology under the influence: Dialectical essays on ecology, Agriculture and health*. Nueva York: Monthly Review Press, pp. 13-16.

comunes desde las distintas funciones de los subsistemas que se fusionan en un sistema total. Esto es así debido a que las profundas relaciones existentes en los elementos de los sistemas hacen que sus funciones no sean independientes,<sup>65</sup> como tampoco las disciplinas en donde estas relaciones se estudian (lo cual no quiere decir que todas dependan de una función última). Ésta es una condición *sine qua non* del conocimiento interdisciplinario porque es la prueba del trazado y el tendido de puentes entre las disciplinas, correspondiendo a los que se encuadran en los elementos del sistema a estudiar; de la comunicación que se lleva a cabo entre ellas para lograr una explicación que supere las existentes previamente cuando se encuentran aisladas dentro de su propia disciplina. Hay que matizar esto diciendo que no todo concepto, sin embargo, puede convertirse siempre en interdefinible espontáneamente. Son ciertos tipos de teorías y metodologías concretas, tendientes a lograr una totalización del conocimiento y conscientes de la complejidad del sistema que se construye como interdisciplinario, las que alcanzan la interdefinibilidad y de ese modo da un paso importante a la interdisciplinariedad. Esto implica una redefinición de los términos y conceptos de manera que expresen esta fusión y una extensión de los significados y de los rangos de aplicación de los términos.<sup>66</sup>

El reduccionismo no hace esto porque se aferra a un significado fijo de la entidad en la que lo “esencial” ocurre y del proceso o procesos mismos que tienen lugar a partir de esa entidad. El problema de construir el conocimiento de manera monista, a partir de lo que es considerado esencia, y de adscribirle por fuerza un significado y una naturaleza físicos y cuantificables, es que la capacidad de redefinición de términos, de extensión de sus significados se ve mermada considerablemente. En psicología evolutiva la terminología es fija y corresponde a un solo nivel de análisis, a una sola secuencia de hechos, pretendidamente universal. El concepto de sexualidad, por ejemplo, uno de los centrales en psicología evolutiva, es tratado —como se verá de manera extensa en un capítulo posterior—, siempre como fisiología reproductiva. Los planos más subjetivos que hacen al comportamiento sexual siempre confluyen en una sola explicación: interés reproductivo como expresión de la selección natural y las adaptaciones a que da

<sup>65</sup> García, R. (2007): *Sistemas complejos: conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona: Gedisa, p. 143.

<sup>66</sup> Newell, W. H., *op. cit.*

lugar. No se expresan autonomías de unas esferas fundamentalmente subjetivas en comparación con los aspectos fisiológicos-hormonales de la sexualidad. Sus explicaciones no expresan movimientos de las propiedades de orden inferior con las de órdenes superiores, no hay recorridos entre los planos de análisis porque estos están entendidos de manera empobrecida. Como consecuencia, tampoco existen zonas y condiciones de frontera, o mediaciones en las que la emergencia tenga lugar. Bajo todas estas condiciones la posibilidad de interdefiniciones queda mermada considerablemente.

Toda esta reflexión es pertinente porque uno de los elementos más revolucionarios de la teoría de Darwin, que es en la que la psicología evolutiva pretende basarse, es justamente su visión de la totalidad, de la emergencia, de la interacción permanente entre planos y órdenes cualitativamente distintos del mundo vivo y su relación con lo abiótico. Si bien Darwin no utiliza los conceptos de “emergencia” de intreracciones de órdenes superiores e inferiores o interdisciplina, todo esto está presente de manera más o menos implícita a lo largo de toda su obra y de su teoría, es consustancial a ella. Es un resultado inmediato de una visión del mundo como cambio y transformación constante; es el resultado de unificar disciplinas y campos de conocimiento otrora desvinculados o débilmente relacionados, en una nueva y superior explicación, con un discurso distinto. Si algo cambia es porque hay nuevas cualidades, nuevas propiedades a lo largo del cambio, porque algo que no existía, llega a emerger.

### **Las deficiencias de las integraciones disciplinarias de la psicología evolutiva**

Desde luego, las propuestas integradoras de Tooby y Cosmides mencionadas al inicio del presente capítulo no son las únicas en la psicología evolutiva, más bien corresponden a un espíritu general contenido en este campo de estudio. La dificultad básica que se encuentra en estos estudios parte de una incoherencia propia de ellos: por un lado, postular y admitir la pertinencia de la integración de diversos niveles y esferas de análisis para la comprensión del funcionamiento de la psique humana; por el otro, terminar siempre esquematizando esta problemática en torno a unos cuantos términos y conceptos repetidos hasta la saciedad, funcionar con una metodología más apropiada para

el estudio de los sistemas más simples en ciencia. Ilustraciones de este proceder hay muchos. Los propios Tooby y Cosmides, más recientemente, insisten:

La psicología evolutiva es el intento científico largamente anticipado para poder reunir disciplinas humanas inconexas, fragmentarias y mutuamente contradictorias, en un solo marco de investigación integrado de manera lógica tanto para las ciencias psicológicas, como para las sociales y conductuales —un marco que no sólo incorpore las ciencias de la evolución sobre una base más completa y equitativa, sino que sistemáticamente logre resolver todas las revisiones que se hacen acerca de las creencias y las prácticas de investigación que tal síntesis requiere.<sup>67</sup>

La psicología evolutiva, en un sentido restringido, es el proyecto científico por mapear nuestros mecanismos psicológicos evolucionados, y en un sentido amplio, incluye el proyecto de reformular y expandir la ciencias sociales (y médicas) a la luz del mapeo progresivo de la arquitectura evolucionada de nuestra especie.<sup>68</sup>

Más claro no se puede ser. Las intenciones integradoras y sintéticas de estos dos autores son manifiestas. Pronto queda claro que para estos autores, la manera de hacer integración interdisciplinaria, es la de intentar buscar el elemento o entidad que sea capaz de efectuar las conexiones necesarias entre los diversos aspectos del comportamiento humano y por lo tanto entre los diversos campos o disciplinas del conocimiento. La idea es que al encontrar eso, y encontrar las conexiones, se establecen las relaciones, se comprenderá la conducta humana. Por eso es que se trata de una metodología esencialista. Su esencialismo se manifiesta cuando explican que el obstáculo para el logro de la síntesis es la equivocación cometida al buscar los conceptos clave en las relaciones entre los campos y no dentro de ellos, es decir, no en la relación y el vínculo sino dentro de la entidad clave<sup>69</sup> y el concepto que la explica, connota y denota.

La investigación interdisciplinaria aquí, estaría manifestada en el análisis de cómo la misma propiedad fundamental que explicaría el todo en el ser humano, aparece en diversos aspectos de su conducta.

<sup>67</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (2005): "Conceptual foundations of evolutionary psychology", en Buss, D. M. (ed.), *The handbook of evolutionary psychology*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons Inc., pp. 5-66.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 6.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 15.

Se niega la importancia del elemento relacional en el mundo evolutivo y en su explicación, se rehúsa admitir una pluralidad cualitativa en los componentes del mundo vivo y humano.

La reducción para estos dos autores queda de manifiesto también cuando expresan las funciones mentales como cerebrales y éstas como procesos de transmisión y copia de información, tal cual sucede en el ámbito de la computación. La función del cerebro para ellos, es computacional.<sup>70</sup>

Las ciencias cognitivas modernas deben entender que cualquier mecanismo que procese información debe tener una descripción computacional [...] Por ejemplo: los mecanismos que causen miedo, amor romántico, celos sexuales, atracción sexual, percepción de lo bello o disgusto, deben todos ser describibles en términos computacionales o cognitivos.<sup>71</sup>

Lo cual es una de las expresiones de cómo la psicología evolutiva sólo entiende la conducta humana como comportamientos repetitivos, estables, predecibles, reproducibles sin modificaciones de gran escala ni mucho menos de cambios cualitativos.

Se hace juego a una mezcla difusa de conductas en apariencia muy básicas, las cuales son aglomeradas en un mismo nivel de respuesta, como en una misma dimensión. Emociones básicas como el miedo, al descontextualizarse de las múltiples causas que lo pueden producir y de las consecuencias específicas que en cada caso se pueden obtener, se colocan en el mismo plano que reacciones también básicas como la excitación sexual, siempre desprovistas del componente cultural que las dirige en diversas direcciones y las hace que se expresen de distintas formas. Ellas se van a equiparar con constructos sociales como los celos, la percepción de la belleza o el romanticismo (al cual nunca se le describe ni caracteriza a pesar de ser toda una forma global de percibir al mundo y orientarse hacia él, de construirlo, de tomar decisiones). El miedo, específicamente, es tratado y desglosado como ejemplo del manejo de una emoción que surge ante peligros inesperados como la aparición súbita de un predador.<sup>72</sup> Pero ni la emoción como tal ni los peligros que la causan son explicados más que como relaciones simples de causa-efecto. Nada en esta explicación alude a la complejidad de ese

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>72</sup> *Ibid.*, pp. 54-56.

sentimiento; nada remite a las causas sociales que producen el miedo ni de los intentos, sociales también, por atenuarlos o exacerbarlos; nada sobre las formas posibles de dotar al sujeto de una mayor autoestima y comprensión de sí mismo y de la fuente de su miedo, indagando si tiene o no justificación, o hasta qué punto es resultado de algún desequilibrio de la personalidad, hasta qué punto resultaría justificado. Nada sobre la condición, causas y efectos de la cobardía, ni de la valentía ni de la temeridad como respuestas sociales todas a situaciones específicas, culturalmente inducidas. Mucho menos se alude a las funciones sociales coercitivas del miedo; al miedo como mecanismo de control y de dominio, como elemento para la conformación de una idea falsa del mundo.

Sucede que todos estos “mecanismos psicológicos” resultan ser todo lo contrario de lo que los psicólogos evolutivos buscan, pues no solamente son constructos sociales, morales, estéticos, alejados de una naturaleza biológica y de su determinación, sino que además, todos son enormemente variables, flexibles, inestables en cuanto a sus formas específicas y en sus resultados y consecuencias a corto, mediano y largo plazos. La propuesta de Tooby y Cosmides, una vez más, intenta consolidar la unidimensionalidad de acuerdo con la descripción computacional, con la instrucción, el algoritmo, la receta, el programa.

La mención al cerebro como un circuito de neurotransmisión, con todo lo acertada que pueda ser, sufre un colapso cuando a la mente se le concibe igualmente y la metáfora cibernética y computacional. Esto es claro cuando el movimiento de las emociones, su detección y reconocimiento, son explicados principalmente por medio de esos circuitos,<sup>73</sup> con independencia de las complejidades sociales que contextualizan a la emoción. El hecho de que haya, en efecto, circuitos neurales específicos para esa detección y reconocimiento de tipos emocionales específicos, el hecho de que los procesos detectores de emociones, y por ende productores de las mismas, no puede quedarse en ese nivel neuroquímico y neurobiológico, mucho menos cuando se pretende que este nivel de interacciones se explica a sí mismo. Ésa es sólo una dimensión del problema. Existen condicionantes (y no determinantes) de las emociones que se deben buscar en las dimensiones de la interacción, históricamente construida, entre los grupos humanos y no en la esfera interna

<sup>73</sup> Boyer, P. y C. Barrett (2005): “Domain specificity and intuitive ontology”, en Buss, D. M. (ed.). *op. cit.*, pp. 96-118.

de las sinapsis y sus mecanismos de liberación de sustancias químicas. Aquellas condiciones son las que le confieren sentido a la emoción y a toda la conducta humana.

Se trata de una multiplicidad de procesos de intercalado e interpenetración en varias dimensiones: los procesos que tienen lugar en las unidades de la escala biológica se retraen en cuanto a su importancia explicativa de las emociones. Esta retracción es en sí un proceso que da lugar a la superposición y expansión de otros procesos, de otros acontecimientos de segundo orden (en comparación con los que le anteceden) ocurridos en la escala sociohistórica. Estos otros procesos, los que propiamente explican las emociones. Los circuitos neurales que físicamente permiten la emocionalidad no desaparecen ni se ocultan, por el contrario, despliegan toda su potencialidad originando ese conjunto de procesos que, una vez expresados, producen la retracción de sus originadores. El conjunto, la totalidad de las interacciones ocupa varios niveles de explicación que, sin embargo, están entrelazados. Una emoción experimentada por un ser humano dentro de su cerebro, en ausencia de otros seres humanos, no sólo no tiene sentido ni explicación (pues para empezar nadie se da por enterado de la misma) sino que además, es imposible de detectar, de conocer.

La integración de los niveles neurobiológico y cultural, —cuando menos— de la evolución biológica y la social, son, entonces, la condición para entender este problema, pero la psicología evolutiva, al no distinguir estos dos niveles cualitativamente distintos, no tendrá modo de articularlos (empezando porque ni siquiera será su intención hacerlo), ni de construir una propuesta teórica integral, con un discurso propio, un discurso de interdefinibilidad, de comprensión de las intercambiabilidades y mutabilidades existentes en la complejidad emocional humana.

Lo complejo y dialéctico, lo interactivo y emergente de los sistemas mentales y de las conductas humanas, es sustituido por la alusión a los programas de dominio específico, es decir “*Programas individualmente diseñados para resolver problemas adaptativos específicos.*”<sup>74</sup> Mediante estos programas, los contenidos específicos de los dominios activarán criterios de valor evolutivos.<sup>75</sup> Esto es un procedimiento epistemológico fraccionador y simplista. Bajo esta concepción, la conducta humana está

<sup>74</sup> Tooby, J. y L. Cosmides (2005), *op. cit.*, p. 52.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 49.

explícitamente diseñada y programada, es decir, está establecida ya de antemano en sus líneas generales, en sus alcances y limitaciones. El ser humano (entendido como la especie que rebasa a sus manifestaciones biológicas) no es capaz de modificar las instrucciones para las que fue diseñado. Por otra parte, cada carácter está separado de los demás. El programa con el que el individuo funciona no está considerado como una totalidad, sino más bien como un agregado aritmético de programas que en principio y en su desarrollo, están separados entre sí. Hay uno para cada objeto o proceso particular.

Así, aparece la especulativa idea de un programa “superordinario” (*superordinate*) que los abraza y coordina a todos. Las emociones, se dice, serían esos programas.<sup>76</sup> Pero la existencia de todos ellos no queda probada, y como mero intento modelador y metafórico falla por su inadecuación con la complejidad del sistema que estudia. Falla porque la incomprensión de esta complejidad lleva a la ausencia de hipótesis sobre las mediaciones entre los dominios y las especificidades, cuando menos entre genes, programas de desarrollo y los criterios de valor, para no salir de la terminología misma utilizada por los proponentes de este modelo.

Esto se muestra explícitamente cuando Tooby y Cosmides, en su afán de defender una separación específica de los dominios de la conducta y de los programas que la determinan en cada ámbito, caen en severas incongruencias, y al señalar que estas especificidades llevan a la inconmensurabilidad motivacional. Hay, de acuerdo con estos dos autores, “*distintos principios motivacionales evolucionados...*”.<sup>77</sup> A través de esto se defiende, claro está, la naturalidad de comportamientos y respuestas a todos los factores y estímulos de la vida, los cuales, en una larga lista de constructos que van desde la alimentación a la presencia de arañas, y serpientes o la evasión de la enfermedad y del incesto; o tan enormemente generales como seguridad actos, relaciones. La lista de estos constructos de la vida humana (mostrados como entes naturales, con existencia independiente y ajena a cualquier sujeto) mezclados de manera confusa y arbitraria, del mismo modo en como autores como Sugiyama, en su caracterización del llamado “*valor humano de apareamiento*” afirma que incluye características objetivas y tangibles sencillas como edad, fertilidad, fecundidad, y las mezcla con otros conceptos subjetivos

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 49.

complejos como inteligencia, estatus, amabilidad, entre otros.<sup>78</sup> Toda esta pretensión integrativa de todo el comportamiento y la cultura, se torna en una propuesta deshilvanada y deshilvanante de la personalidad; en una explicación que no articula, ni especifica, ni contextualiza, los distintos aspectos de aquella, de sus distintos modos de desarrollo, de sus contradicciones internas, de sus negaciones y su inventiva.

### **El imperativo de las relaciones mercantiles**

Otro caso importante de análisis de la concepción interdisciplinaria en psicología evolutiva lo constituye la tesis de Simpson y Campbell de que “*Los investigadores evolucionistas muchas veces no logran articular totalmente la lógica deductiva que conecta un nivel de explicación [...] con niveles adyacentes*” y que a fin de superar las limitaciones provenientes de esto, es requisito que los propios investigadores “*desarrollen modelos más claros y detallados de los eventos históricos que deben haber producido la evolución de un rasgo o atributo*”.<sup>79</sup> Todo esto, que apuntaría al despliegue de una metodología propia de una complejidad, se trueca en su contrario cuando lo que en la práctica se propone es el desarrollo de una metodología simplista: “*Para alcanzar esto, los científicos evolucionistas deben dirigir análisis más refinados de costo beneficio relevantes a la historia evolutiva de cada adaptación. Específicamente, debe prestarse atención central a los costos, restricciones y limitaciones —sociales, físicas, conductuales, fisiológicas y de otras— que pudieran haber contrapesado los beneficios asociados con una adaptación hipotética.*”<sup>80</sup> La multiplicidad, pluralidad, la diversidad de los mecanismos evolutivos y toda la historia se reducen a la adaptación; la vida mental humana a los intereses en costos y beneficios. Nunca se explica la razón del imperativo de los análisis de costos-beneficios. El reconocimiento de la complejidad de lo viviente se queda, para la psicología evolutiva, en un nivel declarativo. No se manifiesta un cambio metodológico fundamental con respecto a la antigua propuesta del fisicalismo y el positivismo.

<sup>78</sup> Sugiyama, L. (2005): “Physical attractiveness in adaptationist perspective”, en Buss, D. M. (ed.), *op. cit.*, pp. 292-343.

<sup>79</sup> Simpson, J. y L. Campbell (2005): “Methods of evolutionary sciences”, en Buss, D. M. (ed.), *op. cit.*, pp. 119-144.

<sup>80</sup> *Ibid.*

Kaplan *et al.* intentan construir una teoría interdisciplinaria a partir de lo que ellos llaman “*Teoría del Capital Incorporado*” para explicar la evolución humana, señalando que:

Integramos enfoques estándar a la historia de vida de la evolución para generar nuevos modelos teóricos capaces de dar dirección para explicar muchos de los problemas fundamentales en la evolución de nuestra especie. Nos referimos a este enfoque como la teoría del capital incorporado de la historia de vida de la evolución.<sup>81</sup>

La teoría del capital incorporado generaliza la teoría de la historia de vida existente tratando los procesos de crecimiento, desarrollo y mantenimiento como inversiones en stocks de capital somático o incorporado. En un sentido físico, el capital incorporado se organiza en el tejido somático [...] En un sentido funcional, este capital incluye fuerza, velocidad, habilidad, función inmune, conocimiento y otras capacidades.<sup>82</sup>

Kaplan y Gangestad, al continuar sobre la misma propuesta:

Los cerebros y las habilidades pueden pensarse como formas de capital incorporado. Para adquirirlas, los humanos pagan un costo sustancial: asignan energía y tiempo para su adquisición y el hardware (tejido cerebral específico) que sostiene esa adquisición [...] Como ya fue enfatizado, la inversión en capital incorporado, puede ser seleccionada sólo si en promedio la vida de los individuos es lo suficientemente larga como para liquidar e incluso exceder los costos iniciales de inversión.<sup>83</sup>

Se trata, en todo esto, de un claro intento de fusión entre la economía política, la neurobiología, y la teoría de la selección natural. Se trata de la introducción de la racionalidad económica en los procesos conductuales: “Capital”, “costo”, “inversión”, “asignación” (de energía, tiempo), “pago”, “liquidación”. Lo importante es observar cómo se desarrolla este discurso con pretensiones de integración e interdisciplinarietà; cómo es que se concibe y mantiene esta concepción integrativa.

Estas metáforas producen la impresión, la apariencia de que cada parte de los organismos (incluidos desde luego los humanos), cada

<sup>81</sup> Kaplan, H., Hill, K., Hurtado, A. M. y J. Lancaster (2001): “The embodied capital theory of human evolution”, en Ellison, P. T. (ed.), *Reproductive ecology and human evolution*. Nueva York: Walter de Gruyter Inc., pp. 293-318.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 294.

<sup>83</sup> Kaplan, W. y S. W. Gangestad (2005): “Life history theory and evolutionary psychology”, en Buss, D. M. (ed.), *op. cit.*, pp. 68-95.

proceso que en ellos existe, tiene contenida una conciencia interna de inevitables y naturales procesos económicos con sus expresiones capitalistas. Como si en cada proceso de asignación de recursos existiera un premeditado propósito de invertir para obtener alguna ganancia o beneficio. El concepto de adecuación biológica (*fitness*) está plenamente inserto en esta concepción, es el centro de la misma; es un concepto usado en psicología evolutiva para adecuar la metáfora economicista a la teoría de la evolución por selección natural. Es una bisagra articuladora de la descripción de los procesos mentales como económicos. La naturaleza y los procesos económicos son lo mismo para estos autores. De ahí el carácter integrativo de su propuesta, la cual desgraciadamente esté dominada por una visión de apariencia. La naturalización de la conducta se lleva a cabo por medio de la naturalización de los sistemas de valores, la cual se logra concebir sólo a partir de un proceso de fetichización de los conceptos económicos manejados, mediante un proceso de asignación de cualidades propias e inmanentes de todos ellos.

En la propuesta llevada adelante por estos autores se manifiesta la debilidad de su concepción integradora o interdisciplinaria de la psicología evolutiva, es muy representativa del espíritu que invade a este campo de estudio: toda la conducta va explicada en un mismo plano. Permanece en una dimensión de gran tosquedad y simpleza, a pesar de la integración de distintos campos. No se expresa la complejidad y variabilidad de la conducta humana porque todo se quiere explicar mediante un sistema de estímulo respuesta que se mueve en un eje simple de coordenadas cartesianas.

Si un individuo (humano) tiene más de una pareja sexual a la vista, se postula que la decisión sobre cual escoger se decidirá por medio de parámetros externos a la sensibilidad humana, o impuestos a la misma; nivel económico o simetría facial (supuestamente reflejo de una buena salud). Los recursos disponibles se asignarán o administrarán de la mejor manera para poder resolver ese conflicto y tomar decisiones buscando —y aquí está la reducción a lo unidimensional, que es irreal— la maximización de la adecuación biológica, tomada como un fin (un fin, en todo caso ajeno al individuo). Lo mismo ocurrirá cuando un hombre tenga que evitar las infidelidades reales o potenciales de su pareja: éstas dependerán de los costos y beneficios de la táctica a emplear.<sup>84</sup>

<sup>84</sup> *Ibid.*, pp. 88.

Los mismos Kaplan y Gangestad explican que los celos sexuales son una respuesta de la evolución a las amenazas a una relación romántica (sin explicar qué se debe entender por “romántico”), y se afirma que “*En los hombres, los celos sexuales pueden ser un motivo particularmente poderoso diseñado para prevenir el engaño de la infidelidad.*” Pero estos mismos autores introducen un matiz cuando mencionan que ciertos hombres de estatus inferior o bajo pueden, “*en algunas culturas*”, tolerar que sus mujeres den a luz hijos provenientes de relaciones extramatrimoniales “*porque tal estrategia parece ofrecer las mejores oportunidades para reproducirse.*”<sup>85</sup> De hecho las mujeres de hombres de estatus bajo, son las que tienen las más altas frecuencias de infidelidad.<sup>86</sup> Quizás buscando que los hijos de alguno de esos contactos extramaritales puedan elevar el estatus de esa mujer y eventualmente de su familia toda.

Más allá de esta defensa y esta mistificación de la monogamia y de la familia patriarcal (lo cual ya ha sido analizado), lo que en este momento interesa es observar cómo un problema que abarca muchas esferas de la vida social es simplificado groseramente. Sería una tarea de ABC el cuestionarse acerca de los orígenes sociales de la desigual distribución de la riqueza material, de los estratos económicos, los estatus sociales y de las clases sociales. La asignación de recursos a la infidelidad y su combate, los celos, se proponen como algo que surgirá de acuerdo con una realidad a la que se le esconde su carácter de construcción social tras el velo del interés reproductivo biológico. Es de ABC comprender que un estadio social en el que existen estas desigualdades es producto de una historia humana; es expresión de un estadio de desarrollo de fuerzas productivas materiales, de relaciones de producción y de formas enteras de convivencia y de organización social que correspondan a este momento del desarrollo socioeconómico-cultural en el cual se conozca esta estratificación y división en personas que ocupan estatus distintos. El desarrollo de formas específicas de sexualidad, de contratos sociales matrimoniales-familiares y de los criterios morales que los empapan y rodean, así como de los parámetros y valores de reproductividad, van unidos a toda la trama socioeconómica arriba mencionada; todos se relacionan con las instituciones (familia escuela, iglesia, centro de trabajo), reglamentos, códigos escritos o no, que sostengan estos comportamientos sexuales y reproductivos, rechacen otros y toleren de mayor o menor

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> *Ibid.*

grado otros más. Todo esto se encuentra formando un sistema de un orden ontológico como epistemológico distinto al de la biología, un orden en el que los planos de interacción y las novedades cuantitativo-cualitativas no solamente se producen de manera constante, lo cual ya es característico del orden biológico, sino que producen propiedades distintas cualitativamente a las del mundo vivo, distintas en sus velocidades de expresión y de modificación, y en las formas concretas de interacción, en las totalidades que se forman y se autoproducen. Los distintos planos de actividad: genético, fisiológico, económico, moral, erótico-sexual, político y social amplio, se imbrican todos, se interpenetran más o menos directamente entre sí apareciendo mediaciones y zonas de frontera no rígidamente definidas. Si de verdad se busca una explicación desde la totalidad, una visión integradora, es necesario considerar a todas estas variables y situar sus campos de acción y de relación, así como las mediaciones existentes dentro y entre cada uno de ellos, no sacar conclusiones a partir de la simplificación de esta complejidad por medio de la esencialización arbitraria de elementos biológicos y sus determinaciones estrictas que aparecen frecuentemente como leyes del mercado, para después dejar ir una serie de reacciones lineales marcadas por comportamientos supuestamente sexuales, fuertemente mistificados y descontextualizados.

### **Integración, pseudointerdisciplina y parcelación del conocimiento**

Existe una forma de interdisciplina, en realidad pseudointerdisciplinaria, que está construida de manera que deliberadamente deja fuera de su estudio, aquellas ramas del conocimiento, o conocimiento mismos cuya aplicación invalidaría los pilares de la teoría construida. En el caso de la psicología evolutiva, se ignoran deliberadamente numerosos conocimientos provenientes de campos que hacen insostenibles las tesis y afirmaciones y metodologías básicas de la misma, que destruyen los conceptos fundamentales sobre los cuales está basada. De ese modo, una manera ideologizada de construir una interdisciplina es aquella que afirma que va a mostrar un camino hacia la totalidad cuando en realidad lo que se hace es dejar de lado la visión de la totalidad por medio de la exclusión deliberada de aquello que no conviene que se incluya.

Esta pseudointerdisciplina ideologiza el conocimiento mismo porque lo discrimina y elige lo que considera importante en el estudio de un

fenómeno, proceso o sistema, de manera tal que lo haga corresponder a la idea de lo que se quiere obtener, una idea de cómo tiene que explicarse un fenómeno, impuesta como el elemento dominante en el proceso de conocimiento del mundo. Organiza el conocimiento, las relaciones entre campos, los niveles de explicación, de acuerdo con una jerarquización tal que embone lo más perfectamente posible con la explicación proveniente de una idea sesgada y prejuiciada del mundo.

Para abundar y exponer otro ejemplo, la investigación acerca del atractivo visual de los seres humanos sobre otros seres humanos ocupa una de los lugares preponderantes de la psicología evolutiva, dando lugar a la rama conocida como “*estética evolutiva*”, que sostiene los mismos fundamentos ontológicos, las mismas metodologías y las mismas metáforas que el resto de la psicología evolutiva.

¿En dónde se pueden encontrar evidencias de que la estética evolutiva, rompe con la parcialidad disciplinaria tradicional en la ciencia? Sugiyama intenta dejar claro que esta integración ocurre: “*El enfoque adaptacionista vincula explícitamente la teoría con la evidencia, las cuales están normalmente fragmentadas disciplinariamente (por ejemplo en departamentos o campos de la biología, antropología y psicología), lo cual le da una poderosa dimensión integrativa.*”<sup>87</sup>

Tenemos razones para mostrar una razonable duda, cuando no un rechazo, a tal afirmación. La psicología evolutiva y su rama, la estética evolutiva, no integran ningún elemento de muchas teorías y ramas del conocimiento que deberían ser integradas en cualquier intento serio por comprender globalmente la conducta, el comportamiento de los seres humanos. Para empezar, no es concebible cómo un campo de conocimiento cuya materia de estudio es la de los juicios estéticos de los seres humanos con respecto a sí mismos; un campo del conocimiento que se autodenomina “estética evolutiva”, sustentada en una teoría propia, no contenga un solo elemento reflexivo proveniente de la estética. Pero esa omisión no es la única. El psicoanálisis, verdadero paradigma en el estudio totalizador de la conducta humana, está totalmente ausente del discurso de la estética y la psicología evolutivas. En vano se buscará la menor mención a las categorías y metáforas freudianas: al inconsciente, al preconscious o a las interacciones entre el *yo*, el *ello* y el *superyó*, ni a los desequilibrios mentales neuróticos o psicóticos, ni a los mecanismos

<sup>87</sup> Sugiyama, L. (2005), *op. cit.*

de defensa ni a sublimaciones; ni siquiera para criticarlas y descartarlas; la psicología social está, del mismo modo, completamente ausente de esta teoría “integradora”, lo mismo que la teoría sociológica (como hemos visto previamente, tan menospreciada por Tooby y Cosmides). Ninguna mención se hace a la historia, a las etapas y a las modificaciones socioeconómicas humanas a lo largo de su presencia sobre la tierra, ni siquiera como una mención marginal a las alteraciones que pudieran haberse causado a la psique.

Pero eso no es todo: una teoría acerca del comportamiento humano que considera que la conducta sexual tiene el papel preponderante para explicarla, tendría que considerar en alguna parte, el vasto conocimiento emanado con los estudios sexológicos hechos a todo lo largo del siglo XX, desde Havelock Ellis, pasando por las contribuciones de Alfred Kinsey, Master y Johnson o Wilhelm Reich. Pero no se les menciona nunca. Por si fuera poco, los estudios de género, llevados a cabo de manera productiva y fructífera al menos desde la década de los setenta del siglo anterior, son pasados por alto en esta teoría de la “integración”.

La antropología y sus estudios sobre el atractivo humano son mencionados tan sólo como fuente de algunos datos estadísticos, pero no como teoría del ser humano. La economía política, o teoría económica, aparece ciertamente, de manera constante, pero convertida en una grosera caricatura de lo que en algún tiempo fue. Las aportaciones de Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, Sismondi y otros, no están consideradas más que en su vertiente más vulgar: como simples cálculos de costo-beneficio o mediciones de valor reproductivo, de valor de apareamiento, de adecuación biológica. Incluso economistas tan vulgares como el propio Malthus, parece ya muy refinado con respecto a los psicólogos evolutivos. Es importante mencionar esto porque a pesar de los serios errores ideológicos y fetichizadores cometidos por los fundadores de la teoría económica (ya prolífica y profundamente criticados por Marx en el conjunto de su obra económica), se propusieron innovar, renovar el conocimiento, mismo propósito que persiguen declarativamente los psicólogos evolutivos. Mientras Smith, Ricardo, los fisiócratas, etc., hicieron contribuciones que realmente lograron transformar globalmente la concepción del mundo, los psicólogos evolutivos no logran hacerlo. Los fundadores de la economía política, o al menos los no vulgares, con todos los defectos que sus teorías poseen, estaban haciendo contribuciones originales al pensamiento y la ciencia, de sus tiempos y el actual. Los psicólogos evolutivos, quizá debido a los

tiempos de decadencia del sistema que defienden, no logran más que incorporar los elementos ideológicos de las ciencias con las que tratan, sin aportar conocimientos realmente originales.

Es posible hablar, por parte de la psicología y la estética evolutivas, de la integración de ciertos campos de conocimiento inicialmente separados. Esta integración es la prolongación de una la tendencia del evolucionismo, iniciada desde la década de los treinta del siglo pasado, con la síntesis moderna, en la que los conocimientos del darwinismo ortodoxo, fueron fusionados con los de la genética, inicialmente mendeliana y más adelante con los conocimientos de la biología y la genética moleculares. La psicología y estética evolutivas se sirven de estos conocimientos; además incorporan a su *corpus* algunos conocimientos provenientes de la psicología más funcionalista, de la microeconomía, de la cibernética y, desde luego, de su progenitora: la sociobiología. Ésta es la “integración” que protagoniza. Los conceptos integrados aquí, ciertamente provienen de ramas distintas del saber, y pueden coincidir debido a que comparten un enfoque y una visión homogéneamente reduccionista, mecanicista. Es por eso que encuentran en la psicología evolutiva un lenguaje, una semántica, una simbología y una metodología adecuadas para converger. Es un idóneo caldo de cultivo para tal convergencia. Pero el que la psicología evolutiva logre llevar a cabo esta articulación e incluso una fusión, una síntesis de campos o áreas antaño separadas, no quiere decir que logre dar una visión de la totalidad. El deshilvanamiento de sus planteamientos sigue estando presente por estar inmersos en convicciones reduccionistas y mecanicistas que a fin de cuentas mantienen mundos separados, proyecciones lineales y unidireccionales de los procesos. Se trata de una fusión, de una integración de explicaciones sobre cómo el mundo está fragmentado, sobre cómo es requisito mantener esa fragmentación y ese esencialismo para comprenderlo.

Todo esto lleva a reflexionar en que no todo intento de integración del conocimiento, no toda interdisciplinarización, aun cuando tenga una alta coherencia interna va a ser, por su carácter de interdisciplinaria, una visión de la totalidad o un camino en dirección a ella. Puede, por el contrario, tratarse de una integración de conocimientos que parecen separados al analizárseles por la superficie, pero que en el fondo comparten una unidad ideológica que les permite unificarse o articularse debido a la relativamente fácil identificación con conceptos y procesos que los campos disciplinarios originales manejan. También se puede

tratar, en una variante de lo anterior, de la construcción de nuevas ramas del conocimiento provenientes de otras con una visión parcial e ideologizada del mundo. Es decir, se puede tratar de la integración de ramas del conocimiento que, desde su propio ángulo tienen una serie de concepciones de una parte de la realidad del mundo a la cual toman, sin embargo, por la realidad universal y eterna, haciendo que la realidad del mundo sea forzada a verla de acuerdo con ese mundo de ideas sobre realidades muy concretas que se abstraen de su contexto y son obligadas a comportarse como realidades permanentes, suprahistóricas, suprasociales. Éste es el caso de la psicología evolutiva. Su carácter interdisciplinario no lleva a una comprensión de la totalidad en lo que se refiere a su campo de estudio: la mente y la conducta de los seres humanos. Aparece como una amalgama que es el resultado de la aplicación de diversos campos surgidos de una visión ideologizada de la sociedad, que ven en las leyes del funcionamiento del capitalismo y del patriarcado las leyes universales de la humanidad, sin darse cuenta que son sólo formas de organización de la sociedad transitorias e históricas y correspondientes a una visión de entre las muchas posibles del ser humano y su existencia en sociedad. Es el resultado de una estrecha y fundamentalista visión del darwinismo y la evolución de las especies como un proceso panseleccionista y panadaptacionista, combinado con la no menos fundamentalista y fijista visión de la producción humana como algo regido y dominado invariablemente por la existencia de propiedad privada y de valores de cambio. Es la consecuencia de aplicar al ser humano una paupérrima concepción de su sexualidad como actividad meramente reproductiva y de búsqueda de herederos, no de consecución de placer. Es, finalmente, el corolario natural de concebir que todos estos comportamientos en las distintas esferas de la actividad de los seres vivos y humanos, son explicables solamente en función de esencias, que como tales, son inamovibles y que deben ir a buscarse en las unidades más básicas del funcionamiento del mundo, sin la aparición o emergencia ni de movimientos ni de propiedades ni de dimensiones múltiples de la realidad.

---

## CONCLUSIONES



**L**. A lo largo de la investigación realizada se ha podido ir constatando que la psicología evolutiva se debate en un conflicto interno entre la necesidad que tiene, por un lado, de presentar a la conducta y la mente humanas como el resultado de un proceso evolutivo acorde con la teoría darwinista, y, por el otro, con una metodología y conceptualización del mundo en la que la cultura se explica de acuerdo con categorías y conceptos que no denotan procesos, sino estados fijos, estáticas. El ser humano, pues, no es consecuentemente explicado en función del cambio; se busca la visión evolutiva sólo para manifestar que se interrumpe allí donde el investigador piensa que debe interrumpirse, quedar congelada. Esto sucede cuando el mundo del investigador, del sujeto cognoscente, sus relaciones sociales cotidianas le parece que son eternas e inmutables. Esta contradicción, este conflicto, es una constante en la teoría de la evolución desde 1859, cuando Darwin publicó el *Origen de las Especies*, pero mientras en Darwin la presencia de los elementos evolucionistas tiene un peso muy grande en relación con los fijistas, en la psicología evolutiva son éstos los que ocupan un lugar más preponderante, los que tienen un mayor peso, los que hacen propiamente a la teoría. Por ello es que se puede hablar de la psicología evolutiva como una construcción fundamentalmente ideológica y, por lo tanto, como una pseudociencia. Ésta es, a fin de cuentas, una característica común del conjunto de teorías del determinismo biológico desde mediados del siglo XIX; y el determinismo biológico contemporáneo puede ser calificado de un nuevo fijismo o semifijismo. Su base no es la deística o teística de los tiempos predarwinianos o preevolucionistas, pero sus bases metodológicas y ontológicas sí lo son.

Por otra parte está el problema de la ciencia como reveladora de aquello que a los sentidos del observador superficial permanece oculto. Se puede afirmar que la labor de la ciencia es precisamente la de develar esos enmascaramientos, esas cortinas que se ciernen entre los

sentidos y el universo como un todo. Los astrónomos de los siglos XVI y XVII develaron los movimientos reales de los astros, comenzando por el de la propia Tierra, a pesar de que nadie percibe los movimientos de ésta y parece que los que se mueven son el Sol y la Luna. Marx-Engels levantaron el velo que oculta la explicación de fondo de las relaciones humanas y los fetichismos y enajenaciones en las que se mueven y que permanecen ocultos debido a las formas de dominación de clase preponderantes en momentos específicos de la historia. Freud dejó clara la existencia de un vasto mundo de reacciones y conflictos que se encuentran en las esferas de lo inconsciente y de los cuales el individuo no tiene conciencia ni control, y que, sin embargo, dirigen buena parte de la conducta humana. Los físicos cuánticos y relativistas develaron la existencia de insospechados mundos existentes en dimensiones infinitesimales o infinitas, incomprensibles para el ser humano en su vida cotidiana. Otro tanto hicieron los microbiólogos desde fines del siglo XVIII, al revelar las fuentes últimas de enfermedades y padecimientos, en organismos que por sus dimensiones, no habían sido detectados a lo largo de milenios. Charles Darwin puso su importante cuota al explicar la existencia de los seres vivos como producto de constantes procesos de cambio en todos los seres, cambios imposibles de ser percibidos a lo largo de la vida de un ser humano, una generación o incluso de la humanidad entera, debido a su ritmo extremadamente gradual y lento.

Este proceso de sacar a la luz aquello que permanece oculto ha sido analizado extensamente como la relación entre lo observable y lo teórico. Podemos decir que mientras a una posición científica le corresponde la capacidad y la tarea de desentrañar esos elementos ocultos para la percepción inmediata, a la reacción anticientífica y seudocientífica, con todo y las grandes diferencias que se pueden encontrar entre éstas, le corresponde la tarea opuesta: la de mantener ocultos aquellos elementos y desarrollar en cambio explicaciones misteriosas, sobrenaturales o místicas e insondables, pero falsas y falaces; es decir, mantener la vida humana en el reino de la mentira, la media verdad, la ilusión y la enajenación. El extremo de esta posición se encuentra en la religión y las instituciones sociales que le dan sustento, pero dentro de la ciencia podemos constatar también una tendencia de este tipo, la cual se manifiesta, por ejemplo, en la economía política o al menos en sus versiones más toscas, y en el darwinismo vulgar; una de cuyas expresiones nos ha tocado analizar en las páginas precedentes. De manera constante y consciente o —inconscientemente—, el darwinismo vulgar recurre al argumento y el método del esencialismo,

y los utiliza para llevar a cabo esa acción de ocultamiento del conjunto de relaciones existentes entre los sistemas de estudio, de manera que se dificulta la aproximación y el camino claro hacia la comprensión de la totalidad y por lo tanto de la verdad. En estas manifestaciones seudocientíficas, los fenómenos no observables son interpretados y explicados de manera muy parcial, deformada y dominada por los prejuicios ideológicos y metodológicos de los sujetos cognoscentes.

2. Lawton *et al.* señalan la existencia de dos formas en las que una teoría se enmascara para oscurecer las características de la naturaleza. Primero que nada, señalan, puede limitar lo que elegimos observar, lo que podemos distinguir del fenómeno estudiado y, en segundo, lugar (que es una variante del primero), los sesgos sociales “*invisibles, limitan el entendimiento de lo que hemos visto del rostro de la naturaleza*”.<sup>1</sup> Estas limitaciones de lo que una teoría puede producir, se deben observar en la relación de dicha teoría con la visión general hegemónica del mundo en lo que es aceptado en la cotidianidad. Lo que forma parte de un consenso y una práctica. Si la teoría es capaz de identificarse con esto, su penetración en la visión hegemónica será mayor, y correspondientemente será reforzada. La psicología evolutiva cae en este terreno de los ocultamientos producidos por esos sesgos y prejuicios sociales.

Entonces surge el debate de si es posible eliminar estos sesgos del mundo de la ciencia o de hasta qué punto estaría la sociedad condenada a padecer la existencia, más o menos acusada de estos prejuicios. El papel de máscara o de fetiche de éstos no es universal, ni eterno, deviene de metodologías y con concepciones parciales o parcializadas de sesgos que obstaculizan la visión de la totalidad. En este sentido Young señala, de manera muy interesante, la existencia de las proyecciones de la naturaleza al mundo de los valores que en realidad son naturalizaciones de este sistema moral, pero no indica si esta tarea de la ciencia puede o no ser superable en función del sistema social en el que la ciencia se desarrolle.<sup>2</sup> Schaff, en oposición a eso, pero sin abandonar un método

<sup>1</sup> Lawton, M. F., Gartska, W. R. y Hanks, J. C. (1997): “The mask of theory and the face of nature”, en Gowaty, P. A. (ed.). *Feminism and evolutionary theory: boundaries, intersections and frontiers*. Nueva York: Chapman & Hall, pp. 63-85.

<sup>2</sup> Young, R. M. (1971): “Evolutionary biology and ideology: Then and now”. *Science Studies* 1: 177-296; Young, R. M. (1981): “The naturalization of value systems in human sciences. Open University Course Unit for ‘Science and Belief: from Darwin to Einstein’”, Block VI: *Problems in the biological and human sciences*. Milton Keynes: Open University Press, 1981, pp. 63-110.

dialéctico-crítico menciona, un mecanismo de ensayo y error en ciencia, en el que la aproximación a la verdad y la eliminación de lo ideológico es causa de la prueba una y otra vez.<sup>3</sup>

El análisis de la psicología evolutiva ofrece muchos elementos para abordar a fondo esta discusión acerca del papel de la ideología en la ciencia, de sus interpenetraciones. La metodología utilizada por los psicólogos evolutivos a partir de su interpretación del proceso de la evolución de acuerdo con uno y solo un mecanismo, la selección natural, con sus consecuentes adaptaciones, nos lleva a comprender lo que sucede en ciencia cuando la búsqueda de una esencia se convierte en el *leitmotiv* de la investigación, cuando la explicación acerca de un sistema multidimensional, se da forzosamente en una de ellas y se muestra como la única válida. Entonces lo que sucede es que, de manera natural, los elementos ideológicos surgen y se instalan como los elementos centrales que hacen esta teoría. La ciencia comienza a perder su peso y deviene pseudociencia.

Uno de los componentes ideológicos que ayuda diversas teorías científicas a alcanzar impacto, éxito y prestigio, lo encontramos en su lenguaje. El de la psicología evolutiva es particularmente interesante: si un campo de conocimiento que utiliza un lenguaje tan laxo, impreciso y vago es considerado científico y tiene un alcance mundial a través de libros, artículos en *journals* especializados, congresos, conferencias, cursos y todo lo que hace a la experimentación y divulgación científica, entonces los criterios de demarcación entre ciencia y pseudociencia quedan borrados, o por lo menos muy difusos. Cualquier lenguaje puede ser admitido como científico. El impacto y prestigio del que goza una pseudociencia como ésta tiene que ser buscado en arenas o ámbitos externos a los del quehacer mismo de la ciencia. Una práctica que pretende ser científica y que usa el lenguaje de la calle como si fuera el único, entra en la cotidianidad del ser humano produciendo la impresión de que si la ciencia dice lo mismo que cualquier persona en una reunión de amigos en un café o una reunión familiar, con toda la carga de prejuicio que se tiene, entonces aquello que es prejuicio parecerá no serlo. La vida cotidiana presente, con todas sus opresiones y visiones falsas, continúa reproduciéndose como si fuera lo más natural y verdadero del mundo. Y en el análisis de las relaciones ciencia-ideología, este hecho parecería

<sup>3</sup> Schaff, A. (1974): *Historia y verdad*. México: Grijalbo.

darles la razón a quienes piensan que la ideología es consustancial a la ciencia y nunca podrá eliminarse completamente de su interior.

Sin embargo, esperamos haber mostrado que la psicología evolutiva, al ser un campo de conocimiento que se corresponde con el momento histórico en el que es postulada (no puede ser de otro modo) y al cumplir la función social de defensa del estatus y el modo de vida burgués hegemónico, tendrá que utilizar un lenguaje que explique ese modo de vida y ese momento histórico como si fueran inamovibles: una vez más, ideología. El comprender las condiciones específicas en las que la ideología se introduce en la ciencia y la manera en que puede ser expulsada de ella; la manera en la que un tipo de lenguaje específico, impreciso, común, incoherente, se corresponde con un campo específico de la ciencia, que cree falsamente que ese lenguaje es el que expresa la realidad por ser el único; mediante esas maniobras, la pretendida ciencia deviene seudociencia, pero la prevalencia de la seudociencia y su lenguaje no es un destino ineluctable ni fijo.

3. La ciencia que deviene seudociencia o la que desde su origen se constituye en seudociencia, apuntala y refuerza los fundamentos ideológicos en general de las relaciones de poder y dominación de clase. A la psicología evolutiva le corresponde difundir la tesis de que no existe otra forma de organización de la sociedad que no esté basada en la familia patriarcal y reproductivista, y en la sexualidad que de ella se desprende; es decir, una sexualidad que además de reproductivista sea monogámica, heterosexual y falocrática; por todo ello profundamente opresiva.

Si las bases de esta seudociencia no quedan exhibidas en toda su dimensión, si no son exhibidas y transformadas de raíz, ningún cambio social profundo puede esperarse. Por el contrario, la propia ciencia o una pretendida ciencia es capaz de hacer de las relaciones opresivas, patriarcales, por ejemplo, un fundamento para reforzar y reproducir la propia opresión, encontrar en la pretendida ciencia una fuente, un pilar de la opresión y de su justificación social. Las ciencias de la vida y de la mente juegan un papel central en esto por ser su sistema de estudio el ser humano. Millet, en ese sentido expresa, en gran consonancia con la orientación del presente trabajo:

Si ha de producirse un nuevo apoyo al orden patriarcal, a sus roles sexuales y a sus temperamentos diferenciados de lo masculino y lo femenino, éste no provendrá de la religión, si bien ha habido un reavivamiento religioso

en las últimas décadas [...] La nueva formulación de las viejas actitudes vendrá de la ciencia y particularmente de las ciencias sociales emergentes de la psicología, la sociología y la antropología —las ramas más útiles y con mayor autoridad para llevar a cabo el control social y la manipulación. Para que sea irrefutable debe tener alguna conexión [...] con las ciencias de la biología, matemáticas y medicina más claramente validadas.<sup>4</sup>

Más de 40 años después de haber sido escritas estas palabras, la psicología evolutiva muestra que Millet, si bien no menciona explícitamente el papel del darwinismo social (y más adelante tiende a responsabilizar a Freud de esa “*nueva formulación de las viejas actitudes*”), no se equivocó en lo central: las ciencias de la vida y de la mente, bajo el influjo patriarcal-capitalista, cumplen con la función de servir de legitimadora y correa de transmisión, de mediación para cimentar la moral sexual burguesa y patriarcal.

La ciencia, admite Millet, es uno de los baluartes más importantes que el capitalismo-patriarcado encuentra para dar nuevos fundamentos a las viejas ideologías clasistas, racistas, sexistas. En esta misma línea argumentativa se puede agregar que cierto tipo de ciencia que hemos caracterizado como seudociencia, estaría capacitada para servir y de hecho sirve como puente entre los misticismos medievales y la racionalidad moderna, para lograr la naturalización de los valores patriarcales y el eficientismo capitalista. Puente y fundamento simultáneamente, pues la ciencia es la empresa racional por excelencia.

4. Espero haber mostrado a lo largo de las páginas precedentes que la psicología evolutiva no sólo no tiene la mínima idea de las discusiones contemporáneas acerca de la sexualidad humana, sino que no les pone ninguna atención ni está interesada en actualizarse. Su concepción sobre aquella permanece anclada en los preceptos victorianos decimonónicos; es de un anacronismo escandaloso para una rama de la ciencia que se presenta como vanguardia en las investigaciones sobre la conducta humana. La teoría de la selección sexual, presentada con sus fundamentos ortodoxos, se erige en un constructo prepotente, rígido, anquilosado, autoritario, imposibilitado de aceptar o comprender alguna mínima disidencia. Por otro lado, a partir de ese anacronismo de la psicología evolutiva, se desarrolla una especie de inconmensurabilidad entre las propuestas de esta seudociencia y los hallazgos y tesis de las

<sup>4</sup> Millet, K., *op. cit.*, pp. 177-178.

ramas más avanzadas y audaces de la sexología humana. Y la psicología evolutiva, frente a la sociedad, tiene la ventaja de gozar de un fuerte aparato mediático que, a veces de maneras más o menos abiertas, y otras de maneras más o menos sutiles, difunde el mensaje de que la sexualidad humana que conocemos en nuestra realidad inmediata, la perteneciente al paradigma patriarcal-burgués, es según ella, la única existente, la única posible. Punto de vista encontrado, puede decirse que diametralmente opuesto a los elaborados desde la defensa de la diversidad y la flexibilidad sexual.

Pero con todo y las evidencias mostradas en el sentido de la inexistencia de una heterosexualidad rígida y en contra del paradigma patriarcal-burgués de sexualidad: heterosexista, reproductivista, falocrática y monogámica, la admisión de la existencia de una tercera o cuarta o enésima categoría sexual no asegura un sistema flexible de género. Tal sistema no puede estar limitado por una clasificación de genitales ni sólo reconocer la multiplicidad de géneros y preferencias; debe tener en cuenta que el género y la sexualidad son actividades conscientes, actividades que implican toma de decisiones.

Y así, nos encontramos inmersos en una versión más de esta histórica polémica. Una versión más que tiene su fondo en la estructura de poder y dominación actuales. Es en la confrontación de esas fuerzas de poder que tiene lugar la formulación de las diversas visiones y teorías sobre la sexualidad humana. Ahí es donde surge la idea de las distintas categorías sexuales y la flexibilidad temporal de la sexualidad.

5. Reconocer la flexibilidad intergenérica es algo necesario, imprescindible en el cuestionamiento directo contra la familia monogámica y patriarcal y contra la institución matrimonial. Aquí se muestra que la concepción de la familia y del género como proceso histórico tiene la posibilidad de romper con el pensamiento tipológico y con el uso de clases naturales y categorías discretas en el proceso de pensar al ser humano como producto de la evolución.

Pero para ello, según Fausto-Sterling, un requisito indispensable es una lucha social y política.<sup>5</sup> No es algo que vaya a resolverse meramente en laboratorios, salones de clase y congresos académicos, con sus respectivos y muy respetables debates. Para lograr una explicación acertada acerca de la conducta humana, en particular la sexual, es

<sup>5</sup> Fausto-Sterling, A., *op. cit.*, p. 110.

necesario trascender los ambientes de lo escolástico-academicista para ingresar en el de la vida social misma, analizar lo que allí sucede como movimiento y devenir, no en función de categorías inamóviles y fijas o con encuestas. Es un problema que hace a la participación o la falta de ella, de la gente. Es un problema de su consciencia. Es un problema de búsqueda de la verdad. La verdad existe, no es algo que varía según el individuo y por ello queda anulada en el ámbito de la intersubjetividad, como lo pretenden el relativismo y el constructivismo extremos; no es algo que se deba juzgar ni sólo ni principalmente en relación con su utilidad inmediata, como lo pretende el pragmatismo, tan cercano al relativismo; tampoco es algo que se “descubre” mediante experimentos realizados por mentes “desprejuiciadas”, que analizan las percepciones del medio, tal cual llegan a los sentidos, como es postulado por el positivismo; no es tampoco un resultado del pensamiento “puro”, del *cogito ergo sum* cartesiano. La verdad no es un problema académico o escolástico. La verdad es un asunto de práctica histórica y social global, es unidad dialéctica teoría-práctica, unidad sujeto-objeto, la verdad se prueba y adquiere en la sociedad, en el conjunto de sus movimientos, relaciones y actividades.

6. Esta crítica que se hace a la psicología evolutiva, considerada como una pseudociencia, es una crítica a muchos de los preceptos de la ciencia inductivo-positivista en la que se basa. Considero que debe completarse con tesis propositivas que van muchas veces más allá de las fronteras de la propia psicología evolutiva. Implica modificaciones de fondo a toda una concepción de ciencia. En líneas generales es necesaria la reflexión sobre la transformación radical de las metodologías de la ciencia, una modificación que se centre en los siguientes puntos:

- a) La revisión y revalorización acerca del carácter de las relaciones todo-partes y la admisión de que el todo no es igual a la suma de aquellas, que sus interacciones imprimen cambios cualitativos y frecuentemente difíciles de cuantificar, al sistema de estudio.
- b) Una análoga revisión del carácter de las relaciones causa-efecto, de la unidad entre los mismos, no de su escisión espacio-temporal.
- c) La separación entre lo concebido como “externo” y lo “interno” en los sistemas de estudio, lo cual cobra especial importancia en sistemas en los que existe un intercambio dinámico de materia-energía entre los diversos componentes a estudiar. Esto es

particularmente importante en sistemas complejos como lo son los vivientes y los mentales-conductuales-culturales, que son los que aborda la psicología evolutiva y todas las versiones anteriores del social darwinismo.

- d) El carácter multidimensional de los sistemas de estudio, en especial de los sistemas mentales. Los procesos de la naturaleza y en particular en los seres vivos y en la mente humana, ocurren simultáneamente en ámbitos de complejidades distintas; son expresión de fusiones y separaciones de entes o subsistemas de cualidades distintas, con principios y leyes de funcionamiento que no pueden ser estandarizados o reducidos a una sola dimensión, dirección o plano de análisis.
- e) El cuestionamiento a la tesis que considera a la ciencia una actividad con capacidades predictivas precisas e infinitas. Esto implica el reconocimiento de que la complejidad de los sistemas vivos y culturales, mencionados en el inciso anterior, introduce una serie de elementos de incertidumbre, ruido o “sorpresa”, dados precisamente por la interacción desigual, heterogénea y combinada de todos ellos.
- f) La crítica de las nociones hegemónicas reduccionistas de esencias y clases naturales a favor de formas científicas de conocimiento que pongan en primer plano la relación, la interacción y la apropiación en vez de la mera copia y transmisión de información; que reconozca el carácter activo y creativo de los entes del universo en vez de un carácter meramente receptivo o adaptativo
- g) La crítica a la conexión de la relación sujeto-objeto en ciencia, como una escisión que enajena al sujeto cognoscente de sus objetos de estudio, como una concepción que aleja al ser humano de la naturaleza y la presenta como algo externo, extraño. Es preciso defender una concepción unificadora y dinámica de esta relación, una concepción según la cual, al tiempo que el sujeto se presenta en el proceso cognoscitivo como la negación del objeto, es al mismo tiempo su afirmación, debido que éste proyecta su ser todo en el objeto de estudio y éste la proyecta sobre el sujeto; que no pueden existir separados, que es exactamente su carácter de otredad la que da sentido a su relación, que mutuamente se alteran y modifican a lo largo del proceso cognoscitivo.
- h) La crítica a la división del mundo en binariedades fijas y rígidas: tales como hombre-mujer, aprendido-innato, normal-patológico.

Las fronteras entre esas categorías se modifican continuamente en función de las actividades realizadas por los componentes de los sistemas y centralmente por el hecho de que los conceptos que designan una cierta categoría y le atribuyen una existencia natural, son constructos que operan en contextos de relaciones sociales específicas, legitimadas para un periodo histórico.

- i) El cuestionamiento a la escisión entre teoría y práctica. Seudociencias como la psicología evolutiva presentan a la teoría como la actividad propia de la ciencia, pero como una explicación que es mero reflejo de lo que ocurre en el mundo, como mero ejercicio de pensar el mundo. Estos campos de investigación consideran a la práctica como algo que no corresponde a la ciencia; que la tarea del científico es exponer el mundo tal cual es y los fríos datos que fundamentan los fenómenos expuestos. La práctica o “aplicación” de los conocimientos es tarea de alguien que no es el científico. Tal punto de vista es ya y en sí una forma de práctica social cuya función es ocultar el carácter práctico de la misma ciencia. En muchos casos de manera deliberada, se oculta o no se considera que la formulación de una teoría cualquiera es ya, de suyo, una proposición para modificar el mundo; es ya una reivindicación de una concepción particular de éste, que implica y contiene una práctica con características específicas, coherentes con la teoría. En el caso de la psicología evolutiva, el nexo con formas específicas de práctica y vida social es, por lo que se acaba de exponer, algo directo.
- j) La construcción de la visión interdisciplinaria del mundo. En consonancia con lo expresado en el punto g, el cuestionamiento al reduccionismo en ciencia, en particular al reduccionismo biologicista, debe ir acompañado de una crítica a las barreras que separan a los distintos campos de conocimiento e investigación, en la medida en que no reflejan el mundo real, menos cuando se trata de sistemas complejos como los sistemas vivos y el ser humano. La existencia de disciplinas, de parcelas epistémicas, así como la respuesta conducente a la integración interdisciplinaria, deben ser tratados como procesos históricos, como procesos vigentes y legitimados en y por ciertas formas de relación social. Las disciplinas se han construido como un proceso radicado en la búsqueda del eficientismo y el productivismo, pero van mostrando sus límites al enfrentarse a problemas complejos

como el de la mente humana. La psicología evolutiva es uno de los campos que defiende esa estéril fragmentación del conocimiento. Su crítica tiene que desembocar en la reivindicación de la integración dinámica del saber y del investigar.

7. Los últimos tres incisos del punto anterior, al menos, han aludido a la relación ciencia-sociedad. Es así como en la práctica, la práctica social, el movimiento social total y en particular en los movimientos contrahegemónicos originados en sectores excluidos y discriminados como el de las mujeres y las diversidades sexuales, por ejemplo, como se han estado modificando en las últimas décadas, las concepciones de la diversidad sexual, de la condición misma del ser humano sexual, del conjunto de su conducta, del carácter de la cultura y sus productos, y de los derechos, responsabilidades y libertades. Es en esa interacción social en donde se han ido desenmarañando mitos acerca de las conductas humanas todas como algo fijo y determinado ya sea por la estructura social o la genética. Y es en la práctica social cotidiana, entendida como la integración y totalidad de la práctica, es decir, como la práctica de seres humanos en la universalidad de su relación, como los criterios de verdad de las teorías se construyen. Ninguna teoría del ser humano que pretenda sustraerse a esas interacciones y se construya en el asilamiento, o cuyo vínculo con la sociedad sea meramente el de su observación externa y “desprejuiciada” y el de la acumulación de datos para su procesamiento estadístico acrítico, puede ser considerada válida, pues se constituye en un simple y aparente ejercicio de pensamiento, pero en realidad es una toma de posición frente a los movimientos en la sociedad y la conciencia, que minan la autoridad de las relaciones de dominio y poder existentes; una ciencia que acude en la defensa del estatus tarde o temprano se constituye en una defensa de las relaciones opresivas del poder.

Es en ese ámbito de confrontación social en donde históricamente han surgido y se han resuelto, en un sentido o en otro, los conflictos sociales, sexuales y afectivos de los seres humanos. No ha sido en los libros y las obras académicas por sí mismas. Por ello, y sin despreciar en lo más mínimo el trabajo académico, sí considero conveniente cerrar estas páginas haciendo una invitación a la “desacademización” de las teorías científicas y en particular de la psicología evolutiva y de su crítica; una invitación a desacralizar y desmitificar la ciencia, la pseudociencia y todo el determinismo biológico; sacarlas de los espacios reservados para

los ejercicios académicos; despojar a éstos de la pesada carga elitista y jerárquica de las que han sido dotadas y llevar todo ese conocimiento a las calles, a los centro de trabajo y de convivencia. Todo ello en favor de la construcción de una ciencia de seres autoconscientes, con compromisos a favor de la libertad, de la responsabilidad que implica el ser libres y de la justicia. Una sociedad democrática no es la sociedad que se limita a ofrecer el derecho de cada quien para emitir un voto por tal o cual personaje cada cierto tiempo. Una sociedad democrática es, entre muchas otras cosas, aquella en la que el conjunto de sus integrantes es capaz de comprender la ciencia y la filosofía, y puede intervenir, como un acto deliberado y no accidental o involuntario, en la orientación multidireccional y diversa de ambas. Ésa es la función social final de todo planteamiento en contra de la seudociencia de la psicología evolutiva y su enorme carga de opresión y discriminación. Hoy, como desde 1845, es necesario expresar, junto con Karl Marx: *“Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversos modos, pero de lo que se trata es de transformarlo.”*

**Otros títulos de la colección**

**Cuando el *spot* llega a lo local.  
Publicidad política en los estados  
de la República**

Julio Juárez Gámiz y  
Martín Echeverría Victoria

**Biocombustibles en México.  
Cambio climático, medio ambiente  
y energía**

Gian Carlo Delgado Ramos  
Lilia Rebeca de Diego Correa  
Leslie Cristina Campos Chávez  
Emiliano Castillo Jara

**Con las armas de la ficción.  
El imaginario novelesco de la  
guerrilla en México (vol. I)**

Patricia Cabrera y  
Alba Teresa Estrada

**El corazón de los libros. Alzate y  
Bartolache: lectores y escritores  
novohispanos (S. XVIII)**

Mauricio Sánchez Menchero

**El sueño de Hypatia. Las y los  
estudiantes de la UNAM ante la  
carrera científica**

Elsa Guevara Ruiseñor  
(coordinadora)

**Sociocibernética, cibercultur@  
y sociedad**

Margarita Maass Moreno, José  
Amozurrutia, Patricia Almaguer  
Kalixto, Laura González Morales  
y Manuel Meza Cuervo

**Intervenciones sobre miedos  
y otros**

Maya Aguiluz Ibargüen  
(coordinadora)

Toda gran teoría científica, aun aquellas con un alto valor de verdad, trae contenida el germen de su propia simplificación y vulgarización. La teoría darwinista de la evolución no es la excepción, a pesar del papel radical y revolucionario que históricamente ha jugado. Numerosos intentos se han hecho por caricaturizarla y degradarla al nivel de mera propaganda ideológica. Los aspectos referentes a los orígenes del ser humano y a la conducta sexual han sido algunos de los más proclives a estas simplificaciones burdas.

La más reciente de estas simplificaciones neodarwinistas que se han producido en la búsqueda de una explicación sobre la naturaleza humana es la de la “psicología evolutiva”. Esta rama del conocimiento, iniciada a fines de la década de los ochenta, reproduce las mismas deficiencias de su antecesora, la sociobiología, en el sentido de ignorar los procesos históricos que han dado lugar a la sociedad actual y de postular a los genes como las unidades fundamentales que determinan la conducta y la cultura humanas.

La psicología evolutiva, aunque admite la existencia de elementos culturales en la conformación de la naturaleza y la mente humanas, los reduce siempre a una raíz biológica, entendida como mera genética; en una confusión simplificadora entre lo que es el cerebro y la mente humana, concibe a ésta y a la cultura toda, como adaptaciones resultado de la selección natural (como si fueran caracteres anatómicos o fisiológicos); presenta valores y prácticas propios de la sociedad patriarcal-capitalista, como si fueran las formas naturales de organización de la sociedad; utiliza un lenguaje impreciso y explica la conducta sexual humana sólo en su dimensión de reproducción biológica.

Frente al auge de teorías como la psicología evolutiva, dominadas por la ideología, es imprescindible hacer una crítica y una denuncia que develen el papel real de esta seudociencia, su carácter conservador y opresivo, sus mistificaciones y fetichismos y la manera en la que, con todo esto, ayudan a reforzar la hegemonía capitalista en su fase neoliberal. Ése es el sentido del presente libro.



unam  
donde se construye el  
futuro

ISBN 978-607-02-9580-5



9 786070 295805